

Araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 21 - 1983



Director: Volodia Teitelboim. Secretario de redacción: Carlos Orellana. Comité de redacción: Luis Bocaz, Armando Cisternas, Osvaldo Fernández, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla y Alberto Martínez. Diseño gráfico: Fernando Orellana. Gerencia y administración (correspondencia, suscripciones y ventas, recepción de valores): Ediciones Michay.

sumario

A los lectores	5
De los lectores	6

nuestro tiempo

Volodia Teitelboim: <i>Oficio de vivir y de morir en la poesía (Alberti-Aragon)</i>	9
Leonardo Cáceres: <i>La presencia militar en la revolución portuguesa</i>	27

la historia vivida

Walter Klein: <i>El exilio desde el otro lado del espejo</i>	45
--	----

calas en la historia de Chile

Alexis Guardia: <i>La economía colonial chilena. Modalidades en la asignación de recursos</i>	53
---	----

conversaciones

Isabel Parra: <i>Conversaciones con Miguel Littin</i>	77
---	----

temas

Gabriel García Márquez: <i>La soledad de América Latina</i>	97
"Variaciones sobre Gabriel García Márquez": Carlos Cerda: <i>El descubridor</i> , pág. 103. Jaime Concha: <i>Entre Kafka y el Evangelio</i> , pág. 105. Víctor Fariás: <i>La dialéctica de la solidaridad</i> , pág. 110. Fernando Moreno: <i>El tiempo del mar perdido</i> , pág. 121. Eugenia Neves: <i>Sus novelas. Ficción y realidad en América Latina</i>	131

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7. Tel. 232-47-58.
Madrid, 14, España. Dirección Postal: Apartado de Correos 5056, Madrid, 5 - España.

ISBN: 84-85272-27-7.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal: M. 20.111-1978.
Impresores: Graficinc, S. A. Eduardo Torroja, 8. Fuenlabrada. Madrid.

textos

Agustín Olavarria: <i>Inevitable universo</i>	149
Fernando Quilodrán: <i>Poemas</i>	153
Mauricio Redolés: <i>Poemas</i>	157
Omar Saavedra: <i>Viernes con Bach</i>	161

documentos

<i>Un pueblo en el combate</i> (Llamamiento de los intelectuales comunistas chilenos)	177
---	-----

los libros

<i>La poesía de Raúl Barrientos</i> (Humberto Díaz Casanueva)	190
<i>Estado y sociedad en América Latina</i> (Augusto Pérez Lindo)	192

tribuna

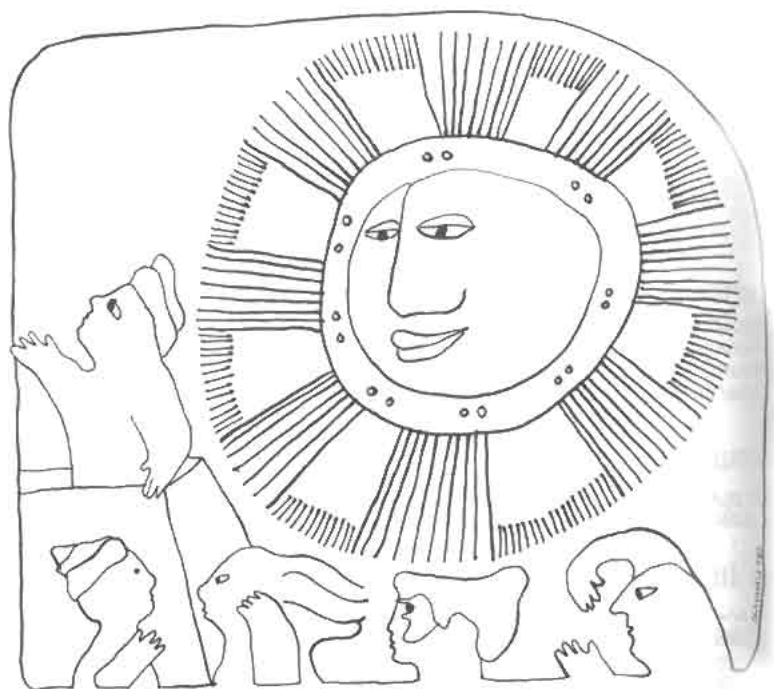
<i>Marxismo, religión y ateísmo</i> (cartas a la redacción).	195
--	-----

crónica

La Iglesia en Chile, una iglesia mártir (Alberto Iniesta), pág. 40. *Penúltimo tango en París* (Luis Bocaz), pág. 143. *Adiós, Raúl* (José Miguel Varas), pág. 171. *Correo de la poesía* (Omar Lara), pág. 202. *Varia Intención* (Mercedes Sosa vuelve a Tucumán - Solidaridad griega con el pueblo de Chile - Breves), pág. 207. *Textos marcados*, pág. 215 .

INDICE GENERAL (año 1982, N° 17 al N° 20)	221
---	-----

Las portadas reproducen los cuadros *El mirón* y *Paseo de los artistas*, del pintor Jaime Azócar. Los dibujos interiores son de Agustín Olavarria.



El exilio "desde el otro lado del espejo", reza el título de uno de los artículos de este número. El exilio —nosotros lo hubiéramos querido— (el exilio chileno) examinado como fenómeno que llega a su fin, o como algo que se está quedando definitivamente en el pasado. ¿Puede pensarse ya en ello como de algo que se quedará pronto en el pasado? Nada más lejos de nosotros que pretender incurrir en la fácil tentación de la profecía. Pero múltiples hechos señalan que Pinochet tiene —ahora sí— sus horas contadas.

Muy lejos de nuestro ánimo, también, imaginar soluciones fáciles, sin desgarramientos, sin un largo y seguramente doloroso parto que alumbrase las vías hoy momentáneamente extrañadas. El fascismo (se afirma en el documento *El pueblo en el combate* que publicamos más adelante) ha significado "la máxima ruptura con la historia y la cultura de Chile". Y de esa destrucción moral y material sin precedentes, de ese corte que quiso borrar de la memoria colectiva su noción de dignidad y el recuerdo de sus tradiciones mejores, de ese trauma terrible no podremos salir de la noche a la mañana. Entre otras cosas, porque se trata no sólo de desplazar a Pinochet (y de darle su merecido), sino de "derrocar al fascismo y generar un poder democrático y popular que garantice los derechos de todos los trabajadores, entre ellos los de la cultura".

En esa lucha está, casi resulta innecesario decirlo, la revista *Araucaria*, que comparte otra afirmación del documento mencionado, cuando dice que "el derrocamiento de la tiranía" es "el principal acto cultural que hay que realizar en nuestro tiempo".

Hemos aprendido mucho estos años, y quizás podríamos decir —parafraseando a las "Madres de Mayo" argentinas— que esta década "nos ha parido" en muchos sentidos. Porque es un período en que hemos procurado convertir la derrota en ejercicio de búsqueda, de aprendizaje y de maduración. Así querríamos efectivamente que fuera, para poder ser más útiles a nuestro pueblo en este proceso que si no es, quizás, inminente, se divisa al menos bastante próximo.

de los lectores

UN LECTOR QUE NO SE MUERDE LA LENGUA

Cumplo un viejo deseo: escribirles para contarles que leo siempre *Araucaria* con un gran placer y con mucho interés. Creo, sinceramente, que es una gran revista y que se ha ganado ya un sitio sólido en la historia cultural chilena, no sólo la del exilio. Cuando pasen estos tristes años del fascismo, estoy seguro que esto se hará más claro, se apreciará mejor, y *Araucaria* aparecerá nitidamente como una de las realizaciones más valiosas de este período, no sólo por su calidad, sino por el papel que ha jugado y juega como herramienta aglutinadora de la emigración chilena. Y porque nos ha abierto hacia América Latina.

Leí el N° 19. Me gustó y quiero darles algunas opiniones detalladas. Me impresionó mucho el artículo preparado con los extractos de la carta de ese científico chileno que escribe desde Santiago, adonde acaba de volver, y que ustedes publican con el nombre de "La resolución de la nostalgia". Es de lo mejor y más profundo que he leído sobre el tema. Interesante el artículo "Guatemala: las líneas de la insurrección popular". Informativo, además, aunque hay algo que considero erróneo. Dice: "... Guatemala juega —económica, geográfica y políticamente— un papel determinante en América Central". La verdad es que aquí, en Costa Rica, no se nota para nada la presencia de Guatemala. Lo que cuenta en este país, en términos económicos y políticos, es la influencia: 1° de Estados Unidos, 2° de México y 3° de Venezuela. Y, por el otro lado, de Nicaragua y Cuba.

"Ser joven en Chile", II parte. Es un buen trabajo, pero me pareció más interesante y amena la primera parte, la del N° 18. "Recabarren, su legado": bueno el contenido, pero un poco oscura la redacción. Sobre la fecha de fundación del P. C. yo tengo mi propia opinión: creo firmemente que la fecha "verdadera" es la de 1912, cuando se fundó el Partido Obrero Socialista. Interesante "Chilenos en Mozambique" y también "La sabiduría campesina y popular chilena del siglo XX", que es además muy novedoso. En el primer caso, comparto plenamente lo que se dice en la nota de presentación del artículo acerca de la necesidad de recopilar, recoger toda la inmensa actividad, vida, acción, sufrimientos, alegrías, trabajo, etc., de los chilenos de la diáspora.

Menos entusiasmo siento por los trabajos de crítica literaria, aunque reconozco que "La literatura chilena en el contexto latinoamericano" tiene apreciaciones valiosas. El ensayo sobre Droguett me convence menos, porque creo que este novelista ha publicado también libros muy malos, como *100 gotas de sangre* y *200 de sudor* (no me acuerdo si el título es exactamente ése). El trabajo de Skármeta me desconcierta un poco. No comparto sus opiniones más o menos despectivas sobre la crítica literaria de izquierda de otros tiempos; creo que es un error plantear las cosas de modo que aparezca como si sólo ahora, después del golpe, es posible hacer una novela "comprometida con la revolución" (para decirlo de alguna manera). Estoy lejos de pensar que antes no haya habido nada o que lo que se ha hecho no tiene ningún valor.

La "Cronología histórica y literaria" es muy valiosa y útil, aun si se le pueden reprochar algunas omisiones, cosa inevitable en este tipo de trabajos. Personalmente, echo de menos la mención de los *Recuerdos de 30 años*, de José Zapiola.

Me gustaron también los cuentos. "El hombre que perdió la lengua" logra hacia el final, una emoción y una tensión muy impactantes, y "Aviso económico" es una agradable sorpresa.

Bueno, sería largo continuar y no quiero aparecer latero. Pero creo todo lo demás es también muy interesante. Las notas de "Crónica", los comentarios de lecturas. Los "Textos marcados" me parecen un verdadero acierto. Hay un criterio de selección que revela una lectura perspicaz de la prensa chilena, y los títulos están muy bien pensados, con picardía y sentido del humor.

Me gustó también la portada de los caballos, aunque es notorio que la calidad de la impresión es inferior a la de la fotografía, que es excelente. (La portada posterior, en cambio, la encuentro un poco recargada plásticamente y cae en el "horrorismo".) Buenas, en general, las fotos interiores, sobre todo las de rostros; otras son un tanto "inusitadas", lo que no constituye en sí mismo una categoría estética. Me sorprendieron los grabados de Soledad Chuaqui luego que supe que estaban basados en recortes de papel.

Y termino. Con mis felicitaciones. Sigán con una labor que es un legítimo orgullo para los chilenos.

B. Q. (San José, Costa Rica)

CON AFECTO, DESDE SANTIAGO

Les escribo por un motivo muy preciso: deseo renovar mi suscripción a la revista, aunque creo que muy pronto *Araucaria* se podrá editar acá, porque las cosas están sucediendo vertiginosamente y, según se ve, en los próximos meses vamos a tener grandes novedades.

Los saludo muy fraternalmente, esperando que pronto estemos reunidos en nuestra Patria.

J. A. (Santiago, Chile)

LA TERCERA ARAUCARIA

Es probable que existan muchas *Araucarias* en el mundo, pero yo conozco sólo tres. Junto a la *Araucaria* milenaria, que se levanta orgullosa en el sur de nuestro país, tenemos la no menos famosa *Araucaria* parisina-madrileña, que nos visita regularmente cada tres meses y que nos habla de la cultura chilena y latinoamericana de aquí y de allá. Sin embargo, existe una tercera *Araucaria*, que no es tan conocida como las dos anteriores, que canta, y muy bien, y que lleva con dignidad el nombre de sus dos famosas antecesoras; nos referimos al conjunto folklórico "*Araucaria*". Nacido en febrero de 1980 en la ciudad de Essen, República Federal Alemana, el conjunto ha alcanzado en corto tiempo un gran nivel de calidad y se ha transformado, sin lugar a dudas, en uno de los mejores exponentes de la música latinoamericana de este país.

Está integrado por dos chilenos, Eugenia Caro y Víctor Tapia; un argentino, Aníbal Bresco, y un uruguayo, Walter Seruga.

Lo esencial del trabajo de *Araucaria* es el estudio y difusión de la cultura de los pueblos latinoamericanos (costumbres, música, poesía e historia) a partir de sus formas más tradicionales, y transitando por el vastísimo repertorio que su música popular ofrece, mediante la búsqueda de un lenguaje propio.

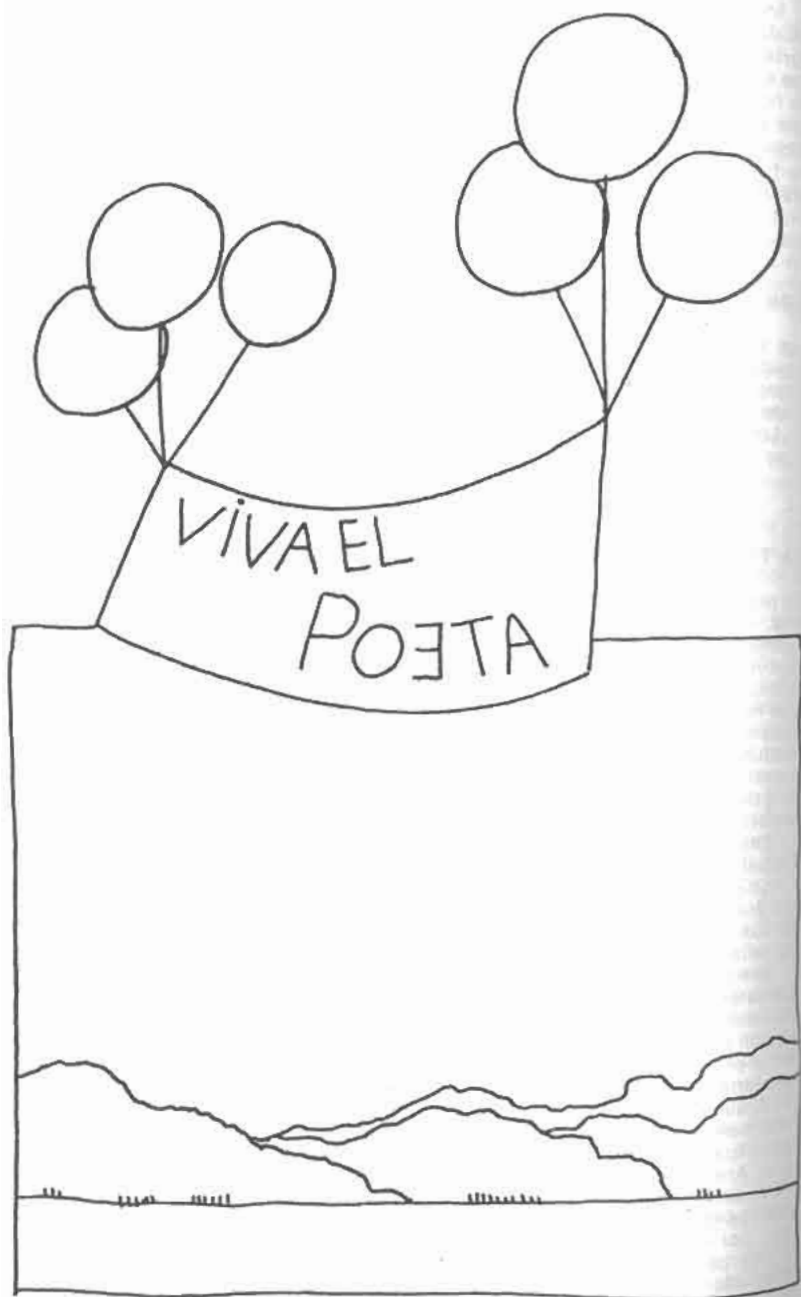
Hitos importantes de su desarrollo artístico han sido los recitales en la Universidad de Duisburg, en la ciudad de Langenfeld y en la Volkshochschule de Essen, como también su participación en la fiesta de la Municipalidad de Essen. A todo esto, habría que agregar el exitoso recital ofrecido por *Araucaria* en el programa "Matinee der Liedersänger", transmitido por la cadena radial alemana WDR (West Deutscher Rundfunk) a toda la República Federal.

Araucaria ha realizado, con mucho éxito, giras por el Sur-Oeste de Francia y —al momento de escribir estas líneas— está por iniciar una tercera gira al país galo, que incluirá entre otras ciudades, la capital francesa. También en este año, *Araucaria* realizará una gran gira por Latinoamérica.

Araucaria ha grabado ya su primer LP, donde al lado de canciones de autores consagrados se incluyen obras originales, como "Romance del regreso", por ejemplo, de Walter Seruga.

Me pareció que esta información podía resultar interesante para ustedes, más allá de este fenómeno de multiplicación del nombre de nuestro pino araucano.

César González (Bonn, R. F. A.)



Oficio de vivir y de morir en la poesía

VOLODIA TEITELBOIM

1

Alberti

El día en que el poeta Giuseppe Ungaretti cumplió 80 años, Rafael Alberti dijo en Roma que veía siempre en él una calle con sol.

Valgámonos de esa imagen suya para una autodefinición de Alberti el día en que también cumple 80 años. Un hombre que es una calle con sol. ¿Un sol sin barreras? No. El frenesí reconoce en él la medida ordenadora, porque se trata de un soñador capaz de poner límites a su propio delirio.

¿Cómo podría caracterizárselo? Quizá por su apetito, su sed infernal o celestial de vivir. Hambre, no glotonería de vivir. Es la imagen del amor a la vida, sabiendo que hay cosas que hacen la vida difícil. "Oh, cuánta angustia, qué remordimiento —vivir sólo un minuto— sin hacer nada por parar la muerte...".

En homenaje a este poeta de la vida, festejando sus 80 primaveras, se han celebrado muchos actos en el mundo. Para citar dos esquinas de Europa: en Madrid y en Moscú. Acaba de visitar la capital soviética, como hace casi cincuenta años, cuando vino por primera vez, como un muchacho, el de entonces, sólo que ahora con melena blanca. Como antaño sus ojos miran más lejos que sus ojos. Anduvo unos días junto al Teatro Dramático Nacional de España, a la

compañía encabezada por Nuria Espert, que puso en escena no *La Gallarda*, *El hombre deshabitado* o *Fermín Galán*, *El Adefesio*, o *Noche de guerra en el Museo del Prado*, en fin, alguna pieza suya, sino un drama de García Lorca, *Doña Rosita, la soltera*.

Así es Rafael, el poeta andaluz que cede el paso al otro poeta andaluz. Alberti es una fiesta. Pero García Lorca era dos fiestas. Rafael así lo reconoce y escribe cuando le declara al bailarín Antonio Gades: eso yo, bien lo sé yo —te lo diría mejor— Federico.

La representación en el Taganka fue estupenda. Allí la *mise en scène* suele producir escándalos, pero ésta es ajena a todo engranaje espectacular. La mitad del público tiene puestos los auriculares para seguir la traducción en ruso. A mí me trae reminiscencias personales bastante lejanas. Vi la obra representada antes, una vez, desde la galería del Teatro Municipal de Santiago, por la compañía de Margarita Xirgu, durante los años de la guerra de España. Cuando escribió la pieza Federico tenía algo más de 30 años. Le quedaba poco tiempo de vida. Y él no lo sabía. Nadie se lo imaginaba. Su genio fue cortado en flor, en el comienzo de la gloria, en el momento del despegue.

El 16 de diciembre, precisamente el mismo día de su cumpleaños, una velada celebrada en la Biblioteca de Literatura Extranjera de Moscú, recordó al poeta que en diciembre del 32, o sea, justamente cuando cumplía 30 años, escribió el "Noticiario de un poeta en la URSS". En el tren los pasajeros conversan. Un joven arquitecto de Nüremberg dice que en la Unión Soviética hay trabajo para todos... Para todos... hasta para los poetas, completó Alberti. Con la ayuda de Fiodor Kélin, traduce entonces al castellano poesías de Blok, Maiakovski, Vera Inberg, Svetlov, Asieiev. Y al ruso algunos poemas de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Federico García Lorca. En ese momento, hace medio siglo, en los escenarios moscovitas se representaban *Fuente Ovejuna*, de Lope; *La Dama Duende*, de Calderón; *La Villana de Vallecas*, de Tirso. Y se leían las traducciones del *Poema del Mio Cid* y *El libro del buen amor*, aparte del *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán. Advierte que los poetas soviéticos conservan aún cierto sentido juglaresco de la poesía. Más que recitar, representan. Para no ser menos, Alberti tuvo que improvisarles una corrida de toros, toreando una silla.

¡Qué cincuenta años ha vivido desde entonces el hombre y el poeta!

Pero ahora regresó rápidamente a Madrid. Tenía prisa. Quería recibir sus 80 años en España. Para él no se trata de admitir a la vieja dama de la vida, sino dejarla esperando en la puerta. Había anticipado a la prensa que el festejo tendría aire juvenil, pues no le gusta que lo traten como "si estuviera a punto de escribir sus Memorias de ultratumba".

Así es este poeta, encantador, por naturaleza y profesión. Los truenos parecen echar abajo el mundo, las procesiones van por dentro, repicando fuerte; pero Rafael Alberti torea a la vida, le hace verónicas, como en aquella corrida de Moscú, hace ya mucho tiempo.

Para mí Alberti es un encadenamiento de secuencias, a través de

más de cuarenta años. Lo vi por primera vez llegar a la casa de Neruda en Los Guindos, después del fin de la guerra de España. Irrumpió como la gracia misma, relator supremo de las anécdotas más deliciosas. Por la noche, en casa del poeta andaluz Antonio Aparicio, nos leyó, no a la soviética sino a la española, *La Gallarda*, tragicomedia de vaqueros y toros bravos, en un prólogo y tres actos, que todavía nunca había sido representada.

Debo decir que entonces la influencia de la poesía española, de la llamada "generación del 27" hacía estragos en Chile. Nicanor Parra, que aún no había descubierto la antipoesía, imitaba descaradamente a García Lorca, sobre todo, el *Romancero gitano*. Eduardo Anguita no imitaba a Rafael, pero, partiendo de su *Marinero en tierra*, fabricaba unos pastiches perfectos, proclamándolos honestamente albertianos.

Neruda quería que Rafael Alberti se quedara a vivir en Chile. Pero el país, no obstante sus autoleyendas hospitalarias, que forman parte de la mitología criolla, no le dio ninguna posibilidad de trabajo, y él prefirió Buenos Aires. Vivió en Argentina más de 20 años de exilio.

Me he topado muchas veces con él en Europa, sobre todo en Italia. Lo he visto con el pie en la pisadera del automóvil que debía conducirlo a Bologna para participar en un acto de solidaridad con el pueblo chileno. O en el Palazzo Vecchio, de Florencia, cuando ilustres ciudades y ciudadanos del mundo se reunieron para decir sí a Allende y a Neruda y no a Pinochet.

Pero fue una noche en Roma, en la casa de un pintor español, atestada de telas hasta el techo, junto a compatriotas suyos que venían de un país en que Franco largamente agonizaba, donde creo que lo vi más que nunca personificando el gracejo, la grandeza, la fuerza, el genio de España, hablando de dos de sus grandes amigos: Pablo Picasso y Federico García Lorca. En sus visitas al pintor, que escribe como recuerdos para agregar un día a ese primer tomo de su fresca autobiografía *La arboleda perdida*, lo ha recordado como escribiendo notas de un diario. Las conversaciones entre ambos eran siempre "locas y deshilachadas". Le oigo remachar, de cuando en cuando, casi obsesivamente: ... porque nosotros somos andaluces... Picasso, dice Alberti, mamó de Andalucía hasta casi los diez años. Yo, hasta poco más de los catorce. Toda esa claridad, locura, gracia, pasión, arrebató, arbitrariedad, esa chufra y burla violenta se las debe Picasso, sin duda —y esto ya se ha dicho— a su infancia malagueña. Como yo —y perdón por este paralelo que establezco con él— le debo al mar de Cádiz toda la substancia de mi poesía.

Alberti, hombre de dos amores. Pintor que se entregó a la poesía, se convirtió en poeta de la pintura. Orellana 1970 (pintor nacido en Chile), es para él "terrible extraño hoy. Y la angustia, señor, puesta al día".

A pesar que ha cargado montañas sobre sus espaldas (entre otras la guerra de España y 39 años de destierro), no tiene nada del poeta maldito ni nada del poeta bendito. Comunista durante más de 50 años, esto lo ha vuelto más rico, un rico con columna vertebral, un

rico sin dinero, pero orgullosamente fiero de su dignidad y consecuencia personal.

Las dictaduras son especialistas en matar, encarcelar o desterrar poetas. Solía encontrarse, abrazarse, bromear, conversar con uno que era estrictamente su contemporáneo, nacido en el mismo año, en el mismo mes. Y que ahora cumpliría 80 años casi junto con él, sólo con una semana exacta de diferencia. Cumpliría, porque hace tiempo que murió. Fue condenado a 28 años de prisión. Durante la mayor parte de su vida su ración fue calabozo y exilio. Dijo desde el fondo de su celda solitaria: "Estar cautivo no es la cuestión. Se trata de no rendirse. Eso es todo". El poeta preso, después exiliado, un gigante de ojos azules, solía encontrarse con el poeta español del largo destierro. Y reían a carcajadas, hasta las lágrimas. Se contaban historias, porque eran dos fábricas de alegría, el turco Nazim y Rafael, el andaluz.

Es un hombre de una claridad que llega hasta la transparencia este Rafael, poeta preciso y no poeta lineal. Esa noche lo vi teatral, en el sentido de la representación del mundo, de los personajes, de sus emociones y sus historias. Ese don natural de la actuación escapa al cliché, a toda vulgaridad. Lo que cuenta tiene siempre una rara mezcla de eficacia y misterio. Parece que jugara y no jugara. O es de los que juegan seriamente. El poeta inquieto, con algo de niño apurado. Lleno de vibrante amor por la vida, fuerte como para vencer todas las desesperaciones, su poesía tiene una intensidad, un salvajismo púdico. Es carnal, clarividente, luminosa y sutil. Se establecen las fronteras donde la realidad colinda con el sueño, nunca encerradas en sí mismos, sino en correspondencia abierta. Manejador del sortilegio, Rafael Alberti es un espectáculo de la poesía y de la historia española del siglo XX. Su connivencia con los sucesos cruciales es manifiesta. El mismo se ha definido como un poeta con puerta a la calle.

Tener 80 años es tener recuerdos, experiencias, reflexiones. La mitad de la vida —menos uno— fuera de España. "Casi toda mi obra escrita en el exilio", dice en la hora de las rememoraciones.

¡Qué obra caudalosa! Cuando cumplió 70 años incluyó en un libro, *Canciones del Alto Valle del Aniene*, sus poesías anteriores a su libro inicial, *Marinero en tierra*, la que llama su "breve prehistoria". Son versos del año 1920-21. 62 años de poesía, en suma, que avasallan, sin conseguir aniquilar su primitiva "vocación pictórica", aguda y absorbente entre 1918 y 1922. En su tiempo nos sabíamos de memoria algunos versos de *La amante*, *El alba del alhelí*, *Calicanto*, *Sobre los ángeles*. Y como éramos camaradas suyos nos embebíamos en ese libro que intencionadamente titula con las primeras palabras del Manifiesto Comunista, *Un fantasma recorre Europa*. Y luego su elegía cívica, *Con los zapatos puestos tengo que morir*. Cree en la poesía íntima y cree en la poesía de los actos públicos, en la poesía comunicativa, "De un momento a otro" (poesía e historia). Para él la poesía es todo: "Verte y no verte" y "El poeta en la calle", con un "Homenaje popular a Lope de Vega", "El burro explosivo" y "Romance de la guerra de España". Es no sólo la *Cantata de los héroes y la fraternidad de los pueblos*; también habla "De los álamos y

los sauces". Puede resumirse como una trayectoria, como un deambular constante entre *El clavel y la espada*. Viaja entre los dos polos, entre sus delicados *Tres recuerdos del cielo* (homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer) y la *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia*. Va solemne y picaresco de la *Pleamar* a *El ceñidor de Venus desceñido*; de *A la pintura, Poema del color y la línea* hasta las *Coplas de Juan Panadero*. En sus vaivenes de viejo desterrado camina desde sus *Buenos Aires en tinta china*, a los *Retornos de lo vivo lejano*. Fluctúa pensativo entre las *Baladas y canciones del Paraná* a *Los viejos olivos*. Musicaliza la poesía con la *Invitación al arpa* y la cotidianaiza en *Versos nuestros de cada día*, el último libro de Alberti. Según el autor éste se compone de poemas muy breves, que tienen mucha cosa autobiográfica. Es un libro —confidencia— que iba haciendo mientras recitaba con Nuria Espert por todo el mundo. "Es de mucha intimidad, de muchas sensaciones, de aire, porque he volado tanto... Hay muchos poemas al aire, del que yo creo se ha hablado muy poco".

Siempre lo rondan sus amigos muertos, todos. Y lo obsede esa irremediable mirada retrospectiva. Indudablemente, dice llamándose a la filosofía sobre el pasado imperfecto, no fue muy grata la guerra y que el régimen del general Franco durara tantos años. Todos los del exilio vivieron años amargos, aciagos, inciertos. Algunos —opina— tuvimos la ventaja de caer en América Latina. El lenguaje era el mismo y los editores también de lengua española. Se puede decir *casi* que yo salí adelante con la emigración, con la llegada a Argentina. El *casi* es grande. Buenos Aires, en ese tiempo, era una de las capitales editoriales de nuestro idioma; pero el régimen político, con pequeñas pausas, pasaba de dictadura militar a dictadura militar.

De Argentina se fue a Italia. Tal vez lo llamaba su apellido Alberti, la mitad o un cuarto de su sangre. Quizá lo atraía la vecindad lingüística. Seguramente lo seducía la plenitud romana, la Italia antigua y moderna, los aires maravillados, por donde pasaron las grandezas del mundo occidental y también el Buco —la gatita romana de nombre masculino—, los pueblos de viejos campesinos que arañan en las laderas de los montes, mientras ven irse lejos a los hijos. Allí reinventó paisajes. España era su reminiscencia. Recordó a Federico, yendo por la calle del Pinar, para verlo en la Residencia. Llamó a la puerta de su cuarto. Pero él no estaba. En los montes del Aniene, llamó a sus ramas con el aire. El sí estaba. "Soñar un sueño fue nuestro destino. Mas ¿quién puede ya hoy ni hasta soñar que está soñando un sueño?".

Volvió a su tierra. Era el retorno del poeta por excelencia. Fue elegido diputado. Después no quiso permanecer en el Congreso. ¿Para qué? ¿Por qué? Por la exigencia de la poesía. De regreso en su propia patria le han seguido cobrando caro por su proclamada, antigua e indeclinable filiación comunista. "En algunos aspectos —acaba de decirlo— ha habido conmigo discriminación política. Y lo lamento, aunque yo tampoco divido la literatura en premios. Sería absurdo pensar que la literatura se pueda mirar como la historia de los premios. Me parece estupendo —prosiguió— que se les reconozca

los méritos a muchos amigos míos. Casi toda esa generación del 27 tiene todos los premios habidos y por haber, pero yo, que soy del 27, no tengo nada...". Nada en España. No es profeta para los que disciernen diademas y dineros en su tierra madre. Recibió el Premio Lenin, laureles en Italia, en otras naciones, pero en su país de origen no, a pesar que en opinión de muchos es el más grande poeta español viviente. ¿Razón o sin razón? Esa enfermedad mental del siglo XX que se llama el anticomunismo.

No es que él ande buscando honores, distinciones, reverencias. Le ofrecieron ser de la Academia Española. Y lo rechazó clara, cortés y explícitamente. "No me siento dentro de un organismo como ése, donde la gente es muy estudiosa y se reúne organizadamente para dilucidar una serie de temas y cosas que yo, por lo general, ignoro. Soy un autodidacta. Tengo una formación completamente callejera. No tengo ni el bachillerato. Y no me siento muy académico que digamos".

A fines de 1977, Rafael dibujó en una obra suya una paloma no picassiana, sino albertiana y me dedicó un libro bilingüe, con su "vieja amistad". ¿Qué libro era? *Chile en el corazón*. Como todos advertirán le devolvía la mano a Neruda por su *España en el corazón*. Son versos escritos en pocos días, después del golpe. El 20 de octubre del 73, a menos de un mes de la muerte de su amigo, da en Florencia una conferencia sobre Pablo Neruda, poblada de recuerdos de él y de Chile. En los viajes a nuestro país la invitación parte de la Universidad. Neruda, en el *Canto General*, evoca la impresión que le causó a Alberti ver el estado miserable en que vegetaban los héroes de su compatriota el poeta Ercilla, los indios araucanos. En sus memorias deja constancia que conoció a Rafael Alberti en las calles de Madrid con camisa azul y corbata roja, que su poesía tiene un copo de nieve de Góngora, una raíz de Jorge Manrique, un pétalo de Garcilaso, un aroma luctuoso de Bécquer. *Cile nel Cuore*, con una sabia introducción del latinoamericanista italiano Ignazio Delogu, incluye el texto íntegro de Alberti, "Mi hermano Pablo Neruda", y luego sus versos, "Después de tantas cosas". Poesía de la fraternidad que alcanza "Al Presidente de Chile Salvador Allende", y dibuja un sarcástico autorretrato ficticio de Pinochet.

Son páginas para la prosecución de *La arboleda perdida*. De ella (toda su vida, toda su obra) seguramente vale la pena recuperar hasta la última hoja.

2

Aragon

El Presidente de Francia, François Mitterrand, dijo que Louis Aragon forma parte del siglo, del cual vivió hasta el fin sus dolores y sus esperanzas. Bertrand Poirot-Delpech lo llama "el loco del siglo".

Pero, ¿cuál es la opinión de la gente común, expresada cuando el cortejo, con su ataúd amarillo, en una suave mañana invernal, a fines de diciembre de 1982, atraviesa París, desde la rue de Varenne, donde murió, pasando por el Pont Royal, la Opera, las calles Lafayette y Louis Blanc? Una muchacha de boina roja se inclina sobre el catafalco en Place Colonel Fabien y lo resume a la luz de sus ojos: "Habló del amor. ¿Qué me interesa de él?: su evocación de la mujer". Un obrero español de 35 años que trabaja en la construcción, por su parte, murmura: "Es un pedazo de nosotros. Tengo presente lo que hizo durante la guerra de España". El deportado a un campo de concentración hitleriano compendia lo suyo en cuatro palabras: "Aragon era la paz". Un argelino de 30 años: "Lo que cuenta para mí es lo que hizo como militante, como poeta".

Un enorme retrato con su cabeza nevada cuelga sobre el muro de la casa de cristal que edificó para el Partido Comunista francés Oscar Niemayer —el mismo que diseñó Brasilia en el corazón de Goias, para que fuera la nueva capital de su país. Mantiene el gesto más allá de sus días. Contempla sus propios funerales como si fuera un extraño. Hay en su mirada de la foto una expresión interrogativa, lúcida, de observación alerta, no exenta de la distancia desconcertante que imprime la inteligencia con un matiz perceptible de ironía y ese destello de humor tan característico, como diciendo: "Ustedes me están despidiendo. Y yo estoy aquí". No parece impresionarlo el crespón negro que circunda su imagen ni que su nombre sea un lugar común, aunque muchas veces recordó lo que dijo Elsa: los muertos no tienen defensa.

La multitud callada ocupa toda la plaza de Colonel Fabien y la avenida Mathurin-Moreau. Una muchacha toma del brazo a su amigo. Trata de condensarlo en dos frases: "Era un artista. Alguien, algo que estremece".

¿Nosotros los chilenos, los latinoamericanos, nos quedaremos en la lectura unilateral y secundaria, nos interesará ese alguien, ese algo, Aragon, en atención a sus alusiones —por lo demás accidentales— a nuestro país y continente, o por la "Elegía a Pablo Neruda", a primera vista enigmáticamente escrita ocho años antes de la muerte del poeta? Ese misterio lo aclara la rica historia sísmica de nuestro país. En *El argumento del poema*, publicado por Gallimard, Aragon explica que en la primavera de 1965 hubo en Chile un terremoto que arruinó la casa de Pablo Neruda a orillas del Pacífico. En verdad éste tenía dos casas en la playa. La Sebastiana, en el cerro Bellavista, de Valparaíso, en efecto fue seriamente dañada. Cayó la chimenea de ladrillo que se alzaba demasiado impertinente, con pretensiones de Torre de Pisa, por los ventarrones del cielo porteño, sobre un suelo tembloroso, alborotado.

¡Abajo el sistema de trueque pueril del "¿qué dijo de mí?" para decir, a mi vez, algo sobre él! La amistad Aragon-Neruda no estaba hecha con menudencias de campanario ni complicidades de egolatría. En *Confieso que he vivido* Neruda dibuja su retrato instantáneo: "Aragon es una máquina electrónica de la inteligencia, del conocimiento, de la virulencia, de la velocidad elocuente". Confía que tras

algunas horas de conversación con él salía agotado, porque ese diablo de hombre era exigente: lo obligaba a pensar. Las palabras eran para él herramientas de trabajo; pero también navegantes de los descubrimientos, buzos que nadan tras los secretos submarinos, reflotando lo que está oculto. Rememora su capacidad increíble de trabajo y de organización, preparando en el París de 1937 el Congreso de Escritores Antifascistas que se celebraría en Madrid. Lo colmaba de asombro verlo dictar multitud de cartas, recordarlas, sin que se le escapara el más mínimo detalle. Y después de trabajar largas horas en esa tarea, escribía extensos libros en prosa y su poesía, que, a juicio del chileno, es la más bella del idioma de Francia. Lo veía, además, corregir pruebas de traducciones que había hecho de rusos e ingleses. Un ser portentoso; Rimbaud decía algo que le es aplicable: el poeta es verdaderamente un ladrón del fuego. Cuando estalló la segunda guerra y se desencadenó la represión anticomunista, Neruda refugió a Aragon, junto con Elsa Triolet, su mujer, en la Embajada de Chile. Lo buscaban para matarlo. El perseguido a muerte respondía como sabía hacerlo, pasaba las noches y los días escribiendo. Allí, en la Embajada, terminó su novela *Los viajeros de la Imperial*. Luego, vestido de uniforme, se dirigió al frente. Participó en las dos guerras contra los alemanes. Este poeta que combatió por la paz tuvo medallas militares, para empezar, la Cruz de Guerra, concedida en agosto de 1918. Años después vino la vuelta de mano. Cuando Neruda, en tiempos del hallalí de González Videla, tuvo que salir clandestinamente del país, sin papeles, en París, Aragon, Paul Eluard y Picasso lo ayudaron, y el entonces embajador de Guatemala Luis Cardoza y Aragon le extendió una documentación. Ambos fueron durante largos años miembros del jurado del Premio Lenin de la Paz. Cuando en 1971, una radio de París lanzó un flash anunciando que el Premio Nobel había sido otorgado al poeta chileno Pablo Neruda, como por encanto apareció Aragon dando gritos de alegría, con su elán impetuoso, Aragon el poeta que merecía como el que más ese laurel que nunca le concedieron.

Alguien ha dicho que intentar una imagen, un testimonio integral sobre un hombre que fue como una bestia legendaria, incesante y vertiginosa de la creación literaria y de la acción, que vivió a toda máquina cuanto va corrido del siglo XX, sólo podría conseguirlo un sintetizador último modelo.

¿Períodos fundamentales de su vida, rasgos sobresalientes, etapas cardinales? Se cita el surrealismo de los años 20, al novelista realista de los 30, al poeta colores de la Francia de los años 40, al autor de *Los comunistas*, al que cantó a una mujer de nombre Elsa con una persistencia, variedad y riqueza de modulaciones casi sin parangón en la literatura.

Solía yo verlo en congresos del Partido Comunista francés, respecto del cual conjugó todas las variaciones de la palabra *fidelidad*. Era un hombre enjuto que producía naturalmente sensación. Poseía prestancia física, cierto aire ceremonioso que suelen tener algunos franceses, gracia, expresión, la fuerza del idioma (que sabía también ser latigazo), la desenvoltura de la inteligencia, personalidad que

algunos sostenían lindaba con la insolencia. Pues ese hombre hecho de pies a cabeza de puras aparentes finuras manejaba la violencia contenida del pensamiento, la punta afilada del espíritu. Hablaba con todos sus ojos azules. Se veía que su cerebro estaba siempre en funciones, trabajando a alto voltaje. Su mirada era penetrante. Tenía algo de "charmeur" y de preciso. Una sonrisa acogedora. Inclínaba la cabeza y comenzaba a hablarme de su amigo Neruda, desarrollando la teoría que los poetas como ciertos insectos poseen antenas y perciben lo que va a venir, sensibles a lo que flota en el aire.

Alguna vez viajamos en el mismo avión. Iba con Elsa. Me llamó la atención lo que se me convirtió en una lección de laboriosidad o en la prueba de la vocación irresistible: escribía poesía a diez mil metros de altura. Y cuando la escala se prolongó sacó tranquilamente su libreta y siguió cumpliendo con su oficio de escritor.

Manejaba la paradoja. Y ésta se dio en su vida desde el primer instante hasta el descaro y el folletín a lo Sue. Cuando nace, el 3 de octubre de 1897, en París, él naturalmente no sabe que es hijo ilegítimo. Quien lo sabe es su padre, el prefecto de policía Andrieux. No lo bautiza con su apellido, pero en cambio le prodiga varios nombres, Louis-Marie, Antoine, Alfred y, además, generosamente, un pseudónimo que dará la vuelta al siglo y al mundo: Aragon. Hay otro secreto más en su nacimiento: su madre lo hace pasar por su hermano menor. Por tanto, sus dos tías públicamente se declaran sus otras hermanas. Tiene, pues, una entrada a la vida llena de simulaciones del ambiente pequeño burgués, que, como se ha subrayado, lo preparó para jugar a las máscaras, a los espejos, a los misterios, a las extrañezas, a las ficciones de la realidad y a la realidad de la ficción.

Escritor nato, componía historias orales antes de aprender a leer. Este hombre, que es autor de un libro llamado *Yo nunca aprendí a escribir*, fue niño prodigio, precocidad absoluta. A los cuatro años compone el primer acto de una tragedia: *Los hijos de Cleopatra*. A los nueve años había pergeñado, según el método parlante (su lenguaje hablado le durará toda la vida), 60 novelas, fabulaciones de un niño con los ojos ávidos y los oídos abiertos. Y las llama novelas, porque así denomina su madre a los tomos que lee de *Los Rougon-Macquart*. Pero su ley es el cambio. Mucho más tarde escribía que para él "novela es una máquina que muestra cómo funcionan los cerebros". Cansado de Zola, decidió entregarse a la poesía. A los trece años, imitando a Nick Carter, después de haber leído todo (son sus palabras) escribe *Telemarque*.

Su estreno poético es *Fuego de alegría*, que contrasta en casi todo, a partir desde el título, con otro libro de poesía, *El cementerio marino*, que aparece por esos mismos días, de Paul Valéry, un poeta que figura en la lista surrealista de los que no se deben leer, junto a Claudel, Mistral, D'Annunzio, Rostand, etc.

La primera novela que publica es *Aniceto o el panorama* —antinovela de los años 20, la novela que desmitifica la novela— por los tiempos en que Tristán Tzara lanzaba en Suiza su movimiento Dada. Aniceto habla del nacimiento del Partido Comunista francés en Tours. Al año siguiente, como desprendiéndose de una etapa, escribe

un libro de poemas que vale por una autodefinición personal, *El movimiento perpetuo*.

Meses más tarde aparece la prosa de *El campesino de París*, arquetipo de la novela surrealista, que leíamos atónitos en un remoto Santiago provinciano, el aldeón de aquel entonces. Días de hallazgos, *Nadja*, *Veneno soluble*, *Los vasos comunicantes*, donde Bretón sostenía que el poeta futuro debe superar la idea deprimente de un divorcio irreparable entre el sueño y la acción. Leíamos a coro *Unión Libre*, "la mujer mía tiene ojos de agua para beber en prisión". Bretón cita a Marx: transformar el mundo. Invoca a Rimbaud: cambiar la vida. Y Aragon, siempre punzante, sostiene que "el vicio llamado surrealismo es el uso regulado y pasional de aquel estupefaciente que es la imagen".

Todo esto lo tomamos como un mensaje enviado desde París a Santiago, especialmente para nosotros, que amábamos la rebelión. Nosotros, los lectores de Lautréamont, de los *Cantos de Maldoror*, "no sabíamos que el mal que el hombre ha hecho no puede ser deshecho".

Queríamos —como Aragon— abatir la hegemonía intelectual de la burguesía, entrar en contacto con la masa proletaria. Vivíamos el *vértigo de lo moderno*. La *Antología de poesía chilena nueva*, del 35, es expresión de ese estado de espíritu, no ajeno al nihilismo pasajero de entonces, que creíamos antesala de la Revolución. La experiencia de lo cotidiano, como un camino hacia la experiencia de la Revolución. "Lo maravilloso —decía Aragon en el *Campesino de París*— es la contradicción que aparece en lo real. No hay amor sino en lo concreto... Lo concreto es lo indescriptible".

Para Aragon la dialéctica es un gran aparato productor de maravillas, que contra el desencanto universal, propone el triunfo final del principio de lo útil.

Aplicábamos a la cruel pseudoaristocracia vitivinícola, a la titubeante burguesía chilensis de hace medio siglo, lo que Aragon decía en su *Paysan*, sin circunloquios, más allá de las fórmulas de novela cortés o de los ademanes gentiles.

En su *Tratado de estilo* sostiene, provocativo, que los franceses tienen el corazón demasiado mal puesto para que sea posible hablarles de estilo. No os escucharán. De estilos saben lo que es el Luis XV, el Luis XVI, el Imperio. Su literatura no sale del faubourg Saint-Antoine. Escriben muy mal.

Nuestra Antología del 35 fue saludada en los diarios no con hermosas salvas de artillería, sino con bombas pestilentes, disparadas por Alone. Aragon hablaba por nosotros, ocho años antes. "Hay que subrayar que mi precedente obra maestra, quiero hablar del *Paysan de París*, no ha recibido de la prensa el género de aclamaciones, de hurras, de estímulos, en una palabra que tenía derecho a esperar, tomando en cuenta sus bellos colores y el perfecto funcionamiento del ascensor y las precauciones oratorias".

En 1924 Aragon es un surrealista que lee a Marx, Engels y Lenin, junto a Freud. Se interesa por todas las experimentaciones. ¡Muerte a la lógica aristotélica y cartesiana! ¿Qué son los sueños? ¿Por qué no

intentar por un momento la escritura automática, la asociación libre de ideas, la hipnosis, el delirio? ¿Por qué no volver los ojos a las culturas primitivas? ¿Por qué no declararse turulatos ante el arte africano?

En compañía de Breton, Eluard, Buñuel, Péret, adhiere al Partido Comunista en 1927, un 6 de enero —Día de Reyes, subraya maliciosamente—. (Yo que era un surrealista.) Muchos entran y salen. Aragon permanece en él hasta su muerte.

Vive una grave crisis personal, derivada de la tormentosa relación amorosa con Nancy Cunard, *femme fatal* del ambiente artístico de los años 20. Dentro del torbellino intenta el suicidio en Venecia. En otra actitud de autoinmolación destruye 1.500 páginas de su obra *La defensa del infinito*. Pero no se fulminará a sí mismo. Su instinto vital es demasiado fuerte. Se librará de esa mujer a través de otra mujer que aparece salvadora, como en las películas o en los cuentos, en el instante más crítico, en *La Coupole*.

El 5 de noviembre de 1928, cuando acaba de publicar su *Tratado de estilo* —juicio ácido sobre la burguesía— encuentra en París a Maiakovski. Al día siguiente a su cuñada, Elsa Triolet, quien cambiará su vida, y con la cual vivirá hasta el fallecimiento de ella, en 1970.

Tal vez refleje algo de su estado de espíritu de entonces el libro que recoge sus poemas de adiós al surrealismo, *La gran alegría*, y los versos del *Perseguido perseguidor*, donde afirma que "la revolución marcará en cualquier lugar del vidrio la raya del diamante que separa el mañana del pasado mañana".

Aquéllos son años difíciles, de grandes rupturas y grandes decisiones. En 1930, junto con George Sadoul, que luego será el historiador del cine, participa en la Conferencia de Escritores Revolucionarios en Jarkov y escribe el poema "Frente rojo", que desata hirvientes polémicas y lo lleva a las puertas de la prisión. 1931. Se abre el "caso Aragon". "Un pan de azúcar para mi perro / Un dedo de champagne. Sí, señor, / estamos en chez Maxim's el año mil novecientos treinta. / Se colocan fieltros bajo las botellas / porque su culo aristocrático / no debe chocar con la dificultad de la vida...". Yo canto la dominación violenta del proletariado sobre la burguesía... Esa es su respuesta.

Rompe con el surrealismo. Trabaja como periodista en *L'Humanité*; funda la revista *Commune* con Paul Vaillant-Couturier. Cuando Paul Eluard entrega *La rosa pública*, Aragon publica *Hurra por el Ural* y comienza a pintar un fresco que abarca varios muros, la publicación de su gran ciclo de novelas de la serie del mundo real, con *Las campanas de Basilea* (*El reino de la mujer*, *El porvenir del hombre*); luego, *Los hermosos barrios*. Es delegado al I Congreso de Escritores Soviéticos en 1934 y, junto con Jean-Rochard Bloch, André Chamson y Malraux representa la sección francesa de la Asociación Internacional de Escritores por la Defensa de la Cultura.

Durante la segunda guerra actúa en la clandestinidad. En Saint Donat, La Drôme, escribe "La rosa y la reseda", poemas que pasarán de mano en mano. Publica *Le crève-cœur*, *Broceliande*, *Los ojos de*

Elsa (compraba todo lo que tenía el anagrama E.T.) y la novela *Aureliano*, para rematar con *La Diana francesa*, en 1945. Se convierte en el poeta nacional por excelencia, el cantor de la Resistencia, con el pseudónimo de François La Colère. De 1948 a 1951 compone un nuevo ciclo novelesco, seis volúmenes de *Los comunistas*, conforme a sus concepciones del "Realismo sin fronteras".

Dirige *Lettres Françaises*. Continúa el aluvión ininterrumpido. *Los ojos y la memoria*, poemas. *La luz de Stendhal*, ensayos; *La novela inacabada*.

Una novela, *La Semana Santa*, en 1958, con su héroe, el pintor Gericault, durante los *Cien días de Napoleón*, significa un salto, un cambio profundo. Al año siguiente, sus ensayos *Muestro mis cartas*. Junto con Andre Maurois, entrega una *Historia paralela de los Estados Unidos y de la URSS*. En 1963 publica un libro fundamental, *El loco de Elsa*, poesía; en 1965, *Tiempo de morir*, novela; después otra, *Blanca y el olvido* (rezumando pasión por la lingüística). Y otra: *La mise a mort*, título tomado de un verso de Pasternak, que ha sido traducido libremente de muy diversos modos, desde *La entrada a matar* hasta *La condena a muerte*. Más tarde, en 1971, *Henry Matisse* (o el deslumbramiento de la pintura), novela.

Su obra poética es torrencial. La publicada hasta el año 81 abarca quince volúmenes, entre ellos *Las habitaciones*, *Poemas del tiempo que no pasa*, *Los poetas*. El prosista no es menos caudaloso.

Alguna vez contestó a la pregunta sobre lo que le hubiera gustado ser. Su respuesta no peca de falsa modestia: le hubiera gustado ser el pasado, el presente, el porvenir. Jarry, Apollinaire, Rimbaud, los otros. Era un poeta que quería abarcarlo todo. Y llegó casi a todos, incluso por el camino popularizador de la canción. Brassens ("No hay amor feliz"); Jean Ferrat, Leo Ferré, Philippe Gérard, Agnes Capri. Catherine Sauvage, Marc Ogrét, Hélène Martin supieron decir su don de comunicación. Lino Leonardi está en el adiós. Compuso la música de treinta poemas de Aragon, entre ellos, el provocativo "Afiche rojo". Porque el poeta amaba las provocaciones necesarias. Un asistente a sus funerales señala el otro ángel soberbio de su carácter: resistió a pie junto todas las calumnias. Cuando cantaban ese poema en los cabarets había gente que insultaba, hecho que lo llenaba de orgullo. Fue blanco de mil insidias, de incontenibles ataques. Era un gallo de la pasión. Monique Morelli cantó la "Misa de Elsa" (ella tenía también los ojos fuertemente azules), con la gran orquesta de la Opera de Lyon. En sus exequias, los altoparlantes difunden melodías reconocibles, las canciones del poeta. François Chaumette, de la Comedia Francesa, lee versos del epílogo de su libro *Los poetas*: "Me paro sobre el umbral de la vida y de la muerte, los ojos bajos, las manos vacías. / Y el mar cuyo ruido escucho es un mar que nunca devuelve sus ahogados... / Sepan que siempre el corazón profundo retoma la frase interrumpida... / Hombres de mañana, soplad sobre los carbones. / A ustedes les toca decir lo que yo veo...".

El secretario general del Partido Comunista francés, Georges Marchais, recuerda una frase de Lautréamont, que amaban

surrealistas: "La poesía debe tener por fin la verdad práctica". Este ilusionista de la escritura fácil, que le fluía a mares, lo intentó todo, la suma de las rimas, de los ritmos, prosodias, géneros, estilos, acrobacias, severidades, fantasías, realismos.

No faltan quienes le increpan su fecundidad *sofocante*. Y el mismo reprochador acto seguido la reconoce principesca y relampagueante. Al igual que Hugo, exclama: elegíaco y épico. Literatura grandiosa —cuchichea—. El gran poeta francés del siglo XX.

Concebía la novela como búsqueda constante. El siglo XX —decía— no será solamente el siglo de la bomba atómica, sino también aquél en que la novela no será asunto de algunos hombres, contentándose después de todo con desarrollarla de manera lineal, sino una empresa comparable a la ciencia... Es un hecho de la novela moderna la entrada de la investigación en la novela. Hará novela su relación con el mundo y desmenuzará el mecanismo de una novela de varios espejos, poliédrica, la novela del doble o del triple, la novela dentro de la novela, como el cine dentro del cine, con muchos rostros o géneros, la novela-teatro, confesión, desconfesión, duda-certidumbre, novela de climas, más que de cuentos o relatos breves, género que también explora en su "Mentir-Vrai".

Actor en todos los combates de su pueblo, se compromete en la Resistencia, en las luchas anticoloniales (Marruecos, Argelia, Vietnam). No calla, aunque el agresor sea el gobierno de su propio país, ni en la Guerra Fría ni en la Guerra Caliente.

Sus pasos son sus palabras, sus libros. Por una razón que declara secreta, su poeta preferido tal vez sea Hölderlin. Respondo con mi escritura, afirma enfático.

El poeta viajero que caminaba de una orilla a otra orilla, resumió su vida él mismo anticipadamente como un recorrido parisiense de trescientos metros: nacido en la calle Vanneau, muerto en la calle Varenne, un breve tránsito a pie que hará mil veces el transeúnte sin repetirse jamás, y menos en el último viaje. "Nací a poca distancia / —rememoraba— / sobre la Explanada des Invalides / Moriré en Seine-et-Oise en el séptimo Arrondissement. / Salvo error del destino puedo escoger el lugar del fin / Dios mío, cómo me parecerá larga y vacía esta vida ahora ya concluida. / Tantos pasos para hacer no más de trescientos metros / más bien, menos aún, porque mi madre estaba en rue Vanneau para echarme al mundo. / Y al fin de cuentas habré atravesado cielos y mares en todo sentido / para volver al punto de partida..."

En el último tiempo desarrolló de preferencia el tema de la vejez. Lo rondaba la muerte. ¿En *La novela inacabada* no decía "estos pasos de aquí van para otras moradas. / Yo no tomaré los senderos recorridos. / A Dios gracias, el reposo del hombre es que él muere. / Y el surco nunca vuelve a ver la carreta. / Uno se hace lentamente a esa paz profunda / que avanza hacia nosotros como el agua de una crecida"?

Cuando murió Elsa, cerró su cuarto. Vivía al lado. El viudo concibió el amor también como empecinado compromiso del sentimiento, actitud que no parece de tanta vigencia contemporánea.

Durante la guerra, la ocupación, la clandestinidad, rayó para los franceses al nivel de Victor Hugo. Se ha dicho que jamás ha habido crónica más ancha y fulgurante de una desgracia nacional que la contenida en *Crève-Coeur*. Compartió su inspiración patriótica con el amor por Elsa —largo pretexto y rico fundamento de una reflexión recurrente sobre el sentimiento amoroso— (recuérdese los dos tomos de las *Obras novelescas cruzadas*, de Elsa Triolet y Louis Aragon), y con su fidelidad al Partido Comunista —militante siempre desde el 27—. A estos tres elementos de su existencia los llamó alguna vez su Trinidad.

En 1980 parece despedirse con un libro titulado *Los adioses*, considerado como una canción un poco sorda que lo devuelve a sus primeras pasiones de juventud, como un luchador cogido por la ternura, donde la flor roja se junta con la flor azul. Ahora, el hombre transfigurado de la vanguardia seguía hablando con la fotografía de Elsa (tenía ciento cincuenta en su escritorio), en rue de Varenne 56, una morada con un gran portón abierto sobre un patio solemne de piedra gris, domicilio urbano de Louis Aragon, de quien un miembro de la Academia, Jean D'Ormesson, dijo que era el más grande poeta francés, un novelista de genio, un crítico de primera línea, un ensayista, un polemista sin par, un escritor universal al cual todo le era posible.

Este escritor memorión parecía necesitar los vastos espacios. Porque su propósito era meter el mundo, el hombre, la época dentro de los límites elásticos de su obra. Y lo hizo en muchos casos hasta el detalle. Sus novelas ahondan en descripciones minuciosas, objetivas, materiales: pero también despliegan en toda su anchura el campo de discusión de ideas que han conmovido nuestro tiempo.

Fue un provocador de polémicas de fondo, un incitador a la controversia intelectual, un escritor que pasó la literatura por la política y la política por la literatura. Y no lo hacía de cualquier manera, sino desatando los demonios. Quebrando clichés. Poco antes de morir agregó dos bustos a su escritorio: Balzac y Lamartine. "Nadie habrá sido un más hábil detentor de lo insólito bajo todas las formas", decía a su respecto Andre Breton. Y su otro cómplice en la fundación del surrealismo, Philippe Soupault, treinta y cinco años después de deshecha aquella turbulenta compañía, lo juzga un fenómeno prodigioso, increíble de fecundidad, de virtuosismo. "Lo que me turba más es su lado de historiador —aclara— (no es imaginable que haya podido escribir una novela histórica de 800 páginas —se refiere a *La Semana Santa*— que los historiadores han descortezado sin encontrar un error), yo no puedo compararlo sino al lado historiador de Victor Hugo en *Nuestra Señora de París*. Novela de lienzos pintados con entonación pulcramente vocalizada. "Mi literatura es oral. Simplemente presto atención al hiatus... La diferencia entre la literatura del siglo XIX y XX es la voz", explica Aragon con desafiante aplomo.

Neruda recuerda que un día, en la segunda guerra, él se empecinaba en llegar, bajo el fuego, a un peligroso puesto de avanzada, comandando un destacamento de enfermeros. El capitán, un

Rotschild, se lo prohíbe. Discuten ásperamente. La encendida controversia termina cuando un mortero alemán reduce a escombros la posición a la cual insistía en dirigirse Aragon. "Así —concluye Neruda— se salvó el primer poeta de Francia, gracias a la obstinación de un Rotschild". En Dunkerque, bajo el diluvio de las bombas, se niega a tenderse. No está de acuerdo con su sentido de dignidad. La poesía debe mantenerse de pie.

A un amigo más joven le dice: "Tú tienes un defecto. Te juzgas. Te miras en los ojos de los otros. No sabes escribir mierda". En sus últimos días seniles hablaba con Chateaubriand, Stendhal, Flaubert. Oía cantar sobre el techo a Mallarmé. Rimbaud venía a verlo. Todos los poetas que quería deambulaban con él por ese París que recorría en sus meses de despedida con un abrigo largo, un sombrero llovido de anchas alas caídas.

Le gustaba escandalizar a los pecados del mundo. Era querido y detestado. Parecía a ratos altanero y era capaz de todas las seducciones del encanto. Lo veían arrogante y lejano. Y lo era cuando quería serlo. Le describen ojos fríos como bisturíes: cerebral, inexorable. Fue un surrealista sólo por hacer la prueba. Lo que más aprecia es la revuelta. Demostró que no es así el año 68, cuando se enfrentó a Cohn-Bendit. Otros lo consideran satírico y cínico. No el campesino de París, sino el parisiense irremediable. En el fondo —agrega un crítico— continúa la tradición volteriana: agresivo, corrosivo, con verdadera capacidad desmoralizante frente al enemigo. Hombre de amores, de disgustos, de odios —resume otro—. Pero era en el fondo la humanidad misma que cargaba con todos los pesos del hombre.

Dos meses antes de su deceso, cuando cumplió 85 años, cierta prensa *chic* se dio el placer voluptuoso de los dimes y diretes malignos.

La polémica lo siguió a la muerte. La extrema derecha, el fascismo francés, que, como en España, no consigue disfrazarse bajo el nombre de Partido de las Fuerzas Nuevas, resuelve en un aquelarre escupir sobre su tumba, públicamente a través de una declaración: "Las palabras nos faltan —gritan en el papel— para expresar nuestro júbilo: no somos, como los liberales, que derramarán lágrimas de cocodrilo sobre la muerte de este anti francés".

Cuando se pone fin a la ceremonia en Place Colonel Fabien, dos motociclistas abren el camino, los automóviles desembocan en el periférico Norte y toman la autorruta de Chartres. Al llegar a Ivelines, viran hacia el Molino de Saint-Arnoult, su casa de campo. Allí cada uno recibe su flor, un clavel, un iris o un gladiolo. Una treintena de compañeros íntimos, María, la gobernanta, los médicos y los enfermeros avanzan por el parque lodoso. Al fondo espera Elsa. Se abre la cubierta horizontal del sepulcro para dos. Dentro caen las flores. Se oye el rumor del arroyo que corre junto a la casa. Dejan a Louis y Elsa juntos bajo techo. Los vivos también bajo techo toman café con un dedo de whisky. Vuelven a los autos. Se cierran las puertas. ¡Adiós al campesino de París!

Lo recuerdo con su dicción teatral, su lenguaje complejo, el brillo

de su prosa, la reinención del idioma en su poesía y la autoconciencia de su energía creadora, su audacia intelectual.

El transparente Paul Eluard —que nació dos meses después, el mismo año de Aragon, a poca distancia, en Saint-Denis, “en los brazos temblorosos / de una familia pobre y tierna / donde nacer no era ganancia”—, que estuvo como Aragon en las trincheras de la primera guerra mundial y anduvieron juntos en el movimiento surrealista; que participaron activamente en la Resistencia contra el invasor nazi, e ingresaron el mismo año 1927 al Partido Comunista francés, y a ambos la muerte los encontró en sus filas, pensó que moriría en la claridad de la mañana. Se preparó el epitafio correspondiente: “Aquí yace aquél que vivió sin dudar / de que la aurora es buena en todas las edades. / Cuando murió creyó que nacía. / Porque otra vez el sol empezaba”.

Aragon, en cambio, murió cuando aún era de noche. Había llegado el día también previsto, que divisó como una esperanza en algún poema a Elsa, la hora de “dormir el sueño en tus dos brazos / en el país sin nombre, sin sueño y sin despertar”.

EL MEJOR ALCALDE, “EL REYES”

El Alcalde de Santo Domingo, Alfredo Reyes Guzmán, informó que no autorizó el espectáculo “Roberto Bravo y sus amigos” en los Encuentros Musicales Rocas de Santo Domingo: “Considero que su actuación es un **show**. No puedo permitir que eso se muestre en esta localidad. Se me pidió autorización para hacer un evento cultural, de música clásica; lo del señor Bravo no cabe dentro de este Encuentro. No lo voy a aceptar. Quien prohibió esto fui yo”.

—¿Quién lo va a reemplazar?

“Pensamos traer a los Huasos Quincheros...”.

(El Mercurio, 16-1-83.)

Y VIVA
EL POETA





ES EL UNICO CAMINO...

La presencia militar en la revolución portuguesa

LEONARDO CACERES

A las 10 de la noche y 55 minutos del 24 de abril de 1974, el locutor de la cadena radial Emisoras Asociadas de Lisboa, dijo: "Faltan cinco minutos para las 23", y anunció en seguida un disco de moda titulado "Y después, adiós", que cantaba Paulo de Carvalho.

Los adormecidos auditores de la emisora no se dieron cuenta de que, precisamente en ese instante, el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) estaba dando la primera señal a los conspiradores de que todo estaba pronto para desencadenar un golpe de estado contra el régimen fascista que duraba en Portugal 47 años y casi once meses.

A partir de ese momento, los complotados no se despegaron de los aparatos de radio. Y a las 00,29 horas del 25 de abril, en el programa musical nocturno "Límite", de la emisora católica Renascença, comenzaba a transmitirse la canción de José Afonso "Grândola, vila morena".

El golpe ya se había iniciado. La señal de los conspiradores, que durante toda esa noche y la madrugada fueron ocupando los lugares estratégicos claves, fue "coraje", y la contraseña, "¡por la victoria!".

Ocho años más tarde, el 28 de octubre de 1982, el presidente de la República portuguesa, general Antonio Ramalho Eanes, condecoró con la Gran Cruz de la Orden de la Libertad al capitán de ejército Antonio Márques Junior, en una emotiva ceremonia con la que se solemnizó la extinción del Consejo de la Revolución, heredero constitucional, legal y de hecho del MFA.

El capitán Márques Junior, que recibió la condecoración a

nombre de todos los integrantes del Consejo, entregó —mientras las lágrimas corrían por sus mejillas— las dos banderas portuguesas que presidieron siempre las sesiones de ese órgano de soberanía. Una quedó en manos del presidente Eanes. La otra en poder del presidente del Parlamento.

Acabó así formalmente la participación en la vida política portuguesa de los hombres que derrocaron al fascismo, puesto que una de las singularidades del proceso portugués es precisamente ésta: por primera vez en la historia, un régimen de gobierno —el estado corporativo fascista implantado por Oliveira Salazar en 1933, a semejanza del que creó Mussolini en Italia— que para su subsistencia necesitaba vitalmente del respaldo militar, es derribado precisamente por los militares.

El fascismo —como es tradicional— estaba respaldado por el gran capital, y no sólo se apoyaba en las Fuerzas Armadas, sino que, además, las utilizaba para sus propios fines. Es decir, la institución militar como tal no era la esencia del poder.

Por lo demás, no fueron las Fuerzas Armadas portuguesas como un todo las que hicieron el 25 de abril. Fue un grupo de oficiales jóvenes que se unieron, al principio, en una ya histórica reunión en la localidad de Evora, el 9 de septiembre de 1973, para defender un problema gremial. Las necesidades de la guerra colonialista de Portugal en Africa (hasta 1975 Portugal fue el país europeo con el más vasto imperio colonial) obligaron al régimen a adoptar dos decisiones que resultaron ser de una trascendencia inesperada por sus autores.

La primera se remonta en el tiempo hasta fines de la década de los años 50. Portugal, un país pobre, con fuerte índice de emigración, con niveles de vida casi equiparables a los de sus colonias, necesita reforzar su presencia militar en un continente que ya comenzaba a agitarse con el surgimiento de los movimientos de liberación nacional. En consecuencia, resolvió hacer gratuito el ingreso a la Academia Militar, permitiendo el acceso a ella de jóvenes provenientes de la pequeña burguesía e, incluso, de sectores sociales situados en escalones inferiores.

Ello alteró radicalmente la extracción social de la oficialidad portuguesa, al punto que a fines de los años 60, cuando ya la guerra en Africa ponía en serio peligro la supervivencia del colonialismo, la mayoría de los oficiales provenía de familias de la pequeña burguesía terciaria (servicios) y urbana, principalmente de la capital, Lisboa.

Las grandes concentraciones urbanas son tradicionalmente de una gran movilidad social, y en ellas se reproducen las crisis más agudas en el plano ideológico. Lisboa, además, es una ciudad que por su circunstancia de gran puerto sobre el Atlántico, está rodeada de sectores industriales.

Más adelante, entrando ya en la década del 70, la necesidad de oficiales para Africa se hizo aún más perentoria. Un olvidado ministro de Defensa, Alberto Viana Rebelo, estableció entonces el sistema de "reenganche". Es decir, a los jóvenes que cumplían el

servicio militar se les ofrecía la posibilidad de acceder a un puesto de oficial siempre que aceptara ir al África. El método tenía como condicionante el tener que esperar, en el grado más bajo de la oficialidad, a que los procedentes de la Academia Militar terminaran sus cursos y se igualaran de nivel, para recién ascender a grados superiores.

Pero la guerra superaba las previsiones, y el régimen intentó en el verano de 1973 eliminar esa barrera, quedando los oficiales milicianos y los de carrera totalmente igualados.

Para estudiar un plan de acción que se opusiera a esa medida fue que se reunió en septiembre de ese año un grupo de oficiales. Eran problemas de tipo "gremial" que muy pronto fueron superados, sobre todo cuando en octubre de 1973 el sucesor de Salazar, Marcelo Gaetano, dimitió al ministro de Defensa y anuló esa medida. Sin embargo, el germen de la conspiración ya estaba lanzado.

El ahora teniente coronel Vítor Alves reconoce que en cada reunión y en cada conversación de los jóvenes oficiales se fue avanzando en el terreno político. "Queríamos construir una sociedad nueva y más justa", ha dicho.

Estas ideas progresistas de los oficiales que integraban el llamado Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) fueron "contraídas" generalmente en África. En medio de la guerra, los capitanes y mayores se vieron obligados a interiorizarse de los problemas personales y de las condiciones de vida de sus propios soldados, al mismo tiempo que de la forma en que vivían los africanos a los que Portugal colonizaba.

Hubo entonces innumerables "casos de conciencia", crisis personales y rebeldías que fueron confluyendo en tomas de posiciones más o menos radicales. Los resistentes contra la dictadura, fundamentalmente el Partido Comunista Portugués (PCP) y los núcleos socialistas de París, Londres y Argel, desarrollaban asimismo una campaña de agitación permanente, que fue "tocando" a esos oficiales.

Quizás el episodio más elocuente lo narra el mayor Vasco Lourenzo, quien cumplía una comisión militar en Guinea-Bissau. "Detecté una red de informadores del PAIGC (Partido Africano para la Independencia de Guinea-Bissau y Cabo Verde, fundado y liderado en esa fecha por el legendario Amílcar Cabral) y ordené detener a algunos de ellos. La red estaba integrada por civiles y por algunos miembros de la tropa a mi cargo. Uno de éstos, el principal miembro del grupo en ese momento, había muerto meses antes, a mi lado, en una emboscada preparada por el PAIGC. El —según supe posteriormente— informaba diariamente hacia el Senegal sobre el movimiento de nuestras tropas, y cada vez que salía conmigo, sabía que podía ser abatido en cualquier momento. Cuando supe esto, recibí un gran choque, y comencé a preguntarme: ¿qué guerra es ésta? ¿dónde estoy metido?. Para mí, a partir de ese momento acabó la guerra".

Este proceso se suma, naturalmente, a que las condiciones objetivas, nacionales e internacionales, para un cambio de régimen en Portugal, estaban ya maduras. El fascismo, acercándose al medio siglo de vida, era un régimen putrefacto. Las antiguas glorias

imperiales no servían para nada. Las estrechas barreras de la censura y la represión no eran capaces de impedir que el emigrante portugués en Europa o en América Latina conociera lo que estaba sucediendo en el mundo, que los oficiales y soldados en África leyera las obras de Amílcar Cabral o de Agostinho Neto, que analizaran la suerte del colonialismo inglés en la India y, principalmente, la inminente derrota del mayor ejército del mundo, el norteamericano, a manos de los vietnamitas, cuyo armamento más importante era la razón y justicia de su causa.

No obstante, los protagonistas del 25 de abril fueron oficiales de las Fuerzas Armadas. Ellos franquearon el paso a los movimientos de masas e hicieron posible el reconocimiento legal de los partidos políticos.

A las 6 de la tarde del día 26 de abril de 1974 —menos de 24 horas después de que el dictador Marcelo Gaetano y su presidente de opereta, Américo Tomás, habían partido por vía aérea rumbo al dorado exilio en el Brasil— cientos de miles de personas marcharon alegre, pacífica y combativamente por las calles céntricas de Lisboa.

Ese mismo día, el Secretariado del Comité Central del Partido Comunista señalaba que el "movimiento militar" del día anterior "marca un viraje en la situación política portuguesa", el Partido Socialista Portugués (germen del actual PS) se solidarizó con la "lucha del pueblo portugués y saludó al Movimiento de las Fuerzas Armadas y a la Junta de Salvación Nacional, como expresión de ese movimiento", y quince sindicatos subrayaron que "fue la movilización de los trabajadores en lucha a lo largo de los últimos cincuenta años..., la que creó condiciones para el éxito del MFA".

Muchas otras organizaciones de masas de diferente signo, desde la Convergencia Monárquica hasta la Asociación para el Desarrollo Económico y Social (origen del actual Partido Social Demócrata), pasando por el Movimiento Democrático Popular y la Comisión Democrática Electoral, saludaron el levantamiento de los capitanes y se integraron velozmente a la tarea de movilizar a las masas.

Una semana después, ya en funciones la Junta de Salvación Nacional, presidida por el segundo hombre del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, el general Antonio Espínola, se celebró en Portugal la gigantesca fiesta del 1.º de mayo. Pero ya entonces se percibieron síntomas alarmantes: los sindicatos y la mayoría de los partidos políticos llamados de izquierda tradicional, desfilaron en todas las ciudades del país llevando claveles rojos, mientras los numerosos grupos de la llamada extrema izquierda, desfilaban paralelamente, por otras calles de Lisboa, Oporto y demás ciudades, celebrando "el 1.º de mayo rojo".

Las discrepancias se acentuaron con el paso de los meses. La izquierda, dividida en cuanto a su concepción del movimiento y de las metas a alcanzar, no consiguió levantar una fórmula ni un programa suficientemente atractivo para los electores. El Partido Socialista (PS), dirigido por Mario Soares, ganó las primeras elecciones, pero fracasó en su gestión de gobierno, asediado entre otros por el Fondo

Monetario Internacional (FMI) que le impuso severas condicionantes para sus empréstitos.

Entretanto, los militares también vivían fuertes tensiones. El núcleo central del MFA —el mayor Otelio Saraiva de Carvalho, 37 años; el mayor Vitor Alves, 38; y el capitán Vasco Lourenço, 31— se quebró tajante e irreductiblemente. Otelio Saraiva de Carvalho fue a prisión, mientras Vasco Lourenço y Vitor Alves, más el conjunto de los hombres del Consejo de la Revolución, defendían la tesis de un "socialismo auténticamente democrático", y rechazaban cualquier hipótesis de marginarse de la OTAN.

Los años 75 y 76 fueron claves para Portugal, convertido en terreno abonado para la acción de todos los servicios de inteligencia. Por fin, el 2 de abril de 1976, mediante un pacto MFA-partidos políticos, se promulgó una Constitución que establece un "período de transición" hacia el socialismo, en una república soberana "empeñada en su transformación en una sociedad sin clases".

El proceso de descolonización alteró gravemente la economía y puso en jaque el débil equilibrio social del país. Seiscientos mil "retornados" de las ex colonias abandonaron todas las actividades productivas y de servicio en África, dejando a Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe sin los vitales cuadros medios, e inundando a la ex metrópoli con una gigantesca ola de mano de obra cesante.

Las tesis "atlantistas" se impusieron en las Fuerzas Armadas y el marco del ordenamiento político, afirmado en medida importante en la misteriosa personalidad del general-presidente Antonio Ramalho Eanes, permitió que en 1979 accediera al poder, tras un resonante triunfo electoral, la coalición centro-derechista Alianza Democrática (AD).

Al año siguiente, en octubre de 1980, AD se afirmó aún más en el gobierno con un 47,5 por ciento de los votos, y sólo recientemente, a mediados de diciembre de 1982, la coalición de social demócratas (PSD), demócrata-cristianos (CDS, Centro Democrático Social) y monárquicos (PPM, Partido Popular Monárquico), entró en acelerada crisis al bajar su porcentaje electoral hasta un 42 por ciento, mientras el PS recuperó el lugar de partido mayoritario en solitario, con un 31 por ciento, y los comunistas en alianza con el Movimiento Democrático Popular (MDP) confirmaron su porcentaje de 1979: un 20,5 por ciento.

La reforma constitucional aprobada con los votos del PS y de AD en la Asamblea de la República (Parlamento unicameral) y promulgada por el presidente Eanes el 30 de septiembre del año pasado (1982), acaba con las ilusiones de la "transición" y de la "sociedad sin clases".

En la forma, se subordina a las Fuerzas Armadas al poder civil y se margina totalmente de la actividad política a los miembros de las instituciones armadas. Se trata —explicó por radio y televisión el ministro de Defensa y presidente del CDS, Diogo Freitas do Amaral— de "cumplir las promesas del 25 de abril, y hacer de Portugal una democracia plena".

En los hechos, se margina de la política a los sectores progresistas de las Fuerzas Armadas, y se tiende un velo de olvido sobre la abundante literatura revolucionaria surgida desde el 25 de abril de 1974, al tiempo que se abren las puertas para los inversionistas extranjeros y los grandes capitales bancarios y de compañías de seguros.

Portugal ha vuelto al lugar del cual nunca salió: el occidente europeo, aunque siempre soportando el dramático desnivel con el resto de Europa, de una sociedad apenas "en vías de desarrollo", y cuyo nivel de vida no se diferencia de la mayoría de las naciones del Tercer Mundo.

La acelerada descomposición política del régimen portugués se precipitó a fines del 82 con la dimisión del gobierno de AD que presidía Francisco Pinto Balsemao, y la convocatoria a elecciones parlamentarias extraordinarias. Con esta consulta se busca clarificar el panorama político y acabar con la guerrilla partidaria.

* *

De los hechos anteriores, pero sobre todo de los militares, de su papel en la vida política, en la construcción de la democracia, nos habla el mayor Vasco Lourenzo en las páginas que vienen a continuación. ¿Quién es Vasco Lourenzo? He aquí lo que nos respondió cuando le formulamos la pregunta:

"Pertenece desde los inicios al Movimiento de las Fuerzas Armadas, MFA, que primero se llamó Movimiento de los Capitanes. Organicé la primera reunión, que es considerada como la fecha de fundación del Movimiento. Soy el único que ha pertenecido a todas las comisiones coordinadoras que existieron a lo largo de las distintas alternativas que vivió el Movimiento desde su creación hasta el 25 de abril de 1974, e incluso después del 25 de abril. Pertenece a la dirección del MFA, que estaba integrada antes del 25 de abril por tres personas: Vitor Alves, Otelo Saraiva de Carvalho y yo. Fui detenido el 9 de marzo de 1974 y el 15 del mismo mes fui llevado al archipiélago de Azores, donde me encontraba todavía el día 25 de abril, lo que me lleva a decir que si hay algo que jamás perdonaré al fascismo es haberme impedido de participar directamente en el 25 de abril aquí, en el Portugal continental.

"En ese momento yo era el responsable directo por todos los contactos dentro del MFA y por la parte operacional, por lo cual, cuando fui detenido, Otelo Saraiva de Carvalho me substituyó en las funciones que yo desempeñaba en la dirección del MFA, y pasó a ser el responsable de la parte operacional.

"Y quizás eso fue bueno, pues aunque yo no estoy ni estuve de acuerdo nunca con algunas de las decisiones de Saraiva de Carvalho, lo concreto es que con él como jefe operacional el 25 de abril resultó, y no se sabe si conmigo hubiera resultado..."

—Tenemos todavía una perspectiva de tiempo muy escasa para juzgar la revolución del 25 de abril. Sólo han pasado ocho años. Ahora bien, ¿está usted satisfecho con los resultados? ¿Se ha profundizado realmente la democracia en Portugal?

—En términos generales, estoy satisfecho. Pienso que no podemos responder a esa cuestión mirando la situación que existe hoy y comparándola con la que quisiéramos que existiese, con el ideal que nos trazamos. Para responder a esa pregunta, tenemos que comparar la situación que hoy existe con la que había en el país el 24 de abril de 1974. En esta perspectiva, creo que estamos claramente más adelante, incluso, de lo que se creía en ese momento que era posible avanzar.

Tenemos que tener presente que en muchos aspectos de la democracia, en muchos aspectos de la construcción de un estado democrático, conseguimos, al menos en términos democráticos, avanzar rápidamente y en poco espacio de tiempo. Esto es: aquellos países que tienen democracias altamente desarrolladas hoy en día, consiguieron esa situación en más tiempo que nosotros. Nosotros hemos avanzado bastante, pese a que no estamos en la situación que nos gustaría, en términos ideales. Pero a pesar de todo, recuperamos en un lapso relativamente breve una parte substancial del enorme atraso que teníamos en relación a los países donde existen democracias en Europa. Incluso, yo podría dar como ejemplo el de España. Considero que, a pesar de que en términos formales y aparentes en España se esté más adelante, porque ni siquiera existe un órgano de soberanía formado sólo por militares, como es el CR* —y ya lo he dicho públicamente— estimo que los militares en España están condicionando mucho más el juego democrático que en Portugal.

Por lo demás, estimo que fue la existencia del CR lo que permitió avanzar más en Portugal que lo que se ha avanzado en España. Pero es evidente que hay problemas. Si me fuera dado vivir nuevamente el proceso, hay aspectos puntuales en que habría tenido otro comportamiento. Pero, en general, no estoy arrepentido, y creo que se está consiguiendo lo que se pretendía.

Aunque —y esto lo voy a decir públicamente por primera vez— para nosotros, militares de abril, es altamente preocupante mirar hacia la situación política que se vive en Portugal, cuando estamos a punto de acabar con el CR.

En otras palabras, se extingue el CR, termina el período de transición, y es inquietante mirar la situación política, el panorama interno de las diferentes fuerzas partidarias, el ambiente dentro de la Asamblea de la República, la situación económica y social. Pero eso no se debe en absoluto a que el CR, los militares de abril, hayan

* CR, Consejo de la Revolución. Organismo integrado por militares y que tenía como misión "tutelar" el respeto de los organismos e instituciones del Estado por el "espíritu" de la Revolución portuguesa. Fue eliminado en 1982, al modificarse la Constitución de 1976, con los votos favorables de todos los partidos políticos, salvo el comunista, que defendió al CR y calificó su eliminación de "golpe de estado".

La presente entrevista fue hecha poco tiempo antes de haberse aprobado definitivamente la nueva Constitución.

decidido transferir rápidamente el poder para el pueblo y para los órganos de soberanía que el pueblo escogiese.

—Sí, no es ésa la causa de la situación actual. No es esa vuestra responsabilidad. Pero los hechos están ahí.

—Yo acostumbro a decir que sólo a través del aprendizaje, sólo a través de una gran práctica, es posible resolver esos problemas. Y a pesar de que la situación está como está, de la situación preocupante que se vive, pienso que así y todo no se justifica que los militares decidan o pretendan decidir asumir ellos mismos el poder. Porque si así ocurriera, nos enfrentaríamos a situaciones no democráticas que no resolverán de ninguna forma los problemas que existen en un sentido positivo, al menos tal como yo lo entiendo. De hecho, en Portugal no ha sido posible a las fuerzas políticas encontrar el mejor camino.

Dadas las condiciones de nuestro país, sólo habrá dos caminos. Yo pienso que una derecha "civilizada" como se le llama, no es la solución para este país, porque Portugal es un país que está todavía muchos años atrasado en relación, por ejemplo, a otros países socialdemócratas. Por tanto, no es a través de soluciones que pueden servir —o por lo menos pueden no inviabilizar— la democracia en esos países, no es a través de esas soluciones que Portugal conseguirá alcanzar y profundizar la democracia.

De hecho, lo que yo pienso es que debemos orientarnos hacia un sistema socialmente avanzado, con grandes transformaciones en el campo social, para profundizar la democracia, y conseguir una recuperación económica y financiera capaz de promover el desarrollo en Portugal. Pienso que eso quedó bien claro entre los años 1976 y 78, pues en esa época fue posible, especialmente en 1977, hacer una recuperación financiera e incluso económica profunda, sin que hubiera absolutamente nada de represión, pues la gente creía en el sistema social por el cual se estaba luchando.

Eso mismo no fue posible, antes por el contrario, se agravó extraordinariamente la situación, cuando se fue hacia una solución nitidamente más a la derecha, para usar los términos convencionales, o sea, menos avanzada socialmente. Esta situación continuará si las fuerzas políticas democráticas no se demuestran capaces de presentar al país soluciones socialmente más avanzadas. Y yo temo que se creen entonces condiciones para grandes perturbaciones, que pueden lanzarnos nuevamente en una situación totalitaria, dictatorial, no democrática.

No es posible hoy, en Portugal, si no es en nombre de algo que sea de interés para la mayoría de la población, seguir pidiendo determinados sacrificios. Sobre todo, cuando la generalidad de la población ve que los mismos que exigen esos sacrificios, no los hacen.

Esta es la situación que existe hoy, y estoy convencido que sólo puede resolverse a través de la capacidad del juego democrático que se desarrolle, sin vallas, sin entrabes.

—Usted ha señalado alguna vez que el CR cumplió la misión del "pato de la boda" de los partidos políticos. ¿A qué se debe esto? ¿A falta de madurez en los partidos o a su debilidad?

—Yo no sé a qué se debe esta situación. De hecho, hubo mucha incapacidad de algunas fuerzas políticas para encontrar soluciones que resolvieran los problemas del país.

Y como se demostraron incapaces de encontrar esas soluciones dentro de las reglas democráticas, porque no había una práctica democrática en el país, ellos quisieron subvertir las reglas del juego, no cumplir la Constitución, etc., etc. Ahora bien: como el CR siempre consiguió, en mi opinión, mantener una resultante de objetividad democrática, una actitud de defensa del régimen constitucional y, dentro de sus competencias, no permitió normalmente —aunque en mi opinión personal haya fallado en algunos aspectos precisos— que se saliesen de esas normas del juego constitucional, es evidente que esas fuerzas políticas que no lograban encontrar las soluciones adecuadas dentro de las reglas fijadas, después culpaban al CR y decían que su fracaso era debido a la existencia del CR.

Le reitero que es para nosotros preocupante que cuando el CR está por acabarse, se verifica una gran disgregación dentro de la generalidad de las fuerzas políticas, y una gran perturbación en ese campo.

Hasta ahora no he visto que nos acusen a nosotros de ser los responsables de los problemas internos que tienen los partidos. Pero no deja de ser sintomático que, de hecho, haya una cierta coincidencia en este aspecto. Ahora, ¿por qué esta utilización del recurso del "pato de la boda"? Bueno, es que dentro de la lucha política, ya sea por parte de los enemigos declarados del 25 de abril, ya sea por el lado de quienes entraron el 25 de abril, pero pensaron que sólo iban a participar en un golpe de estado tradicional, como verificaron que eso no era posible, acusaron al CR porque era el elemento visible que representaba a la solución vencedora el 25 de abril. Por lo tanto, nos acusaban de todos los males, y de hecho el CR fue utilizado normalmente como el "pato de la boda", el "bombo" que tenían allí para ir a golpear, incluso para intentar disfrazar sus propios problemas internos. Muchas veces, el CR era elegido como el "enemigo externo", para que esas fuerzas políticas que nos atacaban pudieran resolver sus problemas de orden interno.

—Usted ha denunciado también las tentativas de la jefatura de las Fuerzas Armadas para aislar al CR de la generalidad de los militares, afirmando que en esa conducta de los altos mandos hay una intencionalidad política.

—De hecho, la gran lucha ha sido por impedir que se avanzara mucho en la profundización de la democracia, en las transformaciones sociales. Esta es una intención claramente política.

Y como el CR, o al menos la mayoría del CR, manifestó permanentemente su voluntad de que el juego democrático se desarrollase

sin vallas, y luchó por ello dentro de las atribuciones y derechos que tenía, hubo una tentativa por parte de los altos mandos que después del 25 de noviembre de 1975 han estado al frente de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, de apartar al CR y a los consejeros de la generalidad de los militares. Fue un proceso gradual, que no se hizo de una sola vez, pero que fue permanente, y provocó luchas constantes entre la generalidad de los consejeros de la revolución y la generalidad de los altos mandos. La situación está ahora mejor en el Ejército, pero se mantiene nítidamente en la Armada y en la Fuerza Aérea.

—Al revés de lo que sucede en otros países, en Portugal los militares han sido un factor decisivo para la democratización del país. Quiero dejar claramente establecido que me refiero a los militares y no a las Fuerzas Armadas. Ahora bien: el gobierno actual afirma que mientras las Fuerzas Armadas o, mejor dicho, los militares, o más específicamente "estos" militares, los del CR detenten, aunque sea una parte del poder, no habrá democracia plena en Portugal. ¿Cuál es el comentario que usted puede hacer al respecto?

—En primer lugar, quiero decir que concuerdo en que una democracia normal no debe incluir a órganos de soberanía del tipo del que existe en Portugal, conocido como Consejo de la Revolución. Los militares deben integrarse en la sociedad como un todo, pero no deben constituirse a sí mismos como una parte del poder.

Ahora bien, lo que se ha dicho por parte del gobierno y de la fuerza política que sustenta al gobierno, no pasa de ser pura demagogia. En primer lugar, porque nosotros mismos hemos dicho siempre que sólo consideraríamos que hay democracia plena en Portugal, cuando dejaran de haber soluciones de transición como la que se vive todavía en Portugal. Pero estas soluciones de transición fueron consideradas fundamentales y necesarias por las propias fuerzas políticas que ahora hacen demagógicamente esas observaciones.

Hay que cumplir las reglas y, por lo tanto, en mi opinión, esa solución fue buena para que se pudiese profundizar la democracia.

La gran cuestión que esconden esas fuerzas que están representadas en el gobierno es que no tendrían ni la más mínima preocupación si las Fuerzas Armadas mantuvieran parte del poder, en caso que las Fuerzas Armadas estuvieran totalmente controladas por los militares de ellos. Esto es, si existiese la misma situación previa al 25 de abril de 1974, y estuviesen apoyados en los privilegios que ellos quieren tener, en la subversión a las normas del juego democrático que ellos quieren desarrollar.

—La integración de los militares a la sociedad, la compenetración en los problemas del conjunto, el mantener abiertas las puertas de los cuarteles, muchas veces es también un peligro, y terminan "integrándose" tanto, que resuelven tomar el poder...

—No. Yo pienso que es precisamente al revés. Si las Fuerzas Armadas como institución interviniesen en las cuestiones del poder, eso sería negativo, porque se invertirían las reglas del juego democrático.

Ahora, los militares como ciudadanos, sólo tienen que ganar con su integración plena en la sociedad a la que pertenecen, sin quedarse encerrados en los cuarteles, sin mantenerse apartados de la realidad del pueblo a que pertenecen, sin ser ajenos a los problemas concretos que ese pueblo tiene, porque si ellos se integran a la sociedad y están en permanente contacto con la realidad de su propio pueblo, lucharán por la satisfacción de las necesidades generales, y no permitirán que se les utilice como parte de una institución de élite, para coartar las libertades al pueblo a que pertenecen y para imponer a ese mismo pueblo situaciones no democráticas, situaciones, por tanto, desfavorables para la mayoría de la población y favorables sólo para las clases dirigentes.

Si los militares se encierran en sus cuarteles y se apartan de la vida de su pueblo, están creadas ya de partida algunas condiciones, un gran número de las condiciones necesarias para que sean utilizados contra la generalidad de la población, y lleguen a adoptar actitudes no democráticas. Estarán entonces abiertas las puertas para que las Fuerzas Armadas como institución puedan ser instrumentalizadas y utilizadas para subvertir el juego democrático. Soy un defensor acérrimo de que los militares se integren lo más posible a la sociedad, y no deben convertirse en una casta separada, dentro de la sociedad a que pertenecen. Así como dentro de los propios militares tampoco debe haber castas. Este es uno de los factores que habitualmente lleva a la instrumentalización de las Fuerzas Armadas. Yo recuerdo que antes del 25 de abril de 1974, Portugal era uno de los dos únicos países europeos que tenía un cuerpo específico, un cuerpo especial de Estado Mayor. El otro país europeo era España. Creo que este cuerpo especial de Estado Mayor existe también en varios países latinoamericanos.

La sola existencia de este cuerpo de Estado Mayor es un peligro para la democracia, y una amenaza de instrumentalización de las Fuerzas Armadas. Generalmente, ellos dominan las estructuras fundamentales de las Fuerzas Armadas y pueden instrumentalizarlas. Ellos son privilegiados, no se dan cuenta de los problemas de la población en general e, incluso, pueden estar convencidos honestamente, aunque en forma completamente errada, de que están desempeñando bien su papel, cumpliendo su deber. Recuerde que ellos fueron educados dentro de determinadas reglas, según determinados valores, y acaban por estar convencidos de que esos valores que les enseñaron son los verdaderos valores, sin darse cuenta de que no son de ninguna manera verdaderos, pues acaban por servir para esclavizar, con mayor o menor intensidad, a la generalidad de la población.

—Yo creo que el problema de la democracia no pasa, en lo esencial,

por el problema de si el poder lo tienen los militares o los civiles. Por ejemplo, en Mozambique, lo tienen los militares...

—Sí, pero son dos realidades totalmente distintas. Portugal es un país con una historia de más de ocho siglos, no es un país que esté recién ahora en formación, no consiguió su independencia hace poco tiempo a través de una lucha armada en la cual el movimiento por la liberación, parte esencial de las actuales fuerzas armadas mozambiqueñas, tienen efectivamente un papel preponderante. Por eso es totalmente distinto el problema concreto que se vive acá. Para un país como Portugal, situado en Europa, con características específicas —a pesar de que acababa de vivir un período de 48 años de dictadura fascista—, pienso que si hubiésemos tratado de encaminarlo por una vía de solución de dominio del poder por las Fuerzas Armadas, mi convicción es que difícilmente se habría conseguido avanzar para una solución efectivamente progresista y democrática.

Esto no significa que yo critique la solución que se dio en Mozambique. No me pronuncio sobre ella, no la conozco, no tengo antecedentes. Será mejor para Mozambique, seguramente. Lo único que afirmo es que nuestras realidades son totalmente diferentes. Además, es preciso también tener presente las características de lo que aconteció en Portugal.

El Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) tuvo, entre su nacimiento y el 25 de abril de 1974, sólo nueve meses de vida. Ni siquiera dentro del MFA existía una estructura de comandos clara, no había líderes incontestados o aceptados por todos, había más de una tendencia, como ya le expliqué. Un sector del MFA ya estaba arrepentido, en la tarde del 25 de abril de 1974, de haber participado en el movimiento, porque verificó que lo que estaba ocurriendo no era un simple golpe de estado. La misma persona que fue escogida y designada presidente de la Junta de Salvación Nacional y después presidente de la República, el general Antonio Spínola, tenía una idea absolutamente diferente de la de otros miembros del MFA sobre lo que había que hacer.

Se trata de que la situación que se dio en Portugal es totalmente diferente a la vivida en otros países. Por eso, cuando después del 25 de abril algunas personas, concretamente cubanas, manifestaban su opinión sobre la experiencia que habían tenido en Cuba, ante la realidad que se estaba verificando en Portugal, yo muchas veces dije: nosotros nunca tuvimos nuestra propia Sierra Maestra.

Hubo situaciones absolutamente increíbles. Existía, de hecho, una dirección, una coordinadora del movimiento, pero no existió una consolidación de ese poder dentro del propio MFA. Las condiciones de Portugal, por lo tanto, son totalmente diferentes de la registrada en otros países. Y por eso pienso que nuestra gran lucha es por conseguir que exista una democracia política, que se consolide, a través de ella, el libre juego de la democracia, pero una democracia lo más extendida posible, sin trabas. Porque es evidente que si se permite el control de los medios de comunicación, del aparato económico y financiero por un mismo sector, utilizando el temor, la represión, a

través incluso de mistificaciones de los actos electorales, bueno, eso no es democracia.

Nosotros lo que queremos es que la democracia se practique, que las Fuerzas Armadas no se presten a ningún tipo de represión contra el juego democrático, para que no sirvan de traba, ellas mismas, a la práctica de la democracia.

Si la democracia se desarrolla y se profundiza, es nuestra convicción que la mayoría del pueblo optará por fórmulas avanzadas en el campo social, siempre que lo dejen votar y no le pongan trabas a su libre opción.

Esta es nuestra gran apuesta.

—*¿Qué opina sobre los militares latinoamericanos, que dicen defender mediante dictaduras los valores de la sociedad occidental y cristiana?*

—De manera general, pienso que los militares latinoamericanos no están cumpliendo su misión fundamental, que es la de servir a su país. Pero su país no es el país de los señores todopoderosos, o de una casta dominante. Es el país de toda la población, de todo el pueblo, de toda la sociedad que constituye su propio país. Es evidente que la casta que domina a un país acaba siempre por conseguir valores falsos para justificar sus posiciones. Salazar, en Portugal, también decía que estábamos "orgullosamente solos", porque defendíamos la civilización occidental. Todo el Occidente ya estaba contra nosotros, pero nosotros seguíamos totalmente aislados, defendiendo la civilización occidental, éramos los únicos que seguíamos el camino correcto...

Es evidente que esto es totalmente falso. No se puede argumentar de esa manera, y quedó claramente probado que era falso.

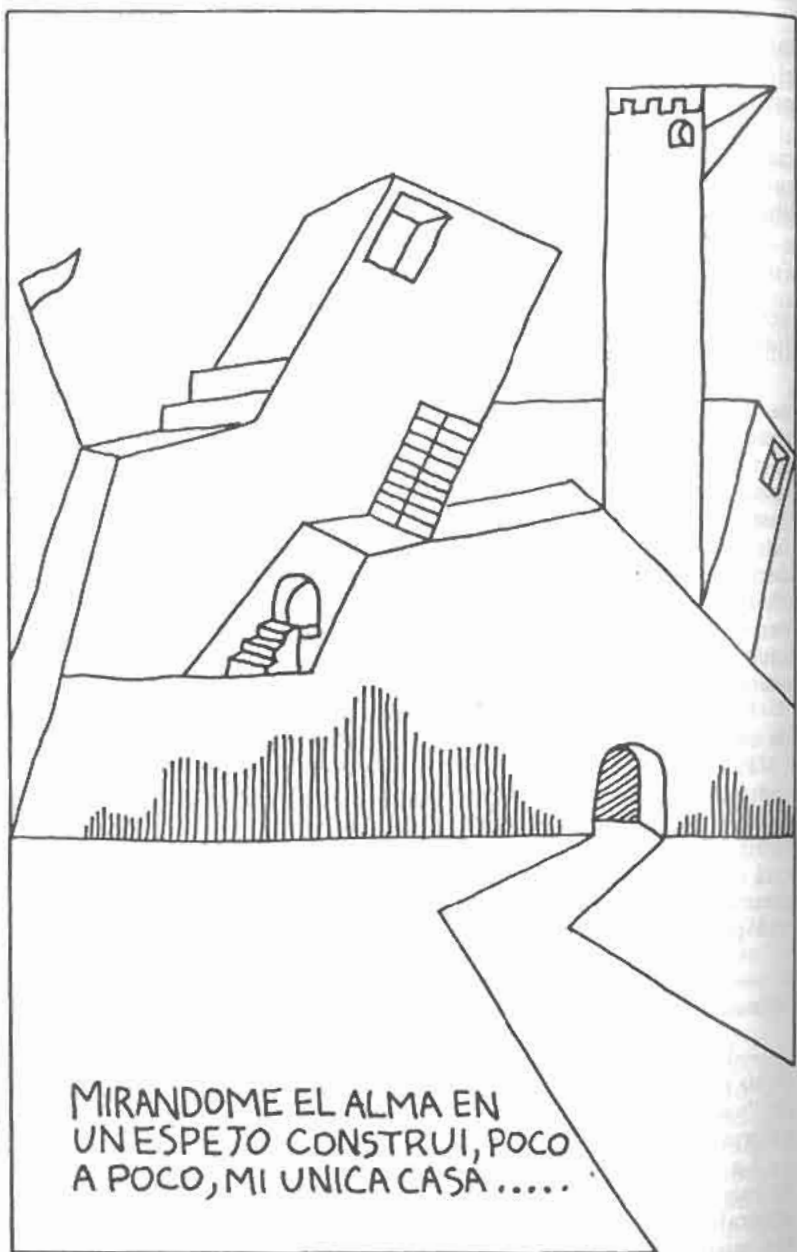
Por otra parte, una sociedad que está dominada por una clase todopoderosa que esclaviza y domina a la generalidad, o a la mayoría de su población, no puede ser una sociedad cristiana. Está pervirtiendo claramente los principios de la religión cristiana. Ahora bien, está claro que ellos emplean esos argumentos para distraer a la gente, pero en el fondo están defendiendo los intereses de la propia casta a que pertenecen.

—*Si fuera posible que usted dirigiera un mensaje a los militares latinoamericanos, ¿qué les diría?*

—Les diría que meditasen bien, que intentasen conocer la realidad de su pueblo, de su sociedad, y se autoalertaran ante el hecho de que los "valores" que les metieron en la cabeza durante su formación, son valores errados.

La razón de ser de las Fuerzas Armadas de un país es defender a su país como un todo, defender a la sociedad de ese país en términos generales, y no defender a un pequeño grupo de personas dentro de esa misma sociedad.

Con certeza absoluta, no están cumpliendo la misión que justifica su propia existencia como militares.



ALBERTO INIESTA

La Iglesia de Chile, una Iglesia mártir

He titulado mi texto *La Iglesia en Chile, una Iglesia mártir*, y deseo explicar de antemano el alcance triple que doy aquí a la palabra mártir. Mártir quiere decir, en su etimología griega, fundamentalmente testigo, aunque posteriormente se haya aplicado de manera específica al que moría o sufría por dar testimonio de la fe en Jesucristo. No solamente se pensaba que sufrir hasta la muerte era un aval impresionante de la convicción de la fe, sino que además se reproducía la vida y la muerte de Jesús de Nazaret, que vivió y murió como testigo de la verdad, y también de este modo se unían a su esperanza en la resurrección y vida que Dios le concedió después de su muerte como testigo de Dios y del hombre.

Pues bien, en mi opinión, la Iglesia de Chile está cumpliendo este triple papel testimonial, como trataré de demostrar a continuación. Primero, como testigo de la verdad, de la situación de explotación, opresión y represión que padece el pueblo chileno bajo la dictadura del Gobierno. Precisamente por esto, por no callar la verdad, sufre también en su propia carne el azote de la persecución, si no siempre sangrienta, siempre insidiosa, amenazadora y asfixiante. Finalmente, con ello da testimonio de Jesucristo, de sus palabras, de sus criterios verdaderos sobre el hombre y sobre Dios.

La Iglesia tiene un tesoro de hermosas palabras, que serían una simiente de fuerza revolucionaria y un reguero de luz y de esperanza para el hombre si las pusieramos en lo alto de las banderas de la historia, en vez

de tenerlas encerradas en las bibliotecas. Las voces de justicia de los viejos profetas del Antiguo Testamento, las palabras de Jesús de Nazaret, los sermones de los santos padres ya clásicos, los decretos del Concilio Vaticano II o los documentos de Medellín, de Puebla y del mismo Sínodo romano nos hablan siempre de un proyecto de Dios, según el cual la tierra es para todos y es de todos, todos somos hermanos, iguales, solidarios, y es pecado dominar a los otros, robarles, oprimirles, enriquecerse a costa del sudor de los demás, etc. Sólo un botón de muestra, muy poco conocido: "La Iglesia conoce las exigencias de justicia que contiene el Evangelio. Las explicita en su predicación. Son exigencias que afectan no sólo a las personas, sino también a los grupos y sociedades. Es un aspecto constitutivo del mensaje cristiano que ella no puede omitir en su ministerio pastoral" (del Sínodo romano de 1974).

Cuando estas graves palabras se quieren tomar en serio, la Iglesia no puede callar ante las injusticias: tiene que hablar, gritar si es necesario, contra los tiranos, injustos y opresores. Es lo que viene haciendo con serenidad y con constancia la Iglesia de Chile, en la predicación de los obispos y presbíteros, en los documentos de la Conferencia Episcopal, en las declaraciones de los colectivos de religiosos y religiosas, en las denuncias de los laicos por medio de las diferentes instituciones humanitarias de los cristianos, como Justicia y Paz, y, muy especialmente, con un prestigio internacional ganado a pulso desde hace muchos años, la Vicaría

*Alberto Iniesta es obispo auxiliar en la diócesis de Madrid. Trabajo leído en el encuentro realizado en Añelos (ver *Varia Intención*).*

de la Solidaridad. El archivo de sus documentos es un testimonio impresionante del largo sufrimiento del pueblo chileno, donde no se sabe qué admirar más: si la seriedad y garantía con la que están recogidos todos los datos acusadores, el amor incansable que supone el esfuerzo de una tarea agotadora que no cesa, o la fortaleza insobornable que no se doblega ante las amenazas, los insultos, las palizas o las cárceles, si es necesario, por ser testigos de la verdad.

Mártir, testigo de la verdad. ¡Qué bien y qué cumplidamente lo está siendo la Iglesia de Chile!

En una situación de injusticia, la verdad no puede ser neutral ni indiferente. Debe ser objetiva, pero debe tomar partido en favor de los que sufren la injusticia. Por lo mismo, será también objeto de injusticias y de persecución. Por eso, es perseguida también la Iglesia de Chile desde hace muchos años. Si la Iglesia legitimara, o al menos silenciara la injusticia, su complacencia o incluso su mero silencio serían muy bien retribuidos por el Gobierno. Pero la Iglesia se ha puesto junto a los oprimidos y lógicamente es también oprimida; defiende a los perseguidos y ella es también perseguida.

Esta persecución se ha recrudecido últimamente. Solamente en el plazo transcurrido entre enero de 1981 y agosto de 1982 se pueden constatar más de cincuenta casos de actividades persecutorias del Gobierno, o grupos claramente vinculados a él, realizados contra la Iglesia, sus instituciones y sus personas más representativas. Ante la imposibilidad de recogerlos aquí detalladamente por falta de tiempo, presento solamente un breve resumen, destacando algunos casos más notorios.

Miembros de asociaciones católicas, detenidos y torturados. Colaboradores de la Vicaría de la Solidaridad, como juristas y periodistas, unos amenazados de muerte y extorsionados para que abandonen esta tarea, y otros muchos golpeados en la calle o detenidos y torturados en las cárceles. Sacerdotes y religiosos extranjeros, unos expulsados y otros amenazados constantemente de expulsión. Acusaciones sincronizadas y campañas periodísticas de la Prensa vinculada al Gobierno militar contra

la Iglesia Católica, a la que acusan de favorecer acciones contrarias al orden institucional por el hecho de que los perseguidos busquen refugio en los recintos eclesiásticos. Violación de la catedral metropolitana, rompiendo las cerraduras para detener a nueve estudiantes que realizaban una huelga de hambre. Confiscación de facultades de la Universidad Católica del Norte.

El 7 de abril de 1981, la Policía de Seguridad allana sin mandato judicial el domicilio del obispo Juan Herrada, en Calama. El 20 de ese mes, *El Mercurio*, portavoz del régimen militar, lanza un violento ataque contra el cardenal Raúl Silva Henríquez, calificándolo de "anciano en decadencia" y otras groserías, acusándolo de no conocer la realidad contemporánea de su país. El 20 del siguiente mes de mayo, tres médicos colaboradores de la Vicaría de la Solidaridad, Almeyda, Arroyo y Castillo, son detenidos por la Policía de Seguridad y mantenidos en prisión durante sesenta días sin juicio alguno. El Gobierno militar llegó a prohibir la entrada en el país al premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, en pleno aeropuerto de Pudahuel, donde el día 15 de marzo fue detenido por la policía y obligado a salir inmediatamente, pese a que venía como invitado oficial por el cardenal Raúl Silva Henríquez, el cual expresó pública y enérgicamente su protesta.

Algunos de los más altos miembros ejecutivos del servicio Paz y Justicia, de la Iglesia Católica, fueron detenidos en plena calle por miembros de la policía, de paisano, y llevados a los recintos de la Seguridad, donde estuvieron detenidos, y algunos, como Domingo Namuncura, fueron repetidamente, durante más de cien horas, extorsionados y torturados.

Recordemos, para terminar este breve resumen del martirologio de la Iglesia chilena actual, las declaraciones de Lucía Pinochet, el día 5 de enero de 1982, en *El Heraldo*, de México, reproducidas el 14 de febrero en *El Mercurio*, en las que acusa a la Vicaría de la Solidaridad de estar "infiltrada por los marxistas", y en unas declaraciones posteriores, en polémica con el cardenal Silva Henríquez, que le contestó que "en el mundo entero, la Iglesia ha sido

infiltrada para intervenir en lo político", y aludiendo a la Vicaría dijo que "la palabra solidaridad no me gusta mucho, porque ha hecho que suene a político; no creo en la solidaridad política, así como me duele que dentro de la Iglesia algunos pastores realicen una labor política".

Ya se ve, claro, en qué clase de Iglesia crearán esas personas, a quienes no les gusta la palabra solidaridad, y qué entenderán por "intervenir en lo político...". Probablemente pertenecen a esa mentalidad, ya vieja de siglos, que contemplaba el campo de lo religioso como algo puramente trascendente, sin relación con la realidad circundante, y que justificó realmente la sospecha de ser alienante y de servir como opio del pueblo.

Una religiosidad así, que supone una divinidad indiferente a los problemas del mundo, y unos creyentes así, insolidarios con los hombres, sus hermanos, no solamente no tienen nada que ver, sino que es claramente contrario y hasta contradictorio con el mensaje que nos ofrece Jesús de Nazaret sobre Dios y sobre el hombre, un Dios padre de todos los hombres, a los que ha hecho a su imagen y semejanza y por los que y para los que ha creado este mundo inmenso y maravilloso; un Dios grande y alto, pero no lejano y orgulloso, sino cercano, metido en la historia, acompañándonos en el camino; un Dios que quiere que compartamos todo, que nos tratemos como hermanos, ayudándonos, amándonos, sirviéndonos unos a otros, hasta dar la vida si es preciso, como Jesucristo, el hermano universal de todos los hombres y el hijo amado de Dios.

Por tanto, cuando la Iglesia defliende al hombre no es algo así como una exageración, un cierto desvío de su tarea *sagrada*, que, por principio, sería solamente la acción cultural, o algo que hiciera por suplencia, si otros no lo hacen; ni tan siquiera una especie de *propedéutica*, de iniciación a lo sagrado, que vendría después en la liturgia. No.

Defender al hombre, ayudarlo, levantarlo, vendarle sus heridas es ya en sí mismo un culto a Dios, porque este hombre es su imagen, y ya en ello estamos realizando una *leiturgia*, un servicio cultural y público al Señor.

La Iglesia de Chile es así cuando es testigo de la verdad de la situación de su país y trata de ayudar al oprimido, aunque ella sea también perseguida a su vez, testigo privilegiado de la verdadera imagen de Dios y de la verdadera grandeza del hombre, según el mensaje y la vida de Jesucristo. Porque, además, para los demás cristianos esa Iglesia es también testigo de Jesucristo, en cuanto que creemos que sólo por su presencia, por su fuerza, por su luz y por su gracia, ellos son capaces de mantenerse en este testimonio con perseverancia y hasta con alegría. Dios quiera, de todos modos, y los hombres colaboren para que pronto la Iglesia de Chile celebre con todo el pueblo la vuelta a la libertad, a la justicia, a la dignidad y a las instituciones democráticas, de las que durante tanto tiempo fue modelo para toda América y para el mundo aquel noble, aquel hermano pueblo de Chile.

PRIMER MANDAMIENTO DEL RECTOR-DELEGADO

Por otro lado, creo que la ventaja de que las autoridades superiores de las universidades no sean elegidas por votación de los que la integran, es que así el rector está sin compromisos con nadie de la Universidad para actuar, siguiendo únicamente la doctrina superior del Gobierno. Deja así libre a la universidad de esa dependencia de académicos, no académicos y alumnos.

(Declaraciones de Jorge Alarcón, rector de la Universidad del Norte. La Segunda, 16-XI-82.)

QUIERO SER HOMBRE-DIJO EL PAJARO
QUIERO SER PAJARO-DIJO EL HOMBRE



El exilio desde el otro lado del espejo

WALTER KLEIN

La historia no se repite, es cierto. Pero lo que les ocurre a los hombres, sin embargo, tiene una singularidad que hunde sus raíces en aguas de hechos que otros hombres ya han vivido. De otro modo, en tiempos y circunstancias diferentes, pero a veces con un raro paralelismo, aún si éste se nos ofrece como una imagen invertida.

Miles de chilenos huyeron del fascismo después del golpe de estado de septiembre de 1973, y muchos de ellos encontraron su patria de adopción en la República Democrática Alemana. Allí, en Berlín, vive Walter Klein, escritor, que sufrió una peripecia semejante, sólo que los términos se dan justamente al revés: el fascismo se apoderaba de Alemania, y Chile era el del Frente Popular y, entre otros países, acogía a los demócratas antifascistas alemanes.

Al cabo de casi una década de exilio, Walter Klein volvió a su país. Allí vive con su esposa Elena, a quien hizo su compañera en el destierro. Ambos hablan constantemente de la que fuera su segunda patria. Y escriben de ello también. El prepara sus memorias, en las que varios capítulos cuentan su vida en Chile. El que publicamos habla de cómo y por qué llegó a una nación tan lejana y apartada de su país de origen. Son páginas que, aparte de su encanto como relato, conllevan una lección histórica; es decir, una lección verdadera.

Para la mayoría de los emigrantes la necesidad de errar por el mundo, de vivir lejos de la patria, se hace presente de un día al otro, para muchos hasta de un minuto al otro. Para mí fue diferente. Llegué en

el otoño de 1937 de Viena a Praga. Hijo de un acomodado comerciante dedicado a los negocios de importación y exportación en Austria y en Checoslovaquia, mi intención era aprender el idioma checo y enterarme de los pormenores de nuestra sucursal en Praga.

Me recuerdo que al llegar a la bella y vieja ciudad a orillas del río Moldava, en un cine de la plaza de Wenceslao daban la primera película de dibujos animados de Walt Disney, *Blancanieves y los siete enanitos*. Me puse en la cola delante de la caja, tomé asiento en la cómoda butaca y admiré a la bellísima Blancanieves, que cantaba y bailaba con los enanos. Estaba contento con mi vida: un hijo de buena familia con el futuro asegurado. Ni siquiera las pequeñas dificultades políticas que había tenido con las autoridades austriacas, podían cambiar algo en esto.

Pocos meses más tarde, las tropas fascistas alemanas ocuparon Austria, mientras Blancanieves y los siete enanitos danzaban y cantaban en el cine de la plaza Wenceslao. Danzaron y cantaron durante toda la crisis de Munich y siguieron danzando y cantando, mientras los soldados, los tanques, los cañones y carros blindados fascistas pasaban afuera por la plaza, llevando a cabo la ocupación de Checoslovaquia, mientras los habitantes de la ciudad miraban llenos de rabia y desesperación el espectáculo y las lágrimas les corrían por las mejillas.

Yo había tratado de enrolarme en el ejército checo cuando éste fue movilizado, pero antes de que pudiera conseguirlo, Checoslovaquia ya había sido traicionada, humillada, vendida a los agresores. En marzo de 1939, el país había desaparecido definitivamente de los mapas. No quedaba más que un "protectorado", ocupado por la soldadesca alemana y explotado como colonia por el "Tercer Reich".

Feliz el que pudo salir de ahí, que pudo librarse de la "protección" de los alemanes. En ese momento me acordé de la visa chilena que el cónsul en Praga me había concedido algunas semanas antes. Había vacilado en hacer uso de ella por dos razones: los pocos familiares míos, que habían conseguido salir de Europa, estaban casi todos en Estados Unidos. En Chile no tenía a nadie, no hablaba el idioma, no sabía nada del país, como no sabía nada de toda la América Latina. ¿Cómo eran las condiciones de vida en Chile? Yo sabía solamente que Chile tenía cobre y salitre. De Estados Unidos sabía más. Era un país de gran riqueza, donde había mucha gente acomodada. Tenía algunos parientes que vivían ahí desde hacía decenios. Durante algún tiempo poseyeron millones, pero la gran crisis mundial había destruido su fortuna. Ahora estaban pobres.

La segunda razón por la que vacilaba en ir a Chile era que mi "visa comercial" en realidad representaba una base muy frágil para pedir a las autoridades chilenas, una vez entrado en el país, el permiso para quedarme indefinidamente en Chile, para nacionalizarme. "Visación comercial", decía el timbre, "válida para seis meses". Sabía que esta visa podía prorrogarse por otro lapso igual. ¿Y pasados los doce meses? ¿Qué iba a hacer?

En fin, ahora, "protegido" por los alemanes fascistas, lo importante era librarse de su dominación, huir del territorio gobernado por

el señor von Neurath, "Protector del Reich" en Bohemia y Moravia. Era una cosa curiosa, en realidad, que el cónsul chileno me hubiera concedido el visado así no más. En los años de 1933 hasta 1939 existía un gran mercado internacional de compra y venta de visas, un comercio que hizo rica a mucha gente en todo el mundo. Gente que estaba en posición de poder ofrecer la mercadería buscada. Era un comercio que en muchos aspectos, especialmente en lo que se refería a su lado moral, tenía una semejanza lúgubre con el comercio de esclavos de siglos pasados. Entre doscientos y cinco mil dólares por cabeza se pagaba en estos años por un visado. El precio variaba según la urgencia del caso, la fortuna del comprador y la estimación de que gozaba el país de destino entre los eventuales compradores. La moneda en la cual se realizaban todas las transacciones, era el dólar norteamericano. Yo tenía coronas checoslovacas, pero dólares no tenía. En el mercado de visados yo no contaba para nada. Y justamente en esta situación, en la cual el funcionario chileno podía pedir cuatrocientos o quinientos o más dólares por persona, él había concedido visas a todo un grupo de tal vez ochenta o cien personas —checos y judíos alemanes y austriacos— sin pedir más que los ínfimos derechos oficiales, que se pagaban en coronas checas. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué él no participaba en el comercio tan floreciente, que hizo ricos a sus colegas de otros países latinoamericanos?

Los tiempos no eran para romperse la cabeza con preguntas fútiles. Yo tenía ahora mucho que hacer. Había que conseguir permisos: para poder salir, para poder llevar conmigo mis pobres maletas con las pocas cosas que las autoridades "protectoras" alemanas en Praga me permitieron llevar conmigo; para poder llevar diez marcos en efectivo hacia el extranjero, suma máxima permitida, y muchos otros permisos más. Tenía que comprobar que no dejaba deudas impagas en el "Protectorado", que no se me buscaba por robo o asesinato. Y finalmente había que conseguir que un comité de ayuda para emigrantes en París me pagara el pasaje en vapor a Sudamérica.

La primavera de 1939 fue pródiga en sol y en flores. Los pájaros cantaban, las lilas florecían. Toda la ciudad estaba llena de fragancia. Semanas después, cuando las frutillas maduraron, en cada esquina había una carretilla donde se vendían las frutas grandes y rojas a precios ínfimos. Después pasó lo mismo con las cerezas. La gente andaba por la calle comiendo las frutas brillantes y dulces sin lavarlas. Las veredas estaban llenas de huesitos. Yo vi todo esto, pero no participaba de la vida acostumbrada. Toda esta gente que me rodeaba eran personas normales que vivían una vida más o menos normal; yo me encontraba fuera de lo normal y vivía una vida anormal. ¿Para qué me servía la primavera!

Llegó la fecha de salida. Esa tarde, a fines de julio de 1939, era mi última en Praga. Ya no tenía nada que hacer, todo estaba listo para la salida. Hice un último paseo por el centro. Era poco probable que volviera a ver la "ciudad de las mil torres" otra vez en toda mi vida. Como siempre, la plaza Wenceslao estaba llena de gente. Checos que se esforzaban en no hacer caso de los grupos de soldados alemanes,

que en calidad de turistas paseaban a su lado; ingleses y franceses ricos que consideraban, ahora, después de las gloriosas acciones de sus primeros ministros para apaciguar a los alemanes, que Europa Central bien valía la pena de ser visitada en las vacaciones; emigrantes alemanes y austríacos, judíos en su mayoría, que apresuradamente se trasladaban de una oficina de gobierno a otra para arreglar sus papeles de emigración; y muchos otros. En la marquesina del cine de estrenos, al otro lado de la plaza, se encontraba el gran cartel de siempre con Blancanieves danzando con los siete enanitos, y delante de la caja estaba la cola consabida de gente que quería ver la película. Habían pasado casi dos años, setecientos días desde mi llegada a Praga. Creo que Blancanieves y sus enanos eran los únicos que habían sobrevivido en Praga todo este tiempo sin mayores perturbaciones, siempre en el mismo lugar y siempre de buen humor.

Hasta el último día yo estaba convencido que no iba a haber otra guerra. Después de los veinte millones de muertos de la guerra de 1914 hasta 1918, ¿quién se dejaría arrastrar a otra más? El día 23 de agosto de 1939 me embarqué en Marsella en el vapor francés "Florida" con dirección a Buenos Aires. Cuando arribé a esta ciudad, habían pasado más de tres meses y la Segunda Guerra Mundial había comenzado. En este lapso, yo había tenido la oportunidad de conocer un campo de internación en el Senegal, en el cual las autoridades coloniales francesas me tuvieron encerrado durante dos meses y medio. Ocho días después de mi llegada a Buenos Aires fue hundido en la ruta, que mi barco tan solo y tan confiado había tomado, el acorazado alemán "Graf Spee". A nosotros no nos pasó nada y tengo los mejores recuerdos del viaje: el mar azul, delante de la proa los delfines, detrás de la popa, esperando los desperdicios de la cocina, los tiburones; peces voladores, gaviotas, las gotas de agua salada que el viento traía hasta arriba, sobre la cubierta; el sol, el pololeo con las chiquillas que viajaban con nosotros en el vapor.

Desde Buenos Aires seguimos viaje por tren. Un día y una noche atravesando la pampa argentina. En las pocas estaciones había grandes aglomeraciones de gente que esperaba el tren. Apenas éste paraba, subían a los vagones y corrían por los pasillos en busca del gran grupo de españoles republicanos, que habían llegado a Buenos Aires en el mismo vapor y ahora seguían viaje junto a mí, rumbo a nuestra nueva patria común, Chile. Los argentinos los abrazaban, los colmaban de regalos, de provisiones para el viaje, reían con ellos, discutían, hasta que el tren se ponía nuevamente en marcha y tenían que abandonarlo precipitadamente. Con nosotros siguieron los españoles, por cuyas mejillas corrían las lágrimas, tan conmovidos estaban por el recibimiento que el pueblo del continente americano les brindaba. Conmovidos estábamos también nosotros, los alemanes y austríacos, al ver esta escena. Lástima que nuestros conocimientos del español fueran tan limitados, porque no alcanzaban para entendernos bien con nuestros compañeros de viaje. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que ellos compartieran fraternalmente los alimentos con nosotros. Hasta que nos acercábamos a la estación siguiente, donde ahora nos esperaba una multitud cantando la Internacional.

Mendoza, primero de diciembre de 1939. Una mañana fresca y clara. El sol de verano todavía no había quemado el verde de los campos y el follaje de árboles y arbustos. El aire estaba lleno de la fragancia de las flores y del pasto. La travesía de los Andes por tren estaba interrumpida. Una avalancha de piedras había destruido la línea. Una caravana de automóviles transportaba a los pasajeros y el equipaje hasta la estación Las Cuevas. Subimos, subimos, subimos. Yo conocía bien buena parte del los Alpes austriacos. Pero, ¡Dios mío, qué abismos tan abruptos, tan profundos, éstos de los Andes! A la izquierda, miles de metros debajo de nosotros, vimos la línea destruida del tren. Y, en el otro lado, subiendo casi verticalmente, montañas de una altura tal que, al mirar hacia las cumbres rodeadas de pequeñas nubes, que pasaban rápidamente, se le quitaba a uno la respiración.

En Las Cuevas abordamos el trencito de trocha angosta, y apenas comenzado el viaje atravesamos un largo túnel. Cuando nuevamente entró la luz del día en nuestro vagón ya estábamos en territorio chileno. Los primeros chilenos que conocí fueron un oficial de aduana y su ayudante, ambos uniformados.

“¿De quién son estas maletas?”, preguntó el oficial.

Indiqué que eran las mías y quise bajarlas. Pero no me dejó hacerlo. Esto era tarea del ayudante, un hombre de unos cincuenta años. Yo solamente tuve que abrir los candados. Sin misericordia, el ayudante revolvió el contenido, mientras que el oficial se limitó a mirarlo, este contenido más que modesto, lo único que había podido salvar del cataclismo europeo y que era toda mi propiedad en el mundo. Con la punta de los dedos el hombre revisaba uno que otro objeto, los que le llamaban la atención. No se habló ni una palabra. El control del pasaporte se hacía al mismo tiempo. Un pequeño timbre en la página donde estaba la visación indicaba que había entrado a Chile. Ya estaba en el país.

Pasaban las horas. El tren bajaba por un valle relativamente angosto. Rocas por donde uno mirara: guijarros, cantos, peñas, rodados. Y pocas plantas: algunos espinos, zarzales y muchos cactus. En este semidesierto, de repente una choza hecha de palos y un poco de cartón. Delante, algunas cabras flacas que se esforzaban por encontrar algo comestible en los espinos, y en la puerta, un hombre mirando el tren. El pantalón y la camisa eran tan andrajosos que se podía advertir desde nuestro vagón, que sin embargo pasaba a cierta distancia. La vista me asustó. ¿Cómo era este país, Chile, que ahora pasaba a ser mi patria?

Frente a mí, un asiento estaba desocupado. En él se sentó el ayudante del oficial de aduana. Aparentemente ya había terminado su trabajo. Tenía la frente empapada de transpiración y se veía cansado. Aun así, me miró con curiosidad. Un hombre uniformado que se sentaba al lado de un civil con el deseo aparente de charlar con él. En Europa Central esto hubiera sido completamente fuera de lo común en estos años.

“¿De dónde viene usted?”, me preguntó finalmente.

La comunicación fue difícil. Yo hablaba poco español y entendía

menos todavía. Pero es sorprendente como aun en tales condiciones los seres humanos consiguen entenderse, si el empeño es bastante grande. Le conté de mi internación en el Senegal, donde me había contagiado con malaria; le conté de las cosas espantosas que pasaban en Europa.

Más que novedad, mi relato le pareció ser la confirmación de cosas conocidas. En cierto momento se inclinó hacia adelante, me puso la mano sobre el brazo y dijo: "Terrible lo que usted me ha relatado. Pero tenga confianza, señor. Ahora su vida cambiará. En Chile cosas así no podrán ocurrir nunca. Chile es y será siempre un país democrático".

Lo había dicho con tanto énfasis y tanta convicción, que levanté la vista. Su cara expresó bondad y simpatía. Asentí con la cabeza y, más que confirmación, este gesto expresaba esperanza.

Después, el aduanero se levantó y desapareció detrás de un tabique en otro rincón del vagón, de donde se oían ruidos de oficina: tecleo de una máquina de escribir, voces altas y hasta el sonido de timbres.

Cerca de la medianoche arribamos a Santiago. Tuve suerte. Conseguí inmediatamente trabajo. Viví en una residencial. Comida y vivienda estaban aseguradas. Por cierto, no era una vida lujosa, pero era más de lo que en mis sueños más atrevidos me había imaginado posible. En todos los países europeos, ya antes de la guerra, habían atormentado a los emigrados alemanes, negándoles permisos de trabajo y dificultando su permanencia en ellos. Y ahora, ya declarada la guerra, la mayoría de ellos habían sido encerrados en campos de concentración, donde pasaban hambre y frío.

Pero, ¿cuánto tiempo iba a durar mi felicidad? Tenía una visa por seis meses, prorrogable por seis meses más. ¿Cómo iba a arreglar mi situación? ¿Y esto iba a costar dinero? ¡Tal vez mucho dinero! ¿Cómo lo podía conseguir?

Tenía que sacar mi carnet de identidad. Era la diligencia crucial. En esta ocasión se aclararía mi situación. ¿Y si me expulsaban del país? Todos los inmigrantes iban con cierta aprensión a las oficinas del Gabinete de Identificaciones. En la residencial, otro recién llegado contó que allá se habían enojado mucho con él por no saber cómo se llamaba el Presidente de Chile. Yo lo sabía. Se llamaba Pedro Aguirre Cerda. Yo había visto muchas veces su fotografía en los diarios, que compraba diariamente, aunque entendía solamente la mitad.

Un día cualquier me fui a Identificaciones y saqué el carnet. Nadie se interesó mayormente por mí. Todo se realizaba rutinariamente. Nadie se extrañó, nadie se enojó, nadie me llamó la atención. Tuve que esperar mucho tiempo. Finalmente me llamaron a una oficina aparte, donde estaba sentado un jefe o subjefe. Me invitó a tomar asiento frente a su escritorio. Delante suyo tenía mis papeles. Los reconocí por mi fotografía. Y ahí estaba el pasaporte con el timbre grande: "Visación comercial". Y otro timbre más chico debajo: "Válida por seis meses". Yo estaba preparado para todo, pero no pasó nada. El hombre firmó varios papeles y yo también tuve que firmar una o dos veces. En cierto momento él se fijó en mi vista, que

permanentemente era atraída por el timbre fatídico: "Válida por seis meses". Se sonrió. "Sí, señor. En otro tiempo usted hubiera tenido dificultades. Pero no olvide, ahora, con don Pedro, tenemos un gobierno de Frente Popular". Me entregó el carnet, me deseó mucha suerte. Y nada más. El carnet decía: "Válido por dos años". El "pecado" de haber entrado en el país con una visa por seis meses, pero con la intención de quedarme para siempre, había sido perdonado, borrado, olvidado.

Poco tiempo después hice un paseo por el cerro Santa Lucía. Era un día domingo bien temprano. Los primeros rayos del sol hacían brillar el agua, que corría rápidamente por las acequias, regando árboles y flores. El parque estaba lleno de fragancia matinal, pero la ciudad dormía todavía; no había casi nadie. Solamente una pareja, un matrimonio ya de edad, me salió al encuentro estando ya más arriba. Cuando los dos se me acercaron más, noté con sorpresa que era don Pedro Aguirre Cerda con doña Juanita, su esposa, que paseaban completamente solos, sin protección, sin acompañantes, y gozaban de la belleza del parque. Los saludé con deferencia y ellos me correspondieron con una leve sonrisa.

Aquí termina este relato.

No hablé una sola palabra con don Pedro. En realidad, no lo vi nunca más. El Presidente y su esposa siguieron bajando hacia la calle, mientras que yo continuaba el camino hacia la cima. ¡Cavilando! En ese tiempo todavía no florecían los atentados terroristas y la CIA no había nacido aún. Sin embargo, ¿cómo era posible que aquí el representante más alto del Estado pudiera pasear completamente solo por el parque, mientras que en Europa personajes de importancia incomparablemente inferior no osaban presentarse en público, si no los rodeaba por lo menos una docena de guardaespaldas? Me vinieron a la mente el cónsul en Praga, que nos había dado visas sin hacer con ello un negociado; el ayudante de aduana, que me había dado un recibimiento tan simple como conmovedor, apenas había cruzado la frontera. Me acordé de la sonrisa del jefe de Identificaciones al notar mi miedo. Todos ellos habían actuado con la mayor naturalidad. Ninguno de ellos había utilizado grandes palabras, ni considerado gran cosa lo que hizo. Ellos hicieron simplemente lo natural, lo humano, lo que lógicamente cada hombre debería hacer por su prójimo. Esta era la diferencia entre el pensar y el accionar de un gobierno popular y los gobiernos que solamente funcionaban para los grupos adinerados. Comprendí por qué don Pedro paseaba con tanta confianza por el parque. El era el Presidente elegido por la gente humilde, anhelante de una vida más humana. Se sentía seguro junto al pueblo. Y a la larga, ¿quién podía contra el pueblo? Algo como un presentimiento nació en mí: que, a pesar de las muchas batallas que por entonces ganaban los fascistas, la victoria final en la terrible guerra que apenas había comenzado, tenía que ser de los que estaban del lado del humanismo, de la verdad.

Estos años fueron decisivos en mi vida. El pesimismo que se había apoderado de mí, a raíz de mis aventuras en Europa y en Africa, cedió y encontré mi camino junto a la gente sencilla. Nunca me he arrepentido.



LA NATURALEZA

TRASO EL DESTINO

DE LOS HOMBRES
DE LAS MAQUINAS
Y DE LOS MONSTRUOS
MAS, (YA QUI ESTA LO GRAVE)

OLVIDO TRAZAR
EL SUYO
PROPIO...

La economía colonial chilena

Modalidades de la asignación de recursos

ALEXIS GUARDIA

*A Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet, que
alentaron con lucidez la memoria colectiva de los
trabajadores chilenos.*

Durante la etapa colonial de América Latina surgen estructuras económicas y sociales que en sus rasgos esenciales tienden a perdurar por largos periodos en la etapa post-colonial. Uno de los objetivos del presente trabajo es el de analizar cómo las modalidades específicas de la asignación de la mano de obra y de la tierra inciden en la formación de una estructura económica particular, es decir, aquella referida a la economía colonial chilena. El hecho de que sólo hagamos mención a su estructura económica, significa que de preferencia hemos centrado la atención en las relaciones sociales que se anudan en el proceso de producción, y que por cierto no agotan ni explican la totalidad de la estructura social.

Presentar las características constitutivas de la estructura colonial es una cuestión importante no sólo por el hecho que mantiene viva la memoria colectiva sobre un período lejano, sino además porque ello tendrá mucho que ver con los conflictos de las primeras décadas del siglo XIX. Esta especie de balance historiográfico, que de ninguna manera pretende ser exhaustivo, lo hacemos en función de dos problemas. El primero dice relación con las modalidades conforme a las cuales se asigna la tierra y la mano de obra durante el período colonial; y segundo, los rasgos básicos que definen el carácter de la producción en dicha época.

I. La asignación de la mano de obra. La encomienda

La formación de la economía colonial está influida por las formas específicas que asume la asignación de recursos, principalmente la tierra y la mano de obra indígena. En su origen, se trata de una redistribución de recursos que nada tiene que ver con los mecanismos de mercado, pues la mano de obra indígena nunca alcanza a constituirse en mercancía, en el sentido de que ella pudiera disponer libremente de su fuerza de trabajo para venderla por un salario, ni tampoco el acceso a la propiedad de la tierra pasó por un mercado de compradores o vendedores. La ocupación militar que supone el período de la conquista introdujo una coacción extraeconómica de principal importancia y que incide en la reasignación de recursos efectuada durante el período colonial. La usurpación de tierras a los indígenas o la incorporación de ellos en calidad de no-asalariados en los trabajos necesarios a la reproducción del sistema, son hechos que están presentes en la constitución de casi todas las economías de la región.

En lo que se refiere a la asignación de la mano de obra indígena, son bien conocidas las instituciones coloniales de los "repartimientos" y de la "encomienda"; a través de estos mecanismos la monarquía española delegó o confió a algunos colonos la población indígena, y para la cual debía protección y cuidado espiritual a cambio de tributos u obligaciones. De parte de los encomenderos existía la obligación de prestar servicios de carácter militar a las autoridades coloniales. De esta forma, los indios siempre fueron considerados, desde el punto de vista jurídico, como "vasallos libres de la corona de Castilla". Y aquellos que se consideraban esclavos eran sólo los indios cautivos "en justa guerra". Así, la asignación de la mano de obra indígena a las labores productivas a través de los procedimientos recién señalados, confiere al factor extraeconómico implícito en la relación social emergente, un papel de especial relevancia, en lo que podría ser una asignación forzosa de la mano de obra y que en algunos casos llegó incluso a confundirse con el esclavismo.

Para un investigador como Capdequi, la encomienda queda definida como sigue: "Por la encomienda, un grupo de familias de indios, mayor o menor según los casos, con sus propios caciques, quedaba sometido a la autoridad de un español encomendero. Se obligaba éste jurídicamente a proteger a los indios que así le habían sido encomendados y a cuidar de su instrucción religiosa con los auxilios del cura doctrinero. Adquiría el derecho de beneficiarse con los servicios personales de los indios para las distintas "necesidades del trabajo y de exigir de los mismos el pago de diversas prestaciones económicas. Con el Rey contraía el compromiso todo español encomendero de prestar el servicio militar a caballo cuando para ello fuese requerido. Tuvieron las encomiendas, en un primer momento, un carácter temporal o vitalicio. Al vencer el plazo de tiempo por el cual habían sido concedidas, o a la muerte del encomendero, se incorporaban los indios encomendados a la Corona. Pronto surgió la costum-

bre de consentir, por vía de disimulación que la viuda y los hijos del encomendero siguieran disfrutando de los indios a la muerte de su causante. Se sancionó esta costumbre en 1536, y ya desde entonces se concedieron las encomiendas por dos vidas"¹.

La encomienda, en su uso y abuso, permitió regular la asignación de mano de obra indígena destinada al cultivo de las tierras o al laboreo de las minas. Con ello se puso parte de las bases de la estructura económica colonial. Analizaremos a la luz de la documentación existente, las formas específicas que esta institución tomó en el caso de Chile.

La encomienda y la organización de la producción en el caso de Chile

Un elemento de suma importancia para la comprensión de los rasgos esenciales de la economía colonial chilena es que la estructura económica y social indígena encontrada por los españoles fue muy distinta a la de otras regiones, ya sea respecto a su grado de desarrollo como a la diversidad de culturas indígenas que ocupaban su territorio.

En efecto, la población indígena de México y Perú producía, antes de la llegada de los españoles al continente, un excedente económico lo suficientemente importante como para sostener una diversificada estructura social y un Estado; por el contrario, en el caso de Chile la población indígena vive de una agricultura de baja productividad, mezclada con vida de caza y recolección, aunque importante, le impide producir una cuantía de excedente significativo. Esta diferenciación se traduce para el caso de Chile, en que la tributación en especie o en dinero que debían pagar los indígenas, fue sustituida rápidamente por el empleo directo de la mano de obra indígena en las actividades económicas dirigidas por los españoles bajo la forma de obligaciones en servicios y en trabajo. No menos importante es el hecho de que la limitada estratificación social de la población indígena chilena con ausencia de un Estado mediador, hizo más conflictivos los lazos de dependencia respecto al colonizador.

Sin lugar a dudas, todos estos elementos jugaron un importante papel en la formación de la economía colonial, sobre todo si la consideramos desde el punto de vista de la disponibilidad y estabilidad de la mano de obra indígena, agregando la particularidad de que la resistencia de la población araucana a su incorporación forzosa a esta estructura colonial abrió paso a un conflicto armado que se prolongó por casi tres siglos.

La actividad minera fue en general el principal eje de estructuración de la economía colonial en buena parte del imperio hispánico, alentado sin duda por el incentivo económico básico de la conquista: la búsqueda de metales preciosos; incentivo por lo demás completamente funcional a las formas de atesoramiento preferido de la época mercantilista. Por otra parte, en los inicios de la economía colonial la

¹ J. M. Ots Capdequi. *El Estado español en las Indias*. México, Fondo Cultura Económica, 4.ª ed., p. 26.

agricultura jugó un papel de apoyo y sustento de la población en la actividad minera y en las actividades propias a la conquista y administración colonial. Además, dada la baja densidad de la población española a comienzos de la colonización, todos los aumentos de productividad en la agricultura, con motivo de algunas innovaciones aportadas por los colonizadores, permitieron obtener un excedente agrícola lo suficientemente importante como para sostener la población indígena que trabajaba en las minas.

Casi a mediados del siglo XVI se establece en el "Reino de Chile" una economía minera; en efecto, la explotación de los lavaderos de oro se transforma en la principal actividad económica y el oro en el más importante producto de exportación. Sin embargo, ya a partir de 1580 el ritmo de producción comienza a disminuir rápidamente y, según la información fragmentaria disponible, el auge de esta actividad puede ser fijado entre 1545-1560, con un promedio de producción anual de dos toneladas, para caer posteriormente a un nivel de cerca de media tonelada promedio anual en el período 1561-1600. El agotamiento del ciclo del oro, además de las dificultades propias de la explotación, está asociado a la falta de mano de obra indígena, que comienza a disminuir a fines del siglo XVI a causa de los aumentos en la tasa de mortalidad, y también debido a las consecuencias de la guerra de pacificación².

Sin la existencia de la mano de obra indígena y sin el conocimiento que éstos tenían de la explotación minera, difícilmente hubiera podido tener lugar la presencia de esta actividad económica en los comienzos de la época colonial. La encomienda permitió utilizar en forma compulsiva esta mano de obra en las actividades mineras, así el indígena, en vez de pagar tributos en especie o en dinero, lo hacía obligadamente en trabajo en las minas.

Sin embargo, particularmente en la explotación minera, la legislación española estableció la institución de la "mita", la cual ordenaba el trabajo obligatorio en las minas para los pueblos indígenas o miembros de una encomienda, en forma rotativa y por un plazo de ocho meses para todos aquellos en edad de trabajar; a cambio de ello, los indígenas deberían recibir una remuneración equivalente a la sexta parte del producto extraído (llamado también el "sesmo"), independientemente de la subsistencia individual durante el período de explotación. La documentación existente para el caso de Chile indica que los indígenas no recibieron nunca esta remuneración, ella se transformó en una especie de salario colectivo que más tarde fue expropiado por los encomenderos. En efecto, los encomenderos supusieron que esta especie de participación en el excedente minero le correspondía a la comunidad indígena, y quienes estaban trabajando en la mina sólo la representaban; de este modo no se justificaba una repartición de carácter individual. Así fue como se creó una especie de fondo comunitario con el "sexto del oro", el cual se invirtió en ganado o en

² Véase A. Jara, *Guerre et société au Chili*, cap. II, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, Paris, 1961.

mejoras en la propia mina y que la población indígena nunca recuperó³.

Por otra parte, la legislación recientemente comentada, establecía un salario de subsistencia de carácter individual, que fijaba en términos físicos una cierta cantidad de maíz, sal, ají y otros, para la mantención diaria de los indígenas que laboraban en la mina. Es decir, casi toda la documentación señala que no hubo un salario individual en metálico, y respecto al salario colectivo o sesmo, su destino no fue a la población indígena, no obstante las bondades de la legislación. El hecho de que el sesmo transformado en inversión fuera fácilmente expropiado por los encomenderos, sólo se explica por el carácter de las relaciones sociales establecidas durante los inicios de la colonia, entre la mano de obra indígena y el colonizador español, y en este sentido, el único carácter que puede tener tal relación son aquellas definidas por la dependencia personal y de ninguna manera por las relaciones mercantiles entre capital y fuerza de trabajo.

En la agricultura, la situación no es diferente. En general, la mano de obra indígena que trabaja en la agricultura que no es la propia, recibe un pago no monetario por su trabajo. En la investigación recién citada se afirma: "En la agricultura, los salarios debían ser pagados en alimentación y ropa de vestir a un nivel extremadamente bajo, salvo la excepción de la siembra y beneficio del lino que estipulaba la mitad del producto para el encomendero y la otra mitad para los indios, siempre que éstos ayudaran hasta el final de la elaboración, es decir, hasta hilarlo y tejerlo. Testimonio de tales cuentas no conocemos, aunque sí del cultivo y elaboración del lino para fabricar jarcia, con la mención conjunta de que a los indios se les burlaba su salario. El contexto general de la economía hace suponer que la moneda, casi invisible aún en las transacciones comerciales de esta época, tampoco aparecería para remunerar el modesto trabajo de los tejedores rurales. Estos debían acumular jornales suficientes para pagar el tributo a su encomendero y de lo que quedase de remanente podían pretender la cobranza. En cuentas más tardías, no de obraje, pero también de trabajos rurales se constata corrientemente el endeudamiento de los indígenas con el amo por recepción de especie (alimentos, vestidos, bebidas alcohólicas), en abono del ajuste final de los salarios y deudas acumuladas, siempre en períodos largos. Los precios de estas especies, como es natural, eran muy altos. Con poco esfuerzo se puede suponer que tal costumbre no había brotado de manera repentina"⁴.

Como hemos visto, en la constitución de la economía colonial la población indígena sometida al régimen de encomienda no sólo fue de vital importancia para la minería, sino también lo fue para la agricultura, y es sobre esta mano de obra sujeta a relaciones cuasi-serviles donde descansa el peso de la creación del excedente económico y de la acumulación primaria. Fuera de las encomiendas, los indígenas que prestaban servicios a los españoles, tampoco estaban

³ Véase A. Jara, "Salario en una economía con relaciones de dependencia personal", *Rivista Storica Italiana*, fasc. II, 1966.

⁴ Ob. cit., pp. 37-38.

regidos por relaciones mercantiles, pues el grueso sí no toda su retribución estaba constituido por alimentos y alojamiento. Sólo en la contratación de españoles para servir a otros españoles aparecen relaciones de mercado, y aun en estos casos una parte de la remuneración toma la forma de pago en especie, en todo caso escapando a las restricciones que supone una relación de dependencia personal.

En consecuencia, la mano de obra indígena sometida o no al régimen de encomienda, no recibió nunca un salario en el sentido capitalista del término, lo que no quiere decir una ausencia de demanda y oferta de mano de obra, sino más bien significa una ausencia de fuerza de trabajo como mercancía.

II. La asignación de la tierra. Las mercedes de tierra

Un segundo elemento importante que es necesario tener en cuenta en el estudio de la constitución de la estructura económica colonial, es la asignación de tierra, o cómo se forma la propiedad de la tierra. Como es sabido, en su origen, la monarquía española concedió tierras a través de las conocidas "mercedes de tierras", a fin de compensar y premiar a las huestes conquistadoras, y también como un medio de afianzar la tierra ocupada militarmente. Como es fácil de verificar en la documentación existente, las atribuciones de repartimiento de tierras recayeron en un principio en los jefes de expediciones, pero una vez instalada la administración colonial pasaron tales atribuciones a las autoridades pertinentes: virreyes, gobernadores y Cabildo. Sin embargo, las mercedes de tierras siempre quedaron sujetas a la Real confirmación, así la monarquía reafirmaba su derecho de propiedad sobre las tierras conquistadas, otorgando sólo el derecho de posesión y usufructo a los conquistadores que gozaron de estas prebendas.

En general, el repartimiento de tierras en el imperio Hispánico estuvo fuertemente reglamentado, y en particular en lo que se refiere a tres aspectos fundamentales. En primer lugar, las mercedes de tierras no supieron nunca, en derecho, la concesión de dominio jurisdiccional sobre los habitantes de la tierra repartida, cuestión que constituye un rasgo diferenciador esencial respecto al feudalismo clásico. Segundo, las tierras otorgadas no supusieron ningún derecho de dominio sobre las riquezas mineras que pudieran encontrarse en el subsuelo, pues en tal caso, ellas quedaban de inmediato sujetas a un tributo especial llamado el "quinto real", es decir, que un 20 por 100 de la producción minera debería ir a las arcas reales. Finalmente, un tercer aspecto fue que los repartimientos de tierras no deberían afectar a aquella poseída u ocupada individualmente por los indígenas, pues se suponía en derecho que ella le permitía pagar los tributos especiales llamados el "quinto real", es decir, que un 20 por ciento del derecho de los indígenas a mantener la posesión de su tierra, no siempre o, mejor dicho, en la mayoría de los casos no se cumplió, a pesar de las innumerables disposiciones legales que se dictaron en la época, y algunas de ellas claramente taxativas, como aquella apare-

cida en la "Recopilación de Leyes de Indias de 1680" que ordenaba: "que a los indios se les dexen tierras... con sobra de todas las que les pertenecieren, assi en particular, como por comunidades, y las aguas y riegos; y las tierras en que hubieren hecho azequias, u otro cualquier beneficio, con que por industria personal suya se hayan fertilizado, se reserven en primer lugar, y por ningún caso no se les puedan vender, ni enajenar"⁵.

La transgresión de estas disposiciones es una cuestión que corresponde a la historia de la formación de la propiedad territorial en cada región del imperio hispano. Sin embargo, este problema de orden histórico mucho más que jurídico, ha conducido en muchas ocasiones a confundir la asignación de tierras (mercedes) con la asignación de la mano de obra indígena (encomienda). Sin lugar a dudas, entre ambas existe una complementariedad, pero la propiedad de la tierra no tiene su origen, a lo menos en forma regular y exclusiva, en la encomienda, pues esta última nunca implicó derecho de propiedad territorial. Sin embargo, la confusión tiene que ver con la ambigüedad con que en la práctica se utilizaron ambos mecanismos de asignación de recursos en los comienzos del período colonial.

Sobre la constitución de la propiedad territorial en Chile

Desde los inicios de la conquista de Chile (1540), el Cabildo y el jefe de la expedición otorgaron mercedes de solares urbanos y de chacras de subsistencia de limitada extensión que no debían estar ubicadas más allá de legua y media de las ciudades recientemente fundadas; aquellas otras mercedes que significaban la distribución de vastos espacios rurales, fueron atribución de Gobernadores sujetas a la confirmación Real. Son estas últimas las que presentan una mayor importancia dada su influencia posterior en la constitución de la gran propiedad territorial.

En la valiosa investigación sobre la documentación de la época efectuada por el profesor Mario Góngora y publicada bajo el título *Encomenderos y Estancieros*, quedan claramente delimitados algunos rasgos esenciales de los primeros repartimientos de tierra en Chile, y entre los más importantes destacaremos los siguientes:

a) En una primera época no existe una neta diferencia entre encomienda y propiedad, provocando así una asignación simultánea de mano de obra indígena y tierra, la diferenciación aparecerá mucho más tarde. Para el autor señalado, es el sentido señorial de la tierra que poseen los primeros conquistadores, y en especial el de Pedro de Valdivia para el caso de Chile, lo que explicaría esta confusión. En efecto, Góngora acota lo siguiente: "Pueden donarse tierras al encomendero, en la misma cédula de encomienda, sin necesidad de una merced aparte. Esta merced abarca toda una comarca o valle, con las tierras y los indios que las pueblan. Pero no en sentido inmediatamente despoblador, para desalojarlos de las tierras que actualmente ocupan y trasladarlos a otra región; sino conservándolos en

⁵ J. M. Ots Capdequi, ob. cit., p. 142.

sus posesiones cultivadas, aunque naturalmente quitándoles tierras más vastas que estaban en su ámbito vital. La más probable interpretación de estos documentos consiste, a mi juicio, en que flotaba ante él una imagen señorial de posesiones campesinas subordinadas al dominio inminente, sujetos los indios al trabajo en la dehesa o estancia que él se reservaba pensada como los campos acotados para hatos de ovejas o de vacas sedentarias, que él conocía tanto en la Península Ibérica. La relación entre tierras reservadas y tierras de los indios encomendados no se puede pensar, a mi juicio, en meros términos de "derechos de propiedad", sino dentro de un modelo señorial que seguramente aspiraba a crear en su provecho, como lo había logrado crear Hernán Cortés en México, y que la muerte le impidió tal vez alcanzar: en todos los caudillos de la Conquista, más allá de la mera "propiedad" late el afán por el señorío sobre hombres y tierras conjuntamente"⁶.

b) En las encomiendas generalmente no se estipulaba nada sobre la suerte que correría la tierra ocupada individual o colectivamente por los indios; se suponía implícitamente que ellas estaban protegidas por las disposiciones Reales dictadas por el imperio en su conjunto. Por ello, los encomenderos que deseaban obtener parte de esas tierras debían hacerlo por la vía de una merced específica.

c) Finalmente, a diferencia de otras experiencias, las primeras mercedes de tierras, en especial aquellas otorgadas por Pedro de Valdivia, no hacen referencia a la comunidad de pastos; por el contrario, ellas tratan de delimitar en lo posible la estancia de tipo señorial exenta del régimen comunal. Posteriormente, las disposiciones jurídicas dictadas por la Corona, reafirmaron el principio de la "comunidad de pastos y montes", pero su aplicación práctica en el caso de Chile fue una cuestión que no estuvo claramente resuelta.

Sin embargo, la formación de la propiedad territorial es un proceso prolongado que no sólo se reduce al aspecto jurídico de la propiedad ni tampoco a las primeras mercedes de tierras. Es un proceso más bien que tiene que ver con la valorización de la tierra, es decir, la creación de un excedente agrícola y su intercambio por otras mercancías. En este sentido, la valorización de la tierra acrecienta el interés por delimitar la propiedad territorial y expandir la frontera agrícola. Pero no sólo se trata de una valorización económica de la tierra; también en el cuadro de la economía colonial chilena hay un proceso de valorización social de la tierra, es decir, la posesión de la tierra es signo de prestigio y poder, lo cual también refuerza los intentos de delimitación de la propiedad.

El proceso de valorización de la tierra comienza con las primeras exportaciones agrícolas al mercado limeño de fines del siglo XVI y que se acentúan y consolidan durante el resto del período colonial. Podríamos distinguir en este proceso de valorización una primera etapa ubicada aproximadamente entre fines del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, período durante el cual se estructura la base de

⁶ M. Góngora. *Encomenderos y estancieros*. Ed. Universitaria, Santiago, 1970. pp. 7-8.

la propiedad territorial; a este período concurren algunos hechos históricos de importancia y que influirán en la formación de la propiedad territorial. Entre ellos podemos destacar los siguientes:

a) El agotamiento a fines del siglo XVI de los lavaderos de oro en explotación.

b) La insurrección indígena de 1598-1599 que significó la pérdida de los territorios ubicados al sur de Concepción, limitando la frontera agrícola por un tiempo prolongado a la región comprendida entre la Serena y Concepción.

c) A fines del siglo XVI y durante el siglo XVII se constata una disminución importante de la población indígena (fenómeno generalizado a todo el imperio hispánico), a causa de las guerras de "pacificación" como también producto de diferentes epidemias y malas condiciones de explotación de la mano de obra indígena. La población indígena estimada por Encina a la llegada de los españoles a Chile era aproximadamente de un millón de personas, concentrada en su gran mayoría en la región sur del país. A comienzos del siglo XVII esta población se estima en poco más de medio millón de personas.

d) En tiempos de Felipe II, a fines del siglo XVI, la Corona introdujo una variante en los mecanismos tradicionales de asignación de la tierra. En efecto, motivada por las necesidades de financiar las guerras sostenidas por España, la Corona resolvió "enajenar las tierras de realengo en pública subasta" en contraposición con la gratuidad de las mercedes de tierras originales que se hacen durante el siglo XV cada vez más escasas y selectivas.

Así, tanto el proceso de la valorización de la tierra como el conjunto de los hechos históricos recién señalados, concurrirán directa o indirectamente a la formación de la propiedad territorial. Obviamente, las primeras mercedes de tierras como las subsiguientes, juegan un papel importante en la constitución de la propiedad, aunque no será el único camino para el acceso a la tierra. Otros menos legales, que llevarán a grandes y largos litigios, así como los de la simple expropiación de la tierra indígena, también concurren a la formación de la propiedad. Por otra parte, a diferencia de la primera época, las mercedes de tierras se hacen mucho más explícitas respecto a la propiedad y a su diferenciación con respecto a la encomienda. Como lo señala Góngora: "A partir de 1583, la cláusula de no conferir propiedad desaparece de las mercedes de estancia. Por otra parte, la mezcla de encomienda y merced de tierras está ya deshecha por 1580: las numerosas mercedes de esta última especie dadas por Rodrigo de Quiroga (1575-1580) están plenamente diferenciadas; de suerte que por 1570-1600, cuando se multiplican las mercedes otorgadas por los Gobernadores, ya no hay notas comunitarias ni señoriales de ninguna clase, sino que se concede simplemente la propiedad perfecta y alienable, como la que los fueros castellanos y la legislación romanizante reconocían sobre casa y solares"⁷.

El interés despertado por la propiedad de la tierra abarcó no sólo a los encomenderos, sino a todas las capas sociales de origen español

⁷ Ob. cit., p. 42.

de la época; de hecho, el mecanismo de las donaciones abrió el acceso de la tierra a comerciantes, soldados, artesanos, altos funcionarios y congregaciones religiosas. Por otra parte, la adjudicación por "censo al quitar", es decir, la venta a plazo de la tierra de dominio real, como también la venta "en pública subasta" fueron vías de acceso a la propiedad de la tierra. No menos importantes fueron la legalización de títulos irregulares, llamadas "composiciones", mecanismo que venía a resolver en derecho lo que era una situación de hecho, mediante el pago de una determinada suma a la Corona; en otros casos de irregularidad, simplemente se reconocía el derecho de propiedad según un cierto período de antigüedad en la ocupación de los terrenos. Finalmente, entre los distintos caminos que condujeron a la propiedad de la tierra estuvo el de la simple expropiación forzosa de la tierra indígena. Ciertamente es que en los inicios del período colonial, cuando los encomenderos se interesaban de preferencia en la actividad minera, los indios no son desposeídos en forma masiva de sus tierras; ello ocurre más bien con el proceso de valorización de la tierra; así los encomenderos hicieron suya la tierra ocupada por los indios encomendados, sobre todo después del desplazamiento de parte de la población indígena hacia las minas y, posteriormente, cuando ocurre una caída demográfica de dicha población, dejando abiertos espacios de tierra "abandonada" que fue rápidamente reclamada por los españoles. En otros casos se trató simplemente de una expulsión arbitraria de pueblos indígenas con el objeto de cercar tierras y delimitar así la propiedad.

Recurriendo a todas las vías de acceso a la tierra comentadas, la formación de la propiedad territorial en Chile en sus líneas fundamentales se encuentra realizada en las más ricas regiones y en las más estables desde el punto de vista político-militar, a mediados del siglo XVII.

III. La organización de la producción en el campo

Hemos señalado en párrafos precedentes que una vez comenzada la decadencia de la actividad minera (1580) e iniciado el proceso de valorización de la tierra agrícola, ocurren dos fenómenos de importancia. Primero, el de cercamiento y delimitación de la propiedad agrícola; y segundo, el de una redistribución de la mano de obra indígena de las actividades mineras hacia la agricultura, todo ello dentro de un cuadro demográfico caracterizado por una fuerte disminución de la población indígena a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. Cabe señalar, sin embargo, que durante todo el período colonial, la economía chilena no dejó nunca de tener un sector minero exportador. Así, durante los siglos XVII y XVIII, la producción y exportación de cobre y plata reemplazó al ciclo de la exportación de oro de la segunda mitad del siglo XVI, sin que por ello dichas exportaciones tuvieran la importancia que tuvo esta última.

Con todo, la actividad agropecuaria concentra el grueso de la población y poco a poco logra liberar excedentes exportables impor-

tantes, en especial durante el siglo XVIII. En este proceso, más que el mercado interno fue el mercado externo (en particular el mercado peruano) el que impulsó una cierta especialización regional creándose líneas de exportación de trigo, carnes secas, sebo y pieles. Esto no significó que la agricultura perdiera su carácter autosuficiente en productos hortícolas, frutas y vinos y mantuviera parte importante de su producción fuera del intercambio. A fines del siglo XVII ya se pueden distinguir en Chile colonial tres regiones, según la especialización agropecuaria, a saber: la región de la Serena en el norte, Santiago en la región central y, finalmente, la región de Concepción. Es notable, sin embargo, que el grado de intercambio entre estas tres regiones para la misma época señalada, sea prácticamente nulo. Volveremos sobre este hecho más adelante.

A. Tendencias a la desaparición de la población encomendada

Durante todo el siglo XVII y parte del siglo XVIII se forman las grandes estancias ganaderas, a través de la concentración de las antiguas mercedes, de manera tal que se originan lugares extensos de pastos sustituyendo así parte de la "comunidad de pastos" que se presentaban en ciertas regiones. Conjuntamente a este fenómeno, se produce un asentamiento más o menos forzoso de la mano de obra indígena en la agricultura, al mismo tiempo que se registra una tendencia a la disminución de la población encomendada. En efecto, la valorización de la tierra agrícola así como el interés creciente por los ganados y pastos, trajo consigo no sólo el desalojo de los indígenas de sus tierras, sino que también implicó un creciente interés por adscribir esta mano de obra en las nuevas estancias.

La disminución de la población encomendada es un fenómeno más complejo. Sin duda, esta disminución no es ajena a las tendencias demográficas depresivas de la población indígena y a la denominada guerra de pacificación de la Araucanía. En la disminución de la población indígena concurren diversos factores; entre los más frecuentemente mencionados por la historiografía chilena están: enfermedades y pestes transmitidas por los españoles, las hambrunas y bajo nivel de vida, y el régimen riguroso de trabajo compulsivo al que estuvieron sometidos, en las minas particularmente.

El número de habitantes que correspondía a Chile a la llegada de los españoles es diferente según cada autor; el Servicio Nacional de Estadísticas y Censos ha concluido, después de un análisis pormenorizado de las diferentes cifras, en una cantidad de aproximadamente un millón de personas, ubicadas en su mayoría en la zona sur del país. Una estimación de la evolución de la población indígena y la población mestiza-blanca de acuerdo a estimaciones que se señalan, pueden ser observadas en el cuadro I.

La disminución en términos absolutos de la población indígena afectó también a la población indígena encomendada, y el control de una parte del territorio por parte de la población indígena rebelada, también incidió en la escasez relativa de mano de obra. Sin embargo, la disminución de la población indígena encomendada se aceleró a

CUADRO I

	Población indígena			Población mestiza-blanca	Total
	Pacificada	"Rebelada"	Total		
1540			1.000.000		1.000.000
1570	474.000	150.000	624.000		
1590	462.000	120.000	582.000		
1600	279.000	270.000	549.000		
1620	307.000	250.000	557.000		
1600*			600.000	38.000	638.000
1650*			520.000	30.000	550.000
1700*			500.000	90.000	590.000*
1800			350.000	250.000	600.000

Fuentes: Distribución de la población indígena. Eugenio Pereira Salas, "El desenvolvimiento histórico étnico de la población de Chile", *Geografía económica de Chile*. Corfo, Cap. I, 2.ª parte, tomo II, Santiago, 1950.

Periodo 1600-1800. Servicio Nacional de Estadísticas y Censos. Citado en "La población de Chile". CIREC. Series de 1974. Autor H. Gutiérrez Roldán, 1975.

* Incluye la provincia de Cuyo, que actualmente pertenece a Argentina.

fin del siglo XVII, pero no se presentó con igual fuerza en la región norte que en la región central⁸.

Si el mecanismo de mercado hubiera sido el elemento regulador de la asignación de la mano de obra, la respuesta frente a una situación de necesidades crecientes de mano de obra (provocadas por la valorización de la tierra) y escasez relativa de la misma, habría sido: una salarización creciente y un aumento del salario de subsistencia. No fue ésta sin embargo la respuesta del sistema económico en formación. Por el contrario, se acentuaron los rasgos de servidumbre que estaban latentes en el mecanismo de la encomienda y, por otra parte, incentivó la importación de mano de obra indígena bajo condiciones casi esclavistas. Esto no invalida que conjuntamente se registre un intercambio más grande con el exterior o incluso una monetización más acentuada, lo que indicaría un mayor desarrollo del mercado de bienes que del mercado de factores o recursos.

Los mecanismos por medio de los cuales los encomenderos dueños de tierras tratan de fijar la mano de obra indígena en sus estancias son variados. Se cita a menudo los esfuerzos por disminuir la mano de obra en los "obrajes" o industria doméstica, así como la disolución de pueblos. "Los indios de pueblos quedan entregados a sus siembras particulares para su subsistencia, y difícilmente para un pequeño comercio; necesitan de jornales para su ropa y el encomendero y los otros españoles los podían atraer fácilmente a establecerse en sus tierras. Las intervenciones personales de los encomenderos para sacar a algún o algunos indios desde el pueblo para llevarlo a sus casas y heredades está documentado directamente"⁹.

Por otra parte, la documentación también registra la existencia de un mercado "espúreo" de mano de obra indígena a través del

⁸ Véase M. Carmagnani. *El salario minero en Chile colonial*. Ed. Univ. Santiago, 1963.

⁹ M. Góngora, ob. cit., p. 49.

arriendo que los encomenderos hacían de su mano de obra encomendada, desnaturalizando así el sentido original de la encomienda. Sin embargo, la adscripción de la población encomendada en las estancias o bien su movilidad determinada por contratos de arriendo de esta mano de obra que tocaba marginalmente un jornal, son hechos que nunca fueron reconocidos legalmente por las autoridades, creándose una situación ambigua, que Góngora señala en los siguientes términos: "El problema de la residencia del indio en el pueblo o en la estancia quedó siempre en definitiva irresoluto en derecho, sin que el régimen hispánico pudiera jamás acometer radicalmente la reducción a pueblos, tantas veces propiciada por algunos religiosos, obispos y letrados, ni tampoco reducir definitivamente a las estancias de los encomenderos. El principal obstáculo a la primera solución eran los hechos, el interés de los propietarios en tener una mano de obra segura, bajo el postulado que los indios no trabajaban si vivían libres en sus pueblos. El obstáculo a la segunda solución era que la Corona no quiso finalmente perpetuar las encomiendas en una familia al modo de los mayorazgos"¹⁰.

Así, tanto la valorización de la propiedad agrícola como la escasez relativa de mano de obra indígena, en vez de generalizar la salarización en el campo, transforma más bien el pago de tributos en especie fijados originalmente a la población nativa, en su pago bajo formas de jornadas de trabajo. Ciertamente que poco a poco se deja al tributario el derecho a uso de un pedazo de tierra dentro de la hacienda para su mínimo de subsistencia y estabilizar al mismo tiempo parte importante de la mano de obra. La adscripción de la población encomendada en las haciendas no hace sino reforzar las obligaciones en trabajo. El citado autor afirmaba al respecto: "Los indios de Chile, a partir de 1620, quedaron legalmente confinados en un circuito de cuatro leguas, más allá del cual no podían concertarse: la obligación de pagar el tributo pareció incompatible con la plena libertad de movimiento"¹¹.

De ese modo se fue configurando en la economía colonial chilena un tipo de servidumbre que desde el punto de vista histórico general es bastante conocida, aunque no se la pueda asimilar a la relación feudal clásica de tipo europeo, pues la servidumbre o cuasi-servidumbre a que da origen la encomienda no supone de hecho ni de derecho la jurisdiccionalidad que caracteriza a la servidumbre en el modelo feudal clásico.

Pero la escasez de mano de obra impulsó también un cierto tráfico de las regiones vecinas, tal vez el más conocido de ellos sea el tráfico de los indios huarpes de la región trasandina de Cuyo; allí, los encomenderos arrendaban su población encomendada por un año o más a los propietarios de la región de Santiago. También existió un tráfico importante de indígenas de la isla de Chiloé hacia la zona central. Desde ya este tipo de tráfico, sin mediar el pago de un salario a la población encomendada, sino un mínimo de subsistencia, impli-

¹⁰ Ibid., p. 56.

¹¹ Ob. cit., p. 114.

caba una forma parcial de esclavismo, parcial porque se trataba de un arriendo temporal de nativos y no de su venta de por vida.

La denominada "guerra de pacificación" de la Araucanía fue otro medio por el cual se obtuvo mano de obra indígena. Sin embargo, en este caso se decantaron con mayor precisión, sobre todo a comienzos del siglo XVII, los rasgos del esclavismo más que los de la servidumbre, en particular cuando se trataba de los indígenas cautivos de la guerra. El abuso de esta práctica determinó que las autoridades de la Corona declararan la prohibición del esclavismo para los indígenas y se suprimiera el carácter de esclavo para la población cautiva, creándose la institución de "indios en depósito" con estatus jurídico de "libres", pero en posesión de sus antiguos dueños con la intención de ser encomendados. Los nuevos abusos que engendró esta institución hacen que ella sea suprimida a fines del siglo XVII, quedando en derecho solamente el estatus de "indio libre".

También existió un cierto desarrollo de la importación de esclavos negros, pero que en general a falta de cultivos tropicales no tuvo la importancia y continuidad que registrara en otras partes del imperio hispánico. De hecho, la integración de esta mano de obra a la economía colonial se hizo de preferencia en los servicios domésticos a fin de liberar la mano de obra indígena y sólo parcialmente en la agricultura o en la actividad minera.

Sobre las condiciones de vida de la población indígena, sólo existen referencias indirectas, tales como las innumerables quejas a las autoridades "visitadoras" de parte de la población encomendada a propósito de la imposibilidad de cultivar su pedazo de tierra que le daba el sustento, o bien los reclamos por tierras usurpadas a los "pueblos indios"; no menos importante es la alta mortalidad indígena, el trabajo forzoso de los araucanos cautivos de guerra y la tenacidad mostrada por casi la mitad de la población indígena en no integrarse al sistema emergente.

A fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, la población indígena encomendada se encuentra ya adscrita en las haciendas, pero en una cantidad bastante disminuida, en especial en la región central. Así, la encomienda como relación social real empieza a desaparecer y a perder sus características originales; de hecho, a la época señalada la población indígena que trabajaba en las haciendas deviene lo que se llamará peonaje agrícola.

Sin embargo, el peonaje indígena no proviene exclusivamente de la disolución de la población indígena encomendada, pues desde los inicios de la colonia existen los yanaconas e indios desarraigados que se asientan por un salario pagado en especie durante un tiempo limitado, en las tierras de españoles que no tenían encomienda. El peonaje indígena se desarrolló "pari passu" a la valorización de la tierra agrícola; cuando resultó menos beneficioso económicamente el trabajo apoyado en la población encomendada que aquel sustentado en el peonaje, se impulsó la propia disolución de la encomienda.

Además, el peonaje indígena aparece bajo dos formas; por una parte existe el peonaje indígena estable o permanente en cada hacienda, el cual tiene derecho a un pedazo de tierra y un "rancho" y que en

buen parte comprende a los indios de estancias una vez que han dejado de ser encomendados; el peonaje permanente es una mano de obra disponible para todas las faenas agrícolas o servicios domésticos. Por otra parte existe el peón estacional que trabaja para épocas precisas, que comprenden la cosecha. En ambos casos se registra un salario que es pagado en especie y que en general a la época correspondía a una ración de trigo y ropa.

Bien podría afirmarse que el peonaje indígena, en particular el peón estacional, constituye una manifestación de fuerza de trabajo libre que se compra y vende por un salario, aunque computado en dinero, pero pagado en especie, formando así una masa de trabajadores agrícolas semi-asalariados. Sin embargo, lo que predomina a fines del siglo XVII son los peones permanentes que viven junto a la casa principal de la hacienda y ocupan un terreno en el cual construyen sus ranchos y cercos; estos trabajadores también reciben un salario en especie, pero no tienen la movilidad de los primeros en la medida en que están adscritos a la hacienda, y cuyo endeudamiento con el propietario deviene un factor que refuerza dicha adscripción.

De este modo, si bien la disolución de la encomienda implicó un aumento del peonaje indígena en proporciones que no se conocen en forma global, ella no es la única forma de evolución social de la mano de obra agrícola, ni tampoco será la dominante en el siglo XVII; por el contrario, durante este período se implantará en la agricultura un tipo de relación social llamada inquilinaje, que perdurará en todo el siglo XIX y parte del siglo XX como la forma dominante de la explotación de la mano de obra agrícola.

B. Sobre la formación del inquilinaje

Así como la propiedad territorial no tiene su origen exclusivamente en las encomiendas, tampoco existe una relación de causalidad entre la encomienda y el inquilinaje, cuestión que ha sido ampliamente discutida en la historiografía chilena¹².

El desarrollo del inquilinaje durante la colonia, no es ajeno a la concentración de la propiedad agrícola y al lento pero constante aumento de la valorización de la tierra agrícola. Desgraciadamente, no hay una documentación detallada sobre el fenómeno de la concentración, pero existen algunas referencias como la siguiente: "El Oidor Martín de Recabarren, al hacerse cargo de su oficio, en 1738, hace una serie de observaciones sobre la propiedad rural en una carta dirigida a España. Las mercedes se hicieron inicialmente —escribe— con larguísima mano. El corto valor de la tierra y la imprecisión de los límites hacen necesaria una mensura general, mediante la cual se reformen las concesiones excesivas, hoy día que las dos tercias partes o más de los actuales pobladores no tienen tierras que cultivar. Podrían repartirse las tierras vacantes y reformarse la propiedad eclesiástica"¹³.

¹² Véase en particular: M. Góngora: *Origen de los inquilinos de Chile Central*. Ed. Universitaria, Santiago, 1960.

¹³ Góngora, ob. cit., p. 45.

Ya a partir de las primeras décadas del siglo XVII, el acceso a la tierra dentro de la frontera agrícola de la época se hace difícil para una masa de trabajadores rurales que se encuentran fuera del estatus indígena y que en períodos posteriores tiende a acrecentarse. La concentración de la tierra en propiedades de grandes extensiones, la escasez relativa de mano de obra indígena y la valorización creciente de la tierra agrícola durante el siglo XVIII, son todos ellos elementos relevantes que concurren a la formación del inquilinaje. Este último es un proceso que comienza a desarrollarse desde las primeras décadas del siglo XVII y cristaliza a fines del siglo XVIII. Este proceso de formación del inquilinaje, que de preferencia se desarrolla en la zona central de Chile, pasa por tres etapas: préstamos de tierras, arriendo de pequeñas tenencias e inquilinaje propiamente tal.

a) Préstamos de tierras. Casi a mediados del siglo XVII aparecen en forma indirecta y dispersa los "préstamos de tierras" sobre parajes alejados y limítrofes de la hacienda, sobre todo cuando los problemas de límites estaban aún sujetos a dilatadas controversias. En general, estas formas precarias de tenencia estuvieron vinculadas al uso de la tierra despoblada y que el propietario no podía explotar a falta de ganado o mano de obra indígena. En la práctica, nunca se trató de contratos formales y no existió tampoco, a lo menos en una primera época, la exigencia de un canon o pago comercial por concepto de arriendo, y si los hubo fueron pequeños pagos anuales realizados generalmente en productos. Además del carácter semi-gratuito de que gozaban los beneficiarios de estas formas de tenencia, tampoco existían plazos fijos de término del préstamo, aunque sí el propietario podía proceder a la inmediata expulsión del beneficiario sin necesidad de pagar las mejoras que sobre la tierra se hubieran efectuado. El acceso a este tipo de tenencia suponía, sin embargo, una cierta relación de parentesco, protección o vínculo personal entre el propietario y el beneficiario, que hacía de este último un "hombre de confianza", ya que lo que se exigía del beneficiario era el reconocimiento de la propiedad, lo cual le permitía a su vez guardar un ganado no excesivo, cuidar del ganado de la hacienda cuando fuere necesario y hacer respetar los límites de la hacienda.

El "préstamo de tierras" con las características anteriormente anotadas, surge durante el período en que la valorización del suelo es aún débil, y el cercamiento no está plenamente reconocido; se trata, en efecto, de una forma de asentamiento de "gente de confianza" en lugares despoblados y de poco valor agrícola, y donde los beneficiarios, por sus lazos personales con el propietario, estaban dispuestos a declarar a favor de éste en cualquier litigio sobre límites y deslinde de la propiedad.

b) Arriendo de pequeñas tenencias. A fines del siglo XVII el proceso de valorización de la tierra tomó un nuevo impulso, gracias al aumento de la demanda externa de trigo, creando así en la agricultura colonial una especialización cerealera de importancia. En efecto, en la región de Santiago, donde el impacto de la demanda externa tiene mayor significación del punto de vista de la especialización, se constata un aumento de casi cinco veces del nivel de exportaciones

entre 1660 y 1744, y una elevación de la proporción de las exportaciones agrícolas de alrededor de un 10 por ciento a un 72 por ciento del total de las exportaciones para igual período. Son las exportaciones de trigo las que explican buena parte del dinamismo del sector exportador. Desde ya, entre 1694 y 1734 las toneladas métricas de trigo exportadas al Perú pasan de 728 a 5.525. (Véase fuente cuadro II.)

Cuadro II

Estructura del comercio de exportación de la región de Santiago

Años	Ganadería Valor (pesos)	Sector agrícola Valor	Sector minero Valor	Total
1660	74.877	8.162	—	83.039
1680	118.309	12.174	2.577	133.060
1693	150.386	124.686	4.277	279.342
1744	108.000	290.300	5.000	403.300

Fuente: Estadísticas construidas por M. Carmagnani en "Le mécanisme de la vie économique dans une société coloniale", *Le Chili 1680-1930*, Ed. Jean Touzot, París, 1973, pág. 33, cuadro II.

El siglo XVIII es para la economía colonial chilena un período de prosperidad con auge del comercio y aumentos de población, lo cual repercutió naturalmente en las relaciones sociales emergentes en el campo. En efecto, durante el período señalado se registra un aumento en las pequeñas tenencias, pero ya no como "préstamos de tierras", sino como arrendamientos; la prueba de ello es que aparecen con mayor regularidad el pago de un capon de arriendo avaluado en dinero y pagado parcialmente en especie. Sin embargo, también aparecen formas de obligación en trabajo, en particular en lo que se refiere al cuidado del ganado del propietario. Así, el predominio de una renta en dinero o en productos derivada de estas pequeñas tenencias, no genera necesariamente una capa de arrendatarios, en la medida que éstos aún están sujetos a una serie de obligaciones directas o indirectas en las faenas de la hacienda, entre otras, la asistencia obligatoria a los rodeos, y por las cuales no son retribuidos. Además, como lo indica nuestro autor de referencia: "Estos arrendatarios siguen en el siglo XVIII ocupando en forma dispersa y en los límites de la hacienda terrenos de 1 a 4 cuadradas al igual que en el siglo precedente"¹⁴.

Este "arrendatario-inquilino" se liga libremente a la tierra, y en tanto tal mantiene una tenencia precaria sin por ello devenir un proletario del campo. Para pagar los cánones de arrendamiento, estas capas de trabajadores rurales realizan un comercio a su escala, de trigo y ganado. Ellos entran en relaciones comerciales con intermediarios que les adelantan el valor de la cosecha, y muchas veces entran en endeudamientos, ya sea el pago de la renta o de los adelantos, lo que refuerza su dependencia respecto a los propietarios, lo cual explica en parte el acrecentamiento de las obligaciones en trabajo.

¹⁴ Góngora, ob. cit., p. 110.

c) El inquilinaje propiamente tal. A fines del siglo XVIII el arrendatario-inquilino deviene un verdadero inquilino, en la medida que una parte importante del pago de la renta es efectuado en trabajo en la hacienda que no es remunerado. A la obligación inicial de cuidar el ganado del propietario y concurrir a los rodeos "a fin de separar y marcar los animales o bien para llevarlos a potreros de engorda y luego a la matanza"¹⁵, se agrega la obligación consistente en otorgar un peón para las distintas faenas de la hacienda. Generalmente, este trabajador obligado es un familiar, en muchos casos los hijos menores del inquilino, y excepcionalmente ellos contratarán un peón que ponen al servicio de la hacienda. Así se va decantando una forma de organización de la mano de obra al interior de la hacienda, llamada inquilinaje, y que predominará un largo período en la etapa post-colonial. El tránsito a esta nueva relación social es lento, como lo afirma Góngora: "Ya hemos dicho que, desde el siglo anterior (los inquilinos) estaban sujetos a la asistencia a rodeos y al cuidado de los linderos de la propiedad, y han seguido sujetos a ello. Pero ahora encontramos que la práctica rural ha ampliado ese principio, donde hay labores importantes de regadío, extrayendo de él una nueva norma, la de acudir a esas faenas mediante un peón. Y en haciendas ganaderas, la ampliación consistirá en exigir, no sólo la concurrencia al rodeo, sino la de tener un vaquero permanente. El deber de trabajo para la propiedad se ensancha, y se permite cumplirlo por representación, manteniendo a otro trabajador. Es un indicio de la tendencia general de la institución a incrementar las obligaciones del arrendatario para con la hacienda, a hacer más costoso el precio de la tenencia"¹⁶.

IV. La organización de la producción en la minería

Las relaciones sociales que se tejen en la producción minera son tanto o más complejas que aquéllas anudadas en la producción agrícola. En los inicios de la economía colonial, la producción se realiza en buena medida en base a la población indígena encomendada o no, situación que presenta algunas variaciones de importancia hacia fines del período colonial.

Como es sabido, la actividad minera, después del auge de la segunda mitad del siglo XVI, retoma un nuevo impulso durante el siglo XVIII en la región norte de Chile, conocida como la región de la Serena. Sin embargo, ya en los inicios del siglo XVII la región mencionada empieza a sufrir cambios importantes. En efecto, durante las primeras décadas del siglo XVII, la actividad económica de la región de la Serena estaba centrada principalmente en la ganadería y, secundariamente, en la minería, la que a su vez se caracterizaba por la incidencia de la extracción de cobre más que por las extracciones de oro y plata. Además, durante el transcurso del siglo XVII cambia su eje de especialización de la ganadería hacia la agricultura, y en

¹⁵ Góngora, ob. cit., p. 123.

¹⁶ Góngora, ob. cit., p. 101.

particular hacia la exportación de trigo. Sólo durante el siglo XVIII se puede nuevamente hablar de auge minero dado el rápido desarrollo de la exportación de minerales que hacen de la minería la principal actividad productiva y exportadora de la región.

Cuadro III
Estructura de las exportaciones de la región de la Serena
(Valor en pesos)

<i>Años</i>	<i>Ganadería</i>	<i>Agricultura</i>	<i>Minería</i>	<i>Total</i>
1692-1704	935	3.602	2.128	6.665
1791		7.575	51.700	59.275

Fuente: M. Carmagnani, ob cit., capítulo II, cuadros II y V.

El aumento de la producción minera, aunque lento durante el siglo XVII, planteó sin embargo a fines de este período, naturales necesidades de mano de obra en un momento en que se registra una disminución global de la población indígena y la fijación de la población encomendada en las haciendas, con lo cual se hacía casi nula la efectividad de la institución de la Mita. Por otra parte, una gran proporción de los dueños de minas no eran encomenderos, lo cual dificultaba aún más la obtención de mano de obra a través de las formas tradicionales. Por ello, a fines del siglo XVII, los propietarios de minas impulsan la importación de mano de obra negra y aceleran los asentamientos de trabajo de los indígenas libres, indios tributarios e indios reservados (mayores de 50 años).

El auge minero del siglo XVIII impulsó significativamente la demanda de mano de obra; sin embargo, la asignación de la mano de obra para la minería en este período se hará bajo condiciones sociales distintas al período precedente. En efecto, ahora existía una masa de población mestizo-blanca mucho más importante y que debería ser atraída hacia la minería en concurrencia relativa con los esfuerzos desplegados también por los propietarios agrícolas por asentar esta mano de obra en el campo.

Los mecanismos de atracción de la mano de obra hacia la actividad minera, según los actuales estudios historiográficos, fueron de dos tipos. En una primera etapa se desarrolló un sistema de "préstamos de vetas mineras", consistente en la explotación gratuita por algunas horas o días de una mina o veta; los acuerdos verbales entre el beneficiario y el propietario, implicaban una obligación para el primero, la de trabajar por un salario en la veta principal que asignaba el propietario. Se presenta con mayor nitidez en este caso la presencia de un mercado parcial de la mano de obra, lo cual permite la formación de la primera mano de obra asalariada. Esto último permitió asentar peones indígenas con salarios anuales y, principalmente, población mestiza con un salario mensual más elevado que aquél pagado en el campo y con una proporción de pago en dinero, de cerca del 70 por 100 del salario, más importante que aquél obtenido por el peonaje agrícola. En una interesante investigación sobre este

particular problema se dice: "A principios del siglo XVIII existían peones mineros indígenas contratados, asentados, con un salario anual que fluctuaba entre los treinta y los cincuenta pesos, y uno que otro mestizo contratado por seis pesos mensuales, es decir, setenta y dos pesos anuales. Esto indica un sistema de atracción diferente: el aumento del salario. No se trata en el caso de los mestizos, de asentados por carta y en forma anual, sino por mensualidades, adquiriéndose el carácter de peón minero por el solo hecho de figurar en el libro de cuentas del empresario"¹⁷.

De esta forma se puede afirmar que el salario y el mecanismo de mercado juegan un papel importante en el desplazamiento de la mano de obra hacia la minería, dando origen a la implantación del peón minero asalariado como categoría que cubre de preferencia a la población mestiza más que a la indígena. Este peón minero asalariado coexiste con el indio encomendado e incluso con esclavos negros, de tal modo que el régimen asalariado no es general en la actividad minera sino muy avanzado el siglo XVIII. Sin embargo, un hecho que va a limitar el mercado de mano de obra es que en la medida que se afirma el desarrollo del asalariado minero, este asalariado va perdiendo el carácter de una fuerza de trabajo libre, es decir, va perdiendo su carácter de mercancía, puesto que la movilidad para abandonar la actividad minera se reduce fuertemente.

Para analizar este último fenómeno, es necesario tener en cuenta que si bien los elevados jornales incentivan la movilidad de la mano de obra que mayor independencia o autonomía posee, ello no hace sino compensar la inhospitalidad de la región y las difíciles condiciones de trabajo que inhiben cualquier intento de asentamiento estable. Estos factores incidieron en buena medida en la inestabilidad natural de la mano de obra que venía a trabajar a la minería y que en general lo hacía en la perspectiva del corto plazo. Sin embargo, y ésta es la explicación central, el peonaje minero entró rápidamente en crecientes deudas con los propietarios, quienes adelantaban hasta seis u ocho meses de salarios, los cuales se gastaban generalmente en almacenes "pulperías" cuyo comercio pertenecía también al propietario. Así, la fuga de peones desde las minas hacia otras regiones, constituyó un serio problema para la regularidad de la producción; a partir de ese momento, es decir, casi a mediados del siglo XVIII, aparecieron una serie de disposiciones legales estableciendo la "retención por deudas del peón minero" y prohibiendo que éstos se desplacen de una mina a otra sin una boleta que acredite que no tienen deuda alguna con su patrón de origen. La investigación de Carmagnani afirma al respecto: "La primera medida adoptada era la exigencia de una boleta o pasaporte, primeramente dada por el patrón y posteriormente dada por los oficiales reales, medida que tenía por objeto la fiscalización de las personas que entraban y salían del distrito minero con el fin de precaver la fuga de los que adeudan salarios y precaver la entrada de ladrones de minerales..., la boleta se convierte en un instrumento legal

¹⁷ M. Carmagnani, *El asalariado minero en Chile colonial*. Ed. Universitaria. Santiago, 1963, p. 53.

de confianza en el peón que quiera alquilarse a cualquier empresario minero, ya que se prohíbe a los peones que "pasen de un dueño a otro ni hagan segundo concierto sin llevar papel del amo de cuyo servicio sale por el que conste no deberle cosa alguna y tener cumplido el tiempo de su contrato", prohibiéndose de igual manera, que los dueños de minas fueran "a unquetar peones ajenos, por la codicia de llevárselos"¹⁸.

El sistema de endeudamiento (que también aparece en las haciendas), la fuga de mano de obra tratada como delito que llega incluso a afectar a los encubridores, limitan finalmente la movilidad de la mano de obra. En la práctica, la potencialidad de un mercado de fuerza de trabajo, sobre todo en condiciones de escasez de esta última, no puede desplegarse al punto de establecer relaciones estrictamente mercantiles entre el propietario minero y el peón minero. Las limitaciones a la movilidad de la mano de obra hacen de ésta solamente una cuasimercancía que si bien bajo formas asalariadas más desarrolladas que en el campo no logra por ello imprimir una pauta de desarrollo capitalista clásico.

V. Conclusiones

Las modalidades que toman la asignación de la mano de obra y de la tierra en el período colonial conforman los rasgos esenciales de lo que será la estructura económica y social de ese período. Entre éstos podemos mencionar:

a) En primer lugar, tanto la producción agropecuaria como la producción minera se desarrollan sobre bases sociales que no son estrictamente las relaciones capital-trabajo asalariado. Es decir, la relación que se establece entre los productores directos (indígenas encomendados, peones semi-asalariados e inquilinos) y los propietarios de la tierra agrícola o de las minas, no corresponden a una relación estrictamente mercantil. En efecto, el balance historiográfico que hemos desarrollado en el presente trabajo, nos ilustra precisamente que la fuerza de trabajo que cada productor directo posee no llega nunca a constituirse en una mercancía, no obstante las semejanzas que puedan verificarse en el caso del peonaje minero. Así, los productores directos establecen más bien lazos de dependencia personal con los propietarios que relaciones de intercambio informal surgida de un mercado de competencia. De esta forma, los trabajadores rurales y los trabajadores mineros ven fuertemente limitada su autonomía en el contexto colonial, al punto que no pueden vender libremente su fuerza de trabajo, y en este sentido el mercado juega un papel secundario en la asignación de la mano de obra y en la distribución del ingreso. Dicha asignación se constituye en el período colonial primero en base a mecanismos extraeconómicos, siendo el caso más evidente el de la reglamentación de la encomienda; más tarde es el endeudamiento de los productores directos acompañado

¹⁸ M. Carmagnani, ob. cit., pp. 59 y 60.

de una legislación coercitiva y, finalmente, las propias costumbres, que terminan por inmovilizar la mano de obra en las haciendas y en las minas.

Por consiguiente, si la organización de la producción en el Chile colonial adquiere rasgos de cuasi-servidumbre, ello se debe en parte a las modalidades de la asignación de recursos que hemos analizado, como también a las formas de apropiación del excedente económico que van desde el pago de un tributo en especie o en trabajo de parte de la población indígena al pago de una renta en producto o en trabajo por parte de inquilinos y peones.

b) Si bien es cierto que la formación de la propiedad rural está vinculada al proceso de su valorización, y éste a su vez al de la fijación de la mano de obra en el campo y a las exportaciones agropecuarias, no es menos cierto que en la constitución de la gran propiedad rural inciden elementos que no son estrictamente económicos, sobre todo cuando la propiedad de la tierra es la base del orden político y social de la época colonial.

Una vez agotadas las posibilidades de enriquecimiento rápido a través del botín de guerra y de la exportación de metales preciosos, los españoles ven su asentamiento colonial como una manera de promover su estatus social, y ello es sólo posible por medio de la propiedad de la tierra; ellos atribuyen así un valor a la tierra que lejos de ser estrictamente comercial contiene una valoración vinculada a la búsqueda de estatus; por esta razón, durante el período colonial nunca existió *strictu sensu* un mercado de la tierra, ya sea porque su acceso estuvo fuertemente reglamentado, o porque en sus eventuales transacciones priman criterios que no son estrictamente comerciales, o simplemente porque la institución del mayorazgo tendió a limitarlo.

c) El acrecentado comercio entre la economía chilena y la economía peruana, en particular a fines del siglo XVIII, refuerza los lazos de dependencia personal de los productores directos respecto a los propietarios. En efecto, la apertura del mercado limeño para las exportaciones chilenas de ganado o productos elaborados del ganado (sebo y cueros) y más tarde el trigo, no hace sino fortalecer la explotación de la población indígena y, posteriormente, desarrollar el inquilinaje en la agricultura y el peonaje en la minería en su carácter cuasi-mercancía.

Es importante hacer notar que desde una perspectiva histórica en la mayoría de los casos de desarrollo capitalista el mercado ha jugado un papel disolvente de las relaciones pre-capitalistas, lo cual no significa que siempre el mercado ha cumplido tales funciones. Así, Europa oriental conoció en el siglo XVI un proceso de refeudalización concurrentemente con su integración al mercado mundial.

En el caso de la economía colonial chilena no se registra la creación y desarrollo de un mercado nacional de envergadura. Así, a fines del siglo XVII, el intercambio entre las distintas regiones económicas del país fue extremadamente limitado y, posteriormente, éste sólo sigue los impulsos derivados de la demanda externa. De esta manera, los efectos de la integración de la economía chilena al mercado externo sólo refuerzan los lazos de dependencia personal en

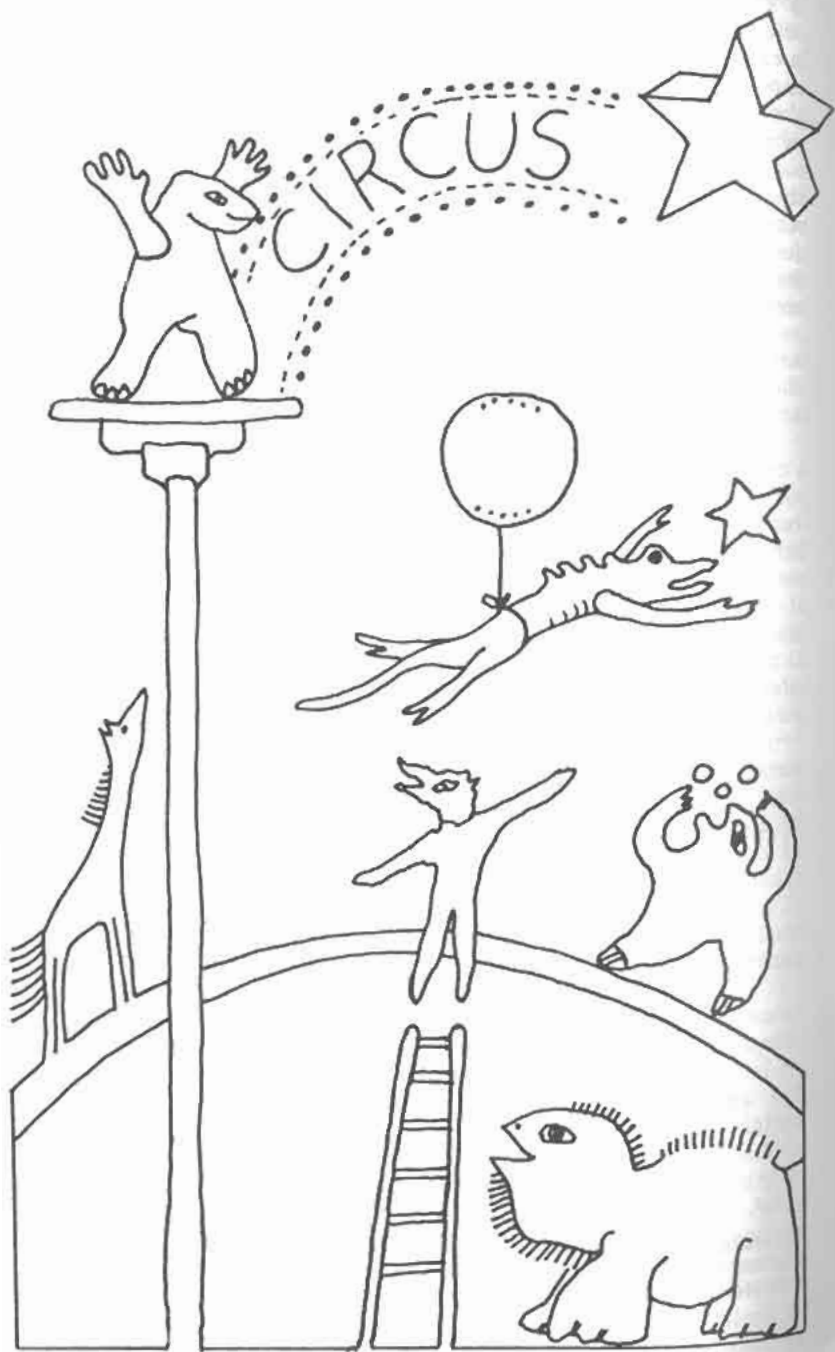
la producción en vez de diluirlos. La formación de un mercado colonial con estas características no se puede explicar solamente por la explotación del "centro" sobre la "periferia", porque a lo menos en el período colonial, el "centro" recorre aún la etapa de su transición al capitalismo y que para el caso de Inglaterra la logra culminar con su revolución industrial de fines del siglo XVIII.

El análisis de las modalidades de la asignación de recursos nos ha conducido al examen de las variables endógenas del desarrollo de la economía colonial, bases saludables para entender las perspectivas de desarrollo que se abren para el siglo XIX, sin olvidar que tal desarrollo se sustenta en las contradicciones emergentes de la estructura económica colonial que hemos tratado de dibujar.

ARAUCANOS, IGO HOME!

"En el día de la inauguración del ferrocarril metropolitano la juventud recuerda al primer chileno: DON PEDRO DE VALDIVIA." (Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, FEUC.)

(Placa puesta en monumento del conquistador frente a la Municipalidad de Santiago.)



Conversación con Miguel Littin

ISABEL PARRA

I. Volver a la infancia, en sueños

—Yo nací en Palmilla, en la comuna de Palmilla, provincia de Colchagua, en agosto de 1942.

Mis abuelos paternos son árabes; son palestinos. Mi abuelo materno es griego, pero él se casó con una joven chilena de apellido Argomedo, que es mi abuela materna.

Mi infancia transcurrió casi toda en esa aldea, que es una pequeña aldea camino hacia el mar, el mar de Pichilemu o de Bucalemu, en un ambiente lleno de afecto, de cariño. Los primeros recuerdos que tengo de niño son los de la lluvia, de quedarme mirando en el patio de mi casa cómo llovía y cómo el patio se iba llenando de agua; todo se iba cubriendo con el agua, y yo me imaginaba que ésta llegaba hasta los árboles y se iba más allá de los cerros que rodean el valle. O cuando la gente llegaba a la casa de mi mamá, de mi papá, con sus mantas de castilla chorreando agua, y se quedaban horas, a veces días enteros contando cosas a la orilla del brasero... Toda mi infancia se empezó a llenar de historias, de leyendas mitológicas, de cosas secretas.

Por las tardes —algunos días— llegaba el tren y de él bajaban revistas, y como era el lugar donde le ponían agua, se bajaban también los pasajeros, y como nuestra casa estaba enfrente de la estación del ferrocarril, pasaban a la casa de mi abuela árabe, mi abuela Matilde, y allí la gente se ponía a conversar, a hablar y contar historias, a contar lo que pasaba en Chile. Yo no sabía leer, pero mi

madre o mis tías me leían las revistas y así aprendí a leer desde muy pequeño, por necesidad. Yo estaba fascinado por los colores de las revistas y por todos esos cuentos maravillosos que surgían desde allí.

Así fui conociendo mucha gente, mucha gente que se me fue quedando en la memoria... Por ejemplo, los circos; pasaban por el pueblo y mi abuela les prestaba el huerto de la casa para que hicieran la función. Yo estaba siempre en primera fila con mi abuela. Después se iban a la casa de ella a comer una cazuela y yo, asombrado, los escuchaba, los miraba... Los circos son una presencia vivencial para mí, me vienen desde la niñez, sus colores, la magia y esa misma desarticulación de la magia cuando veía que los circos se desarmaban y partían... Por eso están siempre en los films que yo hice después.

También pasaban por el pueblo los que proyectaban cine. Se bajaban del tren, porque era un lugar de paso hacia los pueblos de la costa; esto era cada 15 días, y siempre en el huerto de la casa de mi abuela, se pasaban las películas en una sábana que hacía de pantalla. Cada gente llevaba su silla, su banca, o se sentaba en el suelo. Así empecé a ver cine y a enamorarme de todo ese mundo que era lo que se podía representar. Recuerdo haber visto una versión de *Genoveva de Brabante*, por ejemplo, o unas películas de Boris Karloff, o seriales de aventuras. No son recuerdos en cuanto a la hilación de sus argumentos, sino en cuanto a la impresión que me producía, el ver esos monos gigantescos en la pantalla, esas caras que me hablaban... Todo eso transcurría en una atmósfera de misterio y de maravilla, aunque yo no sé si estaba más fascinado por lo que estaba pasando en la pantalla o por el señor que estaba proyectando la película.

Al mismo tiempo, llegaban como las primeras noticias de lo que ocurría en el campo social. Yo veía a la gente, la extrema pobreza en que vivían. Porque, claro, ésa era, es todavía, una tierra de terratenientes; era y es uno de los lugares donde la explotación del campesinado es más brutal. Siempre se la llamó, por eso, el riñón de la oligarquía. Y nosotros éramos, digamos, una parte extraña a ese mundo de dueños de la tierra y siervos de la tierra, porque aunque mi padre siempre ha trabajado en la tierra, en la agricultura, en el ganado y en ese tipo de cosas, formábamos en verdad una especie de mundo aparte, de tribu compuesta de familias de árabes y griegos que venían casándose entre ellos. Te explico: por una parte está la familia que fundó mi abuelo materno, los Kukumides y las Kukumides, que fueron muchos, y por otra, los Littin; y unos se fueron casando con los otros y fueron saliendo los Littin-Kukumides y los Kukumides-Littin. Y todos vivían en la misma aldea, a poca distancia unos de otros, y luego vinieron los primeros hijos de estas familias de árabes y griegos que empezaron a casarse con chilenas. Y en esa nueva generación de chilenos que salieron, casi todos eran socialistas, producto de la conmoción que se produjo en Chile y en esa región específicamente, en 1932, con la República socialista de Grove y Eugenio Matte.

Yo recuerdo haber acompañado a mis tíos cuando hacían las campañas políticas, repartían volantes o pegaban carteles con engru-

do, ¿te acuerdas del engrudo? Los pegábamos en los postes, en los caminos... Pero sobre todo hablaban con la gente.

Luego vino mi época escolar, cuando mi madre me mandó fuera del pueblo, porque en Palmilla no había sino una escuelita que sólo tenía los primeros tres años de primaria. Así que me fui a Santa Cruz, a un colegio de curas, donde estuve interno muchos años. A esa edad yo lo sentí con la misma fuerza como me siento a veces, exiliado, cuando ando por ahí de ciudad en ciudad, sin saber dónde estoy, tan lejos de todo lo que amo. Fue un cambio muy violento, todo era distinto, porque en la aldea convivíamos con los niños campesinos y el internado era un colegio donde iban los hijos de los latifundistas. Allí empecé a sentir lo que era la discriminación casi racial de una parte de la sociedad chilena, el que le dijeran a uno turco, porque era descendiente de árabe o de griego. Mis primos y yo casi no salíamos en los recreos, constantemente defendiéndonos porque nos gritaban ¡turcos! También nos decían: "Los Littines son comunistas, ¿no ve que yo los he visto que andan con corbata roja?". Era muy duro. El colegio se convirtió en una especie de prisión odiosa, llena de reglamentos, la sopa era horrible, y a uno lo hacían levantarse a la medianoche porque alguien había metido bulla en el dormitorio, y nos hacían marchar y dar y dar vueltas en el patio hasta que alguien se acercaba al cura y le decía: "Fue González el que metió ruido", y entonces podíamos volver al dormitorio. O sea, que se usaba la delación, la extorsión. Rezábamos a cada rato, siempre nos estaban hablando de Cristo y de que todos éramos hijos de Dios y que, por lo tanto, éramos hermanos. Recuerdo con mucha claridad que en la puerta del colegio se paraban unos muchachitos, hijos de campesinos, a vender empanadas o pan de dulce, y haber estado conversando con algunos de ellos y ser llamado entonces por el padre rector a su oficina, el que me castigaba y me decía: "Si su papá pasa por aquí, qué va a pensar; él está pagando para que usted tenga una buena educación y no para que se ponga a hablar con los rotos...". Y así fue cómo, con el tiempo, se me empezó a hacer una cierta claridad sobre el que había verdades para los pobres y verdades para los ricos.

Por esos tiempos conocí mucha gente: gente de los ferrocarriles, obreros, y empecé a oír hablar por primera vez de la persecución de González Videla contra los comunistas. Había votaciones y yo les oía decir que no podían votar porque "estaban borrados de las listas". Esa gente te iba diciendo cosas; no puedo precisar frases, pero si tuviera que escribir un guión de cine lo haría.

De todo ese conjunto de situaciones surge una conciencia que luego se convierte en una conducta.

—¿Le hablabas a tu familia de esos momentos duros, de la hostilidad de que eras objeto?

—No, no creo. Para ellos la vida también había sido muy dura, por ser primera generación de emigrantes; en realidad, de exiliados, porque sus padres venían de lo que habían sido aldeas árabes arrasadas; venían de lo que había sido la guerra del 14, y todo eso era

horrible. También a ellos les había costado mucho abrirse un pequeño camino en la vida; les había sido muy duro, incluso, aprender a hablar el idioma, hacerse chilenos. Uno llegaba a la casa con un moretón o algo así y te preguntaban: "¿Qué te pasó?". Uno decía, "nada", porque si confesaba que le habían pegado te insistían que por qué, y uno tenía que decir: "Porque me dijeron turco". Y ellos, entonces: "¿Y tú qué hiciste?" "¿Pero cómo, no dijiste nada? Debieras haber dicho que estabas orgulloso de ser lo que eres".

No le recomiendo a nadie tener estas experiencias. Creo que fue una etapa decisiva en mi formación como ser humano.

Sin embargo, no guardo malos recuerdos de estas experiencias. Me enseñaron a contar los días de la semana y el tiempo en forma distinta. El lunes era más doloroso que el martes; el miércoles era un poco más amable; el jueves ya empezaba a sentir un poco de alegría; hasta que llegaba el sábado, en que, al mediodía, partía para mi casa. Siempre que me hubiera sacado la mejor nota, porque si no, la salida era cada quince días o aun cada mes. En esa época de mi vida fui siempre el mejor alumno; no porque me encantara estudiar o porque fuera un alumno fabuloso, sino porque era el precio que pagaba por mi libertad.

—*¿Ibas también a misa y comulgabas?*

—¡Por supuesto! Ayudaba a misa y me sabía todos los latines. Las misas ahora ya no me gustan, porque son de frente, no tienen ningún secreto. Pero entonces eran misteriosas, secretas, el cura estaba de espaldas, yo era tan pequeño que apenas me podía el misal... Me gustaba ayudar en la misa.

—*¿Y qué te pasaba con Cristo..., con el cielo y con el infierno?*

—La verdad es que nunca me preocupó demasiado. Me gustaba todo lo que era, lo que es bíblico; me encantaba por lo que tiene de literatura, de leyenda, pero el asunto del cielo, del infierno, no me preocupó mucho.

—*¿No hubo ningún tipo de "crisis religiosa"?*

—No. Pasé de una etapa a otra, sin ser anticlerical, ni antirreligioso, ni tampoco con entusiasmos demasiado grandes. Tengo muy buen recuerdo de los sacerdotes, de los hermanos, de los "mochos" como nosotros los llamábamos, los hermanos que no llegan a ser curas. Me acuerdo de uno de ellos, el hermano Isaías, que era un hombre realmente bueno, buena gente. Me regalaba libros y trataba, aunque sin resultados, de enseñarme música.

Eso te indica que había entre ellos algunos que tenían preocupación por quienes mostraban disposición para las cosas del arte, y de alguna manera procuraban entregarnos los primeros elementos de conocimiento. El colegio tenía una buena biblioteca y, además, tenía cine. Allí seguí viendo cine. Por lo menos dos veces por semana se

proyectaban películas: films de aventuras, westerns, las de Tarzán, ese tipo de cine; incluso algunas películas chilenas de la época.

El colegio tenía todos esos aspectos.

—¿Qué edad tienes cuando sales del colegio? Y antes de eso, ¿habías ido alguna vez a Santiago?

—Sí, había ido... 16 ó 17 años... Había ido a Santiago, pero nunca me gustó, encontraba que era una ciudad muy fea, con perdón de los santiaguinos... Como toda mi vida había transcurrido en el campo, tenía y sigo teniendo una especie de aversión por las ciudades. No me siento en ellas tan bien como en los espacios abiertos.

Los recuerdos más fuertes que me marcan en la infancia vienen siempre del campo... Me acuerdo, por ejemplo, de mi abuela tocando la guitarra y cantando las canciones del folklore chileno que después se hacen historia por todo lo que recoge Violeta Parra. Eso yo lo conocía desde muy pequeño, porque en las novenas del Niño Jesús o para las fiestas del 18 de septiembre, la gente tomaba en Palmilla sus guitarras, sus guitarrones, y cantaba. Los Dieciocho duraban a veces 10 días, porque empezaban el 16, hasta el 20 ó 23 y se iban estirando en la medida que la gente quería seguir con la fiesta. Después he conocido muchos Dieciochos en otros lugares de Chile, pero nunca vi unas fiestas con tanto sabor y tan intensas como aquéllas, en que cada fonda tenía su propia música y había tipos que bailaban 19 pies de cueca seguidos; venían de otros pueblos a bailar, porque era en la zona un lugar muy conocido por tener grandes bailarines de cueca. Yo tengo una tía que fue bailarina de cueca muy famosa; un día llegó un caballero, como de cincuenta años, que venía vestido de huaso, con espuelas y todo y con su familia, y la sacó a bailar —ella debe haber tenido unos 14 ó 15 años— y estuvieron bailando como tres días seguidos...

—¿Y tú bailabas cueca también?

—¡No! Yo soy remalo; era malo, pésimo... Solamente sé hacer la primera pasada: agarro el pañuelo y parto como cuete, y me doy una vuelta buena, ¡pero después todo se echa a perder! Pero mi padre y sobre todo uno de mis tíos son unos bailadores de cueca extraordinarios.

Yo viví en un ambiente de personajes maravillosos, de gentes con historias extraordinarias, como las de mi abuelo griego, que no sé cómo se entendía con la gente, pero resulta que se entendía, porque conversaban y hablaban. Yo a veces lo acompañaba cuando salía a deambular por los caminos o entremedio de las viñas, y nos íbamos de casa en casa sentándonos en esas bancas de madera que hay en los huertos, debajo de los parrones. Y allí le ofrecían: "Tómese esta chichita, don Cristo" o "pruebe este aguardiente que trajimos de San Javier de los Solises", y mi abuelo probaba y tomaba de todo y a veces se perdía hasta veinte días. Y entonces llegaban donde mi abuela y le decían: "Don Cristo anda tomando...".

—¿Don Cristo?

—Claro, mi abuelo se llamaba Cristo Kukumides. Y mi abuela María, sentada en su banca frente a la puerta de la casa, decía: "Déjenlo, para eso él es de él, y hace lo que quiere". Y mi abuelo aparecía después de 15 ó 20 días de haber estado navegando por los caminos de Colchagua, por las viñas, por los huertos subterráneos. Aparecía por la casa de mis padres. Había un estero frente a ella, atravesado por un puente, y en él se ponía el abuelo a gritar, en la madrugada, llamando a mi madre: "¡Crixí, Crixí!". ¡Cristina, Cristina! Entonces mi papá decía: "Don Cristo". Y le abrían la puerta y el abuelo entraba diciendo: "¡Ah, me abrieron! ¡Tengo hija! ¡Aún sé que tengo hija!".

Otras veces se quedaba hablando días y noches enteras, después entraba en unos mutismos de años, de tiempo, o se paraba en la puerta de la casa, frente al camino, con una victrola que tenía el brazo dorado. Los campesinos decían: "Don Cristo tiene una victrola de oro". Entonces él sacaba unos discos grandas con unas misas cantadas en griego y, sentado en cuclillas con un alto de cigarillos "Ideales", esos cigarrillos negros que había entonces, y una cafetera llena de café, cantaba con la victrola.

—¿Cuándo dejas esa vida de campo?

—Bueno, no la dejé nunca en realidad. Después tuve que ir a vivir a San Fernando. Luego, cuando me fui a Santiago, regresaba continuamente a Palmilla, siempre, porque a Santiago me fui a vivir por razones de orden práctico, concreto, nada más. Pero regresaba cada fin de semana, apenas podía escaparme. Mi familia vive allí, mi madre vive allí todavía, en la misma casa donde vivía mi abuelo.

Mi segunda película, *La tierra prometida*, está filmada por esas tierras, con esas gentes... Se trata de campesinos que andan buscando tierra y encuentran y fundan la comuna de Palmilla.

Hasta que tuve que salir al destierro y ahora no regreso sino en el recuerdo, en los sueños, en las pesadillas... Pero nunca dejo de ir.

II. "¿Cómo vai a morir, canaquita?"

—Yo soy muy malo si me sacas la pregunta; soy pésimo.

—Trato de no hacerte preguntas...

—Tú no haces preguntas... Tú lo empiezas a conducir a uno, por los caminos de su propia vida. Eres una entrevistadora muy peligrosa.

—¿Así se va dibujando tu futuro como realizador de cine?

—Ya te conté. También hay un tío que es fundamental en mi formación, mi tío Manuel, que me regaló una proyectora pequeña

cuando yo tenía como nueve años. Se llamaba "Ram" y proyectaba unos dibujitos de papel. Un primo mío aficionado a la ingeniería le compró a un cura una proyectora que proyectaba slides, fotos fijas. Yo tenía una película sobre las salitreras, rodada y fotografiada por unos curas italianos, una historia del salitre, y como mi proyectora era mucho más rudimentaria, yo juntaba los pedacitos de película y las iba a proyectar en casa de mi primo.

En todos nuestros juegos estaba el cine presente, el espectáculo. Ya adolescente, yo juntaba a los primos y escribía obras de teatro y los hacía representar. Yo dirigía la obra, naturalmente. Jugábamos a eso, a hacer teatro, a las películas... Fue absolutamente natural... Nunca hice otra cosa, ni nunca pensé hacer otra cosa que eso...

Cuando tuve un poco de gusto cinematográfico, lo primero que me impresionó fue Rossellini. Vi muchas veces *Roma, ciudad abierta* en un cine de Santa Cruz. No entendí seguramente mucho, pero me pareció un universo, un mundo completo, distinto. Bueno, ahora es fácil decirlo, pero en ese momento no era así: me quedé sencillamente maravillado. Como en Chile no había virtualmente cine y en cambio, sí, una fuerte tradición de teatro, cuando terminé el liceo y tuve que elegir lo que quería estudiar, entré a la Escuela de teatro de la Universidad de Chile, y cuando terminé allí fui a la televisión, que se empezaba a formar en la Universidad por esos mismos tiempos. Comencé a trabajar como guionista y pasé luego a dirigir algunos programas. Pude hacer algunos teleteatros, en los que combinaba teatro propiamente tal con pequeños rodajes filmados en exteriores.

—¿Era la época de Raúl Aicardi? Porque nosotros, con Angel, trabajamos con él desde los inicios de la TV. Hasta que nos vinimos a Europa.

—Yo presenté una obra cuando estaba Aicardi en la Escuela de Ingeniería; se llamaba *El hombre de la estrella*; después hicimos algunas cosas de teatro infantil. Luego viene un período de reestructuración y nombran director a Helvio Soto. Yo entré a unos cursos de dirección, di en seguida un examen y quedé como uno de los directores de la televisión. Después viene la relación con el Departamento Audiovisual que funda Sergio Bravo, gracias a los fondos autorizados por Alvaro Bunster, que era el secretario general de la Universidad. Allí conocí las primeras películas documentales del cine chileno —las del propio Bravo—, las primeras expresiones de un cine más auténtico, más en relación con la realidad y con su propio tiempo, más auténtico desde el punto de vista cultural. Después pude ver todo lo que hicieron Pedro Chaskel y Fernando Bellet. Fui asistente de los cortometrajes de algunos de ellos, al mismo tiempo que dirigía obras de teatro para la TV.

Hasta que hice mi primer corto, basado en una canción de Patricio Manns, "Por la tierra ajena". Un corto de 16 mm., fotografiado por Bellet, que hizo también el montaje. Chaskel también ayudó en la película. Debo decir que Fernando Bellet fue uno de mis maestros y uno de los amigos que más he querido.

Después, en el 68, vino *El chacal de Nahueltoro*.

Llegamos al cine influenciados por el movimiento teatral chileno, por la novela social del 38 —de Volodia, de Fernando Alegría— por la poesía de Neruda, por la música y el sentido popular de Violeta Parra, por el movimiento político y social. Mi llegada al cine fue, así, natural, como el agua del río que desemboca en el mar.

—Hablemos del “Chacal”...

—Lo más difícil de responder es, siempre, los motivos secretos que lo llevan a uno y lo conducen en definitiva a hacer cosas. El hecho, que ocurrió en la realidad, conmovió a toda la opinión pública chilena y traspasó todos los estratos sociales.

Un campesino analfabeto, marginado totalmente de la vida del país, se pone a convivir con una mujer, con los seis hijos de ella; después de una tarde de borrachera en que son expulsados de la casa en que viven —cerca del río Maule— por el latifundista del lugar, asesina a la mujer y a los seis niños. Lo toma la justicia chilena y, mientras se desarrolla el juicio, lo alimentan, le dan una educación: aprende a leer y escribir; lo convierten, en suma, en “un ciudadano”. El llega a declarar que se siente católico y chileno, llega a sentirse un chileno medio, y es capaz de elegir y de decidir. Y cuando este hombre se convierte en otro hombre, lo llevan a firmar su sentencia de muerte y lo fusilan.

Todo eso me conmovió, evidentemente, porque tenía que ver con tantos “chacales” que había conocido en mi vida, tanto ser marginado, tanto campesino de vida sin destino, que estaban ya muertos antes de vivir de verdad. Me llamó la atención, sobre todo, una frase que leí en la *Ultima Hora*, el diario que entonces dirigía José Tohá. Le decían al “chacal”: “¿Cómo vai a morir, canaquita?”. Y él contestaba: “Sin chistar, porque sería feo”.

Ese campesino dejaba dicha así, simplemente, una frase clave más, como otras que suelen citarse en nuestra historia: “Al abordaje, muchachos”, “o vivir con honor o morir con gloria”, etc.

“¿Cómo vai a morir, canaquita?”

“Sin chistar, porque sería feo.”

O sea que José del Carmen Valenzuela Toro, un campesino marginal, se incorporaba con esta declaración a cierta cosa profunda del ser nacional.

Yo estaba impactado, lleno de ternura y de indignación. Comencé a investigar, a leer los periódicos de la época del asesinato, a hablar con la gente, con los jueces y los funcionarios de la cárcel; vi otros condenados a muerte, tenían las mismas características, campesinos analfabetos. Con Pedro Chaskel fuimos al lugar de los hechos a entrevistar a gente que había conocido a Valenzuela. Conocí también a su madre, con la que hablé. Claramente empezaron a surgir las distintas líneas dramáticas y conceptuales: lo que es la justicia de clase en Chile, lo que es esa pseudo aristocracia castellano-vasca, que ha

construido o que quiso construir un país como si fuera su feudo, alejado de todas las posibilidades de desarrollo humano, real, sobre todo en las zonas agrícolas del centro del país. Entonces vi que era una posibilidad de comunicación con una gran mayoría de chilenos que a lo mejor no conocían estos aspectos de su propia vida nacional, este sentido falso y mentiroso de la justicia.

Sentí, en suma, la necesidad de contar, de narrar esta historia.

Lo demás es conocido. La película se hizo y fue exhibida. Nunca en Chile se ha visto tanto una película como el *Chacal*. Hicimos copias en 16 mm. y se repartieron por todas partes. No sólo en Chile, también en Argentina, en Uruguay, en México, en Venezuela. Yo creo que, prácticamente, en todos los países de América Latina. Me ocurrió una vez en Colombia, a donde fui por una retrospectiva de mis películas que se daban en la cinemateca, que aparecieron unas monjitas pidiéndome que les regalara otra copia. "¿Otra copia de qué?", les pregunté. "Del *Chacal*", me respondieron. Tenían una copia que les habían mandado unas Hermanas de Santa Teresita, o algo así, pero estaba ya toda deshecha de tanto que la habían proyectado.

La película produjo —y no me gusta decirlo— una conmoción popular en el público chileno. Gracias a ella, además, viví uno de los momentos más emocionantes, más importantes de mi carrera. Fue cuando Neruda me llamó a su casa —la casa de Santiago, a los pies del cerro San Cristóbal— para hablarme de la impresión que le había producido el *Chacal de Nahueltoro*. Nos sentamos en una mesita, estaba todo lleno de dorado, de hojas secas, y me habló durante horas. Me dijo que el film lo había conmovido profundamente, y agregó cosas que no repito porque me da pudor. Al final, me pidió la película para enviarla a distintos países.

—*Después vienen otras películas. Y otras ocupaciones tuyas...*

—Sí, viene toda la etapa de Chile Films, que fue bien importante, bien discutida, bien polemizada.

—*Sería bueno que hablaras un poco de eso.*

—Sí, claro. Por cierto que en esa entrevista con Neruda el tema también salió. Me dijo sobre Chile Films: "Pero eso es un elefante echado que no puede levantar nadie"...

—*Eso te dijo. ¿Y era verdad?*

—Me dijo: "Yo sé que usted se la puede, Miguel, pero a ver qué es lo que usted es capaz de hacer".

—*Tenía razón, ¿no?*

—Bueno, era un elefante echado, pero se levantó. ¡Claro que sí! Gracias a que entraron a participar allí una gran cantidad de jóvenes

cinastas, se abrieron los talleres de creación cinematográfica; participaron los actores, personalidades de la cultura, como Víctor Jara, de algún modo; discutiendo, polemizando. Se hicieron películas que después del golpe se rescataron y se siguen dando, sobre todo en los primeros años, y que ayudaron a levantar y mantener la solidaridad con la lucha del pueblo chileno. Los noticiarios, los informes, los documentales que hicieron los jóvenes realizadores. Me siento orgulloso de haber participado en eso, porque fue uno de los procesos más democráticos, más abiertos que yo haya conocido en la actividad cinematográfica.

A nadie se le "instruía" sobre lo que tenía que hacer; bastaba que tuviera una idea coherente para que se le diera película virgen y material para que fuera a filmar. Algunos pueden calificar eso de utopía, locura, irresponsabilidad, pero yo pienso todo lo contrario. Cuando las cosas se fundan hay que dejar todo abierto con sus múltiples posibilidades, para que la gente vaya y registre el momento histórico. De hecho, se hizo así.

Quizá si en el aspecto organizativo o desde el punto de vista burocrático fuimos un desastre, pero eso me importa un santísimo carajo. La historia así lo ha demostrado, porque lo que hay, lo que importa no son los libros ni los papeles de los funcionarios, sino las películas que se hicieron en esa época y que proyectaron un movimiento cinematográfico inédito, y que hoy sigue existiendo incluso fuera de Chile. Me parece importante como labor creativa y lo tomé de esa manera. Eramos un instrumento. Se trataba de contribuir a formar los nuevos cuadros del cine chileno. Un movimiento en lo estético y en lo tecnológico.

—¿No sentías que al hacerte cargo de ese elefante estabas postergando lo tuyo, tus propios proyectos?

—La verdad es que yo no dejé de filmar, porque seguí participando con los demás cineastas en la moviola, discutiendo, aportando. Me parecía que ayudar a fundar el cine chileno era una tarea impostergable: el cine chileno al que nosotros aspirábamos, inscrito en su historia y tradición culturales. Eso me parecía tanto o más importante a que yo hiciera una película directamente. Si tú quieres, eso formaba parte de mis deberes de cineasta, y aún lo siento así, en tanto pueda contribuir, así sea modestamente, a que el cine chileno que llamamos de la resistencia —y que así se llama— siga existiendo. Yo sigo participando en él con gusto y entusiasmo.

—Cuando llegas a México, cuando llegas al destierro con esa gran carga de vivencias tan enriquecedoras..., ¿qué pasa contigo?, ¿cómo te sentías?

—Me encontré con que la cinematografía mexicana pasaba por un momento excepcional de su historia. Había toda una apertura hacia América Latina, estaba el movimiento de solidaridad con Chile, y los cineastas se pusieron en contacto con nosotros inmediatamente. A los pocos días estábamos ya discutiendo sobre proyectos y posibilidades.

—¿No hubo en ti un quiebre, como cuando te fuiste a estudiar con los curas?

—Bueno, en lo otro no hubo un quiebre, porque se seguía manteniendo una corriente... Si yo fuera un exiliado que pudiera volver todos los fines de semana a Palmilla el problema sería distinto... Ahora es otra cosa, es difícil describirlo. El destierro significó la derrota, la amargura, y no sé hasta qué punto es justo que uno hable de sí mismo, cuando es algo que le incumbe a un pueblo entero, y sobre todo a la gente más desposeída, más desprotegida. Tuvimos la historia en nuestras manos, la gran oportunidad; tuvimos todo en nuestras manos para construir el país más democrático y más libre; quisimos hacer la mejor de las revoluciones; estábamos llenos de buena fe, de esperanza, de entusiasmo. Será que la historia es así, seguramente se hace a tropezones. Pero lo cierto es que esos tres años nos marcaron para siempre...

Ahora hay que vivir con la voluntad, forzándose a sí mismo. Como dice Angel en ese tango tan lindo que me gusta tanto, de que "esa lágrima blanca no me la va a ganar"... Es difícil hablar de eso cuando uno se ha impuesto la voluntad de empujarse todos los días, de ver el mundo en forma distinta, con ojos nuevos, y aprender de otras realidades con la esperanza de volcarlo cuando uno regrese a la Patria.

No hablo de la Patria en un sentido pequeño, chovinista. Pero, claro, uno extraña los veranos de su país, sus otoños, sus primaveras, sus yuyos, sus aromos, sus naranjos; extraña su tierra y sus gentes, y yo soy entrañablemente y definitivamente chileno y colchagüino...

¿Cómo me sentí? Muy triste, pero la tristeza no dice nada, la palabra, el concepto... Quisieron cortar nuestras raíces y éstas se extendieron por el mundo, y hay un ser nacional en Chile, otro que deambula por el mundo, que está presente y que lo recorre y creo que ninguno de nosotros deja de ser ese pedazo de tierra, entre mar y cordillera. Pero tengo un gran pudor de hablar de lo mío y siento un gran respeto por la gente que lo ha pasado peor y una gran tristeza por aquellos que ya no volvieron y que han muerto fuera con la imagen de un Chile que se les perdió para siempre.

—¿Cómo haces tu cine, ahora, en México, en Centroamérica, en América Latina?

—Con mucho esfuerzo, con mucho trabajo. ¡Como hago yo las cosas! Si de repente se me ocurre hacer tal película, empiezo a trabajar sobre eso, se lo cuento a mis amigos, y si veo que a ellos les gusta, sigo escribiendo el guión, y hablo, leo, busco alguien que pueda apoyar este proyecto, busco posibilidades de producción, y de pronto me encuentro con que estoy filmando la película.

Ahora, cuando busco productores, busco a los que me permitan expresarme con entera libertad, que no me condicionen por cuestiones de índole comercial, que me permitan seguir haciendo el cine que a mí me interesa. Yo siempre digo que no soy un cineasta profesional,

porque un cineasta profesional realiza los proyectos que le encomiendan, mientras que yo realizo los proyectos y las películas que quiero hacer. He tenido distintas experiencias: he contado con todos los medios del cine industrial, las mejores cámaras del mundo, las mejores lentes, los mejores laboratorios, todo el aparataje disponible y deseable, ciento y tantos técnicos, me he sentido perdido entremedio de ellos; pero del mismo modo, he hecho una película con sólo nueve personas, con una sola cámara, una lente, sin nada, con gente que no son actores. Todo depende de las posibilidades que la realidad te va entregando, de lo que estás dispuesto a aceptar sin ceder nunca a los principios. En eso no soy ni tengo por qué ser modesto. Me han ofrecido la oportunidad de hacer cine con las grandes compañías transnacionales —la Columbia, la Paramount— pero no lo he hecho, porque me he sentido prisionero de determinadas circunstancias que tienen que ver tanto con lo cultural como con lo ideológico.

No tengo una estructura de índole profesional. Aunque parezca, de pronto, que las películas están hechas con todos los medios del mundo. Claro, hay algunas que sí, pero otras no, en ellas todo se ha hecho con gran esfuerzo y voluntad. Esto tiene que ver con que Chile ha sido siempre un país muy difícil; a toda la gente que ha hecho cosas en Chile le ha costado muchísimo, y eso nos ha enseñado que hay que tener mucha voluntad para salir adelante. Yo me mantengo muy anárquico, muy loco; creo que la posibilidad de crear es algo que está siempre al borde de la alucinación. Uno percibe de pronto colores, figuras, y cuando esos fantasmas dejan de ser fantasmas y se convierten en una realidad que se te impone, tú tienes que hacerlo, tienes que decirlo, tienes que cantar.

Luego viene todo el trabajo de llevar las películas a los festivales, hablar con los periodistas, etc., etc., pero todo eso ya no tiene ninguna importancia, porque el éxito ya lo conseguiste: el éxito es cuando uno logra hacer lo que uno quiere. Cuando lo que uno hace tiene eco en los demás, eso no es sino la confirmación de que lo que hiciste está bien hecho, que transmitiste unos sentimientos; pero quien primero percibe el éxito es uno.

Ocurre en los festivales que se pasa la película y la gente está ahí de smoking y todo eso, las salas son unos palacios, y de repente las imágenes empiezan a golpear, son imágenes de miseria, de vidas paupérrimas, de una violencia desatada como se da en nuestro continente, en nuestra realidad, y entonces tú sientes una especie de respiración extraña. Y cuando se prenden las luces y aplauden, tú miras para todos lados y te preguntas cómo es que esa gente pudo comunicarse con lo tuyo. Porque las realidades no tienen nada que ver.

Los festivales tienen un sentido. Son una plataforma de lanzamiento, la posibilidad de que la obra se conozca, sobre todo en América Latina. Como somos deudores de la famosa colonización cultural: cada cosa que pasa en Europa o en los países desarrollados repercute en los nuestros, y abre espacios para la difusión.

Yo creo mucho en lo que hago, una vez que me propongo un proyecto. Mientras siga y esté vivo, nunca dejaré de terminarlo... Ahora, cada película tiene su historia secreta...

Notas sobre "Alsino y el cóndor"

"La película nos muestra que hay que saber soñar, realizar nuestros sueños, aunque estos sueños nos cuesten."

Declaración de un campesino de Ticuantepe después de la primera proyección de *Alsino y el cóndor*, en Managua, Nicaragua libre.

Hace años, cuando era adolescente, leí la novela de un niño que quería volar. Vivía yo en Chile, en Palmilla, una pequeña aldea perdida entre la montaña y el mar.

Pasaron los años y esta historia continuó viviendo en mí, fundiéndose en el tiempo con mis propios sueños.

Vinieron los largos años del destierro y muchas veces, en diversas partes, me desperté con la sensación de haber soñado con algo ya conocido, sin que pudiera sin embargo identificarlo. Estaba como perdido, como una piedra en una caída sin fin, imágenes dispersas, colores difusos.

Hace dos años fui a Nicaragua. El país había vivido una larga guerra y ahora uno se encontraba con sonrisas de esperanza. Niños adultos con la firmeza de quien ha soñado y ha sabido cumplir con su sueño.

Recorriendo el país llegué un día a Ticuantepe..., un valle rodeado de montañas.

Hablé con la gente del lugar, visité sus casas y escuché nuevamente las historias de la guerra. Y de tanto escuchar y de tanto mirar encontré de pronto un espacio real para este pequeño sueño que me perseguía desde niño, pero se trataba, sin embargo, del sueño entremedio de una pesadilla real y conocida: la guerra.

"Por este camino pasaba la Guardia de Somoza."

"Por ahí, camiones llenos de prisioneros."

"Aquí debajo de este árbol masacraron, fusilaron."

"Aquí encontré el cadáver de mi hermano."

"En la madrugada pasaron los helicópteros disparando y el río hervía de muertos."

Y uno miraba el camino ahora cubierto de flores y el río que corría cristalino y el cielo limpio que hace poco era traspasado por el ruido de los helicópteros y los aviones de combate.

Como hoy en El Salvador, como es posible encontrarla en el horror de la noticia cotidiana. En el horror de una América Latina atravesada por la guerra.

Busqué más información y vi documentales realizados por jóvenes cineastas centroamericanos y vi en ellos que la gente combatía sin perder la alegría, que la vida continuaba su caudal inagotable, que se fundía el drama de la lucha con la picardía, la sonrisa y el rictus de dolor, y que el amor y la ternura tenían en la lucha un tiempo y un espacio y que todo era la medida de lo humano, porque no existe nada sin el que cruza frente a ti en la calle.

Conocí la pintura popular nicaragüense y vi en ella un reflejo real popular maravilloso de su historia: reflejos desmesurados en la pupila de un niño o mejor de un país niño.

Urgué en los documentos, hablé con los dirigentes, con sus jóvenes

combatientes, hombres sencillos, comandantes de la vida, y apareció claramente, entre soldados y "guardias nacionales", la imagen y presencia del asesor militar con nombre y nacionalidad: el Cóndor, más que símbolo, constancia incontestable de la intervención.

Y así nace el film, múltiples voces e imágenes entrecruzándose en la memoria con hilos invisibles, hasta conformar la historia. Todos los tiempos de un verbo conjugado a través del testimonio, la memoria intemporal de un niño: Alsino buscando realizar su sueño a través de un irrefrenable destino colectivo.

Tal vez para algunos éste no es ni el momento ni el modo de contar esta historia; en una humanidad indiferente y escéptica, un golpe de esperanza será siempre un gesto inoportuno.

Nosotros no nos detenemos. Nos proponemos contar y cantar lo que hemos visto, porque, como dice Neruda, "toda nuestra tierra está llena de sueños y sonidos".

Miguel Littin

III. "Yo soy entrañable y definitivamente chileno, colchagüino"

—¿Qué decías de Pablo de Rokha a propósito de la lluvia?

—Tú dijiste está lloviendo afuera, y yo me acordé de unos versos de De Rokha: "Está lloviendo afuera, está lloviendo / Ojalá que siempre esté lloviendo". Lo escuché en un disco pequeñito que grabó.

Está lloviendo como en Palmilla...

Todos los poetas chilenos han tenido siempre que ver con la lluvia. Neruda decía que las goteras de su casa eran el piano de su infancia... En mi casa de Palmilla siempre tenían que hacer de nuevo el techo en el invierno; el maestro —"Vuela Poco", le decían— venía a reponer las tejas que estaban corridas, y se hacían unos hoyitos. En el verano era lindo, porque a través de esos hoyitos uno veía las estrellas del cielo de Palmilla, pero en el invierno caían las gotas de agua y entonces iban poniendo recipientes por todas partes, y en la casa había una música permanente.

—Angel siempre me cuenta cuando lo llamas y le hablas de lo que estás haciendo...

—Es que cuando en México nos ponemos tristes, empezamos a poner discos y siempre terminamos con los de Angel. Entonces uno se dice, bueno y ¿por qué no llamar a este güevón?... Allá es de día, aquí es la madrugada... Y ahí nos hablamos...

—En tus películas siempre me encuentro con canciones que conozco, pero no sé de dónde vienen, no están catalogadas en ninguna parte, son pequeños pedacitos...

—Sí, porque son pedacitos que recuerdo. Son canciones que escuché cuando vivía en Chile, sobre todo cuando era niño, en esas

fondas del 18 que te contaba. Me acuerdo, por ejemplo, de una cueca surrealista, que todavía no he puesto en ninguna parte (a Raúl Ruiz le gusta mucho): Un viejo y una vieja —lo digo como se dice en Chile, sin tono despectivo— tocando unas cuecas en tarro; ella, una vieja chica, que estaba como arriba de un piso, cantaba: “Querís carne crúa, querís carne crúa...”, y el viejo, que estaba más abajo, le respondía: “Yastá pus, yastá pus, yastá pus...”. Y toda la gente bailando la cueca y con el polvo encima, y la letra de la cueca era eso, no me acuerdo del resto... Era absolutamente surrealista, erótica, fantástica.

Son pedazos de cosas los que yo recuerdo. Cuando me pongo a escribir el guión empiezan a aparecer, o cuando estoy filmando me digo a esta cuestión le falta algo, y paro un poco la filmación, hablo con mis asistentes y les pido que inventen algo —porque tengo con ellos una relación de permanente complicidad— y yo me voy y trato de acordarme de algún pedacito de canción. Como ése que puse en la última película; buscamos si en el pueblo había alguien que tocara la guitarra y cuando la trajeron yo les digo: “Cántenme esto así...”. Y yo canto. (Como te habrás dado cuenta... Hago muchas cosas mal en la vida..., ¡pero cantar!...) Yo les canto y ellos agarran y sólo hasta que consigo ese tono como chileno, provinciano, hago la secuencia, ruedo.

En esta última película yo quería que Angel cantara. A mí me fascina su manera de cantar, su poética, su poética personal, esencial, que es un canto desgarrado, desolado, que tiene mucho que ver con el ser hispanoamericano, con el chileno, y tiene que ver también con el canto árabe, con el cante jondo... Angel tiene de repente unas resonancias en la voz... A mí me conmueve, me resulta muy entrañable esa forma de lanzar la voz sin medida. Uno piensa que de pronto se puede quedar sin voz para siempre. Se acerca mucho a mi manera de filmar. Yo hago unas tomas que a lo mejor ya no puedo filmar nunca más, y todo el mundo dice: “Este güevón está loco, absolutamente loco, perdió la dimensión de lo posible”; a lo mejor ya no resulta, salió fuera de foco, pero me arriesgo. Y en Angel veo eso mismo, entre muchas otras cosas. Desgraciadamente, las distancias y las realidades específicas de cada uno nos han impedido llegar a concretar la posibilidad de realizar un trabajo juntos.

—Me impresionó tanto en Alsino ese pedacito de vals, porque hace muchos años estaba con mi mamá en un boliche en Santiago, “Las Papas Fritas”, del que ella era cliente asidua, escuchando una orquesta de ciegos, y de pronto un chileno clochariento empezó en nuestra mesa, llevando el ritmo con los dedos, a cantar ese valsecito que nunca olvidaré.

—Yo lo escuché en la frontera con Argentina, subiendo por San Fernando hacia la cordillera, en una parte donde hay unas como aguas termales donde va la gente con carpas. Yo estaba con unos arrieros que traían vacas a Chile desde Argentina; hacían fiestas en las noches, y en las carpas unos muchachitos tocaban ese valsecito:

(CANTADO) "Voy a regar con mis lágrimas / el lugar donde nací / porque yo quiero que sepas / que me voy pensando en ti".

—*Ya me aclaraste el misterio del valsecito... ¿Cómo te relacionas con la música, digamos incidental, de tus films?*

—¿Cómo me relaciono? Hay, primero, un nivel de relación artística, estética, pero por sobre todo, lo fundamental es la relación de tipo humano. Si lo que tú haces le gusta al músico y a ti te gusta su música, se va uno haciendo amigo de la gente y se va discutiendo... Casi siempre le cuento antes la película al músico, y lo molesto muchísimo.

—*¿Y cómo pasó con Leo Brouwer?*

Así, pues. "Quiero hacer esto", "de esta manera"; establecimos un diálogo muy intenso, discutiendo y viendo las imágenes una y otra vez. Hablando, antes de la película, porque después ya es muy difícil. Si tú ves que al músico no le emocionan ni le importan las imágenes que tú hiciste, hay que buscar otro... Eso no me ha pasado nunca.

Leo es un músico que yo admiro, me gusta todo lo que él hace. Además, es un guitarrista genial. Verdaderamente tengo muy buen diálogo con él, nos gusta trabajar juntos, nos entendemos bien. *Alsino* es la tercera película que hacemos juntos.

Es muy importante el buen entendimiento, porque la imagen es como el ser y la música su respiración, y eso tiene que ser orgánico, tiene que haber un equilibrio. Tú no puedes ser de un modo y respirar de otro, se es en la medida que se respira, y también la imagen tiene su respiración.

—*Leí por allí, en una mesa redonda, que decías: "Disculpa, pero a mí me gustan las marchas y las banderas".*

—Sí, sí. Es que de pronto se quiere conceptualizar y darle una connotación a eso de que las marchas y las banderas son como demagogia o falsas expresiones del ser humano, y yo no lo creo. Cuando la gente se conjunta y se produce una euforia colectiva, la gente quiere expresar el emblema de un sentimiento. Por eso me gustan las marchas y las banderas, porque son el sentimiento colectivo, porque en ellas se expresa el individuo y su reencuentro con los demás; me gustan las marchas y las banderas y la comunión, la comunión en la expresión del cristianismo primitivo, porque también es eso. Yo y todos los demás, es un modo de expresar los valores permanentes de la conducta humana.

No me gusta eso de querer el desprestigio sobre la base de que la izquierda cayó en una retórica, que el mundo no tiene esperanza, que todas las ideologías se han conjuntado... Aparece como una autocritica, pero más que eso es una autoflagelación, rechazar todos los valores que han surgido de la conducta de los pueblos.

—Me hablabas de un nuevo proyecto en el que estás pensando..., del regresar...

—No puedo decirlo porque lo estoy pensando. Tiene mucho que ver con la primera parte de esta conversación, no tiene mucho, *tiene que ver...* Pero Buñuel me dijo un día: "No lo haga hasta que regrese a Chile, tiene que hacerlo allá". Y tiene razón don Luis, creo. A lo mejor coincide históricamente..., así es la vida..., que de repente tengo listo el guión y puedo ir allá a hacer la película...

Regresar a participar en todas las actividades de la vida nacional en las cuales pueda intervenir, ése es un derecho irrenunciable. No he pensado ni pienso nunca en la perspectiva del regreso condicionado; el regreso y la vuelta, ¡pero con todos los derechos! Porque yo soy de ese país y nadie me puede negar el derecho de ejercer mi posibilidad de vida total, integral; todo lo que yo pueda entregar, todo lo que he aprendido puedo y debo volcarlo no en una pequeña vida privada, sino en una vida integral; lo que quiere decir: trabajar hacia los demás, trabajar por el desarrollo y creación de la Patria. Jamás volveré como un ser pasivo, no quiero irme a Chile a ser un caballero jubilado. Ese discurso que se hace sobre el regreso de los exiliados está muy bien, siempre y cuando se ponga en claro que hay que regresar, pero no a ser la parte pasiva de Chile. Yo voy a regresar y voy a participar en el movimiento cinematográfico chileno, que está tanto fuera como dentro. Y voy a hacerlo sin barreras ni sectarismos, porque creo en la multiplicidad de posibilidades y de formas. ¡Cómo pensar que se va a regresar al país a sentarse en una sillita a mirar el mundo!

Un paréntesis a propósito del cine hecho en Chile. Ellos viven también un exilio interior. He visto películas rodadas allá, y sus personajes son seres que deambulan de lugar en lugar, de rincón en rincón; no son de ninguna parte, y todo lo que es la represión y el destierro, que los cineastas no pueden evidentemente expresar, está presente sin embargo en la narración y en el mundo interno que proyectan. Están haciendo cosas verdaderamente importantes. Hay talento, hay sensibilidad, lo que se sembró sigue dando frutos. Hay que señalar que un festival europeo, el de Biarritz, el último, muestra una cosa significativa: la presencia, de pronto, de tres generaciones de cineastas chilenos en la competición oficial. Y tú puedes ver, sea un film que se hace en Chile o uno que se hace fuera, que hay un sentimiento nacional que recorre la pantalla, reflejando distintas circunstancias políticas, económicas y culturales, pero unidas al mismo cordón umbilical, que está vivo, y que está alimentando esta posibilidad de desarrollo y existencia de un cine chileno.

Somos, pues, y debemos ser la continuidad histórica de un país de grandes tradiciones y de grandes momentos; de grandes culminantes históricas y culturales. Y todo eso no es verdaderamente posible, sino en la medida que regresemos. Este es un tiempo de transición —en lo humano, en lo artístico—, un compás de espera, porque el impulso definitivo vendrá de esas tierras: de sus mares, de sus olores, de sus gentes; de ese país que se inscribe en lo universal a partir del hecho de

que no se parece a ningún otro país, que está hecho de coincidencias, de hechos fortuitos, pero de una consistencia, de una consecuencia y de una voluntad de ser inamovibles a pesar de la represión, y que son tan fuertes que trascienden y nos mantienen, aún a los que estamos fuera y que esperamos regresar, confiados en una nueva perspectiva histórica que ojalá vivamos mil años para verla...

—Sí..., porque, además, tú no te quieres morir...

—No, yo no me quiero morir. Como decía Neruda: "Yo no me voy a morir / voy a nacer en las multitudes, en las marchas y en las banderas...". Sólo se muere el que quiere morir.

—Las marchas y las banderas...

—Es que me encanta a mí marchar.

—Es que tú no tenís reumatismo.

—No..., pero yo he visto hasta los reumáticos marchar... Y hasta los zuncos levantar bandera. Esa guevía no tiene nada que ver. El primer hombre que me enseñó a mí que había que ser comunista le faltaban tres dedos, y con los dos restantes levantaba la bandera. Levantarla con cinco dedos es distinto a levantarla con dos.

*En este espacio de tantos años sin cordillera
se me aparecen tus mariposas y tus banderas*

*Te veo niño frente al espejo de aguas heladas
veo el asombro en las pupilas de tu mirada.*

*Todas las lluvias de los inviernos son melodías
en ese patio donde te quedas al mediodía*

*Todo se cubre todo se invade con esas aguas
del arbolito hacia los valles y las montañas*

*Noble es la mano que te conduce por el camino
sal de los mares, cedros alados vuelan contigo*

*Magia dejaron los pasajeros en ese huerto
que ahora dibujas cual paraíso de encantamiento*

*Lunes de penas jueves amables-viernes de soles
sábado amado te lleva al seno de tus amores*

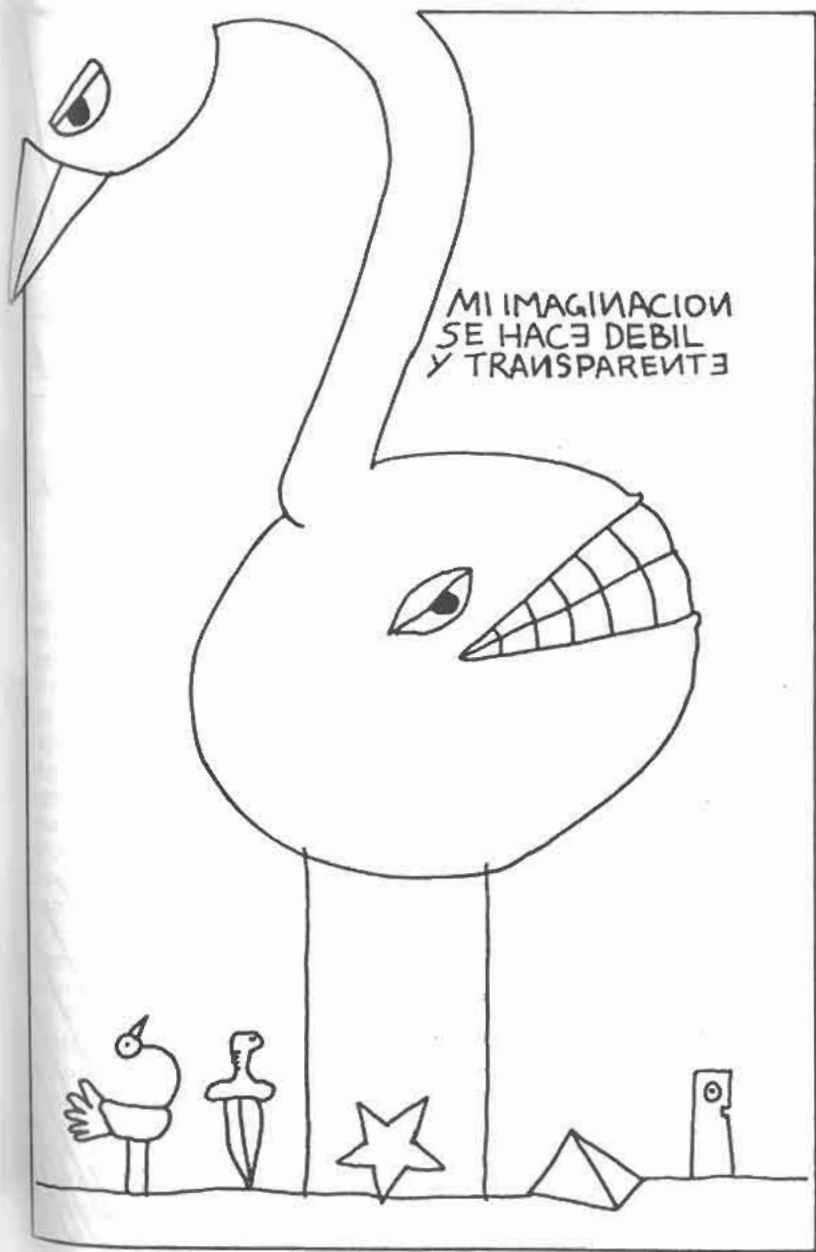
*Cuando te alejas con tus silencios y tus misterios
diviso velas de navegantes en el destierro*

*Si desgarrado te llega el canto del hombre solo
de sentimientos y de emociones lo sabes todo*

*Verás tu tierra verás tus cielos verás tus mares
porque en la vida se cumplen sueños y voluntades*

*Sólo quería decirte cómo me he conmovido
con tus recuerdos, con tus batallas, con tus motivos.*

I. P.
París, noviembre 1982



MI IMAGINACION
SE HACE DEBIL
Y TRANSPARENTE



UN SEGUNDO
DIEZ MINUTOS
CIENTO HORAS
MIL DIAS
UN MILLON DE AÑOS...

ESO SE OSEA
TE SE OSEA
EL TIEMPO

La soledad de América Latina

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la eterna juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros, y sólo llegaron cinco de los seiscientos que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las 11.000 mulas cargadas con cien libras de oro cada

* Discurso pronunciado en la Academia Sueca al recibir el Premio Nobel de Literatura.

una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana encargada de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general Gabriel García Moreno gobernó al Ecuador durante dieciséis años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador, que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30.000 campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazán, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetu que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya parquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. Ha habido cinco guerras y diecisiete golpes de Estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto, veinte millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa desde 1970. Los desaparecidos por motivo de la represión son casi 120.000, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto 200.000 mujeres y hombres en todo el Continente, y más de 100.000 perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América central: Nicaragua,

El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de 1.600.000 muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. Uruguay, una nación minúscula de 2.500.000 habitantes, que se consideraba como el país más civilizado del Continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada veinte minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual este colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desahogada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó trescientos años para construirse su propia muralla y otros trescientos para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de la incertidumbre durante veinte siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos paizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes empávidos, ensangrentaron a Europa como soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12.000 lansquenets a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma y pasaron a cuchillo a 8.000 de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos lejos si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no

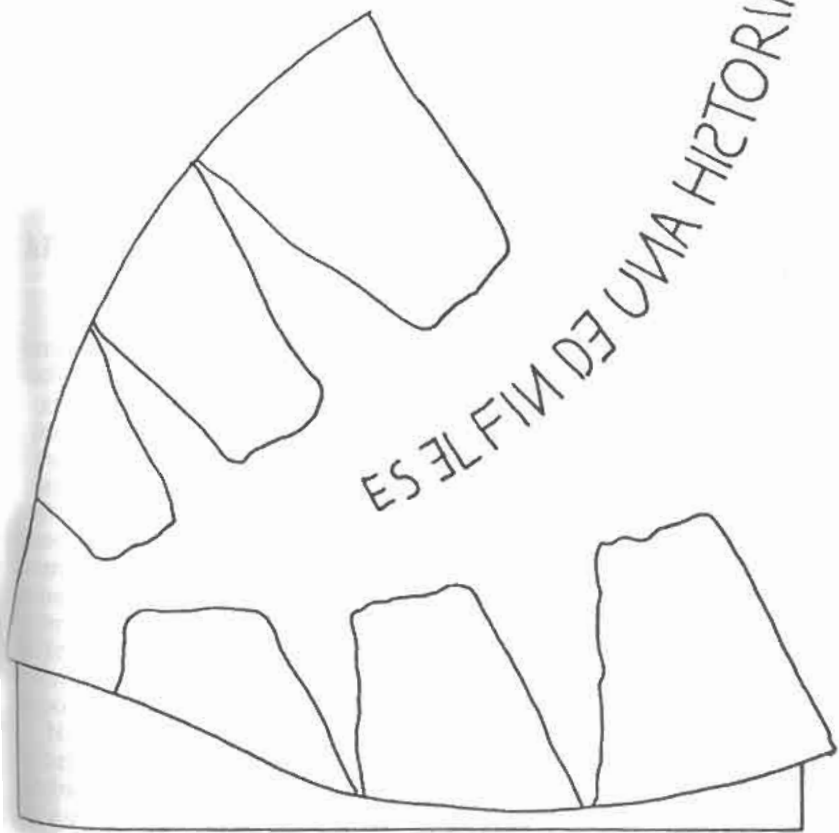
nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental. No obstante, los progresos de la navegación, que han reducido tantas distancias entre nuestras américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3.000 leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: "Me niego a admitir el fin del hombre". No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que, por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años, es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecohedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas, que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra.

ES EL FIN DE UNA HISTORIA



Variaciones sobre Gabriel García Márquez

1

El Descubridor

CARLOS CERDA

Siempre he pensado que la soñada perfección del mundo se parece mucho a ese capítulo final de *América* en el cual *todos*, sin excepción ninguna y por un número igualmente interminable de razones, tienen la posibilidad de entrar al gran circo feliz de Oklahoma. El sentido de la metáfora kafkiana se hace hoy patente frente a los peligros de un desastre descomunal. Porque si la calamidad puede ser unánime, también es pensable la felicidad sin exclusiones. Supongo que en ese mundo en que haya un lugar y una alegría para todos habrá un Premio Nobel para cada escritor y habrá premios para todos los peluqueros, para todos los maquinistas, para todos los ministros. Habrá premios para las bailarinas y para las cocineras e incluso los chóferes de taxi recibirán también el suyo. Mientras esto no ocurra, tenemos buenas razones para alegrarnos cuando los escasos premios disponibles recompensan realmente a los mejores.

Nos alegra que Gabriel García Márquez haya recibido el Premio Nobel de Literatura no sólo porque es uno de los mejores, sino también porque es el más nuestro. La universalidad de su mundo tiene sus raíces en la acabada expresión de un continente, pues lo que vive en su obra es el hombre de América Latina, sumido aún en un sueño de imágenes míticas y al mismo tiempo maravillado por los

portentos de la técnica; lo que en sus páginas adquiere una dimensión bíblica es la historia incomprensible de un continente en el que la coexistencia de culturas rudimentarias con la irrupción de maquinarias modernas y rascacielos babilónicos sugiere erróneamente el puro caos, la absoluta ahistoricidad, el imperio fatal de un tiempo cíclico; lo que resulta fascinante en su mundo tan personal es el corazón poético que siente latir en el centro de la vida y esa vitalidad avasalladora que palpita aceleradamente en su literatura.

Esta visión poética de la vida y esta visión vital de la literatura es, a mi juicio, lo más característico de García Márquez. En su obra el mundo está visto con ojos en que aún es posible el asombro originario. Son ojos más interesados en la realidad de las cosas que en las cosas de la realidad. Por eso puede escribir en una carta que Aracataca, su aldea natal, "sigue siendo una aldea polvorienta, llena de silencio y de muertos. Con sus viejos coroneles muriéndose en el traspacio, bajo la última mata de banano, y una impresionante cantidad de vírgenes de sesenta años, oxidadas, sudando los últimos vestigios del sexo bajo el sopor de las dos de la tarde". Por eso puede transformar Aracataca en Macondo, la gran metáfora de un continente que se descubre a sí mismo con asombro y en el que la mayoría de sus más auténticas realidades aún carece de nombre. Es esta capacidad poética de asombrarse, este mirar descubriendo, esta obsesiva determinación de contarlo todo, porque todo está por ser contado desde sus orígenes, esta sensación de que por primera vez hay que nombrar la piedra y el árbol, el amor y la muerte, lo que da su sentido epopéyico y bíblico a *Cien años de soledad* y lo hermana con el otro gran intento fundamentador y la otra gran mirada adánica al continente, el *Canto General* de Neruda.

Descubrir no es un mero encontrarse de pronto con lo inesperado. Descubrir es des-cubrir, liberar a la realidad del velo de ideas preconcebidas y lugares comunes para ver en ella lo que ella nos muestra. Yo creo que ninguna obra merece el calificativo de realista si no descubre algo en la realidad, si no nos muestra una dimensión nueva, no vista de ésta. En ese sentido, puede decirse que García Márquez es un gran realista, porque es un gran explorador y des-cubridor de realidades. Y entre las tantas realidades que descubre, descubre a mi juicio a la novela misma. La des-cubre de intelectualizaciones que en los años sesenta, mientras escribe *Cien años de soledad*, le auguraban a la novela un funeral de tercera clase. Algunos ya habían firmado el acta de defunción del género y concedido la extremaunción al personaje cuando aparece, en 1967, esta novela que no quiere ser antinovela ni nueva-novela, sino simplemente novela, poblada por un centenar de personajes que realmente viven en la ficción y que si han de morir mueren también en ella. Lo que ocurre es que se piensa que un género está agotado cuando se considera que algo se ha agotado en la realidad. Pero la realidad es inextinguible; lo que pierde vigencia es una determinada idea de la realidad, una mirada que ya no es capaz de descubrir. Se agota también una determinada concepción del realismo, pero la capacidad del lenguaje poético de descubrir y nombrar realidades es infinita. La obra de Gabriel García Márquez.

precisamente porque es una gran empresa de descubrimiento y conquista literaria de un continente, es la demostración más concluyente de que la novela está viva y de que el realismo seguirá diciendo una palabra vital y verdadera sobre la realidad en la medida que sea capaz de renovarse para conservar el asombro en su mirada.

Nos sentimos felices por este premio que ha recibido nuestro gran hermano mayor; el escritor que ha creado una obra monumental sobreponiéndose a penurias que nos son familiares; el descubridor no descubierto que hasta los cuarenta años debe escribir artículos de prensa para sobrevivir y poder escribir novelas; el autor exiliado que en París se alimenta con una sopa escuálida (preparada con un hueso que, de olla en olla, construye una cadena solidaria) mientras trabaja día y noche en *La Mala Hora*; el creador consagrado que, conciente del peso que ha adquirido su palabra, sigue escribiendo en los periódicos la historia cotidiana del continente, el paisaje de ese otro Macondo que dibuja con la valiente acusación a las dictaduras, la denuncia de las difamaciones contra Cuba y Nicaragua y la solidaridad con los combates que se libran en Salvador y Guatemala, en Bolivia y en Chile, en Argentina y en Colombia, para que entren por fin a la historia esas mil Aracatacas polvorientas, llenas de silencio y de muertos.

2

Entre Kafka y el Evangelio

JAIME CONCHA

"Algunos vecinos de Jerusalén se preguntaban: ¿No es éste el que andan buscando para matarlo? Y habla en público y nadie le dice nada."
(San Juan, 7:25-26.)

"Pero las manos de uno de los socios estaban ya en la garganta de K., mientras el otro hundía el cuchillo con fuerza en su corazón, removiéndolo ahí por dos veces."
(Kafka, *El proceso*, cap. 10.)

Después de la tersa simplicidad de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961); después del vasto designio de *Cien años de soledad* (1967) y del lienzo fulgurante y sombrío de *El otoño del patriarca* (1975); después

de seis años de imperioso silencio narrativo de su autor, he aquí un texto de 150 y tantas páginas que muestra una vez más, en el admirable escritor que es García Márquez, una faz nueva y fidelísima de su personalidad literaria*. Retomando módulos primitivos de *La hojarasca* (1955), los potencia innovadoramente a una altura que va más allá de sus grandes novelas mencionadas. Es posible que, por su concentrada tensión y por ceñirse a un acontecimiento único y dominante, represente esta *Crónica* un ejemplo de novela corta como no se había escrito todavía en América Latina. (El problema de la "nouvelle" como forma narrativa carece todavía de solución teórica; solamente su práctica y sus realizaciones han sido bien comentadas por Maupassant, primero, y por Thomas Mann, más tarde. Por falta de validez heurística, las observaciones de Lukács a propósito del *Iván Denisovitch* no son pertinentes aquí.)

Lo que se relata en este texto intenso y obsesionante es una muerte, muerte singular y concretísima, que ha sido anunciada virtualmente a todo el pueblo y que un cronista busca reconstituir tras muchos años de ocurrido el crimen. *Crónica de una muerte anunciada*, dice bien el título, en la medida en que incorpora a los tres personajes constitutivos de la situación: el cronista, el muerto y una comunidad que termina siendo, a la postre y en definitiva, un círculo pasivo de espectadores que presencia el asesinato sin intervenir ni defender a la víctima. Como en los grandes sacrificios de la historia —por la cíclica o la crucifixión— asistimos a un crimen que se ejecuta *coram populo*, en el espacio en que alguien inerme cae bajo verdugos que por todas partes han voceado su propósito. Espacio de la injusticia por excelencia: un pueblo degradado en público. Y todo esto discurre en cinco partes bien equilibradas, que crean una composición de signo trágico, cuyos efectos actúan acumulándose intensamente hasta el desenlace violento que da fin al relato.

Las indicaciones cronológicas se despliegan de acuerdo a reglas bien conocidas en las obras anteriores de García Márquez. Horas y minutos, desde las 5,30 en que Santiago Nasar se levanta, hasta las 7 en que aproximadamente sucumbe, son puntualmente pormenorizados, según el estilo de un sumario judicial. El lunes del hecho, que sigue a un domingo de bodas y a la consecutiva parranda nocturna, se sitúa en un día indeterminado de febrero que, a su vez, pertenece a una época vaga, completamente indefinida. Precisión y exactitud, por lo tanto, en un marco de indeterminación: tales son las claves temporales que deposita el autor para crear una fundamental ambigüedad que se refuerza aún más por la incertidumbre, nunca zanjada, acerca del clima reinante en la mañana del crimen. ¿Llovía, como soñó Santiago la noche anterior y como habrán de afirmar algunos testigos? ¿O, por el contrario y como otros aseguran, se trataba de un día radiante de sol? Todo lo cual nos lleva a la conclusión de que no estamos ante una realidad unánime e indiscutible, sino ante operaciones de la memoria y del deseo, ante un mundo ilusorio que

* G. García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*. Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1981, 156 pp.

desdibuja los tiempos de la tierra y del cielo. El reloj avanza inexorablemente, 27 años después de consumada la tragedia. La nitidez del sumario se hace caliginosa y fantasmal en el paisaje evocado por los testigos.

De aquí derivan, entonces, los campos constituyentes de la narración: el diagrama horario, pleno presente que se escurre sin ser nunca reversible (lo mismo que, años atrás, abuelo, hija y nieto esperaban tensamente, en el centro de *La hojarasca*, para enfrentar a un pueblo hostil al entierro del doctor); la retrospección, a veces inmediata, al dirigirse al día y a la noche anteriores, a veces remota, al extenderse hasta mediados del año precedente; en fin, la dimensión prospectiva del relato funda un horizonte de la crónica para el cual el crimen no es un hecho del pasado, sino que apela a él como a su futuro inevitable. De este modo, pasado, presente y futuro se entretejen en una compleja "verbalización", en que lo "imperfecto" y lo "definido" del tiempo son sólo aspectos de un foco narrativo que instituye el porvenir como póstumo.

En estos anillos temporales que eslabonan la historia con insuperable rigor, hay una secuencia que parece escapar y que, a modo de episodio secundario, tiende a formar un ramal o muñón del acontecimiento central. Es la historia de Angela y Bayardo después de su ruptura en la noche de bodas, la historia de las cartas nunca abiertas por él y del reencuentro de ambos, sin explicaciones, luego de 17 años de separación. La lectura de esta secuencia admite, por lo menos, dos consideraciones. Una temática, ligada al núcleo del relato: a pesar del "prejuicio" (p. 131) que destruyó su amor, son capaces de reunirse, debido a la enigmática vuelta de quien rehusó a la mujer y gracias, sobre todo, a la tardía maduración de ésta, que se independiza con esfuerzo de las presiones tradicionales de su madre. (De ésta se dice que "parecía una monja", p. 43, y que era "una madre de hierro", p. 52.) ¿Pero es el reencuentro lo que se subraya, o es la felicidad de dos seres arruinados y ya fuera de la vida? La otra es de tipo formal: se trata de una historia desplazada, que se localiza en La Guajira, territorio de indios y de misioneros; historia descentrada en sentido propio que nos muestra, por lo tanto, una alienación del tiempo, un descoyuntamiento objetivo en la trama de la novela. Ese futuro fantasmal son las ruinas tangibles de lo que aconteció; es decir, una materialización pleonástica de la ficción. También Kafka, a veces (en medio de *El castillo* o al comienzo de *América*), nos cuenta interminables historias secundarias que nos provocan un extraño malestar: el malestar de ser lectores de dolorosas experiencias imaginarias.

¿Quién es realmente el protagonista de esta historia, el muerto o el cronista? Es difícil establecer relaciones de jerarquía entre ambos, sobre todo si se tiene en cuenta el movimiento, ya que no de identificación, de acercamiento y proximidad que va desde el cronista hacia la víctima. En este testimonio hecho de tantos testimonios equívocos y de un sumario náufrago (el tema del náufrago, que aparece en García Márquez desde sus cuentos iniciales, se transforma ahora en documento salvado de las aguas, p. 129), asistimos justamente a un "martirio", en que mártir y evangelista se ligan no por la fuerza de la

creencia, sino por los lazos del tiempo y de la vida. Veámoslos. Primero, el cronista tiene una posición intermedia entre las fuerzas adversarias, pues, aunque compañero de Santiago, es también primo de la novia. Cuando la madre del cronista se apresta a anunciarle a su amiga la amenaza que existe sobre su hijo, el marido le recuerda: "Tenemos tantos vínculos con ella como con los Vicario" (p. 34). Además, la familia del cronista se halla muy cerca de Santiago en los últimos momentos de su vida. El hermano lo acompaña hasta altas horas de la noche, la hermana lo deja en la madrugada, poco antes de que muera. Más aún: cronista y víctima comparten, sucesivamente, el "regazo apostólico" (preciosa imagen a lo Botero) de María Alejandra Cervantes. Son, podríamos decir, hermanos carnales de juventud. Y la última persona que ha de contemplar a Santiago, ya herido de muerte, será una tía del cronista, "tía Wene", así, para conjurar mejor la infancia o la adolescencia común. La trayectoria simétrica y circular de la primera unidad superpone a Santiago y al cronista en una misma relación con la madre. Las casas, el desayuno, el café, todo tiende a asimilar sus situaciones. Mucho tiempo después, todavía Plácida Linero confunde a su hijo con el amigo de su hijo. Porque lo que importa en realidad no es la identificación de los personajes, sino su secreta, invisible unidad. Así como los asesinos son gemelos, la víctima también es doble. (El patrón de *dos en uno* está presente en la descripción de la casa, pp. 18 ss., y en la escena del espejo, p. 88.) En un relato donde hay tantos y tan bien distribuidos nombres evangélicos (Poncio Vicario, Cristo Bedoya, Magdalena aunque sea Oliver, Pedro y Pablo Vicario) y en que se menciona varias veces la palabra sacrificio (pp. 55, 69, *passim*), la anunciación no lo es de un gozoso nacimiento, sino del misterio doloroso del crimen colectivo. Una de las últimas imágenes de Santiago es ésta:

"Pero Argénida Lanao, la hija mayor, contó que Santiago Nasar caminaba con la prestancia de siempre, midiendo bien los pasos, y que su rostro de sarraceno con los rizos alborotados estaba más bello que nunca." (pp. 155-6.)

Entre Nasar y sarraceno percibimos un eco que nos comunica en profundidad con un paradigma, con el arquetipo del sacrificio por antonomasia (por lo menos, en la cultura religiosa dominante de Colombia y de los países latinoamericanos).

Los personajes, descritos con viva plasticidad, encarnan significaciones que derraman luz sobre las fuerzas destructivas en acto y que constituyen la base social de la tragedia. Alrededor de sus cuerpos y figuras —de Santiago, de Bayardo— se dibujan círculos y anillos que plasman su poderío en medio de la comunidad. Ambos pertenecen al mundo de los ricos, a la esfera del poder (explícitamente, pp. 72 y 75). La hacienda y las armas de uno son el extremo correspondiente al gesto ostentoso y altanero del otro. San Román derrocha en la fiesta de bodas, el otro calcula. Bayardo es visto sucesivamente así: de "ojos dorados" (p. 36), "está nadando en oro" (p. 38), "sus ojos de oro"

dan espanto a la gente sencilla. Este retrato físico y social se condice con los antecedentes políticos y militares del padre ("una de las mayores glorias del régimen conservador", p. 47), que es pintado en una página maestra con toda la gracia deformadora de los cuadros de Botero. (Y no se trata, por supuesto, de una trasposición de lo plástico a lo verbal, pues pintor y novelista salen de una raíz común, una misma experiencia visual y cultural domiciliada en Colombia). En fin, el fundamento político y social de la vida representada descubre su coeficiente ideológico en el viaje fantasmal y fugaz del Obispo, sombra que ilumina con brillo siniestro los hilos del "prejuicio" que han de llevar a la catástrofe.

Porque, a decir verdad, ¿cómo pudo construir el autor toda una amplia fábula en torno al motivo de la novia devuelta? En este núcleo, a primera vista anacrónico y falto de vigencia, el autor no sólo encierra oscuros remanentes feudales que aún pesan en las relaciones sociales latinoamericanas; no sólo apunta a una ominosa esfera de opresión, la de todo un sexo y de media humanidad; no sólo inscribe un contenido antropológico lleno de sentido, sino que, en lo esencial, forja una peripecia de gran proyección emocional, de enorme gravitación inconsciente. Que el hermano que restaura el honor de su hermana esté enfermo de blenorragia, no es sólo una punzante ironía; es también el signo de una falencia en el orden de lo intersexual. Virginidad perdida de Angela y enfermedad venérea de Pedro son dos términos de una misma ecuación, que hacen que la culpa no resida en ellos, sino en la violencia instalada por doquiera en la relación entre los sexos.

De ahí el epígrafe. Conectado con la vieja teodiceia del Mal, propaga su alcance a toda la narración. La vida de los sexos es guerra de los sexos, hecha de garras y de gavilanes (pp. 17, 22, 87, 91, *passim*). Y esto, unido a la afición por las armas del muerto, claramente marcada en el texto (pp. 11-2), da un profundo viraje al tratamiento del paradigma evangélico. Más cerca en esto de Kafka que de la visión cristiana del sacrificio, *Crónica de una muerte anunciada* proclama una culpa ubicua, que a todos contamina. En primer lugar, a la víctima misma.

La dialéctica de la solidaridad

VICTOR FARIAS

"Se necesitan muchos años para llegar a ser joven."

(Picasso)

Escribir sobre García Márquez sin agredir precisamente aquello que es de su mayor interés y la forma en que él lo aborda, es algo muy difícil. Supone hacerse cargo, simultáneamente, de la exigencia suya de ser "razonado"¹, de su convicción de que una "de las virtudes del escritor es la posibilidad de ver más allá de la realidad inmediata"², como también de respetar su consejo urgente de no escribir "un rollo del carajo que no aguante nadie"³. Esforzándonos por encontrar un justo medio, hemos escrito, hace un tiempo, un rollo en el cual se quiere dar cuenta razonada de su obra fundamental, de los supuestos histórico-filosóficos, políticos y literarios que ella supone y pone en movimiento⁴.

En el convencimiento de la importancia decisiva que tiene el llevar a concepto las obras de nuestros escritores mayores, y de la insuficiencia constitutiva del querer deducir su pensamiento de estructuras objetivadas, queremos diferenciar y profundizar nuestras conclusiones en lo relativo al concepto de realidad, esto es, aquel concepto que actúa como viga maestra en la conformación de sus obras. Para lograrlo vinculamos esas conclusiones con los abundantes materiales que entregan sus entrevistas y declaraciones, los textos en que él mismo busca encontrar un vértice entre los "rollos" y lo esencial.

El centro alrededor del cual giran todas nuestras afirmaciones es la convicción de que para García Márquez la realidad humana-histórica sólo es definible en relación a la solidaridad humana genérica. Ausente ésta del desarrollo histórico de América Latina, la novela que se lo puso por objeto debía ser, en lo esencial, una novela sobre la negación de esa solidaridad fundamental⁵. El desarrollo del

¹ "Yo estoy agradecido a los críticos por el trato que le han dado a mi novela. Pero hubiera preferido que me razonaran." *GGM habla de política*, entrevista a L. Azancot, *Índice*, Madrid 1968.

Todas nuestras citas relativas a entrevistas provienen de la magnífica colección: *GM habla de GM*, Bogotá 1979.

² *Estoy tan metido en la política que siento nostalgia de la literatura*, entrevista a J. Sarret, *El viejo topo*, Barcelona 1979, en: op. cit., p. 214.

³ Op. cit., loc. cit.

⁴ *Los manuscritos de Melquiades. "Cien años de soledad, burguesía latinoamericana y dialéctica de la reproducción ampliada de negación"*, Frankfurt, 1981.

⁵ "De *Cien años de soledad* se han escrito toneladas y toneladas de papeles. Se han dicho cosas tontas, cosas importantes, cosas trascendentales, pero nadie ha tocado el punto que a mí más me interesaba al escribir el libro, que es la idea de que la soledad es

movimiento negador, la dialéctica de su reproducción, se articula en una espiral creciente y destructora que deja ver —por ausencia— el fundamento que la sostiene y que ella termina por aniquilar⁶. El testigo vivo de esto es Melquíades, y es por ello que la comprensión de la historia de Macondo pasa inevitablemente por el desciframiento de ese su personaje histórico-trascendental y por la reflexión acerca de su evolución propia.

Lo propio de Melquíades es ser en el límite entre Macondo y lo que lo supera. Lo es ante todo como *gitano*, esto es, como momento integrante de un grupo humano que, al carecer de las limitantes propias a las sociedades cuyo centro es la propiedad, las clases y el estado, no sólo pasa por nuestra historia como un observador no alienado, libre y abierto, sino que —en tanto que tal— tiene sus raíces históricas en el más remoto origen de nuestra cultura⁷. A la vez fuera y dentro de Macondo está Melquíades también según su desarrollo mismo como personaje. Desde su llegada al caserío hasta el instante en que puede escribir los manuscritos, opera en él un proceso en el cual logra superar aquellos otros momentos de 'lo gitano' que impedían su acceso a la comprensión definitiva del desarrollo histórico de la ciudad: el exclusivismo, las jerarquías tribales y, por sobre todo, el temor a la muerte que revela una alienación respecto a la vida⁸. La transformación esencial se da tras su primera muerte, luego de su vuelta a la vida, en la reunificación que rescata la muerte para la vida (Melquíades volvió a la vida porque se aburrió en el reino de la muerte). La nueva perspectiva suya de la existencia, que para los gitanos es "superación de los límites del conocimiento humano", *hybris*, y por ello también causa de expulsión de la tribu⁹, significa para Melquíades al mismo tiempo su humanización radical, la posibilidad de compartir su nuevo destino con *todos* los hombres. En este contexto es que él pudo entonces curarles de la peste del olvido y lo que ella significaba¹⁰. Pero lo más relevante de su transformación radical, a nuestro juicio, en que al devenir macondiano Melquíades se transformó también en algo muy parecido a los niños (se bañaba, en cueros, con ellos en el río). Esto es, en alguien que podía unir lo trascendental con lo más simple y cotidiano en un acto a la vez espontáneo, libre y sabio. Este desarrollo subjetivo suyo se integra,

lo contrario de la solidaridad y que yo creo que es la esencia del libro. Eso explica la frustración de los Buendía, uno por uno, la frustración de su medio, frustración de Macondo. Y yo creo que aquí hay un concepto político: la soledad considerada como la negación de la solidaridad es un concepto político. Y es un concepto político importante. Y nadie lo ha visto o, por lo menos, nadie lo ha dicho. La frustración de los Buendía proviene de su soledad, o sea, de su falta de solidaridad, la frustración de Macondo viene de ahí, y la frustración de todo, de todo, de todo" (*Ahora 200 años de soledad*, entrevista a E. González Bermejo, *Triunfo*, Madrid, 1971, en: op. cit., p. 55).

Ver *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 11 y sigs.

⁶ *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 15 y sigs., 392-399.

⁷ *Ibid.*, pp. 40-51; 84 sigs.; 95 sigs.; 240; 399-400.

⁸ Sobre la actitud aterrada de los gitanos ante la muerte y sus implicancias, ver *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 84-85, nota 2.

⁹ Sobre el significado de la expulsión de una tribu gitana como maldición, op. cit., pp. 84-85, nota 2.

¹⁰ *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 68-84.

sin embargo, en el todo *chocando* con la germinal pero no por eso menos real constitución objetiva de Macondo en una sociedad de clases. Este doble hecho se articula, por una parte, en la convicción de José Arcadio de que su estirpe es eterna y por ello condición de posibilidad de toda la sociedad y, por otra parte en su choque irreductible con el saber "onírico" de Melquíades según el cual Macondo *debía* poder llegar a ser la ciudad transparente, sin estirpes, la ciudad solidaria¹¹. Es precisamente en esta confrontación esencial que se abre para Melquíades la posibilidad de comenzar sus manuscritos. Lo hace como un "niño" (o si se quiere, como un anciano que ha alcanzado la verdadera simplicidad), reuniendo en su escrito los significados esenciales (la lógica y la dirección general de destrucción de la base de esa sociedad) con lo trivial y más cotidiano (narra incluyendo hasta los menores detalles). Escribe, por tanto, como gitano (como un heredero de la más antigua y venerable tradición), pero a la vez en un lenguaje que ya no es sólo el de sus tribus¹², sino el que inaugura la cultura occidental (sánscrito), precisamente porque el proceso que él descifra es la concreción de una situación universal, la dominación del hombre por algunos otros hombres.

Contramovimiento a partir de la alienación y en dirección a la libertad en solidaridad, recuperación del verdadero origen posible, y proyección en sociedad propiamente humana, la realidad sólo es cognoscible y pensable en su variante humanizada, luego de un proceso cuyo término es la reunión armónica de lo trascendental y lo cotidiano, una transformación efectivamente humanizadora¹³.

Lo que este análisis pone en claro respecto a la figura de Melquíades, su contexto y su evolución, nos parece estar en la base de las reflexiones explícitas más decisivas de García Márquez sobre la realidad y sus vinculaciones en arte, sociedad y conciencia política, "el nivel más alto del sentido de la realidad"¹⁴.

Concebido como una figura paradigmática, Melquíades es, para García Márquez mismo, uno de los personajes "que menos se le parecen"¹⁵, pero es precisamente esa distancia lo que a la vez más lo acerca a una vida que quisiera reunir extremos: García Márquez tiene por "sueño dorado" el ser eterno y por su mayor desgracia "la

¹¹ El sueño de Melquíades: "Una noche creyó encontrar una predicción sobre el futuro de Macondo. Sería una ciudad luminosa, con grandes casas de vidrio, donde no quedaba ningún rastro de la estirpe de los Buendía". pp. 52-53.

La respuesta de J.A.B.: "«Es una equivocación», tronó (...) «No serán casas de vidrio sino de hielo, como yo lo soñé, y siempre habrá un Buendía, por los siglos de los siglos»", p. 53.

Cf. *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 77 sigs. Sobre la relación con la ciudad de cristal del Apocalipsis (La Jerusalén Celeste), cf. *ibid.*, p. 280, nota 1.

¹² Los gitanos hablan *romaní*, pero les está vedado escribirlo debido a que ello objetivaría el recuerdo de su origen "maldito" (hijos de Caín, descendientes de los sobrevivientes de Babilonia, etc.). Al respecto, *Los manuscritos de Melquíades*, loc. cit., con abundante bibliografía.

¹³ *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 27-28.

¹⁴ *El periodismo me dio conciencia política*, entrevista a L. Suárez, *La Calle*, Madrid 1978, en: op. cit., p. 200.

¹⁵ *El regreso a Macondo*, entrevista a J. Gossain, *El Espectador*, Bogotá, 1971, en: op. cit., p. 69.

sospecha íntima" de que no lo es, lamenta no haber sido "mago de feria" y no tener "el don de la adivinación", pero a la vez que todo esto, quisiera también —entre otras muchas cosas parecidas— que su muerte lo sorprendiese "en la cama y bien acompañado", su mayor indulgencia rige para los pecados "que se cometen de la cintura para abajo" y nunca ha perdido la esperanza de "escribir boleros"¹⁶.

Puesto en esta doble dirección, García Márquez concibe la realidad entonces como una dinámica en que lo esencial es el poder invertirse, revertirse y, en acto de permanente movimiento de identidad y diferencia, articularse en un todo verdadero: "En uno de sus cuentos de toreros, Hemingway describe un toro que embiste al capote, pasa de largo y luego se vuelve como un gato doblando una esquina. Sólo cuando leí eso caí en la cuenta de que muchas veces había visto un gato doblando una esquina, y sin embargo, nunca había notado que lo hace de un modo especial y diferente al de otros animales. Fíjate bien que el gato no se separa de la pared para doblar la esquina, sino que se desliza contra ella, de modo que hay un momento en que la cabeza está en una calle y la cola en la otra, porque tiene la espina dorsal doblada en ángulo recto. El toro en el ruedo hace lo mismo con una esquina imaginaria. Parece una tontería, pero esa sola frase de Hemingway me dio una óptica nueva para mirar el mundo"¹⁷. Por eso es que su ideal de novela es "una novela absolutamente libre, que no sólo inquiete por su contenido político y social, sino por su poder de penetración en la realidad; y mejor aún si es capaz de voltear la realidad al revés para mostrar cómo es del otro lado"¹⁸ y lo que hizo posible el surgimiento de *Cien años de soledad* fue precisamente "una ampliación" de su "concepto de la realidad"¹⁹. La dinamicidad que García Márquez piensa como lo esencial de lo real implica la superación de lo dado real que connotan "los mitos de la gente", sus creencias y sus leyendas²⁰. El *dorso* de la realidad es por tanto pensado como momento constituyente esencial, es una "para-realidad" que nada tiene de "metafísica, no obedece a supersticiones, ni a especulaciones imaginativas"²¹, es lo que aparece así sólo a las deficiencias o limitaciones de las investigaciones científicas e históricas y que sólo el cientifismo "cartesiano" o "estaliniano de todos los tiempos" quiere negar a priori²². Cuando afirma, por tanto, que "la realidad todavía puede conquistarle muchísimo terreno a lo que considera fantástico"²³, García Márquez no quiere hacer una apología de los derechos del

¹⁶ GGM se confiesa a Marcel Proust, entrevista a A. Zalamea, *Revista Hombre y Mundo*, México 1977, en: op. cit., pp. 156-157; *Es un crimen no tener participación política*, en *Triunfo*, Madrid, 1976, en: op. cit., p. 137.

¹⁷ *El encuentro de dos camaradas*, entrevista a P. A. Mendoza, *Triunfo*, Madrid, 1974, en: op. cit., p. 85.

¹⁸ *Conversaciones con GGM*, entrevista a A. Durán, *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, septiembre 1968, en: op. cit., p. 33.

¹⁹ *Ahora 200 años...*, en op. cit., p. 53.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Op. cit., pp. 53-54.

²² *Encuentro de dos camaradas*, en: op. cit., p. 87.

²³ *Estoy tan metido en la política...*, en: op. cit., p. 214.

espiritismo en la literatura y la vida cotidiana, sino reintroducir la imaginación (la verdadera dialéctica) en una vida que salió de ella para olvidarla, rescatar los derechos de la imaginación amenazados por lo estructurizable y sistematizado. La exigencia a incorporar lo 'desconocido' lo lleva a respetar el intento surrealista a la vez que a señalar sus límites²⁴. El correctivo esencial se lo entrega también su noción de realidad que exige, a la vez que la revertibilidad, también *con ella y en ella* la vuelta a significaciones objetivas: "Una vez que se rompen los cinturones de castidad racionalistas, inmediatamente viene algo que no puede ser la pura arbitrariedad, sino nuevas leyes; de lo contrario, vas y te pierdes, caes en la fantasía, en un irracionalismo total. Y tampoco se trata de eso, se trata de descifrar la realidad, no de introducir el caos en ella"²⁵. Lo "mágico" de la realidad es lo aún no incorporado a ella y por eso necesariamente incorporable. Dado su origen, su carácter de "mitos de la gente", la exigencia por tomarlos en cuenta viene a equivaler a una *radical democratización del saber*, sin la cual la democracia política no es más que un sinsentido. La realidad como ensamble de los actos humanos no puede, por otra parte, precisamente en cuanto *permanente transcendencia de sí misma*, ser entendida sino en relación —afirmativa o negativa— al fenómeno fundamental de la solidaridad humana genérica. Este carácter genérico suyo articula la cita sobre la función del concepto de solidaridad en *Cien años de soledad* con una reflexión sobre lo "nacional" de las obras: "En cualquier parte del mundo donde yo escriba una novela, es una novela colombiana. Pero todo lo que contribuya al progreso de Colombia, contribuye al de toda la humanidad"²⁶.

La 'política' recibe así entonces un carácter trascendental, pero a condición de que lo trascendental devenga acto singular, responsabilidad efectiva por todos: "El sentido de la solidaridad, que es lo mismo que los católicos llaman la Comunión de los Santos, tiene para mí una significación muy clara. Quiere decir que en cada uno de nuestros actos, cada uno de nosotros es responsable por toda la

²⁴ *La buena hora de GM*, entrevista a F. Urondo, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, enero 1971, en: op. cit., p. 74.

La Revolución cubana me libró de todos los honores detestables de este mundo, entrevista a M. Pereiro, *Bohemia*, La Habana 1979, en: op. cit., p. 207.

²⁵ *Estoy tan metido en la política...*, en: op. cit., p. 215.

Junto con exigir una relación esencial entre lo fabulado y lo objetivo, GM destaca la rigurosidad en la disposición de los elementos de la novela, "las leyes rígidas de la arbitrariedad" (*El viaje a la semilla*, entrevista a *El Manifiesto*, Bogotá 1977, en: op. cit., p. 164, y *La Revolución cubana me libró...*, en: op. cit., p. 207). El que la realidad incluya esencialmente su superación exige por otra parte una relación suya permanente con el 'misterio', y ello precisamente cuando éste es 'descifrado': "¡Qué va! El misterio es todavía mucho más profundo cuando el prestidigitador te dice: 'el huevo se saca de acá y lo que pasa es que yo lo tengo aquí amarrado con un hilo', y cuando te explica cómo es, resulta mucho más mágico que si fuera magia" (ibid., pp. 207-208). "Yo creo que esa famosa imaginación es una capacidad muy especial, o no especial, de reelaborar literariamente la realidad, pero la realidad" (ibid.). La relación al misterio no puede, por todo esto, ser reducción a lo "simbólico": "Yo estoy en contra de toda clase de símbolos, porque los símbolos no esclarecen, ocultan" (*Estoy tan metido en la política...*, en: op. cit., p. 215).

²⁶ *En carne viva*, entrevista a N. Preciado, *Madrid*, Madrid 1969, en: op. cit., p. 43.

humanidad. Cuando uno descubre eso, es porque su conciencia política ha llegado a su nivel más alto. Modestamente, ése es mi caso. Para mí no hay un solo acto de mi vida que no sea un acto político..."²⁷. Es entonces precisamente la convicción de que lo trascendental es rescatable *como tal* sólo en la trivialidad, lo que explica que, además de todo lo dicho, García Márquez piense *en serio* (esto es, contra la solemnidad estéril de los críticos) que *Cien años de soledad* "carece por completo de seriedad", sin renunciar por ello a poder decir que "toda buena novela es una adivinanza del mundo"²⁸.

La coincidencia dialéctica entre lo cotidiano y lo trascendental es, por lo tanto, el vértice de su concepto de la realidad y por ello piedra de escándalo para muchos: "Hay una cosa que sobre todo los europeos me reprochan: que no logro teoretizar nada de lo que he escrito, porque cada vez que hacen una pregunta tengo que contestarles con una anécdota o con un hecho que corresponde a la realidad. Es lo único que me permite sustentar lo que está escrito y sobre lo que me están preguntando..."²⁹. El desarrollo posterior, "ideológico" lo llama García Márquez, es ulterior precisamente en el sentido de que es sólo profundización, explicitación e interpretación de lo vivido³⁰. El desdoblamiento que él quiere introducir en la realidad apunta por tanto a un querer llevar la mirada de sus lectores a una dimensión que no contradice las "estructuras" de pensamiento y de la realidad, pero que sí dice relación *al fundamento que las sostiene y del cual ellas viven*. Es por eso que su permanente exigencia de trascender lo fácticamente dado va indisolublemente unida a su exigencia de libertad e imaginación. El "realismo" de García Márquez no quiere, por todo esto, ser "mágico", sino "realista", porque para él la reincorporación de lo no esquematizado en convención y su referencia a lo humano genérico permite *no* que el escritor hable "objetivamente" de una realidad también "objetiva", sino que alcance una perspectiva en la cual esa realidad hable por sí misma y se muestre como reunión de lo trascendental (lo verdaderamente serio) y lo trivial y anecdótico, mucho más allá del problema técnico de qué sea expresada por uno o más personajes: "Ya no me importa quien habla y quien no habla, me importa que se exprese la realidad ésa que está ahí"³¹. La aparente despersonalización no es pues entonces otra cosa que su contrario: en el esfuerzo por dejar a la realidad humana que se muestre como conjunción de trascendentalidad y anécdota, se da la posibilidad de que los hombres retornen a su búsqueda humanidad, a la simplicidad que sintetiza, a deponer su 'yo' construido y 'solemne' en beneficio de lo común y sencillo y *por eso* definitivo y grande.

²⁷ El periodismo me dio conciencia política, entrevista a L. Suárez, en: op. cit., p. 199.

Para las importantes coincidencias con Ernesto Cardenal, cf. nuestro artículo *Historia y transcendencia*, en ARAUCARIA N.º 15.

²⁸ Conversaciones con GGM, en: op. cit., p. 32.

²⁹ El viaje a la semilla, en: op. cit., p. 163.

³⁰ Loc. cit., p. 164.

³¹ Loc. cit., p. 162.

Es recién desde esta perspectiva general y abstracta que resulta posible entender el fundamento que mueve las reflexiones estéticas y políticas de García Márquez en su significación integral.

La libertad que él pone en el inicio y en la meta de toda obra de arte verdadera, esto es, el carácter abierto, imaginativo, permanentemente reversible que él le atribuye a la realidad, su "gitanismo", se refleja exactamente en la solución que él encuentra al problema de la relación entre la obra de arte y la lucha por el establecimiento de la solidaridad. Precisamente porque "toda obra de arte contribuye al progreso de la humanidad" es que, como la vida verdadera, la obra de arte no puede surgir de la imposición de normas formales objetivadas: "A los amigos que se sientan obligados de buena fe a señalarnos normas para escribir, quisiera hacerles ver que esas normas limitan la libertad de creación y que todo lo que limita la libertad de creación es reaccionario"³². Y tampoco son temas determinados desde fuera, lo que permite distinguir aquí lo bueno de lo malo. "Para que no haya equívocos, empecemos por el final. Yo creo que tarde o temprano el mundo será socialista, quiero que lo sea, y mientras más pronto, mejor. Pero también estoy convencido de que una de las cosas que pueden demorar el proceso es una mala literatura. Ahora bien, mis reservas personales sobre lo que se conoce como novela social, que es la nota más alta de la novela comprometida, se fundan en su carácter fragmentario, excluyente, maniqueísta, que condenan al lector a una visión parcial del mundo y de la vida..."³³. Paradojalmente resulta así que es precisamente esta novela parcialista, que quiere escribir para las mayorías tal como ella misma se las fantasea, la que ha perdido todo auditorio. Lo que las mayorías verdaderas piden y aceptan, es precisamente algo que no repita lo que se conocen desde toda la vida y su efectivo y real sufrimiento diario, una "novela que les revela algo nuevo"³⁴. Interpretación y desciframiento de una realidad que muta, que borra incansablemente sus límites y que se niega trascendiéndose, la verdadera literatura tiene así *de suyo* una función revolucionaria (esto es, de expansión de la solidaridad genérica) y por eso "el deber revolucionario del escritor es escribir bien"³⁵. No es ése precisamente el caso de las novelas de ocasión que, como las novelas sobre la "violencia", resultan ser sólo "testimonios inmediatos, tremendos, en general mal escritos, escritos apresuradamente, con muy poco valor literario"³⁶. El mismo superó la natural y comprensible tentación de escribir así, porque "lo que me importaba era la raíz de esa violencia, los móviles de esa violencia y, sobre todo, las consecuencias de esa violencia en los sobrevivientes"³⁷, y si esa superación tuvo que darse también como "un cambio oficial de lenguaje", ello tenía su base en que "se me abrió una idea más clara del concepto de realidad".

³² *Conversaciones con GGM*, en: op. cit., p. 33.

³³ *Ibíd.*

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ *Loc. cit.*, p. 33.

³⁶ *Ahora 200 años...*, en: op. cit., p. 53.

³⁷ *Ibíd.*

porque "la técnica y el lenguaje están determinados por el tema del libro" y, por último, debido a que con todo le advino una mayor "madurez política y me di cuenta que no era cierto que el tratamiento mítico fuera una evasión"³⁸. Sumidos en una comprensión de la realidad en la que ellos mismos son la medida de todas las cosas, pedantes y doctorales por tanto, algunos escritores se creen en situación de escribir "para botar gobiernos", y sin siquiera alcanzarlo han conseguido "lo que ningún escritor ni ningún político se pueden perdonar": perder su público³⁹. Sus propias incursiones en la literatura inmediatista fueron, en realidad "reportajes con un nivel literario" que "no conducían a ninguna parte" porque debían aparecer según fueran cambiando las situaciones.

Aparece así con toda claridad el sentido y el contexto en que debe entenderse la exigencia de García Márquez respecto a entender la realidad como lo *a voltear* para ser comprendido y que muestra su esencia en lo trivial. La unidad dinámica, complementaria, de ambas cosas *no* se da en la persecución oportunista (¡y a veces bien rentable!) de los acontecimientos del día, en escribir sobre las revoluciones según las vaya anunciando el periódico, sino en la referencia simultánea y profunda a lo permanente, lo humano general y completo ("mítico") y su cristalización en una forma cotidiana de la existencia.

Con todo esto, García Márquez consigue perfilar la naturaleza de la verdadera y no puramente fáctica temporalidad histórica humana, como también determinar la función que el arte puede tener en ella. La referencia a lo humano genérico y permanente condiciona también la temporalidad en la que se mueve la verdadera obra de arte, su trascendencia del tiempo inmediato: "Pero el fenómeno más fundamental, que más me halaga, y que me hace pensar que es un libro que tendrá larga vida, es que ya pasó de una generación a otra. Ahora lo están leyendo muchachos que tenían cinco o seis años cuando el libro salió. Quien me hizo caer en cuenta de esto fue Rossana Rossanda: en Italia, los contestatarios lo pusieron al margen de contestación. Contestaban todo lo de sus padres, todo lo del mundo anterior, pero leían *Cien años de soledad*"³⁸. Más allá del problema de la vigencia del tiempo en la obra, en el desarrollo de su trama⁴⁰ es precisamente por el hecho que la obra de arte tiene un horizonte y una medida temporal *distinto* al de los acontecimientos sociales externos que ella puede intervenir *a su modo* en las tareas fundamentales. "En cierto modo, toda gran literatura es subversiva, y lo que se está viendo ahora, con las sociedades nuevas, es que probablemente esa posición del escritor continúa. El escritor ha de empujar, ha de dinamizar"⁴¹, y ese carácter suyo que lo distingue bajo cualquier régimen político, le es tan propio como irrenunciable: "Si un escritor es bueno, no es

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ *Conversaciones con GGM*, en: op. cit., p. 33.

⁴⁰ Para la desarticulación del tiempo en *El otoño*, en: op. cit., p. 58; sobre el tiempo

⁴¹ *Cien años*, cf. *Los manuscritos de Melquíades*, pp. 248 sigs.

⁴¹ *Estoy tan metido en la política...*, en: op. cit., p. 213.

reaccionario. Borges será un reaccionario como hombre, pero como escritor está jodido porque la propia grandeza de su obra contribuye al progreso de la humanidad"⁴². Y como la realidad no puede ser ni parcialista, ni excluyente, ni fragmentaria, tampoco puede serlo su desciframiento en la obra de arte. La negación de la sociedad estructurada en sistema es odiosa en sí misma, pero su tratamiento en la obra de arte no puede recurrir a los mismos medios. Es así vgr. como *Cien años de soledad* no renuncia nunca al punto de vista humanista (García Márquez cuenta haber llorado dos horas tras haber "dado muerte" al coronel Aureliano)⁴³ y, al ser interrogado si en el fondo no compadecía al dictador del *Otoño*, contestó lapidariamente: "Yo no creo que se apresure la llegada del socialismo escribiendo con la rebuscada intención de convencer sobre lo indeseables que son los dictadores"⁴⁴. Unido sin fisuras a la lucha contra la injusticia y su imperialismo, García Márquez advierte que esa radicalidad, si quiere ser verdadera y verdaderamente efectiva, sólo puede provenir de algo mayor que lo que implica ser pura negación. La respuesta a la agresión se transforma con ello en un esfuerzo que vive de algo más que de ser pura respuesta, dejando así abierta la posibilidad de una superación real, puesto que no vive de lo negado, sino de la condición de su superación.

La virtualidad de la realidad "total" de poder y deber ser invertida y de ser conjunción de lo trascendental y lo trivial, condiciona también la concepción que García Márquez tiene de lo político propiamente tal. Pese a lo que han creído oportuno decir algunos críticos "izquierdistas", es claro que ya *Cien años de soledad* muestra toda esta fuerza revolucionaria. La alusión anterior a que su tema es la negación de la solidaridad y que su desarrollo no es otra cosa que el proceso de inhumanización creciente, equivale a la más radical denuncia de la situación general de América Latina, a la descalificación consecuente de la burguesía como alternativa histórica y —via negationis— a poner las bases espirituales y políticas para su superación integral. Lo allí elaborado encontró su complemento y continuación en *El Otoño*, es decir, en la tematización de la soledad (= negación de la solidaridad) del Poder. El exclusivismo de los Buendía, destinado por su irracionalidad a "no tener una segunda oportunidad sobre la tierra", no podía continuar fácticamente sino con la vigencia que puede tener la vida de un cadáver. "*El Otoño del Patriarca* es la continuación de *Cien años de soledad* (...) El tema es lo que hubiera hecho el coronel Aureliano Buendía si hubiera resultado un triunfador, o sea, uno de esos dictadores militares que padecemos en América Latina"⁴⁵. Su figura central es la de uno de esos dictadores latinoamericanos, "dictadores feudales y ganaderos, dicta-

⁴² Ibid., p. 218.

⁴³ *El viaje a la semilla*, en: op. cit., p. 165.

⁴⁴ *Escribir bien es un deber revolucionario*, entrevista a M. E. Gilio, *Triunfo*, Madrid 1977, en: op. cit., p. 144.

⁴⁵ *El novelista que quiso hacer cine*, entrevista a M. Torres, *Revista de cine cubano*. La Habana 1969, en: op. cit., p. 48.

dores agropecuarios"⁴⁶. En tanto que "reflexión sobre el problema del poder", es por tanto un complemento de *Cien años de soledad*⁴⁷ y por todo esto, además que historia de un *cadáver histórico*⁴⁸ constituye un análisis poético "del desastre del poder individual" y de su lectura debe surgir la convicción fundamental de que "si el poder individual no funciona, no quedará otra opción que la contraria: el poder colectivo real"⁴⁹. Ese 'poder colectivo real' debe ser la respuesta política a una realidad humana también *real*, porque "el problema del poder se plantea en la casa, en el trabajo, en un taxi, en todas partes"⁵⁰ y debe, en su estructuración, corresponder a la natural tendencia humana de ser *feliz*. Revolución y felicidad devienen, de este modo, dos aspectos de una y sola realidad: "La imagen que yo tengo de la revolución es la de la búsqueda de la felicidad individual a través de la felicidad colectiva, que es la única forma decente de felicidad"⁵¹.

Ubicado por tanto más allá de todo esquema maniqueísta, García Márquez obtiene de su concepto de realidad también un criterio para evaluar las formas en que se institucionaliza 'el poder colectivo real'. Lo 'real' que debe tener ese 'poder colectivo', a constituir, y lo colectivamente real que él exige para ser 'decente', no puede ser otra cosa que la realización de la imaginación, la libertad, la apertura en un sistema que debe poder y querer medirse a sí mismo en la capacidad suya de hacer sencillamente felices a quienes componen esa sociedad. Las caras, los gestos, las actitudes y los ademanes de los hombres (en la casa, en el trabajo, en el taxi) devienen así criterios reales para medir la efectividad del sistema en que se ha articulado, eventualmente, la solidaridad en acto.

⁴⁶ *Ahora 200 años...*, en: op. cit., p. 57.

⁴⁷ *La imaginación al poder en Macondo*, entrevista a E. González Bermejo, *Crisis*, B. Aires 1975, en: op. cit., p. 112.

⁴⁸ *Es un crimen no tener participación...*, en: op. cit., p. 135. "Más que hombres políticos, los que vuelven son momias" (*Poco café y mucha política*, entrevista a M. Osorio, *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid 1978, en: op. cit., p. 180).

⁴⁹ *El viaje a la semilla*, en: op. cit., p. 162.

⁵⁰ *La imaginación...*, en: op. cit., p. 113. Respondiendo a una crítica de "izquierda" sobre la ausencia del pueblo en la lucha contra el dictador del *Otoño*, responde GM con una reflexión que también sale al encuentro de críticas semejantes contra *Cien años*: "Claro, no se ve porque, en este caso, la verdad literaria coincide con la verdad histórica de que no siempre los pueblos de América Latina lucharon contra todos los dictadores. Ha habido largos periodos de pasividad de las masas, ya sea como resultado de un engaño continuado o de una represión feroz. No hay que olvidar, además, que los dictadores feudales de América Latina formaban su propia clase en el poder, creaban su propio sustento social a base de corrupción y privilegios. Resulta difícil desde el punto de vista de la lucha de clases si no se toma en cuenta esa verdad. Tampoco hay que olvidar que en muchos casos el pueblo no sufrió la represión directa del dictador, pues ésta se ejercía solamente contra las minorías activistas, contra los dirigentes políticos de oposición, contra los estudiantes, y no contra las masas, cuyo escaso nivel cultural y político —producto de la propia dictadura— los llevó en muchos casos, inclusive, a mitificar al dictador. Cualquier crítica que no tome en cuenta estos factores corre el riesgo de ser, por lo menos, dogmática". (*Es un crimen no tener participación...*, en: op. cit., pp. 138-139.)

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*, en: op. cit., p. 117.

No sólo se impone para García Márquez la necesidad de adaptar el marxismo creadoramente a las condiciones de América Latina⁵², sino la de exigir la correspondencia entre las instituciones y lo dinámico de la realidad. Porque la realidad no debe ser imaginaria, sino imaginativa, es que a García Márquez lo que más le importa de la revolución cubana es "que haga su socialismo tomando en cuenta sus propias condiciones, un socialismo que se parezca a Cuba y nada más que a Cuba: humano, imaginativo, alegre, sin óxido burocrático"⁵³. Convertido con el tiempo en "un comunista que no encuentra donde sentarse" debido a algunas diferencias transitorias y secundarias, acepta su condición de "franco-tirador desperdigado e inofensivo", pero asumiendo a la vez su función solidaria sin restricciones⁵⁴. La institución que debe ser un partido revolucionario incluye, por todo lo dicho, que deba ser "juvenil e imaginativo, de una gran claridad doctrinaria, con una política nacional propia que se sustente en la realidad, con un estupendo espíritu de sacrificio y una decisión revolucionaria que no puede fallar". Sus militantes deben saber "que la seriedad política no es incompatible con los bailes modernos, con las películas de vaqueros y con el sentido del humor, y no les da vergüenza enamorarse"⁵⁵. Es precisamente en este contexto que García Márquez entiende su propia solidaridad para con la causa de la liberación. Porque ella quiere vivir de algo que trasciende las circunstancias fácticas, sus instituciones y sus actos, se hace necesaria la crítica real y sin tapujos, a la vez que el hacerla de modo que ella sea recibida efectivamente y sirva para algo. A diferencia de lo que creen poder decir quienes sólo llegan a ser 'personas gratas' para sí mismos, García Márquez no sólo no calla sus críticas, sino que incluso las ha hecho muchas veces públicas cuando la situación lo exige⁵⁶. En lo que sí, y más allá del terreno de las opiniones, resulta ser irreductible, es en lo que concierne a lo permanente de las actitudes: "En todo caso pueden estar seguros de que nunca me embarcaré en una empresa contra el Partido Comunista, ni contra la Unión Soviética, ni contra China, ni contra Cuba, ni contra ningún partido ni agrupación de izquierda de ninguna parte del mundo"⁵⁷. Dura y justa es entonces su crítica a quienes no saben crear las condiciones de la unidad precisamente cuando las clases dirigentes latinoamericanas y sus sujetos reales se componen para unirse tras intereses tan mezquinos como inhumanos⁵⁸.

Justa es esa crítica porque lo que esté en juego es lo más definitivo.

⁵² *Poco café y mucha política*, en: op. cit., p. 183.

⁵³ *Ahora 200 años...*, en: op. cit., p. 63.

⁵⁴ *El encuentro de dos camaradas*, en: op. cit., p. 89.

⁵⁵ *Ibid.*, en: op. cit., p. 89.

⁵⁶ Ver vgr. *Ahora 200 años...*, en: op. cit., pp. 62-63. *GGM y los presos políticos cubanos*, entrevista a R. Chao, *Triunfo*, Madrid, 1978, en: op. cit., pp. 174-177. *GGM habla sobre Cuba*, entrevista a V. Romero, *Pueblo*, Madrid 1977, en: op. cit., pp. 147-149. *Estoy tan metido en la política...*, en: op. cit., p. 212. *En Moscú con el traductor de Cien años de soledad*, A. Rentería Mansilla, Moscú 1979, en: op. cit., p. 128.

⁵⁷ *Estoy comprometido hasta el tuétano con el periodismo político*, entrevista a E. Santos Calderón, J. Restrepo, *Alternativa*, Bogotá 1975, en: op. cit., p. 107.

⁵⁸ *Ibid.*, en: op. cit., p. 107.

la capacidad de crear la solidaridad entre aquellos que dicen quererla para el conjunto de la sociedad. Dura porque su negación implica la ineficacia ante una tragedia que exige solución urgente, la incapacidad de incorporar imaginación y seriedad a una lucha que sólo puede alcanzar sus metas en la medida que ella misma es *otra cosa* que lo que la puso de pie.

* * *

Al final de nuestro intento de reunir las reflexiones de García Márquez en torno a un concepto de la realidad que tiene por centro la solidaridad, quisiéramos entender nuestro "rollo" como parte de un homenaje, pero como uno que sólo lo sea en tanto incluye un agradecimiento. Con más de una duda respecto a haber conseguido decir algo relevante, estamos en cambio absolutamente seguros que la mejor y más explícita formulación de un agradecimiento la ha encontrado su hijo menor, Gonzalo, al explicar lo que para él significa la actitud permanente de su padre. A ello quisiéramos, ampliando el contexto, sumarnos:

"¡Es que no sabes! Es un amigo, un compañero que tenemos dentro de la casa, y que las cosas más serias de la vida nos las suelta envueltas y acompañadas de tres o cuatro chistes."⁵⁹

⁵⁹ *Es un crimen no tener participación...* en: op. cit., p. 134.

4

El tiempo del mar perdido

FERNANDO MORENO TURNER

En medio de la heterogénea, pero también sistemática descripción con que se inicia *El otoño del patriarca*¹, surge un elemento que, enigmático en un comienzo ("... los rosales nevados de *polvo lunar*...", p. 6), encuentra una explicación —todavía limitada— líneas más adelante: "... y más allá de la ciudad, hasta el horizonte, vimos los cráteres muertos de ásperas *cenizas de luna de la llanura sin término donde había estado el mar*" (p. 7). Por lo demás, esta aclaración había sido antecedida por una primera referencia a la desaparición del mar: "... la máquina del viento [...] para que la gente de la casa soportara la *nostalgia del mar que se fue*" (id.).

¹ Gabriel García Márquez: *El otoño del patriarca*. Plaza & Janés, S. A. Editores, Barcelona, 1975, 271 pp. Todas las citas remiten a esta edición. En el texto nos limitamos a indicar la(s) página(s) correspondiente(s). Los subrayados son nuestros.

Tales evocaciones del mar perdido, así como la alusión al "polvo lunar" que puede verse en el lugar antes ocupado por las aguas, serán reiteradas —por distintos narradores— a lo largo del texto², y constituyen, por un lado, una anticipación de la situación narrativa que será desarrollada mucho más tarde (p. 247)³ y, por otro, un factor de cohesión interna, una articulación necesaria debido, fundamentalmente, a la complejidad del mundo mentado y a su particular temporalidad.

No son éstas, sin embargo, las únicas funciones que cumplen dichas recurrencias. Una vez conocida la totalidad de la historia se advierte plenamente el carácter multifacético de este elemento. La pérdida del mar aparece entonces como un núcleo que afecta al conjunto de la acción y de sus circunstancias, como uno de los mecanismos sustentadores del universo simbólico representado.

Antes de detenernos en el examen de algunas de las múltiples incidencias significativas de la pérdida del mar, conviene señalar también que, a su vez y desde el punto de vista de las motivaciones del personaje central y de su entorno, la presencia del mar, su existencia, posee una fuerza y una importancia singulares. En efecto, no podemos olvidar que, de acuerdo con lo expresado por el dictador, la obsesión por el mar es una de las causas esenciales de su viaje desde las tierras del interior hacia la costa y es, además, el impulso primordial que lo conduce a la toma del poder:

"... yo que abandoné mis páramos de niebla y me enrolé agonizando de calenturas en el tumulto de la guerra federal, y no crea usted que lo hice por el patriotismo que dice el diccionario, ni por espíritu de aventura, ni menos porque me importaran un carajo los principios federalistas que Dios tenga en su santo reino, no mi querido Wilson, *todo eso lo hice por conocer el mar...*" (p. 201).

Una vez dueño del país, el patriarca mantiene con el mar una relación privilegiada, un contacto que reviste distintas formas y matices. Desde la casa de los dictadores derrocados o desde las ventanas de la casa del poder, el patriarca observa incansablemente un mar sosegado, límpido, envolvente, vivificante. Un mar que forma parte de ese "mundo del Caribe" que en el mes de diciembre "se volvía de vidrio" (p. 20) y permitía ver "el universo completo de las Antillas desde Barbados hasta Veracruz" (p. 44). Es una "ciénaga dorada" en abril (p. 70) y una "ciénaga florida" en enero (p. 216). Vasto e inmutable, el mar omnipresente irrumpe en el palacio presidencial, no sólo gracias a la presencia de la brisa, sino también mediante su representación en los sueños del dictador: "... y desbordaba la faz de la tierra, y el espacio y el tiempo, y sólo quedaba él

² Por ejemplo, en las páginas 9, 11, 50, 90, 130, 175, 187, 202, 214, 221, 234.

³ De hecho, todo el texto de la novela está construido sobre la base de anticipaciones —relativas, por cierto—: todo ya ha sucedido y el narrador irá completando poco a poco las diversas situaciones que en un primer momento sólo se limita a mencionar sin mayores comentarios.

solo flotando bocabajo en el agua lunar de sus sueños de *ahogado solitario...*" (p. 13)⁴.

De ahí que cuando el país ya no puede hacer frente a las exigencias de sus poderosos acreedores, el dictador se resista a entregar lo que ha llegado a ser el único bien de la nación. Pero finalmente debe ceder, amenazado por la intervención directa y la ocupación ("... o vienen los infantes o nos llevamos el mar", p. 247), consumándose así su entrega. De ahí también que, posteriormente, el patriarca esté convencido de que en su cuerpo "ensopado en una materia incesante y salobre" (p. 257) y cubierto en algunas de sus partes por "pólipos y crustáceos microscópicos" (p. 258) se evidencia el regreso del mar.

Es lícito entonces preguntarnos por el sentido que puede tener este episodio de la pérdida, de la entrega del mar. Una situación que, como tantas otras, ya había sido adelantada mucho antes de que conociésemos todas sus causas: "... se pensaba que era un hombre de los páramos [...] por la inconcebible maldad del corazón con que le vendió el mar a un poder extranjero..." (p. 50).

Ya hemos indicado que el episodio admite múltiples interpretaciones. La que mencionaremos en primer lugar proviene de las declaraciones hechas por el propio escritor. En efecto, en distintas oportunidades, García Márquez ha insistido en la función preponderante que los datos anecdóticos, los elementos familiares y otros, adquieren en la configuración de su mundo narrativo⁵. Y con respecto a *El otoño del patriarca* ha declarado que no se trata solamente de una fábula delirante sobre el dictador latinoamericano, sino que, además, el texto forma parte de sus memorias personales: "*Cent ans de solitude* était écrit à partir des expériences de mes parents et grands parents, des gens que j'avais connus enfant, des choses qu'on m'avait racontées, des légendes et croyances populaires. En revanche, *L'Automne du patriarche* est un roman fondé totalement sur mes expériences personnelles. Mais chiffrées. Si vous voulez, c'est une partie de mes Mémoires"⁶.

Y en otra ocasión, con respecto a la pérdida del mar, el escritor indica que "... probablemente todo este episodio del dictador que vende el mar y del dictador que se queda perdido por la falta del mar, corresponde un poco a la historia de la cual hablábamos hace un momento, del muchacho de Aracataca, del muchacho de Barranquilla que a los doce años llega a la ciudad más extraña y más remota que recuerda, que es una ciudad gris, una ciudad cenicienta, una ciudad fría, con tranvías que echan chispas en las esquinas, con hombres vestidos de negro, con calles totalmente llenas de muchedumbre, donde no hay una sola mujer y, sobre todo, donde no hay mar. Yo

⁴ Otras alusiones a sus sueños de ahogado solitario encontramos en las páginas 191 y 253.

⁵ Recordemos su afirmación: "Yo no podría escribir una historia que no sea basada exclusivamente en experiencias personales". Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa: *La novela en América Latina: diálogo*. Milla Batres, Ediciones UNI, Lima, 1968, pp. 9-10.

⁶ "A Bogotá, chez García Márquez" (entrevista de Claude Couffon). *L'Express*, N.º 1.332, 17-23 janvier 1977, p. 118.

tengo la impresión de que esa es probablemente una interpretación mucho más correcta de todo el episodio del dictador que vende el mar"⁷.

Es indudable que dichas aclaraciones constituyen un elemento de gran interés para entender esta situación narrativa particular, y la novela en su totalidad, desde una perspectiva que podríamos denominar personalizada o biográfica. Permiten explicar la presencia obsesiva de temas y motivos, y su funcionamiento con respecto a la vinculación que puede establecerse entre el mundo mentado, por una parte, y el mundo vivido, por otra. Sin embargo, también es evidente que esta explicación difícilmente puede inferirse de la mecánica interna del texto si desconocemos los pormenores biográficos del escritor. De ahí que, sin olvidar esta primera aproximación, creamos necesario buscar otras significaciones que emerjan, esta vez, de la articulación y cohesión de los distintos factores constitutivos del universo inaugurado por el texto. Por lo demás, otras palabras de García Márquez autorizan esta exigencia: "Las novelas son como los sueños [...] Como los sueños están construidas con fragmentos de la realidad, pero terminan por constituir una realidad nueva y distinta"⁸. Una realidad nueva, agregamos, en la que se expresa una cierta actitud frente al mundo. Y en cuanto obra literaria, *El otoño del patriarca* es una producción que viene al mundo para hablarnos del mundo, de nuestro mundo, de sus angustias y esperanzas, de sus sueños y de sus pesadillas. Y basándonos en los datos entregados por el propio texto intentaremos encontrar y elucidar ese mensaje.

Es indudable que la anécdota de *El otoño del patriarca* se nutre de la historia. En su universo narrativo podemos rastrear la presencia de situaciones y personajes que han marcado la evolución histórica de América Latina. Baste recordar que en ese extraño y extraordinario mundo del patriarca se menciona la llegada de las tres carabelas y del "almirante de la mar oceana", o la visita del poeta Rubén Darío y la presencia de los dictadores en exilio y de los infantes de marina para que tengamos la certeza de la presencia de la Historia. Y es en este contexto que se sitúa el episodio de la venta del mar.

En efecto, constantemente la novela hará alusión a una serie de factores que caracterizarán el reino del patriarca como un país subdesarrollado y dependiente. Aunque a veces desdibujado por los

⁷ "Gabo cuenta la novela de su vida" (6). Reportaje de Germán Castro Acevedo. *El espectador*, 21 de marzo de 1977, p. 5-A. En esta misma oportunidad, García Márquez agrega: "Porque además tengo otra impresión, que es la gran trampa en la que pueden caer, no sólo los críticos sino los lectores, es creer que *El otoño del patriarca* es la novela de un dictador. Si alguien tiene la curiosidad de leerlo con otra clave, es decir, en vez de pensar en un dictador, pensar en un dictador famoso, probablemente el libro resulte mucho más comprensible". En otra entrevista, el escritor insiste en esta idea: "De todas maneras hay un personaje básico en el dictador, no hay una excepción, el básico soy yo mismo, su propio autor. Pero el dictador a quien más se parece es Juan Vicente Gómez". Gabriel García Márquez: "... Mucho de lo que he contado es la primera vez que lo digo..." (Entrevista.) *América Latina*, N.º 1 (25), Moscú, 1980, p. 96.

⁸ Rosa Castro: "Con Gabriel García Márquez". En Pedro Simón Martínez (comp.), *Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez*. Casa de las Américas, La Habana, 1969, p. 33.

múltiples acontecimientos y la intrincada red verbal, el texto va trazando el retrato de un país agrario, de una nación que es una fuente casi inagotable de riquezas naturales, pero que poco a poco va siendo despojada de ellas:

"... estamos en los puros cueros mi general, habíamos agotado nuestros últimos recursos, desangrados por la necesidad secular de aceptar empréstitos para pagar los servicios de la deuda externa desde las guerras de la independencia y luego otros empréstitos para pagar los intereses de los servicios atrasados, siempre a cambio de algo mi general, primero el monopolio de la quina y el tabaco para los ingleses, después el monopolio del caucho y el cacao para los holandeses, después la concesión del ferrocarril de los páramos y la navegación fluvial para los alemanes y todo para los gringos..." (p. 224).

Se trata de una dependencia política (el dictador "está en el trono [porque] lo sentaron los ingleses y lo sostuvieron los gringos con el par de cojones de su acorazado", p. 29) y económica que va más allá de la mera concesión o venta de las fuentes indispensables para el desarrollo, puesto que las grandes potencias no vacilan en pasar a la acción directa si el deudor no puede o no quiere cumplir los compromisos contraídos con las compañías extranjeras, sin olvidar, por cierto, las intervenciones realizadas con el acuerdo y bajo la petición del propio gobernante (cf., por ejemplo, pp. 117, 225).

Fuente de degradación y de despojo, el saqueo alcanza las características de un monstruo insaciable. Su labor invasora y destructora finalizará sólo cuando haya terminado la operación de entrega completa de los recursos nacionales: se concede al embajador Warren el "derecho de pesca sin límites de las naves de su país en nuestras aguas territoriales" (p. 109), y al embajador Traxler el "derecho de la explotación vitalicia de nuestro subsuelo" (p. 225).

Las citas anteriores resumen de manera adecuada, en lo fundamental, lo que ha sido la historia de América Latina. Una historia de continuo despojo, la paradójica situación de las naciones subdesarrolladas que son también exportadoras de capital. De este modo, así como resulta difícil establecer una relación precisa entre la figura del patriarca y la de un dictador "real" —pues en verdad contiene a muchos de ellos— así también el saqueo presentado en la novela no alude directamente a la situación de un país determinado, sino a un conjunto de ellos. Azúcar, caucho, cacao, algodón, café, plátanos, salitre, cobre, estaño, hierro, petróleo, son riquezas que han pasado a manos de las potencias y las compañías extranjeras, constituyen el aporte impago de la tierra latinoamericana al poderío económico extranjero⁹.

⁹ Sobre estos aspectos pueden consultarse, por ejemplo, Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI Editores, Madrid, 14.^a edición, 1976; Helio Jaguaribe et al.: *La dependencia política económica de América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1969; Sergio de la Peña: *El antidesarrollo de América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1971; Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

Y la venta del mar constituye el último eslabón de la continua y constante cadena de expoliación: "... este país no vale un rábano, a excepción del mar, por supuesto, que era diáfano y succulento...", dice el embajador Roxbury (p. 242). Para mantenerse en el poder y evitar una nueva intervención extranjera el patriarca concede entonces "el derecho de disfrutar de nuestros mares territoriales en la forma en que lo consideren conveniente a los intereses de la humanidad y la paz entre los pueblos..." (p. 249). La situación es ahora tan trágica como irreversible. Ya no se trata tan sólo de disponer del mar, sino también de su conversión en un objeto de consumo y, por ende, de la apropiación y del traslado de ese objeto hacia los territorios del nuevo propietario:

"...se lo llevaron en piezas numeradas los ingenieros náuticos del embajador Edwing para sembrarlo lejos de los huracanes en las auroras de sangre de Arizona, se lo llevaron con todo lo que tenía dentro, mi general, con el reflejo de nuestras ciudades, nuestros ahogados tímidos, nuestros dragones dementes..." (p. 248).

"...pero nunca me pude imaginar que eran capaces de hacer lo que hicieron de llevarse con gigantescas dragas de succión las esclusas numeradas de mi viejo mar de ajedrez [...] se llevaron todo [...] y sólo dejaron la llanura desierta de áspero polvo lunar..." (p. 249).

Es obvio que un acontecimiento de esta naturaleza aparece, en sentido literal y como tantos otros hechos en la novela como algo inverosímil e increíble. Dejando de lado el hecho de que en esta descripción aparezcan los rasgos característicos de las posibilidades modernas de la técnica, este suceso sorprendente adquiere sentido funcional dentro de los límites de la imaginación poética hiperbólica predominante en el texto. Pero también es cierto que si se intenta interpretar la imagen, vinculándola con el contexto de la dependencia al que hemos aludido, surgen una serie de analogías y significaciones.

Hay varios trabajos críticos que, desde este punto de vista, presentan una interpretación del episodio de la venta del mar. Así, para Graciela Palau se trata de una versión alegorizada de ciertas situaciones ocurridas realmente en la República Dominicana; se estaría aludiendo en el texto a las maquinaciones de los caudillos dominicanos Pedro Santana y Buenaventura Báez que estaban dispuestos a vender el país al mejor postor: "Santana anexa la República a España; Báez negocia un empréstito de banqueros ingleses en 1869; la bahía de Samaná, al noroeste de la isla, en el Atlántico, se convierte en botín. Durante su gobierno provisional (1866), el general Cabral propone compartir con los Estados Unidos la soberanía de las aguas de la bahía a cambio de su defensa. Báez propone después la anexión del país entero para salvarse de la ruina"¹⁰. Más tarde, bajo el gobierno de Ulises Hereux, la bahía y la península de Samaná siguen siendo el botín con que se tienta a las potencias extranjeras. Sabemos

¹⁰ Graciela Palau de Nemes: "Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*" *Hispanérica*, N.º 11-12, Año IV, 1975, p. 178.

además, que posteriormente los infantes de marina estadounidenses ocuparán el país y que luego se iniciará la conocida "era de Trujillo".

Por su parte, Gonzalo Celorio propone otra versión de la pérdida del mar. Dice este estudioso que "...no es sólo una imagen hiperbólica, sino también, y más que nada, una alegoría: su vínculo con la realidad latinoamericana es dramáticamente estrecho. Es el caso, huelga decirlo, de Bolivia, que habiendo tenido acceso al mar se ve de pronto despojada de su presencia física —no sólo económica— al replegar sus fronteras por conflictos internacionales en los que no dejó de meter primero sus narices y luego el cuerpo entero el imperialismo norteamericano"¹¹.

El investigador Manuel Maldonado Denis entrega, a su vez, un sentido distinto. Indica en su estudio sobre *El otoño del patriarca* que para los portorriqueños la descripción de ese despojo de las riquezas marinas no puede provocar una sorpresa demasiado grande y que la desproporción y la hipérbole resultan finalmente atenuadas porque se trata de un suceso que todos sus compatriotas conocen. Y se pregunta: "¿No era acaso eso mismo lo que se pretendía hacer con la construcción de un superpuerto en nuestras aguas territoriales? De otra parte, si el mar es contaminado, minado y despojado de toda riqueza mineral, vegetal y animal, si éste no nos pertenece, sino que forma parte de las aguas territoriales de la metrópoli, ¿no es acaso la entrega del mar?"¹².

Todas estas opiniones nos parecen válidas y coherentes. Y no porque queramos adoptar una posición difusamente ecléctica, sino porque del mismo modo como el despojo de las riquezas básicas que nos presenta el texto puede ser resentido por un número considerable de naciones, este episodio de la venta del mar puede ser comprendido desde distintos puntos de vista si se toman en cuenta las realidades semejantes que han marcado la Historia latinoamericana. Por esto creemos que la alegoría no puede ser exclusiva, sino que, desgraciadamente la realidad lo comprueba, ésta incluye al mismo tiempo todas aquellas situaciones en que diferentes países se han visto despojados del mar. Hasta tal punto que incluso podríamos incorporar a este conjunto de interpretaciones lo sucedido en Panamá. Recordemos que en la zona que por entonces pertenecía a Colombia se planeó construir un canal interoceánico. Las malas gestiones y los escándalos políticos condujeron al desastre a la compañía encargada de su realización. Los Estados Unidos se convierten en compradores de la concesión y de las maquinarias, pero Colombia se niega a ratificar un tratado que estipulaba el arriendo —la entrega— de una franja territorial. Un alzamiento —dirigido y fomentado por agentes de la compañía— proclama la República Independiente de Panamá y el 18 de noviembre de 1903 se firmaba un acuerdo: "A cambio de la concesión perpetua de una zona de diez millas entre la capital de la

¹¹ Gonzalo Celorio: *El surrealismo y lo real maravilloso americano*. Editorial Sep. Setentas, México, 1976, pp. 140-141.

¹² Manuel Maldonado Denis: "La violencia del subdesarrollo y el subdesarrollo de la violencia. Un análisis de *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez". *Casa de las Américas*, Año XVI, N.º 98, La Habana, septiembre-octubre 1976, p. 29.

nación y su principal puerto atlántico, Estados Unidos concedía a Panamá un subsidio anual y "garantizaba su independencia"¹³. Esta podría ser también otra variante, desde la perspectiva adoptada, del episodio de la venta del mar.

Pero pensamos que el plano interpretativo puede ser ampliado todavía más. Si consideramos que el mar aparece como un leit motiv a lo largo de la intriga evocada por el texto, que se convierte en una de las preocupaciones obsesivas del patriarca, si tomamos en cuenta la nostalgia y la impotencia desgarrada expresada por los narradores que evocan ese mar (p. 50, por ejemplo), no nos parece absurdo proponer que éste adquiere no sólo un carácter globalizador y representativo de todas las riquezas naturales del país, sino que también contiene los rasgos definitorios de una identidad y de un origen, los aspectos típicos de lo fundamental, de lo propio y peculiar. De este modo, la venta del mar podría significar la pérdida del origen y de la identidad, correspondería a la situación de alienación, a la situación que conocen los países latinoamericanos que no han perdido solamente sus riquezas básicas, sino que, además —y por causa de lo anterior— su independencia y autonomía, en la medida en que estos factores son la expresión de la potestad legítima e inalienable para decidir sobre sus propios destinos.

Sin embargo, aunque aceptamos plenamente el carácter sincrético de esta obra de García Márquez, aunque vemos en este episodio de la pérdida del mar una suerte de compendio de los despojos de los que han sido objeto los países latinoamericanos (así como el texto en su integridad puede ser considerado un compendio poético de la Historia latinoamericana y de sus dictaduras), creemos que la correlación histórica no lo explica todo y que resulta necesario integrar todos los elementos dentro de otro sistema que pueda englobar un mayor conjunto de posibilidades significativas. Es así como la especial configuración del personaje, de su tiempo y de su mundo, e incluso la presencia de una serie de indicios de distinta índole, nos pueden conducir a la detección de otro nivel de intelección estética: el que se refiere al universo del mito. De este modo, intentaremos, brevemente, incluir algunos aspectos vinculados con la pérdida del mar dentro de un marco de naturaleza distinta pero que, sin embargo, no se aleja de la Historia, sino que la configura y la integra. En diversos niveles, a veces en estrecha conexión con la Historia, el Mito, que funde y confunde aspectos de diverso origen y factura, caracteriza al personaje y a su entorno.

Ya hemos indicado que en el interior de las situaciones narrativas textuales aparecen una serie de sucesos que pueden equivaler a acontecimientos verificados en la Historia de Latinoamérica. Pero estos elementos aparecen diseminados e inmersos dentro de un conglomerado de anécdotas íntimas, familiares y sociales del universo del patriarca, un universo cuya historia, como sabemos, está regida por eras (la del cometa, por ejemplo). Además, los episodios "históricos" no siguen una progresión temporal, sino que se presentan de acuerdo

¹³ Tulio Halperin Donghi, *Op. cit.*, p. 291.

con las coordenadas fundamentales que corresponden a la expresión de un tiempo donde todo coexiste, de un tiempo detenido, que es el tiempo del Mito. Por otro lado sabemos que el país del patriarca, hecho a su imagen y semejanza, aunque presenta aspectos reconocibles de distintos espacios concretos, no puede ser identificado con algún país en particular. También sabemos que posee una ubicación privilegiada que lo convierte en una suerte de *axis mundi*. Situado en algún lugar del Caribe y las Antillas, es para América Latina un lugar de origen y génesis, pues allí comenzó su irrupción en la Historia con respecto al resto del mundo. Tierra de utopía, antes imaginada que conocida, América Latina se "funda" un viernes de octubre: el texto sitúa el país del patriarca en el lugar de esa fundación. El mito no es otra cosa que el relato de la fundación y los orígenes.

En relación con el patriarca, podemos decir que su figura está construida con una serie de características que permiten relacionarla con un grupo de dictadores que ha conocido el continente y que podrían haber servido de "modelo" para la realización literaria¹⁴. Pero también advertimos que el personaje aparece asociado con una serie de creencias, leyendas y supersticiones (pp. 49, 129, 169, por ejemplo). Es un hombre mesiánico, capaz de hacer milagros (pp. 51, 90, 104, 247), omnipresente e indispensable (pp. 158, 184, 199, 233), una suerte de arquetipo en el que parecen converger las tendencias y demandas espirituales de la colectividad, y que conoce los períodos cíclicos de renovación; es también un personaje mítico¹⁵.

Y la presencia y la pérdida del mar funciona en el interior de esta zona de confluencia y de interrelación entre el Mito y la Historia que se verifica en los distintos niveles textuales. Constituye, en primer lugar, la meta que nuestro héroe debe alcanzar luego del penoso itinerario, del viaje de iniciación que supone su periplo del interior hacia la costa. Pero como el dictador es más bien una suerte de antihéroe mítico, una vez alcanzado su objetivo no realizará una labor civilizadora, sino destructora. Una tarea de destrucción sistemática que culmina con la pérdida del mar, hecho que, además de las connotaciones históricas ya mencionadas, participa de la simbolización del Mito. En efecto, si para la imaginación mítica el agua, el mar, es símbolo de muerte y de vida, de disolución y de retorno a lo inorgánico, es efectivo además que, según nos informa Northrop

¹⁴ Sobre este aspecto, véase Angel Rama: "Un patriarca en la remozada galería de dictadores". *Eco*, N.º 178, Bogotá, agosto 1975, pp. 408-443; Laura Restrepo: "El otoño del patriarca. La historia reflejada en el espejo cóncavo". *Literatura y Sociedad*, N.º 17, 1975, pp. 58-66; Ernesto Volkening: "El patriarca no tiene quien lo mate", *Eco*, N.º 178, Bogotá, agosto 1975, pp. 337-387, entre otros.

¹⁵ La caracterización del mito y del personaje mítico ha sido abordada desde diversos puntos de vista, por ejemplo, por Milagros Ezquerro: "El otoño del patriarca. Mythe du pouvoir et pouvoir du mythe". *Impréu*, N.º Spécial 1977, Montpellier, pp. 3-35; Katalin Kulín: "García Márquez: *El otoño del patriarca*". *Sin Nombre*, Vol. VIII, N.º 1, abril-junio 1977, pp. 20-36; Jacques Joset: "Cronos devorando al otoño, su hijo descomunal". *Revista Iberoamericana*, N.º 94, enero-marzo 1976, pp. 95-102.

Frye, uno de los signos característicos del apocalipsis lo constituye la *desaparición del océano*¹⁶.

El tiempo del mar perdido es entonces el tiempo del continuo despojo del continente, también el tiempo del apocalipsis. Pero no se trata del apocalipsis, de la destrucción de todo el mundo, sino del derrumbe del mundo mítico que ha instaurado y en el que participa el dictador. El episodio de la pérdida del mar aparece como uno de los puntos culminantes del proceso lento pero inexorable que conduce al aniquilamiento del mito, de la base mesiánica y milagrosa que sustenta al patriarca y a su poder. Lentamente, a través de la constatación de las falacias de la milagrería (pp. 151, 156, 158), a medida que quedan los engaños al descubierto (pp. 228, 229) y que se constata la falsedad de los pronósticos y augurios (122, 195, por ejemplo), se produce en el texto un proceso de desmitificación, de pulverización de los mitos y del mito. Inapelable e irrecusablemente, todas las creencias, las supersticiones, se van desmoronando. La degradación va envolviendo al mundo del dictador, a los personajes vinculados con él, a sus actos. Incluso, el deseo del patriarca —manifestado a través de sus sueños de "ahogado solitario"— de reingreso en la materia originaria se cumple de acuerdo con estas pautas de degradación. Porque el regreso del mar que se manifiesta en su cuerpo es una versión corrupta de la reintegración en la materia primigenia. Nacido en medio de la fetidez y la podredumbre, el patriarca regresa a su putrefacción original (pp. 135, 257, 258)¹⁷.

Y cuando el dictador acepta la pérdida del mar, pretende movilizar al pueblo para que proteste en contra de la expropiación. Pero la masa anónima es ahora capaz de establecer los límites de lo falso y lo verdadero y permanece inmutable frente a sus requerimientos ("... pero nadie hizo caso mi general, no quisieron salir a la calle ni por la razón ni por la fuerza...", p. 248). La pérdida del mar es entonces el factor desencadenante de esta toma de conciencia y por ende, del comienzo del fin del mito. Una vez comprobada la muerte del dictador, el pueblo vive un lunes "histórico" (p. 7), no solamente porque ha sucedido un gran acontecimiento, sino además porque es el síntoma de lo que puede ser el despertar hacia una nueva era, el término del tiempo del eterno retorno, del tiempo de la dependencia, el fin de la historia de la alienación.

La muerte del patriarca, el derrumbe del mito nos enfrentan con un vacío que espera ser llenado, invitan a romper definitivamente el círculo. Historia y Mito se conjugan para entregar la imagen de una realidad que, aunque maravillosa, es amarga, caduca y dolorosa. Una realidad que espera, de una vez por todas, ser sustituida. Sustituida por el advenimiento de una nueva época, en la cual serán los pueblos los sujetos de su propia historia, de una historia auténtica; siempre y cuando puedan y sean capaces de construirla.

¹⁶ Cf. Northrop Frye: *Anatomie de la critique*. Editions Gallimard, Paris, 1969, pp. 179-180. El mundo del patriarca contiene incluso elementos de la imaginería apocalíptica y de la imaginería demoníaca que indica Frye, según lo hemos demostrado en otra ocasión.

¹⁷ Cf. las interesantes observaciones de Saúl Yurkievich: "La fiction somatique". *Sillex*, N.º 11, Grenoble, primer semestre 1979, pp. 112-118.

Sus novelas. Ficción y realidad en América Latina

EUGENIA NEVES

Hasta dónde llega la realidad y dónde empieza la ficción en América Latina, quizá sería más apropiado preguntarnos, antes de hacernos la misma pregunta con respecto a la literatura en América Latina o a la obra de un autor determinado de nuestro continente. Porque la realidad en América Latina, tal como lo ha venido repitiendo Gabriel García Márquez desde hace mucho tiempo —y como lo acaba de repetir cuando obtuvo el Premio Nobel de Literatura— resulta mucho más increíble y asombrosa, mucho más “mágica” que cualquiera ficción que se quiera hacer sobre ella.

La magia reside en gran medida en el desconocimiento que se tiene de América Latina en cada uno de los países de este continente y de lo poco que se conoce de los mundos culturales que se superponen casi sin rozarse entre sí, sin contar el aislamiento que separa a cada país con respecto a los otros y con respecto a su pasado y a su historia.

El “realismo mágico” en la historia de América Latina

En América Latina, el proceso de evolución de la sociedad ha sido completamente diferente del europeo y, del mismo modo, el proceso de producción literaria también ha sido diferente, a pesar del peso importante de la dependencia cultural con respecto a Europa y, posteriormente, a Estados Unidos. (Debe llamarnos la atención que se hable de “literatura latinoamericana” o de “literatura hispanoamericana”; es decir, que bajo esta denominación se hace una sola unidad de la literatura producida en los diferentes países de América del Sur, de América Central y de México, en América del Norte. Vemos que se considera como una unidad, tanto en América Latina como fuera de ella, la producción literaria de todos estos países.)

Las razones no son puramente literarias. Todos los países de América Latina tienen un pasado común, y su evolución es, en lo esencial, la misma. Se trata de un conjunto de naciones que sufrieron un largo período de colonización, distinta a las colonizaciones efectuadas posteriormente en la era del capitalismo en Asia y África. La colonización de América se produjo en los comienzos del capitalismo mercantil y fue la primera gran colonización de esta era, que no sólo impuso el control económico, sino que se hizo posible a través de un

genocidio descomunal y de la destrucción de las culturas nacionales anteriores a esta colonización. El Descubrimiento, la Conquista y luego la Colonia en América Latina, provocaron un trastorno total de todo el continente, que también se manifestó en el terreno del lenguaje, que pasó a ser un factor importante de la dominación colonial. El español y el portugués, no sólo pasaron a ser las lenguas oficiales, sino que poco a poco fueron imponiéndose como las lenguas nacionales sobre las que existían anteriormente en este continente, algunas de las cuales han logrado sobrevivir, reducidas a sub-lenguas, en las comunidades indígenas.

Recién durante la primera mitad del siglo XIX se produjeron los movimientos de independencia colonial y recién entonces aparecen las primeras repúblicas latinoamericanas. (Pero es importante no olvidar que quienes obtuvieron la independencia no son los antiguos habitantes de ese continente, sino que son las nuevas formaciones sociales, diferentes en todo sentido a las que existían antes de la colonización española y portuguesa, incluso guardando estructuras similares al feudalismo europeo, agravado por la pobreza de siglos de saqueo sistemático.) El fin de la Colonia sólo hizo pasar el poder político a los criollos, a la nueva aristocracia europeizada y feudal, los que se encargan de guardar un sistema que les permite continuar con sus privilegios y concertar sus alianzas con nuevas potencias extranjeras.

América Latina llega al siglo XX sin lograr una estabilidad política ni económica, siendo campo propicio a las nuevas dominaciones económicas y culturales extranjeras: Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania y, finalmente, los Estados Unidos. Se trata de repúblicas nuevas, económicamente dependientes y políticamente determinadas por estas nuevas formas de dominación extranjera.

Las literaturas nacionales

A partir de la época de la independencia en el siglo XIX, empieza a aparecer una nueva literatura dentro de estas formaciones nacionales, impregnadas de la realidad que se está viviendo. En su mayor parte se trata de una literatura ingenua, que muchas veces participa directamente en los acontecimientos que se precipitaron al fin de ese período colonial. Se trata de una literatura que se plantea lo que puede tener de específico una literatura nacional en América Latina, a pesar de que busca sus derroteros en Europa, sobre todo en Francia y, más tarde, en los Estados Unidos.

La toma de conciencia nacional surge desde entonces lenta y progresivamente, aunque queda reducida a algunas minorías intelectuales y políticas. Se busca una identidad nacional que no reconoce su tradición en un período anterior a la colonización. Sólo cambia su centro de interés, de España a otros países europeos. Pero a pesar de la confusión ideológica, la necesidad de una autodefinición conduce la producción literaria a jugar un rol importante en el reconocimiento y en la valoración de lo nacional opuesto a lo extranjero. De modo

que, poco a poco, la producción literaria en América Latina va a asumir la función de revelar la realidad continental, de ciertas especificidades nacionales, la función de valorar su paisaje, de descubrir las distintas capas humanas que coexisten, la función de redescubrir al indio y de protesta por la suerte que corren los más pobres y los más humillados.

Es así como podemos aproximarnos a la obra de Gabriel García Márquez, cuyas novelas y cuentos son imágenes reveladoras del mundo latinoamericano, de los diversos niveles de su realidad y de su magia, en una síntesis que sólo la obra de arte puede llegar a lograr.

En especial, dos de sus novelas, *Cien años de soledad* y *El otoño del Patriarca*, van a entregar una imagen más general, en el sentido que tocan al conjunto de los países latinoamericanos, en sus aspectos más específicos y más esenciales, puestos en relieve a través de una lógica a veces muy diferente a la lógica de los países europeos y a la del "racionalismo" de los sistemas económicos que predominan en el siglo XX.

Cien años de soledad

En esta novela, Gabriel García Márquez cuenta la historia de Macondo, que es un lugar "imaginario" donde llegan a instalarse los primeros Buendía y donde van a vivir después las sucesivas generaciones de sus descendientes hasta su extinción.

Lo que merece especial interés es el modo de relación que se produce entre los diferentes planos de la "realidad" que aparecen como componentes del mundo narrativo: entre el proceso económico-social y político de Macondo con los problemas que surgen entre sus habitantes, su oposición al poder central que llega desde la capital y que después va a ser suplantado por un poder extranjero, la compañía bananera, y cómo, siguiendo la ruta de la familia Buendía, se va a conocer la evolución de Macondo, al mismo tiempo que la de las cinco generaciones de los Buendía, con sus características individuales y sus modos diversos de vivir, su realidad y la realidad de las relaciones humanas.

Los personajes de esta novela van entregando separadamente sus propias interpretaciones de los hechos personales y colectivos que les toca vivir, de modo que en la novela encontramos una serie sucesiva y superpuesta de interpretaciones subjetivas de lo que está pasando, es decir, de lo que en la novela es "la realidad", sin que los personajes lleguen a darse cuenta de la relación que existe entre lo que les sucede de modo personal con lo que está pasando en el proceso evolutivo de Macondo. La imagen que cada uno de los personajes se hace de la "realidad" en la que vive, no corresponde a la "realidad" que en otro plano la novela está mostrando. Por ejemplo, el coronel Aureliano Buendía habla de las "casualidades" que se le han atravesado en su vida, sin enlazar estas "casualidades" con los hechos que vienen desde fuera de él y que le toca vivir porque están relacionados con su época y con el proceso mismo de Macondo. Por su parte, Ursula, en vez de

percibir este proceso progresivamente en el tiempo, está convencida que hay una repetición circular, que todo se repite y se vuelve a repetir, en las cinco generaciones de sus descendientes.

Y todavía otro personaje, Melquíades, el mago, tendrá su propia percepción y su propia interpretación de estos mismos hechos, que son la historia de Macondo y la historia de la familia Buendía. Melquíades introduce su explicación, marcando en especial el elemento mítico y la función de la literatura dentro de ese mundo. Según Melquíades, la historia de la familia Buendía está predeterminada, de modo que lo que les va ocurriendo tiene que terminar por la extinción de los Buendía porque, finalmente, nace el último de ellos con una cola de cerdo.

La novela presenta así diferentes conciencias que interpretan los hechos desde la lógica propia de los personajes, presentados por una especie de jefe de orquesta que es el narrador. El es el que cuenta la totalidad de la novela, da cuenta de los diferentes puntos de vista, sin que intervenga para comentarlos ni para hacer prevalecer el suyo. El narrador sólo cuenta lo que los otros dicen o piensan secretamente. La clave de las diversas opiniones no se encuentra, entonces, en la opinión de alguien a quien se le ha otorgado un rango superior de autoridad para afirmar lo que es "verdad" o "no verdad" dentro de la novela, sino que ella se encuentra en la totalidad de la obra, en su estructura, en su modo de establecer el conjunto de las relaciones internas entre los hechos y los personajes. Las interpretaciones subjetivas, al igual que los hechos individuales y los hechos colectivos, son partes integrantes de una visión de conjunto que cohesiona y organiza la totalidad del mundo narrativo.

En este modo de estructurar la materia narrativa, el autor desarrolla dos planos de realidad: uno, que podríamos denominar más objetivo (y a la vez menos evidente a la conciencia individual de los personajes), y otro, más subjetivo (que se acomoda a la lógica individual de cada personaje), que es la interpretación que se hace cada personaje de sí mismo, de la historia de su familia y de la historia del mundo en el que vive.

La relación que el autor establece entre el plano objetivo y los diversos planos subjetivos se encuentra así a nivel de la concepción del mundo narrativo, es decir, de la novela en su totalidad, de modo que el plano "objetivo" se encuentra implícito en lo que se lee y en lo que se cuenta de Macondo y de la familia Buendía. En cambio, los planos subjetivos de interpretación van a presentarse explícitamente dentro de la novela, revelados por el narrador o dichos directamente por los personajes.

Cien años de soledad cuenta —metafóricamente—, a un nivel "objetivo", la historia de América Latina desde que inicia su vida independiente de la colonización española; es decir, que lo cuenta "metafóricamente" en la historia de Macondo, con su fundación, su desarrollo interno, la guerra civil y sus consecuencias, la intervención extranjera y la decadencia que esta intervención va a provocar, hasta conducirla a su devastación.

Conjuntamente a esta evolución "objetiva", Gabriel García Márquez va entretejiendo e hilvanando la historia de la familia Buendía, que tiene su propio proceso biológico a partir de la pareja inicial formada por José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán, pasando por cinco generaciones de sus descendientes hasta terminar con el niño que nace con la cola de cerdo, porque "casarse entre primos tiene que terminar fatalmente en el nacimiento de un monstruo". Pero a la vez que se da esta evolución biológico-mítica, la historia de la familia Buendía se va a ir desplegando también en relación y en cuanto expresión de la historia "objetiva" de Macondo. Es así como no hay solamente un protagonista, sino que varios, que se van sucediendo progresivamente, aunque siempre será un miembro de la familia Buendía el que ocupe el primer plano de la narración.

Cada etapa del proceso "objetivo" de Macondo tiene un protagonista diferente, que va a expresar en cuanto tal, la síntesis de dicha etapa, de sus características y contradicciones, a la vez que las va a expresar con las características propias a su personalidad y a su sensibilidad. Es así como José Arcadio Buendía es el protagonista del período de la fundación de Macondo y Ursula, su mujer, del desarrollo interno que se produce en este pueblo. El coronel Aureliano Buendía, del período de la Guerra Civil; Aureliano Segundo Buendía, del de la intervención extranjera, y Fernanda del Carpio, su mujer, de la decadencia de Macondo; y por último, Aureliano Babilonia, de la devastación y desaparición de Macondo.

En general, en la novela se produce una relación específica entre hombres y mujeres. Los hombres son siempre los que sueñan, los que están llenos de iniciativas y de una curiosidad que los impulsa hacia afuera, a la aventura, hacia lo desconocido. En cambio, las mujeres, según García Márquez, son las que asumen, dentro de la sociedad de Macondo, el papel castrador de los impulsos de los hombres, las que los aferran a la casa, al hogar, a la familia, a Macondo, las que les cortan las alas, los sueños y el afán creador. Este papel es el que está especialmente señalado en Ursula con respecto a José Arcadio Buendía y en Fernanda del Carpio, con respecto a Aureliano Segundo Buendía, con respecto a sus hijos y con respecto a Macondo.

Dentro de esta concepción del mundo narrativo y de sus relaciones internas, Gabriel García Márquez integra a un personaje exterior a la historia de Macondo y de la familia Buendía: Melquíades, quien va a expresar la función del escritor y de la literatura dentro del mundo de Macondo. Gabriel García Márquez deposita en Melquíades su concepción de lo que debe ser un escritor y de la función que cumple la obra literaria. Al igual que en toda la novela, se acerca a este personaje en un doble juego de puntos de vista que le permite la distancia con respecto a lo que está escribiendo y el sentido del humor con que los narra. Gabriel García Márquez mitifica la función del escritor al mismo tiempo que la hace objeto de su ironía y de su sonrisa maliciosa. Y siempre en este doble juego, integra además con Melquíades y sus manuscritos, su concepción de ficción y realidad, su concepción de la función del escritor y de las funciones de la obra

literaria, conjuntamente con explicar el proceso de "reproducción" que se produce en el lector cuando lee una producción literaria.

Junto a éstos y otros elementos que componen el mundo narrativo de *Cien años de soledad*, el acierto literario de esta novela reside en la concepción y elaboración del narrador y de la función que éste cumple dentro de la novela. Es un narrador que siempre ocupa el primer plano; es él quien cuenta permanentemente y el que tiene siempre los hilos de la narración bajo su control. Es a través de lo que este narrador cuenta cómo nos llegamos a enterar de todo lo que sucede, y son muy escasas las ocasiones en que el diálogo ocupa un primer plano o en que los personajes quedan completamente a descubierto. Nunca son los personajes los que tienen la responsabilidad de transmitir el desarrollo de los hechos, sino que es el narrador el que cumple la función de relatar la totalidad del acontecimiento en una apresurada y densa síntesis. El narrador en *Cien años de soledad* se encuentra en el centro de su relato, y habla como una conciencia central que es a la vez producto y síntesis de ese mundo narrativo. Y por encima de todo, se trata de un narrador que cree lo que está narrando, cree absolutamente en la verdad de lo que está sucediendo, del mismo modo como los personajes creen lo que ellos están viviendo, viendo o imaginando. El narrador es el primer convencido de los hechos "mágicos" que él registra y narra, como por ejemplo, el episodio en que aparece una estera voladora, o la prueba de la levitación de un cura mediante el estímulo del chocolate, o el de la ascensión de Remedios, la bella.

Del mismo modo, la sensibilidad del narrador expresa la sensibilidad del mundo de Macondo en un lenguaje directo y sencillo, que resulta de una cuidadosa elaboración de su modo de narrar cercano al lenguaje coloquial latinoamericano. La credulidad del narrador con respecto a los hechos y su modo de organizarlos y expresarlos, permite un constante equilibrio de sobriedad interna que es lo que va a provocar la aceptación y la verosimilitud de una historia que en muchos momentos sobrepasa los límites de lo "real", cargada de un alto grado de exuberancia.

El otoño del Patriarca

Aunque esta novela de García Márquez tiene algunos importantes puntos de contacto con *Cien años de soledad* (en ambas novelas se cuenta la historia de América Latina y su modo "específico" de sufrir esta historia), desde todo punto de vista se trata de dos obras muy diferentes una de la otra, tanto en el problema que trata, en la historia que narra y en el modo narrativo que se utiliza. *El otoño del Patriarca* cuenta la historia de un tirano centroamericano de la zona del Caribe, en un país indeterminado. Gabriel García Márquez desarrolla la instauración de la dictadura al estilo que se ha impuesto en América Latina, en que aparece la personalidad "ingenua" del dictador y su progresiva pasión por el poder. (Incluso hay momentos

y actitudes del dictador y de la dictadura que recuerdan la dictadura de Pinochet en Chile).

A diferencia de *Cien años de soledad*, que desarrolla el acontecimiento cronológicamente organizado en torno a un solo narrador, *El otoño del Patriarca* aparece dentro de una multiplicidad de momentos que no son contados en orden lineal en el tiempo, sino que son narrados por una multiplicidad de narradores siempre hablando en primera persona, adoptando diversos puntos de vista con respecto a un mismo acontecimiento, de modo que los hechos no aparecen presentados de modo categórico, bajo una sola mirada. Y junto a estos múltiples narradores, surge, además, un narrador en tercera persona que aparece entrelazando a los otros. De este modo, el mundo narrativo se constituye desde la interioridad de diversos personajes que viven y cuentan de modo diferente los hechos, porque están implicados diferentemente, y, por lo tanto, sus puntos de vista también van a ser diferentes.

A causa de la complejidad del modo narrativo, una de las mayores dificultades que ofrece esta novela es la reconstitución cronológica de su historia. Se cuenta en ella la vida completa del Patriarca (que es el único nombre con el que se lo designa en la novela). Se inicia con su niñez, al término del colonialismo "godo", que conoce el convulsionado tiempo de las guerras de la independencia y de una larga guerra civil, con sucesivos golpes militares que terminaron poniendo al Patriarca en el poder. (El último de estos generales es un déspota ilustrado, que tuvo la osadía de oponerse a las exigencias del poder inglés que controlaba su país. Terminó suicidándose con toda su familia, obligado por el Patriarca, que fue el que dirigió un movimiento armado que ese mismo poder inglés había organizado.) Así fue como el Patriarca, un sangriento analfabeto sin escrúpulos, fue proclamado Comandante Supremo y Presidente de la República por los ingleses y las fuerzas armadas.

La novela va a desarrollar la vida y la lógica de este personaje que resulta ser uno de los productos más absolutos de la dominación extranjera en América Latina. Antes de llegar a ser Presidente de la República, es una víctima del sistema. Es un hombre pobre que roba y mata dentro del delirante período de guerras consecutivas en las que vivió desde su niñez, porque son las únicas alternativas que tiene frente a sí para sobrevivir. Y una vez que asume la Presidencia, sigue robando y matando, sometido a las exigencias que le impone la lógica del poder, aunque para eso tenga que llegar a las masacres más despiadadas. El proceso íntimo de depravación del Patriarca, que llega a su paroxismo con el manejo del poder casi absoluto que se le ha otorgado, queda enlazado así con el proceso represivo al que se somete su país, víctimas ambos de los intereses extranjeros.

El poder permite que el Patriarca transforme su país en un reino devastado y que haga de todos sus habitantes una masa indefensa de víctimas. Pero el poder hace del Patriarca la víctima más representativa del sistema, que lo somete a la más completa soledad, rodeado del odio de todos, acorralado finalmente en su palacio, temiendo constantemente a la muerte. El Patriarca resulta así un ser empujado

por fuerzas exteriores a él mismo que lo manipulan y lo conducen hasta el poder, de modo que, una vez allí, deben seguir resguardándolo porque ha quedado metido en medio de ese vértigo del que no puede salir sin pagar con su vida.

Una serie de acontecimientos va dando cuenta de las imposiciones inglesas y luego norteamericanas que debe aceptar el Patriarca para mantenerse en el poder, como por ejemplo el derecho perpetuo de la explotación del subsuelo del país a los norteamericanos o la entrega del mar con todos sus peces. Pero en su gran parte, la novela cuenta la intimidación y las maniobras del Patriarca para resguardar su vida y su poder y del instinto que desarrolla para percibir la proximidad de un peligro contra el cual reacciona con una desenfundada violencia.

En esta novela, los rasgos del dictador han sido llevados a su total desmesura. Las masacres son el constante telón de fondo mientras el Patriarca busca a los torturadores más refinados y los métodos más drásticos para castigar a sus enemigos más próximos o a la población que se atreve a rebelarse. Dos mil niños salen disparados en una explosión, insulta al Papa, desaloja a los religiosos católicos, viola a una monja a la que convierte en su mujer, hace asar en un horno a su colaborador más próximo —cuando se da cuenta que está tramando su caída— y lo hace servir en una gran bandeja de plata a todos los generales que estuvieron implicados, a quienes obligó a comérselo en una magnífica cena de medianoche.

Al cabo de más de un siglo de saqueo, de torturas, de masacres, el país se encuentra agotado: sólo queda el mar que finalmente el Patriarca se ve obligado a entregar a los norteamericanos, cuando éstos lo amenazan con un nuevo desembarco de los infantes de marina. Los gringos terminan llevándose el mar y todo lo que él contiene y en su lugar queda un valle desierto lleno de polvo lunar. El final de su gobierno no es más que una farsa, que continúa en pie por una suerte de inercia interna, producto de más de un siglo de terror y de pobreza. Finalmente, el Patriarca muere, senil y solitario, y aún frente al terror de volverlo a ver resucitar, dice al final de la obra, estalla el júbilo de la noticia, "que anunciaron al mundo la buena nueva de que el tiempo de la eternidad había por fin terminado".

Las novelas de los dictadores

El tema de los dictadores en América Latina aparece casi al mismo tiempo en tres novelas en América Latina alrededor de 1974 (aunque el tema haya sido tratado antes y después, en especial en las obras de Asturias y posteriormente en la novela *La guerra interna*, de Volodia Teitelboim): *Yo, el Supremo*, de Roa Bastos, en 1974; *El recurso del método*, de Alejo Carpentier, en 1974, y *El otoño del Patriarca*, de García Márquez, a principios de 1975.

La novela de Carpentier presenta un tipo de dictador prototipo del tirano europeizante, lleno de referencias a la filosofía, a la historia y a la literatura francesa. La meta de este tirano es dilapidar en fiestas

y en lujo la fortuna que saquea a su país, y pasar el mayor tiempo posible en Europa, en especial, en París. Roa Bastos realiza un trabajo diferente en su novela *Yo, el Supremo*. Como fruto de un largo trabajo de investigación, reconstituye una parte de la historia de Paraguay y resitúa al doctor Francia, considerado hasta entonces como uno más de los dictadores que aparecieron en América Latina durante el siglo XIX. Roa Bastos lo presenta, por el contrario, como un luchador por la libertad y la autonomía de su país, como un héroe que se vio aislado y que se enfrentó solo, sin el apoyo del resto de América Latina, a las agresiones y a los intereses ingleses. El doctor Francia sale de la novela de Roa Bastos como un revolucionario, defensor de la independencia de Paraguay y víctima de las intrigas que se gestaron contra él y su pueblo.

El trabajo de investigación literaria realizado por Roa Bastos es el primero que se ha llevado a cabo en el terreno de la reconstitución de estos hechos históricos. Se trata de una novela de importancia que da cuenta de un mito histórico y revela la realidad, desconocida hasta entonces, de un momento clave de la historia de Paraguay y de América Latina.

El otoño del Patriarca es una novela muy distinta a las otras dos que acabamos de mencionar. El dictador aquí es el producto mismo de la ignorancia, de la violencia y del grado progresivo de crueldad que puede llegar a desarrollar un hombre casi primitivo cuando las circunstancias se unen para instalarlo a la cabeza del poder. En este sentido, la novela abre una visión de las deformaciones que provoca el poder, que lleva a un hombre a convencerse de su derecho a ejercer toda suerte de ignominias, de torturas, de violaciones y de masacres, y que progresivamente va creando en torno a sí un total aislamiento, bajo el terror de la muerte, defendiéndose de todos los peligros que lo rodean como un animal acorralado. En realidad, el Patriarca, tal como aparece en esta novela, es una víctima más entre todas las víctimas que él mismo hace ejecutar, todos metidos en un mismo proceso de degradación, en que el azar lleva a un hombre al poder para desempeñar un rol que le está impuesto desde afuera, al que se somete para entrar en la más depravada de las profundidades a la que puede caer un ser humano.

No cabe duda que si se comparan las dos novelas de Gabriel García Márquez de las que hemos hablado aquí, *El otoño del Patriarca* es una obra que tiene una construcción literaria mucho más compleja, que se introduce en la complejidad y en la comprensión del fenómeno del poder y de las circunstancias históricas que lo hacen posible. Es indiscutible que esta complejidad obliga un cierto nivel de lectura que no todos los lectores latinoamericanos están en condiciones de realizar. Al respecto, el mismo García Márquez dijo poco después de la publicación de su novela: "Estamos en Colombia, en un país donde el índice del analfabetismo, según las estadísticas, es de un 40 por ciento. Yo creo —y tienen que demostrarme lo contrario— que las estadísticas son falsas. Yo creo que el índice de analfabetismo en Colombia está casi en el 80 por ciento. Entonces a mí me parece perfectamente natural que una novela con las exigencias culturales del

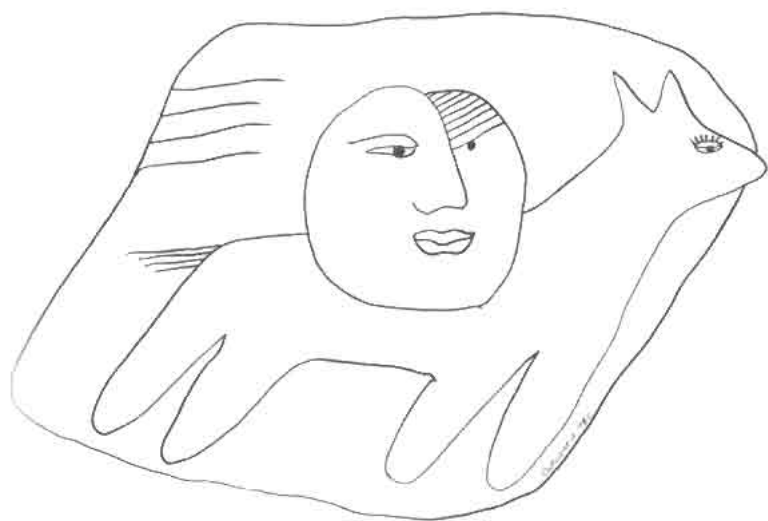
Otoño del Patriarca, ofrezca una dificultad mayor que *Cien años de soledad*. Ahora bien: un escritor, ¿tiene que tomar en cuenta el índice de analfabetismo de los lectores para escribir sus libros? Es decir, ¿tiene que bajar el nivel de comprensión cultural de esos libros hasta el nivel cultural de los lectores? ¿O tiene que escribir el libro como cree que debe de ser y esperar que tarde o temprano los lectores alcancen el nivel cultural de ese libro? Yo creo que es la segunda posición la que se debe adoptar. Es decir, la obra literaria debe estar al nivel cultural que el escritor considere que debe estar. Y ese mismo escritor, y todos los escritores, y toda la gente que sienta a su país y que considere que la humanidad debe seguir hacia adelante, debe trabajar en el sentido de que los lectores, mediante una culturización interna, que no será posible sino mediante una revolución, alcancen el nivel cultural, al punto de comprender esa obra”.

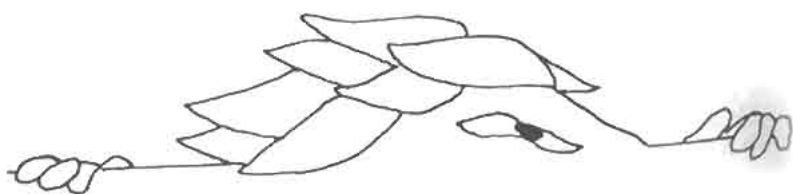
¿Ficción o realidad?

Es difícil precisar en pocas líneas los rasgos más importantes y los aspectos más característicos de la obra que ha producido hasta ahora García Márquez. Porque cada una de sus novelas y de sus cuentos son el resultado de la relación de todos los elementos que ha puesto en juego su autor.

¿Cuál de todos ellos es el que va a determinar el resto de los elementos que intervienen en una obra literaria? Es así como nos damos cuenta que no se puede desligar el modo de narrar, de la visión y de la óptica que asume Gabriel García Márquez, y que la elección de sus personajes se apoya en la comprensión que ha logrado este autor del mundo latinoamericano. Por su parte, vemos que todo esto depende a su vez de su capacidad de percepción de lo que se ha dado por llamar “el subdesarrollo”, que es lo que le permite mostrar un mundo de sensibilidad diferente en el que se integra una imagen específica de la realidad, que tiene su propia lógica y su propia “magia”. Y por último, nos damos cuenta que todo lo anterior está estrechamente ligado a su interpretación del proceso histórico y de las relaciones que se han ido produciendo entre ese proceso y la presencia permanente de una potencia extranjera.

Es difícil, por lo tanto, hablar de ficción y realidad en la obra de García Márquez, porque, como él mismo lo ha dicho, es difícil establecer el límite entre la ficción y la realidad en América Latina. Quizá, podríamos concluir que todo depende del cristal con que se mire. Porque no olvidemos que la “realidad” es la que permite la ficción y que es dentro de ella que es posible que aparezca la ficción como un modo de expresión. La ficción llegará a tomar la forma de obra literaria cuando ella adquiera la dimensión de conocimiento —que es diferente al de la ciencia—, de expresión de la realidad y de acción dentro de ella; pero sea cual sea la dimensión que la ficción alcance, será siempre una forma específica de práctica ideológica del ser humano dentro de la sociedad en la que vive.





LUIS BOCAZ

Penúltimo tango en París

En la sala con columnas delgadas en las que el "modern style" introduce el fierro para reemplazar a la antigüedad greco-latina que, por fin, cansaba a Apollinaire, las parejas evolucionan con ademanes de maniqués, impersonales, sin emoción ninguna. Una voz chillona, por los altoparlantes, distribuye premios y castigos y las parejas continúan trazando arabescos fríos, casi perfectos, contra el fondo de música de Gato Barbieri, y a uno que leyó *Las puertas del cielo* de don Julio y a uno que realmente le gusta el tango porque cree sentirlo, porque lo cantaba entre amigos en madrugadas sin toque de queda, o, por último, porque se los escuchaba a su padre, en San Antonio, en fin, porque no hay arribismo, ni snobismo, ni ningún *ismo* para que nos guste el tango en París, a uno, repito, con la impudicia del latinoamericano a quien le cuesta ocultar sus emociones, le dan ganas de llorar.

Entonces, sobreviene Marlon Brando, excedido por la burguesita frívola y corrompida que después lo asesinará frente a los prestigiosos techos de París y, entonces, uno aplaude a ese antijovencito norteamericano cuando en nombre de muchas cosas, en medio de la pista, se baja los pantalones y muestra el culo a ese remedo de baile, a ese museo de cera en movimiento y, siempre he creído, a esa parte que a uno le duele de París...

Cuánto le habrá dolido a Bertolucci, aquí presente, aquellos miles de españoles que cruzaban la frontera, en la época franquista y se apretujaban en los cines del lado francés a gozar de las escenas reputadas por-

nográficas de su *Último tango* y que, fuera de las botas de la joven, no comprendían nada de lo que el director había visto de hondo, más allá de la bobalicona admiración de la ciudad de tarjeta postal, fabricada para consumo de turistas y muy poco para exiliados e inmigrantes. Hace poco, en una charla de amigos, un chileno se empeñaba en enseñarnos a apreciar algo particular de la luz de París, diferente, según él, a la de otros cielos. Se empeñó demasiado largamente en esa luminosidad hasta que una uruguaya que trabaja en un taller lo interrumpió:

—No te entiendo lo que dices, porque sólo conozco la luz artificial de París. Salgo al trabajo a las seis de la mañana y regreso cuando ya está oscuro.

París nos sobrepasa. Rara vez se participa en una discusión entre gentes de alguna honestidad intelectual en la que las opiniones sean unánimes. Lo curioso es que, con el tiempo, los papeles se invierten: el que denigraba ayer, mañana se transforma en adorador y el adorador de antaño descubre, una mañana, defectos en el rostro de la dama. París, como una mujer imperiosa e inteligente no pertenece a nadie. Ni a su burguesía del XVI, ni tampoco a esa figura lamentable del *clochard*, mendigo que el capitalismo exhibe como símbolo de la más bella de las libertades: aquella de morir de hambre, en un aura de semi-lucidez alcohólica. La ciudad se burla cruelmente del dueño de vacas o de petróleo al que con una sonrisa "*je t'amène, chérie*" le hace pagar caro sus encantos. Y,

además, es despótica con el pobre meteco de piel oscura, fonética vacilante y bolsillo y documentación de corto alcance. Algo de esto lo sé por un cosaco que recibe a los clientes en la puerta de un restaurante ruso en que el menú es de 700 francos, por persona, sin vino y "*service en sus*", y esto cosaco es un poeta chileno de veinticinco años, recomendables versos y comidas aleatorias.

La ciudad se sabe demasiado segura de sí misma. Si se quisiera recordar la habitación donde se puso punto final a una obra célebre, donde vivió un presidente o un ministro o pintor o músico o simplemente un extranjero de talento, las fachadas se desplomarian bajo el peso de las placas. Entiendo que en este año de 1983, alguien se percatará de que en la rue Vivienne, por donde vieron deambular a Lautréamont, una inscripción renegrida, a la altura de un tercer piso, reza que allí vivió Simón Bolívar. Nos duele esta soledad de buhardillas, no clasificadas por Murger, en que han vivido tantos de los nuestros; hablo de los que valen, no sólo en París, sino también en Europa, mientras que el acento extranjero, no sólo francés, abría tantas puertas en nuestros cándidos países sin conserjes. Pero si los chilenos cavilamos con honradez, este tono altivo ante lo que se considera un homenaje obligado, ¿no fue, también, el pecado de Santiago? Sí, de Santiago en América Latina. Basta recorrer nuestros países para comprobar, con asombro, el crecido número de presidentes, ministros, músicos, pintores o simplemente hombres de talento que también tuvieron su buhardilla en Santiago. Lo ignorábamos de un modo casi olímpico o nos parecía lo más normal del mundo. Ahora que eso se ha perdido transitoriamente comprendemos la gravedad de la pérdida para esa idea, nacida de una revolución en las calles de París, de que el hombre no está condenado a ser un paria fuera del lugar geográfico donde ha nacido por accidente.

Y aquí, con el permiso de nuestros *agustines* de pacotilla, vamos a proseguir el paralelo. En la "revolución dual" de que habla Hobsbawm, París y Londres se dividieron el trabajo. El comercio inglés precedió a sus consules y embajadores por todos los

Valparaísos de la tierra. En Francia, la violencia de la lucha de clases dio una repercusión ejemplar a los acontecimientos de París. De esa lucha, no de la filantropía de las clases dominantes, nacieron las declaraciones de los derechos del hombre y esa tradición de acogida a los perseguidos políticos del mundo de la que, con vanidad injustificada, pensábamos que nunca tendríamos necesidad. Así nació la enorme capacidad de recepción de la ciudad, inscrita en documentos políticos e intelectuales, no siempre en la práctica cotidiana de los funcionarios según lo ha descubierto, con humor, Oscar Castro. París es devorador. Digiere a un catalán al que, con los años y el triunfo, incorpora al Louvre o a un ruso o a un holandés o a etc., y de esa mixtura surge la Escuela de París, en pleno siglo XX. Por cada uno de ellos, ¡cuántos miles no hicieron sino vegetar en la buhardilla con que sueña el narrador de la *Tía Julia*! ¡Cuántos regresaron a su tierra a medirla con una vara que no era la propia! A aplicar herramientas de trabajo equivocadas.

Problema grave el entender que los dos lados de París están en cada uno de nosotros, pues la ciudad no es sino un nombre para un lugar geográfico donde se dan cita las contradicciones gigantescas de la humanidad en su avance o retroceso. Uno de los primeros resultados de esta lucha es la aptitud de París para fagocitar su propia historia. Visto de otro modo, para acceder a un equilibrio de sus contradicciones sociales. No sé si es ridícula o conmovedora aquella frase que ningún político olvida de pronunciar, cada vez que desaparece un francés que ha alcanzado la consagración de la capital: "*Il représentait une certaine idée de la France*". Y esa "cierta idea de Francia" —que me perdonen la traducción aquellos que hablan el español mejor que los latinoamericanos— es válida para todo. Para la insolencia de Versailles, con sus cortesanas ociosas que ordenaban vacas para volver a la Arcadia, y por cuyos parques hoy se pasea "un vulgo municipal y espeso", según surgió alguien acerca del cual tengo dudas, o para el recuerdo de las barricadas del 48 o la llamada del 68. Todo es Francia, todo puede ser

monumento de piedra, de bronce u otro metal, pues ya no hace daño y puede ser desplazado como la estatua de Augusto Comte que, sin decir agua va, ahora mira de soslayo hacia la Sorbonne en la plazoleta recién transformada.

* * *

Recomencemos.

En el dilatado espacio cerrado, con cúpulas de vidrio de 43 metros de altura, en que las nervaduras de acero ostentan su pretensión de *belle époque* y que sólo ahora, con la adoración por los estilos *rétros* ha alcanzado sus cartas de nobleza, como esos ancianos de vidas poco significativas que terminan con los años en la dignidad del testimonio, en ese edificio construido en 1900 para abrigar la exposición pomposamente denominada universal y que, obviamente, la creatividad de nuestra oligarquía trató de copiar en un rincón del Parque Forestal, bajo el nombre de Museo de Bellas Artes; en ese edificio, repito, en el mes de diciembre, cuando aún no comienza el verdadero frío y uno sueña que el agua verde-azul de Cargatena estará a la espera de los trenes, en ese mes 250 artistas latinoamericanos reunieron sus obras en una muestra que hacía tiempo que París debía a nuestro vapuleado continente o sub-continente.

Y, entonces, sin Marlon Brando, por supuesto, pero sin Bolívar —da la impresión de que los "jovencitos" de las gloriosas matinées y también los héroes están cansados—, un pequeño ejército de hombres y mujeres de las buhardillas se apoderó de la venerable sala y en una danza embriagadora de formas y de colores gritó que no habían muerto, que allí estaban, que si no podían trabajar en sus países, tenían algo que contarle a esta tierra que inventó los derechos del hombre. Ahora, ¡cuidado!, el estilo de su danza no era obligadamente el que la ciudad fagocitante espera. Signo de madurez o de desesperación, los años de exilio no han conducido a la mayoría de esos latinoamericanos a buccumbir a la imagen que la ciudad quiere tener del latinoamericano. Y, naturalmente, voces chillonas desgranaron premios y castigos y, sobre

todo, se lamentaron: no abundaban los puños en alto, ni las banderas desplegadas. Como si el arte latinoamericano no hubiera desechado hace ya mucho tiempo la idea y la práctica de un lenguaje canónico. Que lo diga Matta —poco sospechoso de estereotipos— que recorría los stands de los pintores jóvenes con fruición.

Porque, la capacidad de fagocitar de la ciudad comienza por asignarle al débil la función que ella espera que cumpla. E impone temas haciendo creer que el tango es de buen gusto cuando se baila con movimientos de robot en la Salle Wagram o cuando Gardel, en una película de los años 30, implora a un viejo francés: "*Ecoutez, messié...*". Y, nada o muy poco de estas súplicas se advertían en esta exposición. Por el contrario, los doscientos y tantos pintores, escultores y fotógrafos respondían al llamado de los derechos del hombre que la ciudad había parido en sus luchas, bajo su forma burguesa, y que ahora se prolongan bajo su rostro socialista. Y, así, con la impudicia del latinoamericano a quien le cuesta ocultar sus emociones, uno se sentía habitado por un sentimiento confuso de exaltación —exultación, es más elegante— y de tristeza. Al recorrer las decenas de stands del frío edificio —sin calefacción durante la corta semana de la muestra— la visión de las obras configuraba gradualmente dos mapas superpuestos. El de una geografía artística de América Latina con sus altas cumbres, sus cordones secundarios y colinas; maestros y principiantes, los unos al lado de los otros en un apretujamiento soberbio de nombres y obras. Y no se podía sino estar alegre de encontrar así al alcance de la mano, reunidos en una misma tarde, toda aquella riqueza que un latinoamericano debe perseguir, durante años, a través de la inmensa geografía de nuestra América sin la certeza de encontrarla en los museos. Poco importan los nombres de personas, de movimientos o de escuelas: todo estaba allí. Todo lo que puede desearse de búsqueda o hallazgo, todo estaba en ese Grand Palais, nostálgicamente retro, como testimonio de una vitalidad creadora excepcional. Al salir, una francesa comentó, en un grupo, que después

de esta exposición captaba la magnitud del aporte que el inmigrante estético entrega a la cultura de la ciudad. "Y, sin embargo —añadió moviendo su cabecita rubia— esto es sólo una parte reducida de lo que ustedes hacen".

Y, entonces, caminando hacia la orilla del Sena, uno se daba cuenta de que al orgullo se mezclaba la tristeza. Después de informarse de los lugares de origen de quienes firmaban las obras, por debajo de la variedad de colores y de formas, se traslucía el descomunal mapa del exilio o del auto-exilio latinoamericano. Ese ejército de las buhardillas, no sólo de París, que no puede vivir y trabajar en sus países.

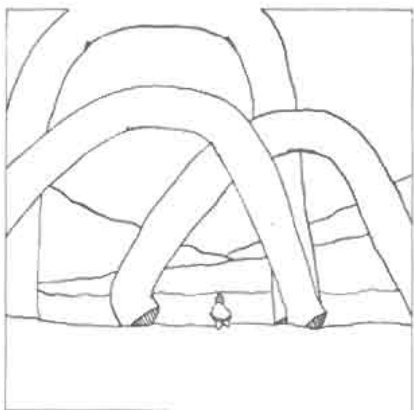
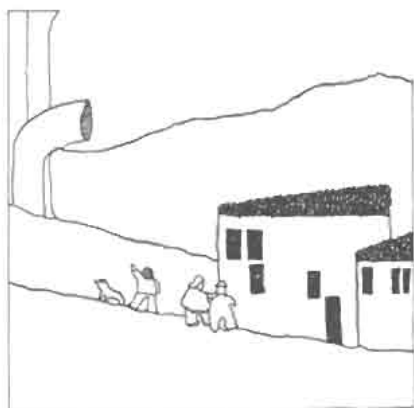
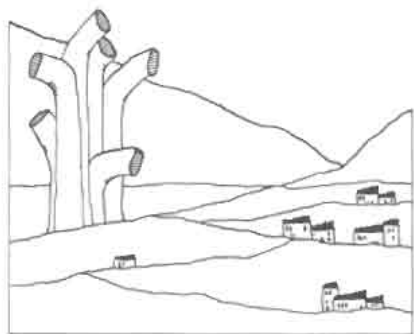
¿Será tan sólo esto lo que podemos decir de esta exposición *L'Amérique Latine a Paris* en el Grand Palais entre los Campos Elíseos o el Puente de Alejandro III? Me atrevería aún a agregar otras notas. Quizás la más difícil de articular sea una que trata de asir una impresión fugitiva. Algo así como la sensación de cierre de una época. Quizá sea posible formularla como la evidencia acerca de la eficacia restringida del arte en los plazos cortos y, al mismo tiempo, de su tremenda potencia subversiva y constructiva en las líneas estratégicas, aquéllas que desembocan en la creación de una sociedad y un hombre nuevos. Un país no muere definitivamente por el éxodo de la mayoría de sus artistas e intelectuales; *Guernica*, de Picasso, no definió el término del franquismo. Flotaba en la atmósfera esta lección de modestia acerca del lugar exacto de la producción cultural en nuestros países. Gabriel García Márquez lo recordó con ira, no en la Salle Wagram, sino frente a los respetables miembros de la Academia Sueca, al recibir el Premio Nobel. Al referirse al continente en que le había tocado nacer,

confesó que los artistas, frente a lo que calificó de "nuestra realidad desaforada", habían tenido que pedirle "muy poco a la imaginación" y que "el desafío mayor" era "la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida". Por si acaso hubiera dudas acerca del sentido de esa realidad desaforada, antes había calculado que con los exiliados y emigrados forzosos de América Latina se podía hacer un país con "una población más numerosa que Noruega". Buen consejo para muchos exegetas parisienses de su discurso literario. ¿Modesto reconocimiento de un papel y una función del intelectual latinoamericano que no es fácil traducir a otros códigos culturales? ¿O simplemente, convicción de que el hombre de cultura —digámoslo más groseramente, el hombre o mujer de sensibilidad— en el oleaje social de nuestra época corren el riesgo de ser arrinconados en la brumosa playa de la utopía?

A menudo se oye la queja de que con la muerte de Sartre se acabó una época. No hay ya faros hacia los cuales dirigir la navegación. La vida intelectual en París habría muerto, mientras las luces de Manhattan comienzan a brillar en el horizonte. Es cierto, diez años después de la exhibición de *El último tango en París* muchas cosas han cambiado y no siempre para bien. Basta pensar en la agobiadora invasión del "fast food" aun en esquinas históricas. Pero hay también los signos visibles de un cambio profundo, y esta exposición, que invoca los derechos del hombre a la cultura y en nuestro continente, así lo muestra. Es verdad que en el *affiche* de Seguí tres personajes latinoamericanos sobrevuelan los techos de París con ademanes casi furtivos. Sin embargo, si se los mira desde otro punto de vista, no sobrevuelan París a grandes zancadas: corren hacia el porvenir.



Dibujo de Antonio Seguí,
pintor argentino.



Inevitable universo

AGUSTIN OLAVARRIA

El Dorado

A Lope de Aguirre, Omagua 1560

Joaquín Renán de Sierra hizo una parte del viaje con Lope de Aguirre, el tirano.

Atravesó varias veces el Marañón. Vivió 16 meses con los indios motilones. Aprendió entre ellos el arte de liar y tejer lianas. En 1567 cruzó por última vez el Marañón y siguió viaje al interior. A pocas leguas de la aldea de Boquiza construyó un puente colgante sobre las cúpulas de la ciudad de El Dorado.

Una piedra de río

Mucha agua había pasado por años y años sobre una verde piedra de río sin moverla de su sitio original. Un día domingo, hace ya varios veranos, una mano la sacó de su antigua tranquilidad, como sucede a otras miles de piedras en el mundo y, tomándola del fondo la guardó en un bolsillo después de un atento y curioso control.

Llegó el atardecer y se volvía a la ciudad.

Los bolsillos se vaciaron y dejaron sobre la mesa los tesoros encontrados en un día de sol: una rama para hacer una honda, un vidrio azul torneado por las aguas, dos flores violetas, un ala de mariposa y esa piedra verde que al ser depositada sobre la mesa creció y creció transformándose en una montaña desde donde un niño inició su esperado viaje hacia las estrellas.

Simple

Yo conozco varias historias, algunas simples y otras más complejas. Una simple es, por ejemplo, aquella de la escalera de un rascacielos que se cansó de subir y bajar y se convirtió en una sola y gran línea recta.

Erase una vez...

un rey que no tenía ninguna hija casadera y que se compró una espada de Toledo para defenderse de todos los aspirantes a su manto de armiño y a su corona de lata.

La espada envejecía en un muro del palacio porque ningún joven y audaz caballero de lejanas comarcas tenía la más mínima intención de combatir contra un reino sin hija casadera de trofeo.

Con el pasar de los años, el rey y su espada de Toledo envejecieron entre los muros del palacio. Después de agudas y variadas reflexiones, la espada y el rey se vieron obligados a trabajar como jardineros en los extensos prados de su propio reino.

Baila, Josefina

Josefina era una buena bailarina. Bailaba en un circo, sobre la cuerda floja. Pero era una prisionera del circo, más prisionera que los tigres y las panteras.

Durante el día bailaba sobre la línea de acero del circo. Sola, en las noches, bailaba sobre las sutiles líneas de su mano.

Así se sucedían sus horas y sus días, en la hermosa pero rutinaria tarea de bailar y bailar sobre la delgada cuerda en la pista del circo. Un día algo cambió en Josefina: bailando su número en la función de la noche, aprovechó la recta trompa de un elefante y, sobre butacas, luces y gente, escapó.

En su libertad nadie la quiso acompañar. Vivió sola y sola emprendió un largo viaje de danzas. Partió con ímpetu danzando sobre el humo de las fábricas, saltó luego a los cables del teléfono e inició un complicado baile sobre la línea del horizonte.

Danzando y danzando y jugando quedó definitivamente prisionera y enamorada, bailando sobre la calurosa línea del Ecuador.

Josefina fue siempre una buena bailarina.

Run, run

Lucenda decía siempre que ella era una moneda redonda. Esa voz llegó a un herrero de las cercanías, que la tomó y la trabajó hasta dejarla como a un plato grande y redondo, le hizo dos hoyitos y fabricó un run-run de buenas proporciones. Lo movió con gran fuerza y lo hizo volar hasta las montañas.

Creo que así nació la leyenda del herrero volante que más tarde escuché en un pequeño pueblo al borde de un abismo.

Cuento chino

Li-Thai-Cheng se durmió un día debajo de un manzano. Soñó que un gusano de seda se comía el interior de una manzana. Al despertar, ya mariposa, voló y se posó entre las manos juntas de Li-Thai-Cheng.

Más allá de la metaformosis

Cuando la montaña se transforme en castillo y el castillo en hombre y el hombre en escarabajo y así escarabajo el hombre pueda mirar desde el castillo la montaña podré dormir tranquilo en mi tumba de escarabajo excavada por el hombre en el suelo de un castillo sobre la montaña.

El turbante

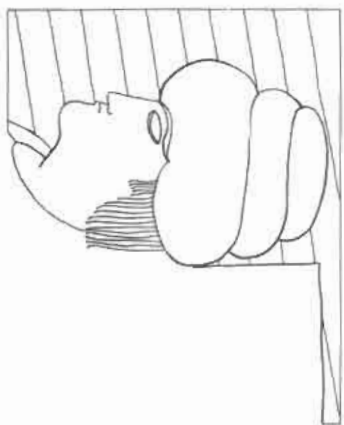
Tenía tantas ideas en su cabeza. Tantas imágenes absurdas que decidió comprarse un turbante para no dejarlas escapar y, sobre todo, para que los demás no se rieran de él.

Usó el turbante por muchos años.

A su muerte, su hermano menor le sacó el turbante y, extendiéndolo sobre un pino, pudo leer una historia del mundo.

Había una vez

Mentira, no hubo nunca.



Poemas

FERNANDO QUILODRAN

Los organismos del silencio

Ahora estoy aquí, esperando el sueño,
poblada la cabeza de símbolos sin mármol,
fracasada la pluma de vivencias sin verso.
Desde la patria inmóvil, lagar de eternidades,
martirizada esquina de la tierra,
un silencio con modos de niebla me persigue.
Amanece:
falta la mano,
y el paisaje de líneas exactas
para entrar en el día;
la espesura del aire,
por ejemplo.
Te ocurrirá tal vez otro verano.
Una generación de helechos y amapolas te alejará de mí,
te vaciará de nombres,
sólo indeterminada geografía ya desnuda de peces,
donde se instalarán los organismos del silencio,
ya abandonada de cóndores,
un silencio que no será de ausencias,
herido el verde de tu hondo sur lluvioso,
un silencio de ríos soportando cadáveres rebeldes,
y tu ferrocarril dorsal,
y tus bosques secretos donde iba a reposar el tiempo,
creciendo desde el vientre de una ola varada en tus orillas
amanecidas por testigos también inmóviles.
Porque el tiempo no es eso que deshacemos entre unos pocos,
eso que se nos cae en el hueco de las palabras:
más bien es una ola creciendo desde una región sin palabras,
y que a veces traza en nuestra frente su helado signo.

Atiende:

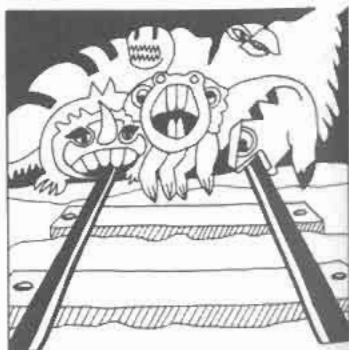
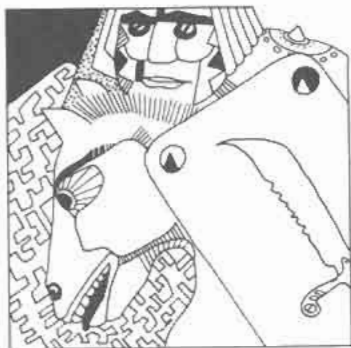
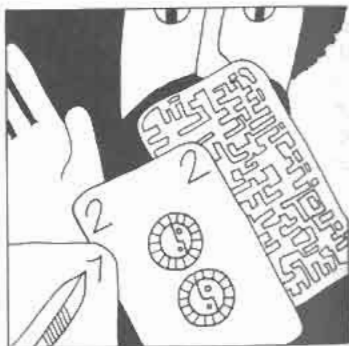
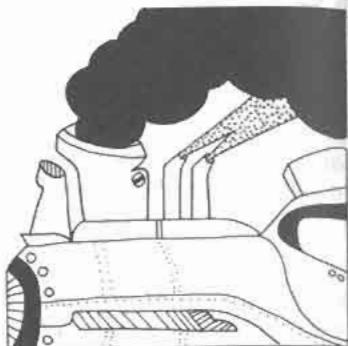
quiero decir que el silencio no es un vacío;
será más bien un río donde naufraga la voz;
será más bien el jadeo del dolor,
y la faena clandestina que vuelve el aire en lágrimas;
será más bien el odio en que las vísceras resuelven los datos del día;
será más bien la galería oscura llena de restos de hombres,
pantalones, cabellos, uñas desvencijadas, paternidades interrumpidas,
y que la memoria señala de cruces y guitarras violadas al caer la
[aurora.

Yo sé que vienen, vienen y desamarran las distancias,
vienen formados en batallas,
lanzas de sol, palabras minerales,
duras sentencias que el mar repite con soberbia.
Vienen mordiéndose los puños amputados,
estableciendo ventanas,
con una bala abierta para siempre donde estaban los ojos,
crucificados, muertos, luminosos acribillados, muertos,
vienen por el silencio,
crecen desde la raíz del tiempo.

Mis visitantes

Esos hombres eran robustos y enérgicos
y me vinieron a ver a mi piedad de tercera.
Andaban pidiendo precios por pasiones
pues se habían cansado de usarlas de prestado.
(O tal vez sería que ya se les notaba demasiado.)
Me dijeron que les hablara de mis instintos.
Ellos llegaron con su grabadora a pilas y sus razones a cheques.
(Con lo que me pagaron por esa sesión pude comprar un libro de
[Queiroz
y actualizar mis deudas.)
Les hablé de mi certero instinto de no propietario,
de esa viva convicción que me invadía a cada comercio,
a cada auto,
así como a cada casa
y aun ante los más humildes objetos: no son míos.
Les expliqué que esa certeza era la base metafísica
de mi relación con el mundo,
y por consiguiente de mi existencia.
(Creo que me entendieron porque borraron la cinta:
es seguro que para algo tan simple ellos no necesitarían acudir
a su ayuda-memoria.)

Entonces me preguntaron si era feliz.
(Previamente y con suma discreción uno de ellos había revisado mi
[armario
en busca de camisas.)
Yo les respondí que en verdad sí.
Yo les respondí que en verdad no.
No me agrada mi estado, caballeros, les dije;
estoy un tanto cansado de no tener nada.
Por eso me gustaría mucho no tener nada.
Como aparentaran no comprender,
(yo me di cuenta de que sólo para inducirme a continuar),
proseguí: no deseo los bienes del prójimo,
y por eso quisiera no desear los bienes del prójimo.
Y les aclaré que de todos los bienes de la tierra,
sólo deseaba todos los bienes de la tierra.
Quisiera, les insistí, perder alguna vez esta molesta relación de no-
[propietario
(y les confesé que a veces me daba un poquito de envidia)
y por eso sueño con sentirme alguna vez a gusto
con mi instinto de no-propietario.
Ellos comprendieron con suma amabilidad
y en seguida me preguntaron si sentía odios.
Les dije que sí, que muchas veces,
pero que cuando eso me sucedía me calmaba, simplemente, odiando.
Estuvieron muy gentiles y uno de ellos me dijo al irse algunas frases
[amables,
y que me parecieron conocidas: algo así como "vanidad de
[vanidades..."
Perdone usted, señor, le dije, pero sucede que yo soy
un gran admirador de la realidad.
El más alto de los dos cerró la puerta con suavidad
y me dio a estrecharle su blanca mano.
Mi vecino me informó que se sospecha que van a montar una
[candidatura.



Poemas

MAURICIO REDOLES

Seis capítulos abiertos en la temblorosa memoria de M.

"y creerían que pasó un ángel
y habrá un minuto de silencio..."

R. Lira

I

Su altura rebajó de un sollozo
y un semi vuelo asimétrico respecto a su estatura
tomó

y soltó

sobre el pavimento

y fue su cuerpo desfazado
particular piedad humana trastocada
a la luz de las estrellas
a la sombra de los árboles impávidos.

Más de alguno en la mañana sorprendido
preguntábase

si éste todavía era tiempo de suicidas

o acaso

sucedía que desde el cielo

se caían de cuando en cuando los ángeles sin alas
(por lo flaco y desabrido de musculatura)

* Del libro *Notas para una contribución a un estudio materialista sobre los hermosos
y horripilantes destellos de la (cabrona) tensa calma.*

II

(voz magnetofónica en la grabadora del horacio el 7/8/80)

En particular señores
no tengo absolutamente nada
que declarar
mi inocencia en este asunto
no radica en mis palabras
ni en mis hechos cotidianos
ni en mis sueños de antenoche
dejé mi voz en algún bar
hace algún tiempo
allí puede que haya dos o tres fundamentales átomos
de mi ingente decisión
de mí.

III

mencionó varias veces la palabra
"naturalmente"
sollozando
cuando se lo contaban

IV

No habrá oraciones
de descalza alma y soledad
de descalzo recuerdo y pluma
de descalza ortografía y hedor
de descalzo paseo y regalón
de descalza responsabilidad y política vanguardia
de descalza autoridad y moral
de descanza en paz sin paz
amén toda su muerte.

V

en ésta va caminando
en esta otra va con la esposa del tito
(ésta es para un carnet)
en ésta está como cocinando
(mira ésa es una cuchara)
aquí se ríe con las hijas de david
en ésta casi no se le nota
(es el de la izquierda)

canta en una Peña
(tocaba la guitarra más o menos)
aquí recibe un premio parece
en ésta sale de la fiscalía naval
¿ves?
en ésta (y es la que me gusta más)
está en la estación de Southfields
como si estuviera en las rejas o monjitas.

VI

"y una vez a la semana todavía tengo que pasar en el auto, y celebrar su victoria"

R.G.

Tango de nuevo tipo

"Naturalmente sería sumamente cómodo hacer la historia universal si la lucha pudiese emprenderse con infalibles posibilidades de éxito."

Carta de Karl Marx a Kugelmann

¿cuántas noches realicé el asalto
a tu palacio de invierno
siendo yo
un menchevique en el arte
de la insurrección de los instintos
o en el estratégico control de los deseos

¿cuántas piedras y batallones de combate
utilicé infructuosamente
arrastrando a la luz de la luna
mis ganas mis panfletos mis trasnochados chistes
mi guitarra y un urgente tarro de cerveza o
¡coca cola refresca mejor! trade mark

luego supe
de la catástrofe que me había estado amenazando
y yo
tán eserista para mis cosas
no supe cómo combatirla

En tu cuerpo se arrancó el zar, el olvido y creció alta la hierba
por ese entonces ya me había marchado de mis huellas
a sembrar revoluciones en otras patrias
en mi maleta puse el Qué Hacer las Dos Tácticas
y un beso tuyo en mi espalda luego del sueño y por si acaso

¡Ah! ¡palaciega ricura!
cuando veo muchachas de tu cuerpo
me acuerdo de Lenin
o cuando leo a Lenin
recuerdo tu voz
demandando iracunda la inmediata expulsión
de los traidores a nuestro chacoteo
o tus ojos
llamándome al asalto final
sencillamente.

EPILOGO

y te juro hermano que todas las tardes cuando paso por esa esquina y
aunque parezca inútil confesártelo te juro hermano que cuando paso
por ella disminuyo un poco la velocidad como tu diario homenaje
mortuario aunque me lluevan los bocinazos y la puteadas ¿quién
podría

ROTOS DEL MUNDO, UNIOS

A mí me gustan mucho los rotos y me entiendo muy bien con ellos. Y con los
rotos del mundo me entiendo brutalmente bien...

De una entrevista a Manuel Montt Balmaceda, delegado de
Chile ante la Organización Internacional del Trabajo y rector
de la futura "Universidad Diego Portales". **El Mercurio**, 2-I-83.)

Viernes con Bach

OMAR SAAVEDRA

Recordarás cruzando el mar un día
Tu leve juventud con tus amigos
En flor, así alejados de la guerra.

(Luis Cernuda)

Es un hecho que los adultos mienten. O callan, pero eso no es más que otra forma de mentir. Otro estilo, diría yo, algo así como hablar de otras cosas. Mentir es un síntoma inequívoco de adultez. Uno de los adultos más mentirosos que he conocido es Benjamín, el dentista, porque sucede que ni siquiera era dentista, sino judío. Y ni siquiera judío de buena fe, porque en un viernes de Bach me dijo que su plato favorito era también la chuleta de chanco con papas fritas. Y el padre Villaseca ya nos había advertido que a los judíos se les conoce porque no les gusta la carne de chanco, pero Villaseca es otro adulto, así es que no es tan seguro que sea cierto. Después de Benjamín sigue mi mamá, después de mi mamá sigue mi papá y detrás de él siguen todos los adultos: una interminable fila de mentirosos. Tan larga, que a uno le llega a parecer una fila redonda, sin comienzo ni final. Como una ronda.

Todos los viernes, mi mamá esperaba que yo terminara mis tareas y en silencio, sin decirme nada, comenzaba a ponerse el abrigo y los zapatos nuevos, y cuando estaba lista me preguntaba qué estaba esperando, por qué no me había vestido todavía. Yo esperaba simplemente que ella se hubiera olvidado que era viernes, pero esperé siempre en vano. Así es que me ponía mi abrigo, mis zapatos negros y no decía nada. Cuando nos veía listos para partir, mi hermana chica comenzaba a llorar y mi mamá sin escucharla le decía a la señora Blanca que no se olvidara de cerrar la puerta con llave una vez que terminara de planchar y se fuera a casa. Eso, porque mi hermana había aprendido a arrancarse cuando se quedaba sola.

A pesar de que era viernes, las calles habían comenzado a verse desiertas y yo había dejado de preguntar por qué, ya que sabía que mi mamá me iba a responder que era por el invierno y a la gente le gustaba quedarse en casa. Una mentira, claro. En otros viernes, hace no sé cuánto tiempo, las calles de los viernes parecían de domingo. Lo único que cambiaba en esos viernes de invierno era que los pescadores se ponían los chaquetones de lana antes de sentarse a las puertas de las casas. Y cuando llovía se sentaban adentro, junto a las ventanas abiertas, por lo que de todas maneras las calles se veían con gente. A tal punto, que muchos viernes salíamos antes de que yo hiciera las tareas, porque mi mamá se detenía cada veinte pasos a conversar de algo con alguien y a escuchar los rumores de la calle. Y como la casa de Benjamín estaba al final del pueblo, a siete calles de la nuestra, en aquellos viernes nos demorábamos por lo menos una hora en ir y otra en volver y a nuestro regreso ya hacía mucho rato que mi hermana chica había dejado de llorar.

Pero los viernes cambiaron. Y con los viernes cambió también la calle. Nos demorábamos apenas diez minutos en ir y diez minutos en volver. Lo que no cambió nunca fue la hora y media con Benjamín. Pero las calles están ahora tan desiertas que los uniformes se ven desde lejos y mi hermana chica todavía lloraba cuando la mamá abría la puerta.

Al vernos, Benjamín hacía siempre como que se sorprendía: otra mentira. Sabía perfectamente, igual que nosotros, que era viernes y sabía que desde hacía una infinidad de viernes lo estábamos visitando a causa de mis dientes absurdos. Eso lo dijo él la primera vez que le abrí la boca: qué dientes más absurdos, dijo. Ni siquiera me lo dijo a mí, sino a mi mamá. Y los dos se sonrieron. Yo no dije nada, pero sabía muy bien que mis dientes no eran absurdos. Si se quedaron llenos de hoyos parchados y tan disparejos como los del padre Villaseca fue por culpa de Benjamín. Y de su máquina. Y del alambre retorcido que me plantó al cuarto viernes. Un alambre con un sabor a sangre tan de veras, que la primera vez creí que toda la boca se me había convertido en un solo tajo abierto, enorme. Horas me miré en el espejo antes de convencerme que no había tajo ni nada: sólo el alambrito retorcido y brillante.

Ese alambre lo usé siempre. Casi siempre. En los primeros días después de ese cuarto viernes con Benjamín, me lo sacaba de camino a la escuela y me lo volvía a poner antes de regresar a casa. Es que el guatón Quevedo cuando me vio, me dijo hocico con herradura. Por eso. Cuando mi mamá me preguntaba, yo le respondía que sí, que todo el tiempo había andado con el alambrito puesto. Uno no se da cuenta cuando empieza a convertirse en adulto. Eso duró hasta que en otro viernes, Benjamín bajó la música y dijo: si no lo usa, no vamos a terminar nunca. No me lo dijo a mí, claro, sino a mi mamá. Ya en la calle, ella me dio un bofetón y dijo: si no lo usas, no vamos a terminar nunca. Otra mentira, porque ella no tenía nada que terminar. Pienso que los dientes son un asunto privado. Desde entonces usé el alambre hasta el jueves pasado. Al guatón Quevedo le dije: mejor hocico con

herradura que chanco con anteojos. Entonces no me lo dijo más y yo terminé acostumbrándome al sabor a sangre.

Los viernes esos, después de sorprenderse, Benjamín ponía uno de los discos y comenzaba a lavarse las manos. Yo ya estaba donde tenía que estar y Benjamín conversaba con mi mamá no sé sobre qué cosas, porque lo único que me interesaba era tratar de adivinar de qué música se trataba. Durante los primeros viernes no lo hacía, porque no sabía. Lo supe después. Me costó trabajo saberlo. Uno no puede imaginarse de lo que son capaces los adultos. En los primeros viernes, cuando todavía no lo sabía, los discos de Benjamín me parecían tan absurdos como mis dientes. Honegger, le decía Benjamín a mi mamá y llenaba con mucha calma la jeringa de aguja larga. No estoy seguro que Honegger haya sido el peor. Si se piensa bien, tal vez los peores fueron Diabelli o Buxtehude: si sonaba uno de los dos, yo podía entonces comenzar a sudar, porque sabía que me tocaba un viernes de máquina. Con el que tuve siempre dificultades fue Debussy. Podía significar un relleno o tratarse del puré de yeso rosado con el que Benjamín me tapaba la boca abierta, cuando necesitaba otro molde de la absurdidad de mis dientes. Debussy me producía náuseas.

Una muestra de que mi mamá no sabía asociar, es que al poco tiempo de empezar mi tratamiento, empezó por su cuenta a buscar en la radio esos programas de música absurda. Llegaba incluso a tararearla cuando estábamos solos en casa.

El menos peligroso de todos fue siempre Bach. Con Bach no me pasó nunca nada. En el peor de los casos, durante los viernes de Bach, Benjamín se limitaba a dar un paseo por mi boca con su espejito redondo, a decirme que me enjuagara y eso era todo. Poco a poco, los viernes de Bach se fueron haciendo muchos; Benjamín ya ni siquiera me indicaba que fuera a mi lugar, sino que se sacaba el delantal y nos invitaba a pasar a su habitación. En verdad eran dos habitaciones, pero yo sólo conocí una, la primera. En la mesa bajita le servía una taza de té a mi mamá, él se preparaba un café y entre las tazas de té y de café ponía la botellita redonda de la que se tomaba un trago en una copa también redonda. Nadie puede discutir que los franceses saben hacerlo, le decía a mi mamá después del primer sorbo. Mi mamá se reía como si fuera la primera vez que Benjamín lo decía. Como sea, sin delantal, tomando café, conversando muy despacio con mi mamá, Benjamín llegaba a verse hasta simpático. Sólo dejaban de conversar cuando en algunos viernes comenzaron a oírse los camiones de camino a la playa. Al descubrir que los viernes con Bach no me pasaba nada, aprendí que podía respirar, aunque lo que respirara en todos esos viernes haya sido el olor de siempre de la consulta. Y con Bach en los oídos y ese olor en las narices, sabía que podía jugar muy tranquilo con las estrellas de mar que Benjamín me pasaba en una caja de madera.

Porque sucede que Benjamín era coleccionista de estrellas de mar. Las paredes de la primera habitación estaban tan llenas de ellas, que si uno cerraba los ojos, podía llegar a creer que estaba en la playa de rocas del pueblo. Quizás porque era Bach, por la mezcla de olores de consulta y estrellas secas y, sobre todo, porque hacía tiempo que la

playa del pueblo la habían clausurado. No se me habría ocurrido si en uno de esos primeros viernes, Benjamín no le hubiera dicho a mi mamá: Bárbara, dime si Bach no huele a mar. Y en esos viernes cerré tan a menudo y por tanto tiempo mis ojos, que mi mamá y Benjamín llegaban a creer que yo me había dormido y hablaban más despacio todavía. Pero yo no dormía. Yo me imaginaba solamente que estaba en la playa de rocas y pensaba que no había nada que temer.

Pasaron muchos viernes antes de que Benjamín me regalara una estrella de mar. Mejor dicho, pasaron muchos viernes antes de que mi mamá aceptara que Benjamín me regalara la estrella. Es una tridacna azulenca, me dijo, es tuya, te la regalo. Pero todavía pasaron muchos viernes más antes de que mi mamá me permitiera llevarla a casa. Recién lo pude hacer el primer viernes en que las calles comenzaron a verse desiertas y Benjamín después de abrir las ventanas le subió tanto el volumen a Bach, que parecía que el tocadiscos iba a estallar. Para que lo escuchen, le dijo a mi mamá. A ella le brillaron los ojos sin decir nada, pero aceptó que me llevara la estrella a casa. Si tu papá te pregunta de dónde la sacaste, ¿qué le vas a decir?, me preguntó después. Que me la encontré en la escuela, le respondí por instinto y ella entonces me hizo un cariño en la cabeza como si yo hubiera dicho una verdad. Pero mi papá no preguntó nada, porque toda esa semana y las dos siguientes estuvo de guardia y cuando regresó colgó su uniforme en el baño, se metió a la cama y durmió todo el día. Tal vez no preguntó por la estrella porque ya había pasado tanto tiempo, que de seguro creyó que yo la tenía del último verano de verdad. La única pregunta que hizo antes de dormirse fue: ¿y qué se rumorea allá en la calle?. Mi mamá no respondió, sino que se encogió de hombros. Le voy a decir a Blanca que lave el uniforme, dijo. Medio dormido mi papá la contradijo: es mejor que lo laves tú, princesa. Mi mamá no es princesa, claro, pero de todas maneras cerró la puerta del dormitorio.

La tridacna de Benjamín tenía un secreto: se encendía de azul en las noches. Cuando se la mostré, mi hermana chica tuvo miedo. No hay por qué tenerle miedo, le dije, todas las estrellas brillan de noche. Eso es media verdad y media mentira, hay noches en que las estrellas dejan de brillar, pero mi hermana se tranquilizó y dejó que la colgara en la pared de nuestra pieza. Me la quedé mirando un largo rato, jugando en la memoria con sus tres puntas azules hasta que Bach se me apareció en los oídos y yo pude dormirme sin pensar en el sabor a sangre del alambre retorcido que abrazaba mis dientes como una herradura.

Cuando saquen las alambradas que rodean la playa de rocas, me gustaría empezar a coleccionar estrellas por mi cuenta, fue lo que pensé esa noche en que descubrí el secreto de la tridacna de Benjamín. Pensé también que entonces habría dos grandes colecciones en el pueblo: la de Benjamín y la mía. Y la mía iba a ser la mejor, porque yo no sería dentista, sino coleccionista simplemente. Además que basta un dentista por pueblo, más aún si el pueblo tiene apenas siete calles tan desiertas como las nuestras. Tan solitarias que ahora ni siquiera importa que sea verano o invierno. Los veranos de antes sí que eran importantes. Desde muy lejos llegaban buses con gente a pasar el día

en la playa, porque aunque de rocas nuestra playa era tan magnífica en verano, que uno podía en ella olvidarse del resto del mundo. Los que llegan ahora no los conocemos ni los vemos, sólo sabemos que llegan por el ruido de los camiones en camino a la playa de rocas y porque después mi mamá se encierra en el baño a lavar el uniforme de mi papá.

Fue mirando el fuego azul y frío de la tridacna de Benjamín que decidí que cuando volvieran los veranos de entonces, yo iba a empezar mi colección de estrellas. Lo decidí porque todavía no sabía que el mar podía teñirse de rosa, ni sabía tampoco que los coleccionistas podían ser personas peligrosas. Por eso es que deseé que el tiempo que faltaba para empezar mi colección no fuera tan largo como dijo Benjamín. Por supuesto que no me lo dijo a mí, sino a mi mamá. Esto va para largo, le dijo. Y no se refería a mis dientes absurdos, porque cuando lo dijo era un viernes de Bach y ellos estaban sentados frente a sus tazas de té y de café. Yo había cerrado los ojos para imaginarme que estaba en la playa, pero yo puedo oír incluso con los ojos cerrados. Y con los ojos cerrados sentí que después de oír lo que Benjamín le había dicho, mi mamá le había rozado muy suavemente la mano, como lo hace conmigo o mi hermana cuando alguna amigdalitis la emprende con nosotros al comienzo de los inviernos. No se conocen todas las posibilidades que ofrecen los ojos cerrados. Mi mamá había rozado la mano de Benjamín porque su voz había sonado muy rara cuando le dijo ronco que esto iba para largo, es decir, el tiempo que faltaba para que volvieran los veranos de entonces y yo pudiera comenzar la colección que me había imaginado.

Sé que una colección es algo que no tiene fin, pero eso no me preocupaba, yo sabía que las estrellas van a existir siempre. No se las puede prohibir y yo pensaba que tenía mucho tiempo por delante. El caso de Benjamín era diferente porque era un adulto, casi tan viejo como mi mamá o mi papá. Su tiempo se había hecho escaso, aunque como dentista tuviera poco que hacer al final de esas calles desiertas. Quiero decir que era su tiempo de coleccionista el que se había hecho escaso después de la clausura de la playa y eso le preocupaba tanto, que durante muchos viernes lo único que sonaba en su consulta era Bach y ni siquiera me hacía abrir la boca para dar su paseo con el espejito redondo por ella. Nos esperaba con el té para mi mamá en la mesita y la caja de estrellas para mí junto al tocadiscos. Bach sonaba ya hace tantos viernes que yo había perdido el miedo de retroceder a Debussy o Buxtehude. Me apuraba en terminar mis tareas y mi mamá ni siquiera tenía tiempo para preguntarme por qué no me había vestido todavía. Hubo veces en que me puse el abrigo y los zapatos negros antes que ella y sin una palabra caminábamos las siete cuerdas hasta Benjamín, que seguía sorprendiéndose cuando nos veía aparecer, a pesar de que el té y la caja con estrellas nos esperaban como siempre.

Nadie sabe lo que pasa ahí detrás, Bárbara, dijo Benjamín una vez, nadie lo sabe y nos quedamos tan tranquilos como si aquí no pasara nada. Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería,

prométemelo, insistió mi mamá esa vez. Prometido, le respondió Benjamín y se tomaron su tiempo antes de empezar a hablar de otras cosas. Sin moverme y con los ojos cerrados, recorriendo con los dedos las puntas rugosas de las estrellas, yo pensaba en la playa y en los veranos de entonces. Lo que haya sido, Benjamín no cumplió lo prometido. Fue ese viernes en que el mar comenzó a teñirse de rosa como si fuera un atardecer. En la escuela, el padre Villaseca hizo correr las cortinas de la sala de clases para que no nos distraiéramos mirando el cambio de color y en lugar de empezar con geometría como todos los viernes, abrió la Biblia y sin mirarla habló de la siembra de vientos y la cosecha de tempestades, sin explicar con una sola palabra de cómo era posible que una cantidad tan grande de azul comenzara a sonrosarse de atardecer. Hablar de otras cosas es otra forma de callar, creo. Al terminar, cerró el libro y el amén se le cayó como un crujido de muy adentro, como cuando se rompe una rama seca. A la hora de almuerzo mi hermana chica dijo que el mar se había convertido en una sopa de frutillas y mi mamá la hizo callar de un palmetazo en la boca. Para que se dejara de llorar, yo le dije no más que eso pasaba también en los atardeceres, que se recordara del verano pasado. Voy convirtiéndome en un adulto hecho y derecho, pero mi hermana me cree todavía.

Estoy seguro que si no hubiera sido viernes, habríamos ido de todos modos al dentista. Benjamín no estaba. Había sólo un papelito colgado a la puerta que mi mamá leyó, lo convirtió en una bolita y sacó la llave de debajo del limpiapiés. Preparó su té, el café para Benjamín y puso la botellita redonda entre las dos tazas. Lo que no hizo fue poner el disco de Bach, así es que nos quedamos en silencio esperando. En un silencio tan grande, que era como si la calle se hubiera metido a la pieza. En ese viernes descubrí otra cosa: que mi mamá no sabe esperar. Por muy suaves o lejanos que fueran los ruidos de afuera, dejaba de recorrer la pieza y volvía a mirar por entre el enrejado de las celosías. Desde mi rincón junto al tocadiscos mudo, yo podría haberle dicho que no se preocupara, pero también estoy aprendiendo a callar. Cuando la puerta se abrió, yo ya había cerrado los ojos para escuchar mejor. Pude oír clarito el abrazo silencioso con el que mi mamá terminó su espera. Tonto, más que tonto, susurró mi mamá con sus ojos brillantes, fingiendo un enojo para que no se le notara la alegría chica de las personas grandes. Tosi antes de abrir los ojos y ahí fue que descubrí que los coleccionistas pueden ser personas peligrosas. Benjamín había puesto sobre la mesa, todavía húmedas, las tres estrellas más hermosas que yo había visto en mi vida, mucho más todavía que mi tridacna azulenca, porque eran estrellas que más parecían soles de atardecer, brillando sin esperar la noche. En vez de sentarse a contemplarlas, Benjamín bebió de pie un largo trago de la botellita redonda sin preocuparse de que yo viera que estaba llorando. Antes de tomarse otro, encendió las siete velas del candelabro polvoriento y otro más antes de poner el disco de los viernes. Volví a cerrar los ojos porque nunca se sabe para qué sirve ver llorar a los adultos. Antes de que la idea de la playa se apareciera en mi memoria, escuché que Benjamín se metía al baño y

vomitaba. Desde la mesita, muy brillantes, las estrellas nuevas aplastaban el olor a consulta y aromatizaban de mar la pieza. El deseo de tocarlas me picaba en la punta de los dedos, pero sólo me acerqué a ellas cuando mi mamá acompañó a Benjamín a la segunda habitación, la que no conozco, y yo subí otro poco el volumen de la música para que no fueran a creer que estaba escuchando.

No es mi culpa que Bach tuviera momentos tan quedos y que yo no necesitara cerrar los ojos. Yo estaba a solas con las estrellas. Me acodé a la mesita, sin pestañear, para ir mirando cómo se les secaba el agua. Y nosotros aquí tan tranquilos como si todo fuera normal, decía Benjamín. La estrella más grande tenía doce puntas y todos los rojos que uno sea capaz de imaginar, partiendo desde un rosapálido en el centro hasta un marrón fulgurante en cada punta. Nadé en diagonal hasta el primer arrecife, decía Benjamín y yo volvía a contar los doce límites de la gran estrella roja. Allí los vi, Bárbara, allí donde empieza la primera rompiente, decía Benjamín. La segunda estaba hecha de un solo verde. No puedes imaginártelo, Bárbara, decía Benjamín. Era tan verde que se veía como una hoja de encina, hasta con las venitas de las hojas, una hoja sin defectos aunque no alcanzara a ser perfectamente simétrica. Les amarraron ruedas de trenes a los tobillos, Bárbara. La más pequeña era la reina de las tres, era como si la hubiera pintado mi hermana con todos los colores de mi acuarela y tan pequeña que yo podía encerrarla en mi puño. Están en un fondo de arena cubiertos de cangrejos y son tantos, Dios mío, son tantos, repetía Benjamín. Antes de que se acabara el disco y comenzara ese largo silencio que salió de la segunda pieza, volví a mi rincón y cerré los ojos. No para imaginarme la playa, sino para dormirme de verdad, sin sueños, sin nada.

Benjamín me despertó haciéndome cosquillas con una tableta de chocolate en la nariz y Bach sonaba de nuevo, haciendo que el viernes fuera otra vez viernes. Mi mamá me miró con ojos muy brillantes, pero yo sé que ella no llora, así es que pensé que era porque también los ojos de Benjamín estaban igual de brillantes. Como si los dos se entendieran hasta en eso. Todo era tan normal que hasta lamenté que mi hermana chica no estuviera con nosotros; tan tranquilo que a mi mamá y a mí nos costó trabajo tener que ponernos los abrigos. Cuidate, por lo que más quieras, cuidate, susurró mi mamá a mis espaldas.

Esa noche, antes de dormirme volví a mirar la tridacna encendida y ya no estuve tan seguro de querer ser coleccionista, por mucho que le envidiara a Benjamín sus últimas tres estrellas. Y ya estuve completamente seguro cuando el lunes temprano escuché lo que la señora Blanca le dijo a mi mamá: se lo llevaron anoche, señora. Lo dijo bien despacito porque creía que mi papá estaba en la casa. Mi mamá ni siquiera se fijó en mí cuando partí a la escuela. Después de la canción nacional, el padre Villaseca ordenó que se abrieran las ventanas de la sala de clases y mirando de reojo, igual que nosotros, el mar rosado, habló de la primera plaga en el país de los egipcios. Cuando llegamos al amén yo me quedé callado, porque estaba pensando en otras cosas. Ese lunes fue un lunes muy largo. Todos los lunes son largos, pero ése

fue el más largo de todos. Y no lo digo porque los lunes me toquen tres horas de matemáticas seguidas. Para su mala suerte, aquel lunes duró para mi mamá hasta el miércoles en la tarde, hasta la hora en que mi papá regresó de la guardia del fin de semana. Precisamente le tuvo que pasar a ella, que no sabe esperar. Mi papá protestó porque mi mamá nos había enviado a la cama tan temprano. Mi hermana chica lo llamó desde la pieza y él encendió la lámpara de velador para hacer sobre la pared las sombras que a mi hermana le gustan: un perro, un gallo, una cabra y un enano con bonete. Son las mismas que me gustaban a mí cuando era chico y que dejaron de gustarme cuando aprendí a hacerlas yo solo. Mi hermana aplaudió cada sombra. Antes de salir, mi papá me preguntó si todavía quería un tren eléctrico para la pascua. Claro, le dije. Bueno, vamos a ver cómo anda la nota en matemáticas este año, dijo. Nos arropó a los dos, apagó la luz y volvió al comedor. Nos quedamos en la oscuridad con el fuego azul de la tridacna y mi hermana me preguntó si yo podía hacer sombras con las manos igual que el papá. No, le mentí, y le pedí que se callara porque quería dormir. Recién pude escuchar algo cuando la señora Blanca dijo que ya había lavado los platos y preguntó si podía irse. Buenas noches, dijeron los tres.

Sin necesitar estar enojado o gritar, es la voz de mi papá la que se escucha siempre. No puedo hacer nada, princesa, yo cumplo órdenes. Yo seguía pensando en otras cosas, tratando de no mirar la estrella azul. Hasta los niños saben que es zona prohibida y los letreros están escritos en buen español. Yo pensaba, por ejemplo, que me iba a costar trabajo subir la nota en matemáticas. No están los tiempos para andar metiendo la nariz donde no corresponde, princesa, tú sabes que se rumorea cualquier cosa allá afuera. Por más que pensaba no se me ocurría nada. Mejor es que cambiemos de tema, princesa, los asuntos del servicio no tienen por qué interesarte. ¿O sí? Lo único que me interesa es el tratamiento del niño, casi gritó mi mamá.

Entonces dejé de pensar, porque se me ocurrió la idea.

Empecé primero con unos gemidos suavitos: uno corto, uno largo, uno corto, otro más largo. Yo sabía que no podía apurarme, que tenía que hacerlo bien, así es que pasó como una hora antes de que se dieran cuenta. Fue mi hermana la que me ayudó y se levantó para ir a decir que yo no la dejaba dormir. Mi papá encendió de nuevo la lámpara del velador y me preguntó lo que me pasaba, pero no le respondí. Sólo que ahí cambié los gemidos por los quejidos. Mi papá me puso la mano en la frente. Parece que tiene fiebre, princesa, le dijo a mi mamá. Empecé a revolcarme y a transformar los quejidos en una especie de aullidos, sin responder cuando mi papá me volvía a preguntar dónde me dolía. A lo mejor es la barriga, dijo mi mamá. Ahí sí que tuve que decir algo: los dientes, dije, me duelen los dientes. Y mi mamá se me quedó mirando con la boca abierta. Por suerte mi papá ya se había ido al baño a buscar una aspirina. Vomitarla no me costó mucho trabajo, porque lo hago siempre. Mi hermana me siguió ayudando y se contagió con mi llanto, así es que todo era cuestión de esperar. Pasó mucho tiempo antes de que mi papá se decidiera a llamar por teléfono. Pasó tanto tiempo que llegué a pensar que la idea

no era tan buena. No se puede llorar por tiempo indefinido, aunque se quiera. Mi mamá me llevó en brazos al comedor para que mi hermana pudiera dormir y para que mi papá pudiera verme bien. Me preparó un té y al té le agregó unas gotas. Son para dormir, le explicó a mi papá. Eran las gotas para la tos, pero para el que no sabe, los frascos se ven iguales porque mi hermana les había arrancado las etiquetas durante la última amigdalitis. Era muy tarde cuando mi papá se decidió a llamar por teléfono. Dejó la puerta del dormitorio abierta y yo reduje los llantos para que mi mamá pudiera escuchar. Bajo mi responsabilidad, le dijo al oficial de guardia, mándelo a mi casa con un vehículo después que firme la declaración. Y dígame que tiene veinticuatro horas para abandonar el pueblo. Usted me entiende.

Cuando el Land Rover pasó a buscarnos, mi mamá y yo ya estábamos con los abrigos puestos. Bajo mi responsabilidad, doctor Glisser, le repitió mi papá a Benjamín desde la puerta. Pero no sirve de nada tener buenas ideas si los adultos mienten. Estábamos los tres sentados, cuando le dije al chófer que esperara un momento y volví a la casa a buscar la tridacna azulencu. Es que ya estaba seguro que no iba a ser coleccionista y pensé que lo mejor era devolvérsela a Benjamín. Mi papá hablaba de nuevo por teléfono: recójanlo hoy en la tarde, decía. Me devolví con las manos vacías y con algo como dolor de estómago.

También la madrugada era rosada cuando llegamos a la consulta. Sin poder disimular sus ojos brillantes, mi mamá le dijo al chófer que se podía ir, que nosotros íbamos a regresar a pie. Está bien, señora, respondió él. Benjamín abrió las ventanas de par en par, y antes de lavarse la cara se quedó mirando un rato en dirección a la playa, hacia el lado por donde sale el sol. Para que no se produjeran malentendidos me fui al rincón del tocadiscos, puse el de Bach y me senté sin ganas a jugar con las estrellas. Ellos estuvieron mucho tiempo sin decirse nada, hasta que mi mamá empezó a llorar, casi como por casualidad. Benjamín le tomó el pelo, sin importarle si yo tenía los ojos abiertos o cerrados, pero yo hice como que jugaba con la más pequeña de las estrellas nuevas, la que parecía pintada por mi hermana chica. No pasó nada, Bárbara, no alcanzó a pasar nada, le decía Benjamín a su oído y sonaba como si fuera él, el que quería convencerse de que era cierto. Sé que no habría servido mucho que yo hubiera dicho algo. A lo mejor, sólo les habría roto el primer jueves de su vida, por eso no dije nada.

El café y el té se habían enfriado en las tazas antes de que Benjamín tranquilizara a mi mamá y la contagiara con una risa que no le creí. Bueno, revisemos ahora al campeón, dijo levantándose. Si no hubiera seguido riéndose, yo habría creído que estaba diciendo en serio lo de "campeón". Ni siquiera me hizo sentarme en el sillón. Me sacó el alambre y le dijo a mi mamá: digamos que fue una inflamación a las encías, esto no lo va a necesitar más. Y tiró el alambre al canasto de los papeles. No me pareció tan extraño que el sabor a sangre se quedara donde mismo, porque ya me había acostumbrado. Hoy a la tarde le echamos un último vistazo a esos dientes absurdos, dijo, pero

mi mamá fue la única que siguió riéndose. Entendiendo mal mi forma de mirar las estrellas colgadas a la pared, Benjamín me puso la mano en el hombro y dijo: no me las voy a poder llevar, ¿te quieres quedar con ellas, campeón? No, gracias, pero si quiere se las guardo, le mentí mirándome la punta de los zapatos. Me puse el abrigo y salí a la calle antes que mi mamá, para que por mi culpa no tuvieran que ahorrarse el último abrazo.

Rostock, 1982

TERRORISMO A LA VIOLETA

La información de que el Gobierno no tiene el ánimo de poner trabas al trabajo creador y que la censura de nuevas publicaciones "está orientada únicamente a evitar la apología del terrorismo", debe ser considerada, a lo sumo, como una declaración de buena voluntad para los permisos futuros... Pruebas al canto: El 3 de septiembre de 1980 se presentó en el edificio Diego Portales una solicitud de permiso para el libro **Gracias a la vida, Violeta Parra, testimonio**, del cual soy co-autor. Solamente el 6 de septiembre de 1982 (después de dos años) el libro fue aprobado y saldrá, por lo tanto, a librerías con un retraso de 733 días.

(Carta de Bernardo Subercaseaux al diario *La Segunda*, 9-XI-82.)

JOSE MIGUEL VARAS

Adiós, Raúl

Unas líneas en *El Mercurio*, difíciles de encontrar en una columna de notas de crónica opacas, informaron de manera telegráfica sobre los funerales de Raúl Iturra Falcka, muerto en un atropellamiento en la vía pública, en Santiago.

Está bien, Raúl no habría querido más de *El Mercurio*.

Para los que fuimos sus compañeros y amigos se plantea en cambio el deber de recordarlo largamente y de reparar, cuando se pueda, la tremenda injusticia de que este gran escritor, artífice de la prosa, poeta de respeto, jamás haya publicado un libro, aunque sea el autor de miles de páginas.

Lo conocí allá por 1948, cuando González Videla seguía anunciando la guerra mundial a meses plazo y la iniciaba por su cuenta, por cuenta de los yanquis, movilizándolo el ejército contra los mineros del carbón, borrando de los registros electorales a 40.000 comunistas y enviando al campo de concentración de Pisagua a muchos de ellos.

Raúl Iturra Falcka llegó a Santiago, en busca de trabajo —para sostener a su madre viuda y a su hermano, estudiante de Bellas Artes—, luego de haber perdido el suyo en Concepción, por motivos políticos. Creo recordar que firmó una carta pública de renuncia al Partido Radical, en el que militara por tradición familiar, como protesta por la represión.

Era flaco, usaba gruesos anteojos, tras los cuales resplandecían unos ojos claros, dorado-verdosos, en permanente expresión de maravilla. Lucía sobre el labio superior un bigotillo rubio, que engrosó con los años, y que solía atusar con empaque. Llevaba su vestimenta raída, sus camisas

remendadas, sus puños con flecos, sus corbatas torcidas y sus zapatos rotos, con una curiosa dignidad anti-gua, de hidalgo español. Entendía la política ante todo como comportamiento ético.

Comenzamos a militar en el Partido Comunista, entonces ilegal, en el mismo año: 1949. Juntos asistimos a las primeras reuniones de célula y juntos vivimos la jornada del 7 de noviembre, que fue nuestro bautismo de fuego.

Se nos había citado aquel día en la Pérgola de las Flores, junto a la iglesia de San Francisco. Éramos un puñado. Nos paseábamos en grupos de a tres o de a cuatro, sin saludarnos, intercambiando conspirativas miradas de reojo. Supongo que éramos altamente conspicuos, con aquel desplazamiento sin objeto evidente, por entre las flores. En las esquinas de San Antonio y de Londres, mas allá en la Alameda, se advertían otros grupos similares.

Alguien, tal vez Vidal, llegó apresurado y nervioso y nos dio instrucciones de organizarnos en una columna y marchar hacia la calle Ahumada. Así lo hicimos, y caminamos juntos, sintiendo lo reducido de nuestro número, primero por el centro de la Alameda, luego por Ahumada en dirección a la Plaza de Armas. Por el camino se iban incorporando otros grupos.

En la esquina de Ahumada con Moreda, donde había un edificio en construcción, vi que algunos de los obreros que marchaban se apartaban unos instantes de la columna para acercarse a un montón de ripio y llenarse previsoramente los bolsillos de piedras. Nos miramos, Iturra y yo,

y decidimos imitarlos. Marchábamos en silencio. Sólo se escuchaba el raspar precipitado de nuestros pasos y el fuerte palpitir de nuestros corazones.

Una compañera esbelta y de anteojos, que ejercía al parecer, una función dirigente, nos dijo en tono iracundo: "¡Qué pasa, compañeros! ¡Hay que gritar las consignas! Si no, ¿para qué salimos a la calle, entonces?"

Nos sentimos confundidos, porque nadie nos había comunicado cuáles eran las consignas. Pero pronto se elevaron algunos gritos que luego comenzamos a corear en forma acompasada: "¡Relaciones con la URSSI! ¡Relaciones con la URSSI!". Allá adelante una voz muy aguda gritó: "¡Viva el glorioso Partido Comunista de Chile!". Todos respondimos: "¡Vivaaa!" "¡Muera el traidor González Videla!" "¡Mueraaa!"

Algunos transeúntes se apartaban despavoridos. Otros se detenían con curiosidad para observarnos. Unos pocos aplaudían desde la vereda. Notamos que mágicamente la columna se había engrosado. Frente al Banco de Chile nuestras voces unidas resonaban de manera poderosa. Comenzamos a sentir una especie de euforia, la sensación embriagadora y caliente de la fuerza colectiva, no sin una pequeña punta fría de peligro. Llegamos a la plaza marchando por el centro de la calle, como sus dueños, y gritando a voz en cuello.

Extraña impresión: la Plaza de Armas estaba llena de disfrazados. Se celebraba la Fiesta de la Primavera o "Fiesta de los Estudiantes", como se decía entonces. Una multitud de piratas, princesas, mosqueteros, diablos colorados, colombinas y pastoras vagamente europeas y enjambres de chiquillos disfrazados de cualquier cosa, con bigotes pintados con corcho quemado, paseaba, ondeaba, bajo un dosel flotando de chaya y serpentinas. Casi todos los rostros estaban ocultos bajo máscaras o caretas. Se escuchaban risas, gritos y los graznidos nasales de las cornetas de cartón.

Seguimos marchando, gritando —ahora con cierta inseguridad— nuestras consignas heroicas y severas, que contrastaban en exceso con el clima de la Plaza. Cuando llegá-

bamos a la altura de la catedral, una especie de marea verde de carabineros, armados de lumas, cargó contra nosotros. Vi fugazmente un entrevero confuso, los compañeros que iban adelante forcejeando con los carabineros, tratando de arrebatarles sus bastones o, a lo menos, de impedirles que los usaran para golpear. Repentinamente se escucharon disparos, hubo un desbande de manifestantes y de disfrazados, en medio de gritos agudos. Sentí el olor de la pólvora y me encontré, de manera inexplicable, tumbado en el suelo, detrás de uno de los muchos automóviles estacionados junto a la plaza. Raúl estaba a mi lado, en la misma posición.

Miramos hacia la catedral a través de la calzada, que se había vaciado de súbito y vimos, casi al mismo tiempo, a una niña liceana, de uniforme azul marino, caída en la vereda en un charco de sangre. (Muchos años más tarde supe que era Virginia Vidal.) Se oyeron otros tiros a nuestras espaldas y nuevos gritos de espanto de los disfrazados.

Me dirigí a un muchacho robusto, a quien había visto desfilando en nuestra columna, que se encontraba también parapetado allí. Quise pedirle alguna orientación y le dije: "Bueno, compañero, ¿y?". Se sobresaltó y pareció dar a mi escueta interrogación el sentido de un llamado de atención porque, inesperadamente, metió la mano al bolsillo, sacó un pequeño revólver que parecía de juguete, y disparó en dirección a un grupo de carabineros. Uno de ellos cayó al suelo. Se escucharon más disparos.

Más tarde, Raúl Iturra reprodujo el clima alucinado de aquel día en un poema, que alguna vez se publicó en *El Siglo*. Tema central: su encuentro con su hermano Julio, con quien se había criado "comiendo lentejas en una misma casa de provincia" (cito, claro está, de memoria), compartiéndolo todo, excepto, como suele suceder hasta en las mejores familias, los pensamientos profundos, las inquietudes íntimas. De modo que Raúl no sabía que Julio era militante de la Juventud Comunista, ni sabía Julio que Raúl era militante del Partido. Se encontraron, pues, en la Plaza, en medio de las balas, y Julio lo interrogó "con extraña amabili-

dad", diciéndole: "¿Todavía estás vivo, camarada?".

Raúl Iturra poseía un sentido del humor excepcional, y pocos escritores chilenos, me atrevo a decir, han poseído un manejo tan diestro del estilo como él. Recuerdo su "Noticiero del Hombre Feliz", y sus fantásticos libretos del programa de medianoche que hicimos en 1947 en Radio Corporación. Recuerdo sus evocaciones de la infancia en el Cerro Caracol de Concepción, con vagabundeo interminable, aventuras e intercambio de proyectiles, cierto tipo de semillas o bayas, no lo sé bien, que se deshacían al hacer impacto en la cabeza o en el cuerpo del enemigo y que "ofendían grandemente con su mugre". Recuerdo su retrato de Enrique Molina, para él una especie de "bestia negra", en aquel entonces Rector de la Universidad de Concepción, un figurón a quien el oficialismo rodeaba de un falso prestigio de filósofo; Raúl lo mostró como lo que era, fatuo e intelectualmente paupérrimo, paseando por los claustros su cabellera "rala y señorial".

Cuando tomaba, no se distinguía por la moderación; sin embargo, era capaz de la más rigurosa disciplina y dotado de una portentosa capacidad de trabajo. Producía a gran velocidad libretos radiales, artículos, crónicas y editoriales, siempre interesantes, llenos de chispa y de sorprendentes hallazgos estilísticos. Sus poemas, en cambio, los trabajaba con lentitud, los conservaba largo tiempo en los bolsillos, para retocarlos o reescribirlos, en papeles cada vez más gastados y amarillentos, que a menudo terminaba por perder. A diferencia de otros poetas, no aprovechaba ni suscitaba ocasiones para leerlos. Lo hacía sólo cuando esto le era solicitado, con el papel muy cerca de los anteojos, con voz agradable y profunda.

A consecuencia de sus tendencias báquicas incontenibles le ocurrían grandes calamidades. Perdía el sueldo, los anteojos o la dentadura postiza, caía a la cárcel o al hospital. Una tarde, contaba, a la hora del calor, en pleno verano, venía sentado en una micro destartada, sumido en una modorra ingrata, en la que se mezclaban el cuerpo malo, el olor a bencina quemada, el calor y el "tonto Mora-

les". La micro semivacia se detuvo en las cercanías de la Vega Chica. Por la ventanilla abierta a su lado penetró una mano, que cogió con dos dedos sus anteojos de la parte central del marco, sobre la nariz, para retirarlos luego, mientras el vehículo partía, dejándolo ciego y maravillado "por la precisión y la delicadeza de la operación".

Trabajó en *El Siglo* por lo menos 15 años. Era perfectamente capaz de escribir una página de redacción completa y alguna vez lo hizo. Normalmente escribía por lo menos tres artículos cada día: el editorial, algún comentario polémico y su columna de "Tomás Gordo". No era raro que, además, redactara algún otro material. Cuando lanzaba un ataque especialmente duro contra políticos reaccionarios o traficantes del escenario nacional, firmaba escrupulosamente con su nombre completo. Usaba tres o cuatro seudónimos, y modificaba su estilo en función de ellos, de manera que siempre la página de redacción parecía escrita por varios articulistas.

Por vocación y por necesidad, era un gran caminante. Conocía Santiago mejor que nadie, y lo conocía a pie. Era un insigne coleccionista de letreros ingenuos, absurdos o ingeniosos del comercio minorista, y una vez le escuché una prolongada disquisición sobre el misterio encerrado en una inscripción hecha con tiza sobre una pequeña pizarra que encontró en un boliche de la calle Eyzaguirre: "Mote F. y H. Tostada". ¿Cómo —se preguntaba Iturra— el autor llegó a un tan perfecto conocimiento intuitivo del estilo que sabía que no necesitaba más para que, infaliblemente, todo connacional que leyera el anuncio supiera de manera instantánea que se trataba de "mote fresco" y "harina tostada"? Le complacían las incorrecciones gramaticales del habla o la escritura popular que enriquecen, en virtud de su propia incorrección, la fuerza expresiva de algunas frases. Atesoraba hallazgos como la insuperable elocuencia de cierto cartel, encontrado en un paradero de buses rurales, en que se leía: "Los pasajeros que lleguen atrasados, los buses se van no más".

Amaba apasionadamente a la in-

mensa mayoría de las mujeres que conoció y les dedicaba bellos poemas. En sus tiempos de juventud, en Concepción, lo llamaban "El fauno". Conservó el sobrenombre entre quienes lo conocieron en sus primeros tiempos santiaguinos. Se casó tarde y fue un marido tierno, gentil, un padre infinitamente afectuoso con su abundante prole.

Era reflexivo, crítico y franco en la vida interna del diario y del Partido. No creo que nunca haya tenido dudas en cuanto a lo esencial del compromiso político que asumió tan joven. Vivió el periodismo como un combate permanente, y lo sostuvo con abnegación sin reclamar privilegios ni honores, encontrando tal vez la satis-

facción más plena —moral y estética— en su ejercicio.

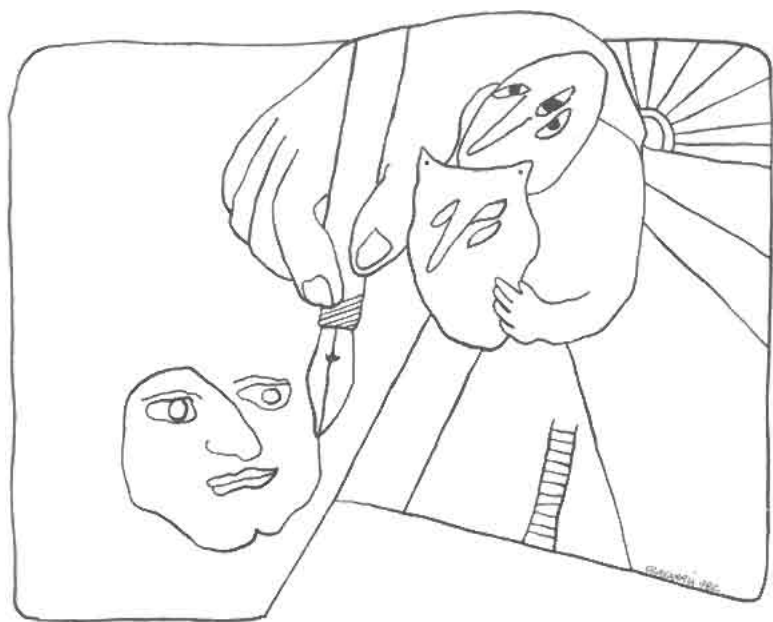
Luis Sánchez Latorre, que lo conoció como periodista (tal vez no como poeta) ha hablado en un artículo publicado en *Las Últimas Noticias*, de su final "triste, muy triste...", porque, desprovisto de páginas en las cuales escribir, deambulaba sin rumbo por las calles en busca de algún amigo de buena voluntad". En él vio acertadamente "la virtud de mantener encendido el fuego de la fe", la lealtad a los principios.

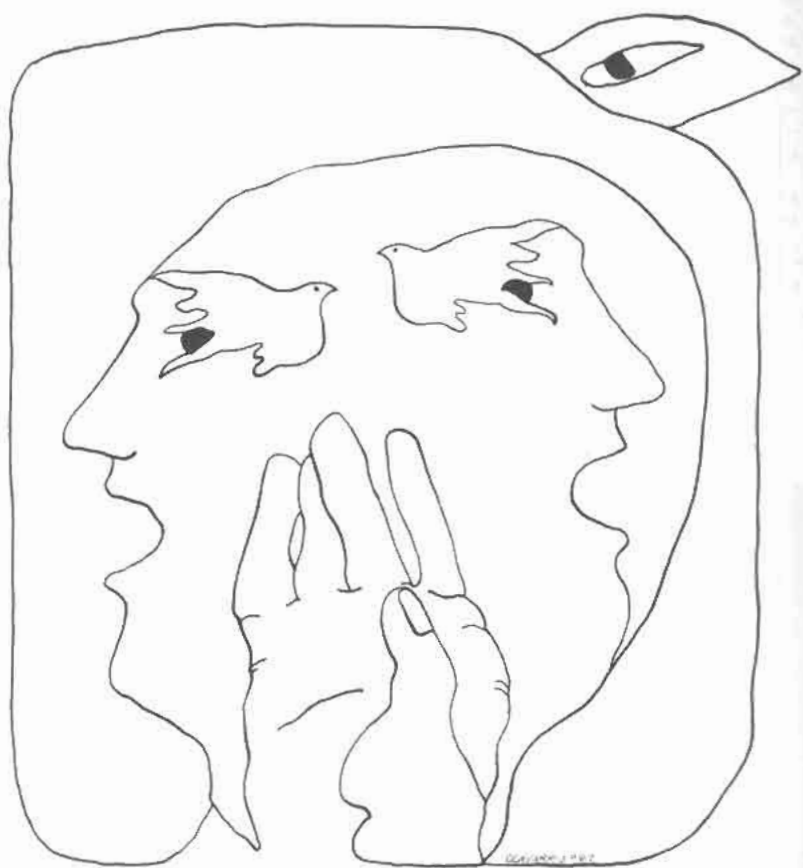
Un vehículo motorizado puso fin a ese deambular sin rumbo en la vía pública. En el Cementerio General, los compañeros lo despidieron cantando "La Internacional", con los ojos llenos de lágrimas.

RUSSIAN CONNECTION

Las causas de la recesión están planeadas. Yo diría que dirigida y lanzada desde Moscú contra los países occidentales.

(Declaraciones del almirante José Toribio Merino a la prensa uruguaya. Reproducidas en *Hoy*, N° 279, 24/30-XI-82.)





Un puesto en el combate

**Llamamiento de los
intelectuales comunistas chilenos
a los escritores y artistas,
a los académicos y estudiantes,
a los profesionales y técnicos,
a los comunicadores sociales
y trabajadores de la cultura***

I

Nuestro objetivo es la libertad: La libertad de Chile y de su pueblo.

Porque el hombre "alfa y omega, principio y fin, medida de todas las cosas, es el amor, el sueño, el objeto y el sujeto" del transitar histórico de la humanidad, y porque estos mismos hombres, encarnados por nosotros en el pueblo de Chile, sufren hoy el despojo de toda libertad.

La libertad, derrotero de millones de hombres y pueblos a través de los siglos, sigue siendo todavía una esperanza no resuelta en vastas latitudes de la tierra, y Chile es de ello trágico ejemplo.

Libertad y cultura, una vez más, son inseparables. Siendo la libertad superación por los hombres de las condicionantes materiales originadas en la naturaleza, así como de las trabas impuestas por las relaciones de desigualdad, explotación y opresión propias de una sociedad de clases, supone ella conciencia de estas necesidades que limitan a los hombres, trabajo y lucha organizada. Sólo así van abriéndose, histórica y socialmente, las posibilidades de crear los fundamentos reales para el desarrollo pleno de todas las potencialidades del ser humano.

La libertad no es, en consecuencia, únicamente ausencia de prohibiciones, como no es tampoco el solo reconocimiento teórico de derechos que hoy son negados a los chilenos.

Nadie puede hoy dejar de preguntarse seriamente acerca de qué libertad de pensamiento o de decidir su propio destino y el del país, tienen aquéllos que carecen de trabajo y de medios vitales de subsistencia; o cuán libre podrá ser mañana el niño que carece de derechos ahora, incluso de pan, o los miles de jóvenes que no saben qué rumbo tomar, porque el país no les ofrece un camino de vida.

No existe libertad para quienes sufren las cárceles del régimen.

No existe libertad para todo aquél que vive en la constante inseguridad, como los incontables trabajadores despedidos hoy de IRT, Fanaloza, Yarur y de cientos de otras empresas víctimas de la creciente cadena de quiebras. No

* Documento entregado a la circulación en Santiago, julio de 1982.

existe la libertad para los miles de trabajadores para quienes las rebajas de sueldos y salarios son constante amenaza. No existe la libertad para todos los chilenos que hoy no saben qué creer, sometidos cada día a nuevos bombardeos de insólitos hechos criminales, jamás aclarados plenamente, que, en definitiva, son sólo algunas expresiones de la crisis, degradación y corrupción moral a las que el régimen ha llevado al país.

No es en el sistema de explotación capitalista, en consecuencia —en el que unos pocos controlan los medios para hacer valer sus privilegios en desmedro de la inmensa mayoría—, donde la libertad encontrará su reino. Y tanto menos en nuestro Chile de hoy, en el que los intereses del gran capital financiero —expresados y defendidos por el poder fascista para acrecentar y garantizar sus superganancias—, imponen la ausencia de toda libertad, pues para negar una vida digna a la mayoría del país este poder recurre en primer lugar al cercenamiento de todas las libertades ciudadanas.

La agresión del régimen

Es en este escenario donde los intelectuales de Chile —profesionales y técnicos, académicos y estudiantes, escritores, artistas y trabajadores de la cultura— reciben la agresión múltiple del régimen. Por una parte, inseguridad económica exarcebada, junto a la anulación práctica de muchas de sus capacidades de aporte intelectual a la nación. De otra parte, explotación y represión, que como los pares de una misma tenaza se necesitan mutuamente para someter a todo el pueblo de Chile a una forma de vida empobrecida económica, social y culturalmente.

Día tras día, el fascismo va quedando al desnudo como lo que efectivamente es: la máxima ruptura con la historia y la cultura de Chile.

Todos los valores y conductas forjados en duras y largas luchas por lo mejor de los chilenos, han sido atacados y puestos bajo amenaza desde el mismo 11 de septiembre de 1973: el verdadero patriotismo —jamás opuesto a la amistad y cooperación con otros pueblos del mundo—; la adhesión sincera a la democracia y el deseo de participar y decidir sobre los destinos del país; el aprecio al trabajo y la creatividad en condiciones adversas; el ejercicio pleno y cotidiano de la solidaridad.

El fascismo es, pues, no sólo la explotación y represión llevados al límite. Es también, por su mismo desprecio a los valores humanos, la anticultura y la antihistoria de Chile. Para dominar y perpetuarse, el poder fascista embiste sin escrúpulos de ninguna especie, frontal e hipócritamente, contra lo esencial de nuestra identidad como nación y como pueblo. Pretende, al mismo tiempo, que parezcan sinónimos los más antagónicos intereses: los de Chile y los de la reducida casta en el poder —el mando militar pinochetista y la gran burguesía financiera, asociados a los círculos más agresivos del Pentágono y a las empresas transnacionales— buscando, puesto que no puede lograr la aprobación consciente de las mayorías, el silencio o la pasividad de los más.

Con la represión presente y amenazante, la tiranía pretende atemorizar y atomizar a los chilenos, borrar nuestra memoria histórica, aniquilar todo espíritu crítico e impedir la costumbre de organizarse, en primer lugar entre los trabajadores. Intenta hacer desaparecer todo interés por los destinos de la patria, desprestigiando la política y tratando de embotar la sensibilidad y la razón de quienes piensan. Busca romper la esperanza y la decisión de quienes quieren cambiar a Chile en sentido profundo y positivo. Aspira así la tiranía a lograr que nadie entorpezca ni obstaculice la política ejercida desde el poder del Estado y con su ayuda en beneficio de los grupos económicos y del capital transnacional.

Porque como producto de una política económica antipatriótica y antipopular, se ha arrojado al país al borde de la quiebra, con una deuda externa que bordea los 18.000 millones de dólares, una cesantía real que se acerca al 30 por 100 de la fuerza de trabajo, con el más grave daño a nuestra industria, anulándose el esfuerzo histórico de innumerables profesionales, técnicos y científicos chilenos, así como del conjunto de nuestra clase obrera.

A través de todo este proceso, el gran capital financiero y los monopolios transnacionales se han hecho dueños del país, en una escalada de concentración del poder y la riqueza jamás vista en nuestra patria.

Estos son el enemigo, la situación y el desafío que los intelectuales de Chile tienen frente a ellos.

Los intelectuales pueden constatar —por su propia experiencia— cómo ha llegado a imperar el desprecio oficial a las mejores tradiciones y valores del pueblo de Chile, cómo se despliega el control, la irracionalidad y la utilización antidemocrática del sistema educacional, cómo se manipula con el aparato de comunicaciones del país, cómo campea la discriminación económica, la censura arbitraria o el silenciamiento por la vía de la represión directa sobre la creación y difusión artística y literaria.

La privatización de la cultura

Todo es válido para el fascismo en su cruzada por destruir el acervo cultural progresista y democrático de Chile y por imponer su paupérrima pseudo-cultura, plagada de ideología retrógrada y antihumanista.

Tiende así a estructurarse en el país una "cultura oficial" cada vez más clasista y excluyente, que padece a la vez de encierro en sí misma y de cosmo-politismo, puesto que no guarda relación sólida ni con nuestras raíces ni con nuestro entorno latinoamericano, como tampoco con las más altas expresiones de la cultura universal.

Al tiempo que se privatiza la cultura, se convierte a sus productos en mercancía y se la transforma en mecanismo de alienación y de opresión, sea en su variante elitista o en la mal llamada "cultura de masas", que pocas veces pasa de ser algo más que un inmenso negocio.

Frente a esta "cultura oficial" resiste y emerge —en medio de sus propias contradicciones y no sin esfuerzo— una cultura en la que se integra lo popular y progresista, lo democrático y revolucionario que existe en nuestro país, y que tiene sus más hondas raíces en nuestra historia, desde Lautaro y los libertadores hasta el movimiento obrero y popular, democrático y antifascista de nuestros días.

II

Nuestra bandera: rebelión y unidad

Ante todo ello, nosotros, comunistas —militantes del partido que Pinochet no puede ni podrá destruir— levantamos la bandera de la unidad para conquistar la libertad: unidad de la clase obrera y de todos los trabajadores, clases y capas sociales afectadas por la catastrófica gestión del régimen, entre los que se encuentran, en su mayoría, los intelectuales y trabajadores de la cultura.

Para ellos también tenemos nuestra voz. Para ellos y con ellos decimos que nuestra política es la de la unidad y la rebelión. Porque Pinochet no se irá por su voluntad ni el fascismo abandonará el terreno por propia decisión. Son

demasiados los intereses mezquinos involucrados, demasiados crímenes y arbitrariedades los que manchan la conciencia de sus autores, y los responsables no son otros que los que detentan el poder.

La lucha por la libertad y dignidad de Chile conlleva un valor moral, de razón y de justicia, que le otorga parte esencial de su fortaleza. Ello se hace particularmente evidente en el plano de la cultura y del quehacer intelectual, cuya esencia y perspectiva de realización plena descansan y se asocian imperativamente en la existencia y lucha por la libertad, terreno en el que nada puede ofrecer el régimen.

Sin embargo, como se ha constatado durante estos nueve largos años, la fortaleza moral de la razón y la justicia, la lógica y la solidez del alegato intelectual no bastan frente al fascismo. El régimen, una y otra vez, hace tabla rasa del anhelo libertario del pueblo, desconociendo y desoyendo todo argumento, petición o reivindicación.

A lo largo de la historia, siempre el poder político ha descansado sobre dos pilares: el grado de adhesión y consenso que sea capaz de suscitar en los pueblos y el uso de la fuerza coercitiva y represiva del Estado. Con todos los matices que sea posible establecer, nunca un régimen político en una sociedad de clases ha dejado de recurrir a la fuerza represiva, y en Chile se hace evidente que el régimen —en la misma medida que es incapaz de captar la adhesión del pueblo— se mantiene en última instancia gracias a la violencia de la represión y de las armas.

Ante esta realidad no cabe abstenerse, ni puede haber nadie de convicciones honestamente democráticas que pueda persistir fundadamente en alimentar falsas y utópicas ilusiones al respecto. Ante todo demócrata consciente, ante todo intelectual honesto, ante todo trabajador de la cultura que pretende ejercer plenamente su quehacer, se plantea forzosamente pronunciarse y actuar en dirección al único camino realista: a Pinochet y al fascismo hay que derrocarlos y erradicarlos para siempre.

El pueblo de Chile no sólo tiene la necesidad, sino también el pleno derecho a rebelarse contra el poder que lo sojuzga y que desnaturaliza la vida del país. Nuestra política, en consecuencia, responde a esta necesidad y a este derecho: el combate más amplio, más decidido, más unitario y audaz para aventar al fascismo, he ahí nuestro planteamiento.

En tal perspectiva, la clave del avance es la unidad de la fortaleza moral de la causa de la libertad con la fuerza de un pueblo movilizado y combatiente, dispuesto a ejercer el derecho legítimo al uso de la violencia en todas las formas que sean necesarias para terminar con la violencia del fascismo. No enfrentar esta realidad, sólo conduce a prolongar la agonía de Chile y de su pueblo.

A través de la historia universal, pueblos enteros y pensadores destacados ejercieron y defendieron el derecho de rebelión contra las tiranías. Ya en la Edad Media, Juan de Salisbury, más tarde Santo Tomás de Aquino, el sacerdote Juan de Mariana, luego los reformadores escoceses, entre ellos John Knox, posteriormente Martín Lutero, Juan Milton, John Lock, Juan Jacobo Rousseau en Francia, Henry David Thoreau en Estados Unidos, y tantos otros, desarrollaron un pensamiento que alcanza ya su más plena expresión en la Declaración Francesa de los Derechos del Hombre, legándonos el principio que afirma que "cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para éste el más sagrado de los derechos y el más imperioso de los deberes".

La rebelión popular que propiciamos constituye el primer eslabón de un proceso más global que tiene como culminación el derrocamiento de la tiranía a través del levantamiento organizado del pueblo, proceso en el que tienen cabida todos los chilenos demócratas, y en el que se entrelazan las más

diversas tareas, desde las más sencillas y elementales hasta las más complejas y arriesgadas.

No propiciamos ni "aventuras" ni "violentismos", pero nuestra política quiere responder de manera honesta y realista al inmenso desafío que ante la nación y sus trabajadores plantea derrocar al fascismo y generar un poder democrático y popular que garantice los derechos de todos los trabajadores, entre ellos los de la cultura, y que lleve adelante el programa antifascista y antiimperialista que Chile requiere para recuperar su independencia y su dignidad.

No propugnamos ni la aventura ni el violentismo, pero mucho menos la pasividad y el derrotismo: reivindicamos el derecho del pueblo a defenderse para quebrar la mano de la permanente agresión del fascismo, cuya punta de lanza son los mal llamados "servicios de seguridad".

No alentamos ni la aventura ni el violentismo, pero ante un régimen que no ha trepido en avasallar por la fuerza la ley, la justicia y la moral para hacer valer sus mezquinos propósitos, llamamos al pueblo de Chile a enfrentar a la dictadura en todos los terrenos que las circunstancias y las experiencias aconsejan para luchar con esperanzas de victoria.

No somos partidarios de aventuras ni violentismos, pero ¡que lo sepa el tirano!, siendo consecuentes con nuestra razón de ser y con la historia de la lucha de los comunistas y los pueblos del mundo contra el fascismo, declaramos que desplegaremos toda nuestra energía —en todos los frentes y con todas las formas de lucha— para contribuir a la victoria del pueblo de Chile en la batalla sin cuartel por el derrocamiento de Pinochet y el fascismo.

III

Trabajo creador y análisis crítico, componentes de la rebelión

Hace más de 40 años, uno de los más destacados directores de cine de todos los tiempos¹ señalaba que ni siquiera en las dramáticas condiciones de la segunda guerra mundial perdía su importancia la cultura de los pueblos, incluso cuando algunos pensaban que los problemas de la cultura, la estética y las ciencias humanísticas estaban relegados automáticamente al último término. Pues "la guerra de nuestros días no es una guerra común. Es la guerra de la humanidad avanzada y progresista contra los bárbaros... Una guerra cuyo propósito final no es destruir, sino construir".

Y agregaba: "La magnífica resistencia de hombres y mujeres contra el fascismo, prosigue bajo la bandera de la cultura humana redimida, resguardándola para el momento en que la tierra sea liberada. He aquí por qué, al consagrar nuestras fuerzas a la lucha contra los enemigos de la humanidad, no debemos suspender el trabajo creador y el análisis teórico. Son factores de esta lucha... La democracia triunfará y al día siguiente, con renovada energía, daremos impulso a las cuestiones culturales y artísticas, dirigiéndolas hacia el bienestar de todos los pueblos, liberados por fin de la pesadilla actual".

Tal es nuestra posición frente al problema: en las duras condiciones de la lucha contra la tiranía de Pinochet, en la que es necesario recurrir a todas las formas de lucha, reivindicamos los derechos y la función de la cultura, no sólo para mañana, sino también para hoy.

¿Por qué decimos que nuestra línea revolucionaria tiene como centro de sus preocupaciones el desarrollo del movimiento de masas con la clase obrera

¹ S. Eisenstein

a la cabeza, buscando el entendimiento con todas las clases y sectores sociales y políticos democráticos y antifascistas opuestos a los intereses del gran capital y del Imperialismo?

Porque este gran acuerdo nacional que hay que construir ha de forjarse a la luz de la rebelión popular contra la tiranía.

Y porque la rebelión popular requiere, para desarrollarse exitosamente, de la más grande y minuciosa atención del pueblo de Chile y de sus destacamentos revolucionarios, en primer lugar, hacia dos áreas de problemas esenciales para la política: las cuestiones militares —de quién tiene y cómo se construye efectivamente la fuerza y de cómo se detiene con la violencia de las masas, la violencia criminal del fascismo—, y las cuestiones culturales —de cómo se reorganiza y se reconstruye la vida social del pueblo de Chile, para hoy y para mañana, y de cómo se genera la voluntad colectiva y popular de vencer— para el futuro y para el combate.

El drama de los intelectuales hoy en Chile

La lucha de clases, por obra y gracia del fascismo, se ha agudizado y hecho dramática al interior mismo de la intelectualidad, desde que concepciones antidemocráticas son propaladas por una reducida casta de intelectuales afectos al régimen —como ha dicho un destacado intelectual democrático²— un círculo dorado de la cultura, formado en su mayor parte por ciertos ingenieros, comerciantes y militares, arrogantes y privilegiados por el poder y la riqueza, que dictaminan sobre todo y son, propiamente, los intelectuales “orgánicos” del sistema, ideólogos oficiales con función alternatively de banquero, ministro, alcalde, empresario o rector de universidad, que viven como si el país fuese exclusivamente de ellos... El resultado de todo ello es tragicómico: charlas magistrales sobre el marxismo, mientras los marxistas están fuera de la ley; pseudopolémicas que caricaturizan un debate pluralista; políticos que hablan sesudamente de fútbol mientras los futbolistas son incitados a promover productos; liberales que proclaman dictaduras benevolentes y corporativistas que defienden al libre mercado; tal es la farándula, el elemento circense con que, a falta de pan, se trata de mantener el sistema.

Nunca como hoy, pues, el intelectual chileno había tenido tanta conciencia o sentimiento del desencuentro que existe entre él y su medio social, situación que lo lleva a pensar constantemente en el destino de su profesión, en el sentido de su quehacer cotidiano, en la inestabilidad en el trabajo, en la escasa o nula participación que le cabe en las decisiones que se toman en relación al área de su especialización, en su estancamiento intelectual por falta de cursos serios de perfeccionamiento, por el alejamiento de su función como profesional, o por el hecho de que en el esquema de la dependencia no le es dado crear ciencia, arte o tecnología, sino sólo aplicar pasivamente lo que le llega desde el exterior. En suma, vive una situación que cada día se hace al intelectual más difícil de tolerar.

Hoy, el académico se ve obligado a callar verdades para no perder la cátedra; el dramaturgo a escribir bodrios para la TV, a montar obras buscando sólo éxito comercial; muchos músicos y bailarines deben archivar sus aspiraciones de crear música culta o participar en grupos de danza, para desperdiciar sus talentos en shows y cabarets; el profesor debe hacer más de 60 horas semanales para mantener a su familia y hay médicos que, teniendo calificación y experiencia de sobra, no tienen trabajo, en un país con notables deficiencias en materia de salud. Hoy es frecuente encontrar a sociólogos y

² José Joaquín Brunner.

sicólogos trabajando en agencias de la Polla Gol; a arquitectos conduciendo taxis o dedicados a la pastelería; a biólogos administrando negocios y a ingenieros nucleares vendiendo rollos de papel.

Se trata, sin lugar a dudas, de una situación dramática. De una parte, el intelectual honesto trata de imprimir su visión real de la vida en su obra, en su elaboración intelectual, en la enseñanza, el laboratorio, el proyecto o cualquier manifestación de su trabajo; visión que necesariamente refleja las contradicciones de la sociedad caduca en la que está inserto. Por otra parte, se ve constreñido por el fascismo a adoptar frecuentemente una actitud contradictoria entre su propia visión de la vida y lo que verdaderamente realiza. Es decir, se ve obligado a supeditar la utilidad social de su trabajo intelectual a los dictados de este sistema socioeconómico que lo desprecia y en el cual está inserto, ya que le es obligatorio transformar su vocación en trabajo "productivo", en mercancía para el mercado de bienes culturales. Así, se incorpora al intelectual al circuito de la seudocultura, transformando muchas veces su quehacer "productivo" en medio de penetración alienante sobre las masas. Así, muchos intelectuales son obligados a actuar como cómplices de la dictadura para poder sobrevivir, a la vez que se dilapida el patrimonio cultural del país.

Por eso es comprensible la situación de angustia y frustración de muchos que, aunque luchan y se debaten contra el rol que se les quiere imponer, a veces terminan cediendo a la presión, derrotados por sí mismos, cayendo en el escepticismo y en el fatalismo, aceptando las reglas del juego basadas en los valores más mezquinos: el individualismo, la autopromoción, el exitismo, el acomodo y el miedo.

Resistir y avanzar

¿Qué hacer?

Esa es la pregunta que insistentemente se formulan vastos sectores del pueblo de Chile que repudian mayoritariamente al fascismo, a Pinochet, a su CNI, sus procedimientos criminales, su corrupción ilimitada y sus enfermizos afanes de poder.

¿Qué pueden hacer los intelectuales, trabajadores de la cultura, en medio de la situación a la que el régimen ha precipitado al país?

¡Pueden resistir!

Pueden defender la cultura democrática y popular de Chile. La de Gabriela Mistral, de Pedro de la Barra y Pedro Orthous, la del profesor Lipchutz y el doctor Asenjo; la de Vicente Huidobro, Baldomero Lillo, Víctor Domingo Silva, Pezoa Véliz, Violeta Parra o Víctor Jara; la de José Balmes, Roberto Matta o Pablo Neruda.

Pueden resistir y defender la cultura del Teatro Experimental, de la Reforma Universitaria, de las generaciones literarias, de la CORFO, la ENDESA y la CAP, de la FECH y la revista "Claridad".

Pueden resistir y defender todo aquello desarrollado en nuestro Chile al calor de las luchas democratizadoras del pueblo a las cuales, a la vez, proporcionaron valioso aporte, puesto que en torno a la Central Unica de Trabajadores y a los partidos populares se formaron compañías de teatro, ballets, conjuntos folklóricos; se produjeron películas, obras plásticas y literarias que enriquecen al propio movimiento de masas y se desplegaron, y renacen en las organizaciones de base —sindicatos obreros y campesinos, organizaciones de pobladores y estudiantes— centros e inquietudes culturales que son legítimos sucesores de las visionarias iniciativas que impulsara Luis Emilio Recabarren ya a comienzos de siglo.

Porque en la amalgama del pueblo, cultura y arte, fue históricamente naciendo también un público nuevo, compuesto por obreros, campesinos y pobladores, empleados y estudiantes, a quienes el relativo éxito de sus luchas reivindicativas permitió ir destinando una proporción creciente de sus ingresos a satisfacer sus necesidades de una vida más humana; trabajadores que no sólo son destinatarios, sino también actores y gestores de sus propias iniciativas y que comienzan hoy nuevamente a exigir sus derechos.

Todo el proceso de democratización de la cultura —lo dicho y mucho más— que tuvo su culminación en el Gobierno del Presidente Allende, en el que vastos sectores del pueblo comenzaron a vivir la experiencia inédita —no desprovista de errores e insuficiencias— de tener en sus manos poderosos órganos de creación y de extensión cultural, es el que ha sido frenado por el fascismo.

¡Cuántos obreros, campesinos, pobladores y estudiantes entraban entonces en contacto con manifestaciones artísticas, en calidad de espectadores y creadores de la cultura popular!

Esta es, por otra parte, la dirección en la que tenemos que avanzar: la fusión de la cultura de la que son portadores los intelectuales democráticos y la cultura popular, gestada por y desde los propios trabajadores, en una sola corriente, nacional en sus raíces, democrática en su gestación y popular en su contenido.

Esto es lo que el fascismo y la tiranía intentan impedir por la fuerza, dejando a la cultura en el desamparo al entrar en interdicción el Chile del cual ella era reflejo, síntesis y expresión.

Frente a la intelectualidad reducida y adicta al poder, se encuentran mayoritarios sectores intelectuales en distintas actitudes, desde el sometimiento y el silencio hasta la dignidad y rebeldía.

Como hemos dicho en otras ocasiones, “no creemos en la aristocracia de la inteligencia”. La vocación y la decisión del intelectual lo ubican “como trabajador de la cultura al lado del trabajador al cual le niegan en Chile la cultura, hoy más que nunca. La lucha es conjunta”.

No son, pues, los intelectuales en la lucha “los agentes determinantes del proceso liberador universal; pero discrepamos de aquéllos que definen al intelectual como un impotente, a ratos falsamente iluminado, neurótico, erudito o simplemente palabrero. Al flanco de todo un pueblo, como participante necesario, se convierte en uno de los actores principales que forjan el movimiento hacia el futuro; aquel que funde en una amalgama el trabajo y la cultura, fusión que desarrolla una fuerza motriz de masas, generadora de todas las revoluciones”³.

Se requiere, por otra parte, de una ponderación exacta de los factores de la lucha del pueblo de Chile, porque es evidente que los derechos de la cultura no han de resolverse en general en el campo de la cultura, sino en el de la política, esto es en directa dependencia de quien tiene el poder en sus manos. Otro destacado comunista, dramaturgo, se interrogaba también —en épocas parecidas a las nuestras— sobre la defensa de la cultura:

“¿Qué puede hacer ella misma? —se preguntaba—. ¿Puede luchar? Lucha, por lo tanto, puede hacerlo. La lucha tiene sus diversas fases. Los individuos que producen culturalmente, a menudo sólo se distancian impulsivamente, en primera instancia, de los terribles sucesos que ocurren en su país. Pero ya el hecho de calificar de “barbarie” a la barbarie, significa batirse. Entonces se unen contra la barbarie, cosa necesaria para luchar. Pasan de la protesta al llamado, de la queja a la exhortación a la lucha. No sólo señalan con el dedo el hecho criminal, sino que llaman a los criminales por su nombre y exhortan

³ Volodia Teitelboim.

a su castigo. Reconocen que la conclusión de la opresión debe terminar con la aniquilación de los opresores, que la conmiseración con la víctimas de la violencia, debe convertirse en la inconmiseración para con los victimarios, que la compasión debe convertirse en ira y el repudio por la violencia, en violencia. A la violencia de los individuos, como a la de la clase privilegiada, hay que oponer la violencia, la plena y aniquiladora violencia del pueblo...

La cultura, sólo defendida durante mucho tiempo —demasiado— con armas intelectuales, pero atacada con armas materiales, siendo ella misma no sólo algo intelectual, sino también, e incluso especialmente, algo material, debe ser defendida con armas materiales⁴.

Requerimos, por tanto, que los intelectuales progresistas, democráticos y antifascistas, se incorporen a la lucha contra la tiranía con mayor energía, en aras de sus propios intereses y dignidad y tras los objetivos del conjunto del pueblo.

Demandamos, llamamos y alentamos a todos los intelectuales democráticos —en su calidad de tales, como creadores, forjadores, reproductores y transmisores de cultura e ideología— a desarrollar “las armas de la crítica” contra el régimen.

A todos ellos los llamamos también a pensar y actuar como trabajadores y ciudadanos que son, en las responsabilidades, tareas y actitudes generales que ello implica.

Llamamos, además, a aquellos intelectuales que se definen como revolucionarios, a expresar fielmente los intereses de la clase obrera y a tener presente que hay momentos en la vida de los pueblos en que “las armas de la crítica” deben ser reemplazadas, temporal pero decididamente, por “la crítica de las armas”.

Esta es una de las verdades fundamentales que se plantea hoy el pueblo de Chile.

Porque así como el golpe militar de septiembre de 1973 fue el más grave atentado contra la cultura en nuestro país; el principal acto cultural que hay que realizar en nuestro tiempo es el derrocamiento de la tiranía para avanzar en la senda de la revolución y el socialismo.

IV

Nos dirigimos a todos los intelectuales democráticos de Chile: Nosotros, el Partido de la revolución, de la juventud y la cultura, de Luis Emilio Recabarren y de Pablo Neruda.

Es tarea urgente discutir, definir y levantar plataformas de lucha, en todos los frentes, que concentren las aspiraciones mayoritarias de los intelectuales y trabajadores de la cultura.

«A todos, y en especial a los comunicadores sociales, los llamamos a trabajar con la verdad, porque “la verdad es siempre revolucionaria”».

«Quien quiera hoy día combatir la mentira y la ignorancia y escribir la verdad —nos señala Bertolt Brecht— tendrá que superar, cuando menos, cinco dificultades.»

«“Deberá tener el valor de escribir la verdad pese a que se le reprime por doquier, teniendo a la vez la astucia de descubrirla, pese a que —igualmente— se la oculta por doquier”. Ello obliga al mismo tiempo a descubrir “el arte de tornarla manejable como un arma”, teniendo “el juicio necesario para escoger a aquéllos en cuyas manos se torna eficaz”, porque “no es posible escribir simplemente la verdad; hay que escribírsela a alguien que pueda hacer

⁴ Bertolt Brecht.

algo con ella", lo que no es posible en estos tiempos muchas veces, sino encontrando "las argucias para difundir la verdad entre muchos", para que jamás el enemigo "pueda descubrir ni impedir su difusión".

Llamamos a todos los intelectuales y trabajadores de la cultura democráticos, a trabajar por la solidaridad. Y eso significa hoy día, antes que nada, luchar contra la represión que el régimen desata: denunciar, explicar sus verdaderas causas y su real alcance, organizarse de manera práctica para que cada acción represiva de la tiranía encuentre tan alta oposición y costo político para sus propios autores, que en definitiva la misma represión se convierta en un boomerang para sus responsables. El más elemental deber de solidaridad y dignidad humana obliga a actuar de esta manera, teniendo, por lo demás, clara conciencia de que el anticomunismo militante del régimen conduce a la postre a la represión de todos los demócratas, sin distinción. La solidaridad significa, además, estar alerta y comprometerse plenamente con las constantes luchas de todos los trabajadores.

Llamamos a todos a desarrollar la unidad: unidad entre los propios intelectuales, profesionales, académicos, trabajadores de la cultura, en primer lugar.

Los llamamos a defender la unidad de la cultura democrática de Chile, lo que incluye la impostergable tarea de recuperar y desarrollar la plena coherencia entre la cultura de Chile y los miles de exiliados por obra de la dictadura, luchando por el derecho de todos ellos a vivir libremente en la patria.

Llamamos a la unidad combativa y amplia de los trabajadores de la cultura con la clase obrera, con los campesinos, los pobladores, en fin, con todas las clases y capas sociales que constituyen el pueblo de Chile.

Llamamos a todos los intelectuales, profesionales, técnicos, trabajadores de la cultura democráticos, a desarrollar sus organizaciones y a organizarse a aquellos que no lo están, pues sólo a través de la organización, la unidad alcanza su plena expresión.

Los llamamos a fortalecer sus organizaciones gremiales sin exclusión de ninguna especie y a construir dentro y fuera de ellas, destacamentos efectivamente democráticos para la lucha por la libertad. Por una parte, garantizando la participación de todos; por otra, construyéndose la dirección política necesaria que conduzca —sin sectarismos— a la lucha por las reivindicaciones específicas de cada sector y por los intereses generales del pueblo de Chile y de la lucha antifascista.

Llamamos a todos los intelectuales, profesionales, técnicos, académicos y trabajadores de la cultura en general, a desarrollar sus capacidades específicas. En el plano de la investigación y actividad científico-técnica, no dejando jamás de preguntarse por el sentido de su trabajo, por su vinculación con el desarrollo nacional y con la situación de los trabajadores de Chile.

En el terreno de las especialidades científico-humanísticas, y en especial de las ciencias sociales, llamamos a valorar y desarrollar esfuerzos en torno a cuatro problemas capitales que son hoy de la máxima importancia para la lucha por la libertad: el rescate de nuestra historia patria desde una perspectiva nacional y popular; el análisis de las transformaciones ocurridas en la sociedad chilena bajo el fascismo y, en particular, el análisis y denuncia de los múltiples mecanismos que utiliza el poder para mantener su dominación; el apoyo o fundamentación de los lineamientos principales que debe contener el programa democrático del pueblo de Chile; y el análisis en profundidad acerca de lo que efectivamente es "la cultura nacional" y su estado actual, así como su relación con la lucha política en sentido estricto.

Llamamos a los universitarios, académicos y estudiantes, a defender la dignidad propia de la educación superior chilena y a convertir a las

universidades en focos de la lucha antifascista, organizando sus reivindicaciones, desarrollando sus propios organismos de masas, combatiendo la mediocridad impuesta por el régimen, generando, al mismo tiempo, la necesaria interrelación con todos quienes han sido arbitrariamente excluidos de las universidades. Los llamamos, asimismo, a luchar por nuestra plataforma que contempla en primer lugar el término de los rectores delegados, quienes jamás han debido dirigir ninguna universidad, así como diversas proposiciones para recuperar la democracia y dignidad universitarias, resguardando, asimismo, el derecho a la educación, arrasado por la oleada privatizadora impuesta por la tiranía y por la demencia política del "autofinanciamiento".

Llamamos con especial énfasis a los artistas democráticos, de todas las artes, escuelas o tendencias, a luchar por sus derechos, a exigir el papel que les corresponde, a reclamar su derecho a estar en todos los espacios públicos a través de los cuales pueden dar a conocer su arte, sin claudicar de sus posiciones y sus principios.

Los llamamos asimismo a crear y desarrollar, defendiéndolos con toda su energía, los canales y métodos alternativos que les permitan llegar con su arte a las masas populares, recogiendo a la vez y activamente sus necesidades, en la perspectiva de democratizar la difusión artística y cooperar al despliegue creciente de la propia creatividad popular.

Los llamamos a hacer crecer su inventiva y su trabajo, toda su iniciativa creadora sin otra limitación que la fidelidad a la vida y a la verdad.

A los artistas revolucionarios, los llamamos a expresar, además, los dolores, las esperanzas, la lucha y la rebeldía de nuestro pueblo.

A todos, los llamamos a ser testigos de nuestro tiempo y, siguiendo el consejo del poeta, a no dejar de ver nada ni nunca, "ni de noche ni de día", "ni en invierno ni en verano" y a no dejarse cegar "por los ojos de taladro frío del poderoso", y a no ser engañados por "el mercenario ni el charlatán de oficio". Los llamamos a desarrollar un arte que "nutrido de todas las sustancias del ser, se levante como un árbol grandioso que la tempestad del tiempo no doblegue y que, por el contrario, esparza alrededor el tesoro de sus semillas insurgentes"... "porque fértil es la vida, imperecedera la poesía e inevitable la justicia"⁵.

Llamamos, en fin, a todos los intelectuales, académicos, escritores y artistas, profesionales, estudiantes, técnicos, comunicadores sociales, trabajadores de la cultura, a asumir sus responsabilidades, y les ofrecemos, no la tranquilidad ni promesa de una vida fácil —que están negadas al pueblo de Chile mientras subsista la tiranía—, sino un puesto en el combate.

Lo decimos en nombre del Partido Comunista de Chile, el partido de la clase obrera, del heroísmo y del sacrificio.

Los llamamos en nombre del presidente mártir de Chile, que con su valentía trascendió a la muerte y dio la lección moral que el fascismo merecía.

Los llamamos en nombre de nuestros muertos y desaparecidos, héroes de la libertad; del doctor Enrique París, de Víctor Jara, de Fernando Ortiz y en nombre de todos los dirigentes y militantes de la clase obrera, quienes han rendido su vida y su seguridad en nombre de la razón y la democracia.

Los llamamos en nombre de todos los que han sufrido la persecución y el exilio; las cárceles y la tortura de los cuarteles secretos del régimen. Los llamamos en nombre de los trabajadores que en alejados rincones de la patria forjan la unidad en la defensa y en el combate por la dignidad de Chile.

⁵ Pablo Neruda.

Los llamamos en nombre de la juventud, de aquélla que combate con heroísmo ejemplar, de aquélla que exige una actitud consecuente y digna.

Los llamamos a escoger "el difícil camino de una responsabilidad compartida" y a extender ese deber hasta sus últimas consecuencias.

Los llamamos a sumarse a "la fuerza del pueblo organizado..., con sangre y alma, con pasión y esperanza", porque sólo así conquistaremos la victoria.

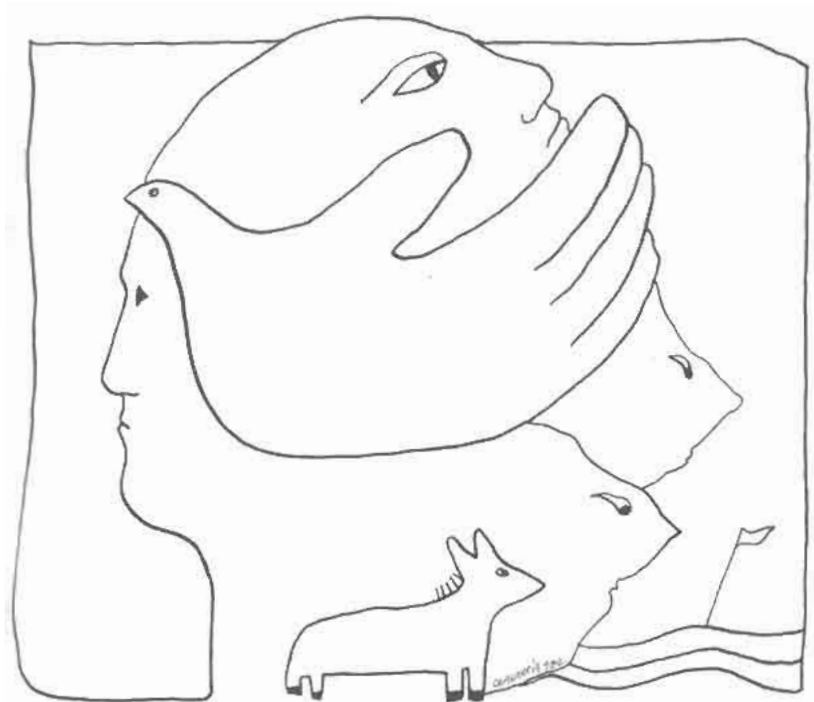
¡Con la razón y la fuerza venceremos!

PARTIDO COMUNISTA DE CHILE

TELEVISION Y VIOLENCIA

La televisión nacional, fundamentalmente su preocupación son los problemas de la violencia en los Estados Unidos. Lo que ve un niño desde que es niño es que hay que fumar marihuana, consumir drogas y pegarle al prójimo. Y éste es un papel que la TV está asumiendo: propagar la violencia norteamericana. Y esto es un crimen contra los chilenos.

(Opiniones de Igor Saavedra, físico, Premio Nacional de Ciencias. **El Mercurio**, 7-I-83.)



La poesía de Raúl Barrientos

HUMBERTO DIAZ CASANUEVA

Este joven poeta chileno, portavoz del sur de su país, y del hombre de la mina y del mar, no se siente atraído por el espejismo del remanso, sino por un destino común que lo incita a crear una poesía llena de vértigo y pasión. Incorpora a la más radiante línea de la poesía chilena y latinoamericana, con impaciencia y henchimiento: brinda un aporte originalísimo por su intensidad dramática y el duro y decantado bagaje de sus recursos expresivos. ("Un negro con las rodillas en la tierra/remueve las espinas del ladrillo".) Cristaliza la poesía con la seguridad de quien ha sometido su vocación poética al ejercicio tenaz de la búsqueda de aquello que acumula el hombre para ser digno de su destino histórico. Adéntrase, con tamaño pericia, en el meollo del idioma, en sus raíces más ásperas, valorizando a Quevedo y al habla popular del Chile austral, con sus arcaísmos y barbarismos y fraseo de acendrada sutileza, hasta que el poeta forja su propio, riguroso y fértil intralenguaje poético*.

Por necesidad de filiación más que de identidad, se le podría entroncar, lejanamente, con Pablo de Rokha y Vallejo. De ambos tiene sustancia terrestre, solidaridad pura, y el sabor de las palabras tácitas o decididamente penetrantes, a trueque de subvertir lo poco que queda en poesía de la "oración" gramatical. ("Arenas del santo desierto / las golondrinas en fuga / al sur los pelitos pelos".) Barrientos integra una pléyade de rastreadores del oro de la lengua, en diversos países latinoamericanos que por dispares vías de expresividad, están ahondando el castellano, recuperando lo primigenio, dándole giros, cambios cualitativos y, sobre todo, vigorizándolo. Así la poesía cumple una de sus funciones fundamentales: transfigurar la lengua, despertar sus gérmenes dormidos, potenciar las palabras para que ellas irradian y para que revelen lo que se encuentra más allá de ellas mismas.

Barrientos ha alcanzado un "espectro" verbal, de suma desnudez, con énfasis concretos y esenciales, al margen de ampulósidades, juegos metafóricos o esqueletización. La palabra rotunda crea su campo magnético, y es algo más que un medio de expresión o comunicación. Con una construcción agresiva y una cadencia explosionada, sus sustantivos, por ejemplo (que predominan más que los adjetivos y verbos), parece que no se grabaran, sino que se esculpieran. Atiéndase bien: no es virtuosismo lingüístico; es el

* Raúl Barrientos, *Histórica relación del reino de la noche*. Editorial Oasis (Los Libros del Fakir), México, 1982.

impacto emocional, la intuición herida, es la reacción ante el escarnecimiento contra la persona humana. Es *"la fuerza de la ira"*. Si el verbo resulta crispado y descoyuntado, ello se debe a que así se encuentra el hombre. Aquí rotundamente nos apartamos del "new criticism" o del estructuralismo ortodoxo que parten del poema "autónomo", desligado de toda referencia a lo psicológico, social y cultural, y que culminan, en la interpretación textual, con el predominio de los significantes sobre un sentido sin mayor trascendencia.

El primer poema del libro termina: "Hasta la chorreadura roja de muertos / anocheciendo / chorreadura roja de muertos". Ha de advertirse el juego de las "ch" con las "rr", la terminación en "dura" y la alucinante reiteración del verso. Podría señalarse cierta tendencia en la poesía chilena, desde Pezoa Véliz, por acoger vocablos toscos, rudos, "prosaicos", rugosos en reacción contra lo exquisito del modernismo.

Si en cada poema de Barrientos se hace manifiesta la evocación de la "tierra sureña", él siente la necesidad de poner de relieve la dimensión histórica de su pueblo. No se apoya en mitos, ya que en Chile sólo restan fragmentos, ni en leyendas; tampoco apela a historiadores que aplican criterios racionalistas en la clasificación de los acontecimientos, sino a aquellos narradores y cronistas de la época colonial que escrutan sucesos de la vida cotidiana y dan testimonio del martirologio de los indios. El título del libro y los diversos epígrafes prueban el respeto y la admiración que siente Barrientos por quienes han descrito —en un estilo tan veraz e iluminado— torturas y masacres. Evidentemente, tales crónicas no permanecen estáticas como preciosos documentos del pasado; se dinamizan y, por virtud del poeta, son aplicables a la época actual: psicológica y socialmente, indios y negros, arrastrando una vida lacerante, se han extendido por miles de millones en todo el mundo, no sólo las etnias históricamente indicadas, sino otras, víctimas del hambre y la explotación. El poeta se convierte en el vigía del "tiempo menesteroso" que vivimos. Por ello escribe con dolor, espanto y cólera; con "el vértigo arrollado en el vientre" y "los tambores atávicos de la madera". Libro más agonista que agónico, sin resignación ni mansedumbre, ni acatamiento. El poeta tiene el espíritu abierto hacia "la trasmutación angélica del pie que ausculta la tierra".

Algo de tragedia antigua hay en su creación y algunos poemas —por la rotundez de los personajes y la escenificación— recuerdan el "teatro de la crueldad". (El fue director del Teatro de la Universidad de Concepción.) Soy un convencido de que la prédica de Artaud puede dar lugar a un enriquecimiento, todavía insospechable, en el proceso, siempre dinámico, de la poesía moderna. Por ejemplo, Barrientos, no produce un poema gratuito, flor del aire, sino un poema obsesional, una catarsis, una conjunción de fuerzas manando de la sangre y de la muerte, una visión opaca y aterradora. Valéry dice: "El poema es el desarrollo de una exclamación". En este caso, la exclamación es un grito ancestral, un grito que contiene, comprimido, el más profundo silencio. ("Late el silencio / del polvo movedizo / que ordena la marcha famélica".)

Conforme a su don de síntesis simbolizadora, el poeta crea: a) un verso de tipo expresionista, por la violencia, a veces brutal, de los trazos con que presenta una realidad desgarrada, y por la representación, marcadamente visual, de la situación que significa; b) un verso quebrado, disonante, abrupto, con secuencias breves, tenaces, ritmos dislocados; c) un verso visionario, apocalíptico, que recuerda a ciertas pinturas medioevales o a fragmentos de film, con planos interpenetrados, distorsiones, simultaneismo, colores simbólicos, y enfoques profundamente emocionales.

El "Dies Irae", uno de los poemas más extensos y mejor elaborados del

presente libro, se desarrolla con palabras iniciales que se despliegan a manera de sentencias, y que definen versos, aparentemente independientes, pero todos ligados dentro de un clima común, del sentimiento primordial que inspira al libro. Me atrevo a decir que esta "ira" es positiva porque proviene del furor divino mítico y porque es el estallido volcánico de aquella conmoción que expresa la justa rebelión humana. Sustancialmente, el poema está escrito sobre la base de oposiciones violentas entre factores benéficos y generosos y factores destructivos y demoníacos. Por ejemplo: "Una paloma destrozada en el fondo de una guitarra", "un ruido de jabón hirviendo por las calles", "un apaleo de olas sobre la arena". Nos recuerda lo bíblico, lo misal, o algún poema de Breton. En todo el libro encontramos el eco de una extraña "oralidad". Considero que este poema, para su plena captación, exige la lectura oral.

Raúl Barrientos se impone con su presencia súbita, su fuerza innovadora, su recio lirismo, su fe en un humanismo renovado. Nuevamente aquel lejano sur nos envía un mensaje poético exaltante y pleno de significación humana.

Merece toda nuestra adhesión y simpatía, el profesor Luis Mario Schneider, quien ha afrontado una empresa dificultosa, pero amplia en posibilidades, al inaugurar una colección de poesía en que da especial cabida a los jóvenes. El dibujo de Mario Toral es una magnífica muestra de la colaboración que ha establecido entre pintura y poesía, cuando ésta le proporciona aquel crepitar de fuego, inherente a su gran obra.

Estado y sociedad en América Latina

AUGUSTO PEREZ LINDO

En la masa de informaciones que entregan diariamente las agencias de prensa, América Latina aparece casi siempre ligada a la violencia política. Uno siente la tentación de pensar que se trata de un cliché político o de una deformación permanente de la realidad. Pero los hechos están a la vista: entre 1970 y 1980 hubo en América Latina más de ciento veinte mil asesinatos políticos, doce Estados entre veintidós viven actualmente bajo la dictadura, más de cuatro millones de personas han sido obligadas a exiliarse y más de cien mil han pasado por la prisión, en razón de sus convicciones políticas e ideológicas.

¿Cuál es la significación de este proceso? Aislando cada caso, estudiando los acontecimientos día tras día, recurriendo a denuncias ideológicas, se corre el riesgo de perder la perspectiva histórica y sociológica. La *Revista del Instituto de Sociología* de la Universidad Libre de Bruselas ha querido afrontar el análisis del estado autoritario latinoamericano dentro de una perspectiva que respete la complejidad del problema¹. Los estudios reunidos muestran cómo los intelectuales de diferentes disciplinas, horizontes de

¹ *Etat et société en Amérique latine* (Sous la direction de Marcos Alvarez García et Antonio José Martins). "Revue de l'Institut de Sociologie", N° 1-2, 1981, 501 pages. Editions de l'Université de Bruxelles.

pensamiento y sociedades, están preocupados por la militarización de las sociedades latinoamericanas o por el fenómeno de la recurrencia de la dictadura en esta región del mundo. Es una preocupación fecunda, porque ella es una toma de conciencia fundada sobre el conocimiento de las estructuras sociales e históricas.

Sería un error mirar estos estudios con la perspectiva pesimista que nos sugiere la persistencia del autoritarismo. La función histórica del conocimiento consiste en develar los enigmas, preparar a los hombres para que miren cara a cara sus propias tragedias o sus dilemas. El conocimiento científico permite hacer transparentes las estructuras y los mecanismos que fundamentan la "fatalidad". Yo creo que es importante subrayarlo: este estudio no constituye una constatación pesimista, sino un desafío intelectual frente a la irracionalidad que hunde a las sociedades latinoamericanas en la autodestrucción.

Hay tres factores que se combinan para engendrar la desintegración actual de las sociedades latinoamericanas: la intervención extranjera (sobre todo, de los Estados Unidos, pero también de Europa Occidental), los modelos de exclusión social que marginalizan a la mayor parte de la población (modelos llamados frecuentemente "oligárquicos") y las dictaduras políticas (militaristas o autocráticas).

La intervención imperialista juega ciertamente un papel capital y su persistencia puede juzgarse, por ejemplo, por el apoyo de los Estados Unidos a la junta militar de El Salvador. La acción de las sociedades multinacionales ha formado, también, la estructura de ciertos modelos dictatoriales. Pero en la medida en que los dilemas de una sociedad son determinados por la estructura de las clases sociales, se puede señalar la formidable concentración de poder económico alrededor de minorías oligárquicas como un factor decisivo en la desarticulación de las relaciones sociales de que habla Alain Touraine en su libro *Las sociedades dependientes*².

La aparición de la dictadura no sería sino la consecuencia inevitable de la desintegración social provocada por el efecto combinado de la dependencia externa y del modelo oligárquico. Una explicación más economicista pondría el acento en el modo de producción capitalista impuesto, mientras que una explicación más política releva la quiebra de las instituciones implantadas en el continente sin tener en cuenta las realidades sociales existentes.

A nosotros nos parece importante observar el origen mismo de la colonización capitalista en América Latina para comprender tanto la aparición del estado autoritario como la "desarticulación de las relaciones sociales".

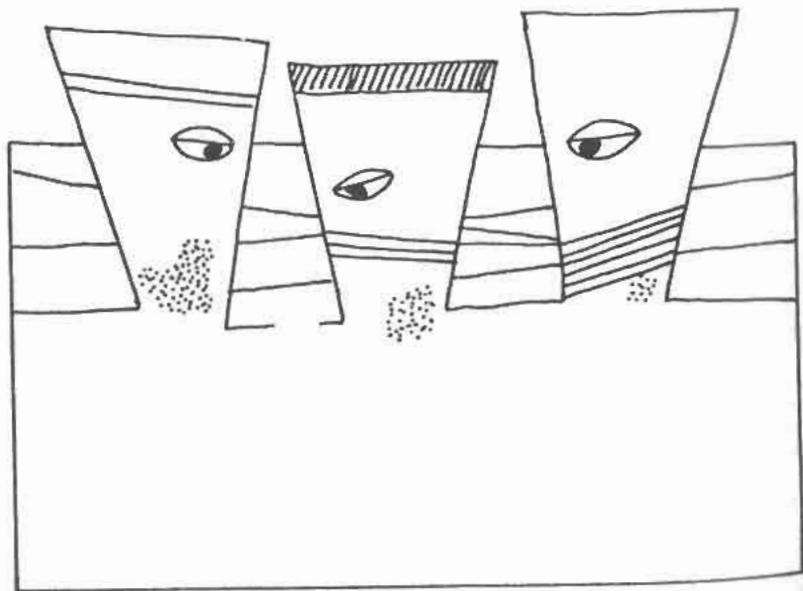
La colonización de América Latina comenzó por una toma de posesión de todo el territorio en nombre del Rey y del Estado españoles. Esto tuvo consecuencias profundas. En primer lugar, porque este hecho desalentó la aparición de propietarios y de productores independientes (como en las trece colonias de la América del Norte). En seguida, porque la distribución del territorio se hizo en función de servicios rendidos a la Corona. Los propietarios (militares o favoritos del Rey) se vieron atribuir vastas extensiones de terreno, que ellos prefirieron valorizar para dedicarlas más a la especulación que a la explotación directa. Si miramos el choque Estado autoritario-militares-oligarquía en la Argentina o El Salvador actuales, veremos que los mecanismos han evolucionado, pero no la esencia de la estructura de dominación. El estado autoritario nació en América Latina con un modelo de colonización capitalista fundado en la especulación (la inflación recurrente e histórica del continente es uno de los reflejos de esta situación).

Hay que señalar otro aspecto importante en el origen de la colonización

² Gembloux, Duculot, 1976.

que consiste en la imposición de un modelo de intolerancia ideológica. El integrismo católico era tal vez tan virulento como el sectarismo de ciertos grupos protestantes de las colonias de la América del Norte. Pero en América del Norte los grupos religiosos exilados de Europa tuvieron que aprender a coexistir en el pluralismo. Eso no impidió la aparición de relaciones fundadas en la violencia, pero fueron los grupos sociales propiamente tales los que crearon las reglas del juego a fin de hacer respetar los derechos individuales y colectivos. Hay en ello elementos que faltan en la experiencia latinoamericana: pluralismo y autonomía de la sociedad.

Ahogada por un estado autoritario y militarizado, la sociedad latinoamericana se ha desarrollado en la intolerancia y en la marginalidad. Es por ello que la gestión de aquellos que predicán otro tipo de reforzamiento del estado o algún otro modelo autoritario de sociedad parece a la vez desconcertante e inscrita en la inercia de la historia. La construcción de sociedades democráticas en América Latina es sin duda la tarea más importante que la región deberá afrontar en los años que vivimos. Para conseguirlo es necesario, en primer lugar, mirar la historia con lucidez y, sobre todo, reconocer los mecanismos sociales que nos colocan ante un falso dilema: anarquía o dictadura.



Marxismo, religión y ateísmo

Pocos temas en nuestro tiempo susceptibles de original polémicas más intensas y apasionadas que la que sugiere el título del epígrafe. Era normal, entonces, que un artículo sobre la materia publicado por nosotros suscitara una discusión más o menos inmediata. Es lo que ha ocurrido con el trabajo de Sergio Vusković aparecido en nuestro N° 18, que mereció una carta a la Redacción de un lector que viven en Berlín, República Democrática Alemana, y que ha preferido identificarse con un seudónimo, Guido Vío. El texto de ella, así como la réplica de Vusković, se publican a continuación in-extenso, con lo que confiamos ayudar a un debate que está lejos, ciertamente, de haber sido clausurado.

1

En la revista *Araucaria* N° 18 se publicó, bajo el título "La religión, «opio del pueblo» y protesta contra la miseria real", un artículo de Sergio Vusković que, a mi modo de entender, ha creado confusión en el público lector. ¿De qué se trata? El último subtítulo del artículo, en la página 89, es: "El marxismo no es un ateísmo", pero al final de la misma página Vusković, citando una frase de Teilhard de Chardin, escribe: "Lo primordial en el marxismo no es el ateísmo, sino el humanismo, la fe en el hombre". La afirmación del teólogo jesuita no es igual a la afirmación del subtítulo de Vusković, se contraponen, pues el subtítulo de Vusković: "El marxismo no es un ateísmo", niega en forma absoluta el hecho de que el marxismo sea también ateísmo, mientras que la frase de Teilhard de Chardin presupone el ateísmo al afirmar que el "ateísmo no es lo primordial en el marxismo".

En la página 90 Vusković escribe: "Para nosotros, identificar el marxismo con el ateísmo es una simbiosis espúrea, porque: a) el marxismo niega el ateísmo radical". En la primera parte de este enunciado, la palabra "ateísmo" no tiene apellido, o sea, ateísmo en general. En la segunda parte del enunciado, Vusković dice estar en contra del "ateísmo radical". El ateísmo radical es el ateísmo burgués, opuesto al ateísmo proletario científico. El ateísmo burgués declara la guerra a la religión y sus consignas se podrían resumir en una sola: "¡Abajo la religión y viva el ateísmo!; la difusión de las concepciones ateístas es nuestra tarea principal". (Lenin, Obras Completas, tomo 15, pág. 376.)

Estamos de acuerdo con Vusković en cuanto a que "el marxismo niega el ateísmo radical", pero la primera frase: "Para nosotros, identificar el marxismo con el ateísmo es una simbiosis espúrea" confunde, porque aquí se niega incluso el ateísmo científico contenido en todas las tesis marxistas. El

ateísmo proletario es consecuencia y parte integrante del materialismo dialéctico e histórico.

Vusković cita del libro de Manuel Azcárate, *Aspectos del diálogo católico-marxista*, la frase siguiente: "Una parte de esa nueva libertad (en la sociedad comunista) es la desaparición, la muerte natural de la religión a través de un proceso que sabemos será lento y contradictorio" (pág. 90). Para Vusković esta frase de Azcárate es: "obstáculo teórico que nace precisamente de las renacidas ideologías ateístas decimonónicas" y no las comparte, porque "la sociedad comunista debe contemplar el funcionamiento de relaciones sociales y de comportamientos individuales de tipo religioso". La afirmación de Vusković no tiene relación con lo expresado por Azcárate, son dos cosas distintas. La frase de Vusković es como el descubrimiento de alguien que se opusiera a la existencia de "comportamientos individuales de tipo religioso" en el comunismo, es más, la frase de Vusković nada dice en el sentido de que los creyentes no sólo tendrán la posibilidad de comportamientos individuales de tipo religioso, sino también la posibilidad de comportamientos colectivos de carácter religioso. Cuando Azcárate llama a la marcha común de creyentes y no creyentes, no niega la pervivencia de la religión en el comunismo, sólo que el proceso de "muerte natural" será "lento y contradictorio".

"c) El marxismo significa poner sobre bases científicas el análisis de la religión, mientras que el ateísmo radical hace la crítica a la religión sobre bases ideológicas" (pág. 90). El lector concluye que ideología y ciencia se contraponen en esta cita, pues el marxismo hace el análisis de la religión "sobre bases científicas", mientras que el ateísmo radical sobre bases ideológicas. Lo que Vusković no dice es que el marxismo es ideología científica y el ateísmo radical es ideología no científica.

"La pervivencia de la religión en la sociedad comunista del futuro se explica, entre otras cosas, por la persistencia de la diversidad. Nunca ha habido unanimidad en la historia en torno a TODOS los problemas ideológicos. Desde el momento en que el hombre empezó a hablar y a pensar, se puso fin a la unanimidad frente a TODOS los problemas" (pág. 90). Para Vusković la "diversidad" hace posible la persistencia de la religión en el comunismo. Por más que subraye la palabra TODOS y la escriba con mayúsculas, la fuente del engaño religioso está en la esclavitud económica y como resultado de la superación de esa esclavitud, inevitablemente el engaño religioso será superado. ¿Cuánto demorará? Ese es tema para futurólogos, pero de lo que no cabe duda es acerca de su desaparición. Si persiste la religión en el comunismo no será por la "diversidad" (que siempre existirá), sino por la incapacidad material todavía, en una etapa determinada del desarrollo de dicha sociedad, de poder apertrear con pensamiento científico a todos los miembros de la sociedad.

Vusković no se refiere a la no unanimidad entre la ideología burguesa y proletaria que nunca existirá, pues a continuación afirma: "Desde el momento en que el hombre empezó a hablar y a pensar, se puso fin a la unanimidad frente a todos los problemas". Según Vusković, unanimidad no habrá jamás, porque es la capacidad de pensar del hombre lo que pone fin a la unanimidad. Podríamos concluir con su párrafo el inicio del reinado de la "diversidad".

Para consuelo de dialécticos y tormento de los metafísicos, no existe verdad abstracta, la verdad es siempre concreta. Puede existir unanimidad frente a determinados problemas, como puede haber diversidad frente a otros, o sea, no unanimidad. En *Dos tácticas...*, Lenin escribe: "Una de las objeciones contra la consigna de 'dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos' consiste en que la dictadura presupone la 'unidad de voluntad' (Iskra N° 95) y la unidad de voluntad entre el prole-

tariado y la pequeña burguesía es imposible. Esta objeción es inconsistente, porque se halla fundada en la interpretación abstracta, 'metafísica', de la noción 'unidad de voluntad'. La voluntad puede ser unánime en un sentido y no unánime en otro. La ausencia de unidad en las cuestiones del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la república. Olvidar esto significaría olvidar la diferencia lógica e histórica entre la revolución democrática y la revolución socialista". (Lenin, *O. E.*, tomo I, pág. 535). En la cita de Lenin, el tema no es la religión, pero el ejemplo nos da luces acerca de la diferencia entre la metafísica y la dialéctica, acerca de lo que los metafísicos y los dialécticos podrían entender por el término "unanimidad".

La ideología no aparece con la capacidad de hablar del hombre. La ideología aparece con las clases. "Sería inexplicable la existencia de formas religiosas en las comunidades primitivas —dice Vusković— antes de que existiera la explotación del hombre por el hombre" (pág. 88). Aquí está el quid, la religión antes del apareamiento de las clases actuaba a nivel de psicología social en la superestructura, era el reflejo fantástico en la sique humana de las relaciones económicas materiales, de las condiciones sociales de existencia de los individuos, de su actividad cotidiana y de la experiencia adquirida en forma de sentimientos, estados de ánimo y costumbres. Las ideas y las opiniones de los individuos en la comunidad primitiva no tenían una expresión teórica, sino un carácter empírico, y los aspectos intelectuales se entrelazaban con los emocionales, la religión no era ideología.

Vusković dice: "En Marx, en cambio, se da el esfuerzo de crear una nueva concepción de la inminencia depurada de toda traza de trascendencia ultraterrestre. Es una concepción absoluta de la inmanencia; pero que comprende como su objetivo fundamental construir una sociedad superior a la actual, la sociedad socialista. No le interesa, por lo tanto, ni le importa si el hombre que va a su lado cree en la trascendencia; lo importante es que está a su lado en una marcha común" (pág. 90). Vusković emplea dos palabras: inminencia e inmanencia.

Inminencia: calidad de inminente / asustarse por la inminencia de un peligro.

Inminente: amenazar.

Inmanencia: estado de lo que es inmanente.

Inmanente: permanecer en / inherente a algún ser o inseparable de él.

Inmanencia o filosofía inmanente es una corriente del Positivismo muy cercana al agnosticismo e idealismo subjetivo de fines del siglo XIX hasta la primera guerra mundial.

"Leclair no había inventado aún en 1879 el término «inmanente», que, hablando con propiedad, quiere decir «experimental», «dado en la experiencia» y que es un rótulo para ocultar la podredumbre, tan engañoso como lo son los rótulos de los partidos burgueses de Europa". (Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*. Ed. Progreso, Moscú, pág. 221.)

"Y la verdad es que los inmanentistas son reaccionarios de los más acérrimos, apóstoles declarados del fideísmo, íntegros en su obscurantismo. No hay ni uno solo de ellos que no haya orientado abiertamente sus trabajos más teóricos sobre gnoseología a defender la religión, a justificar tal o cual medievalismo". (Lenin, *idem*, pág. 219.)

Crítica inmanente: crítica de una teoría, idea o tratado científico desde el punto de vista de esas mismas ideas. Comprueba la estructura interna de dicha teoría y sus contradicciones a través de un análisis lógico. Parte independiente de cada crítica científica confirmada en y con la práctica, de

acuerdo con los principios básicos del materialismo dialéctico e histórico y consecuente con el partidismo filosófico y de cada ciencia.

¿A cuál de todos estos términos se refiere Vusković? No queda claro en su párrafo. Lo que sí queda claro en el párrafo citado es la afirmación de Vusković en el sentido de que al marxismo "ni le interesa", "ni le importa si el hombre que va a su lado cree en la trascendencia" (pág. 90). El problema es desde qué punto de vista interesa y desde qué punto de vista no interesa. Nosotros propagamos el ateísmo. "Para nosotros la lucha ideológica no es un asunto privado, sino un asunto de partido, un asunto que atañe a todo el proletariado", dice Lenin, y continúa:

"Si ello es así, ¿por qué no declaramos en nuestro programa que somos ateos?, ¿por qué no impedimos a los cristianos y a los creyentes en Dios la entrada a nuestro Partido?

"La respuesta a esta pregunta debe explicar la diferencia muy importante que existe entre el planteamiento burgués democrático y el planteamiento socialdemocrático de la cuestión acerca de la religión.

"Todo nuestro programa está construido sobre una concepción científica y, precisamente materialista, del mundo. Por ello, la explicación de nuestro programa incluye, necesariamente, la explicación de las verdaderas raíces históricas y económicas de la bruma religiosa. Nuestra propaganda necesariamente incluye también la propaganda del ateísmo...

"Pero al hacerlo no debemos, en ningún caso, desviarnos hacia el planteamiento abstracto, idealista de la cuestión religiosa por la «razón en sí», fuera de la lucha de clases, planteamiento que no pocas veces hacen los demócratas burgueses radicales. Sería absurdo creer que en una sociedad basada en la infinita opresión y embrutecimiento de las masas obreras, es posible aventar los prejuicios religiosos exclusivamente por la vía de la prédica. Sería una limitación burguesa olvidar que el yugo religioso que oprime a la humanidad no es más que el producto y el reflejo del yugo económico en el seno de la sociedad. Ningún libro, ninguna prédica podrá ilustrar al proletariado, si no lo ilustra su propia lucha contra las fuerzas oscuras del capitalismo. La unidad de esta lucha verdaderamente revolucionaria de la clase oprimida por la creación del paraíso sobre la tierra es más importante para nosotros que la unidad de opinión del proletariado acerca del paraíso en el cielo.

"He aquí por qué en nuestro programa no hacemos ni debemos hacer declaración de nuestro ateísmo; he aquí por qué no hemos impedido y no podemos impedir a los proletarios que aún conservan tales o cuales resabios de viejos prejuicios, el acercamiento hacia nuestro partido. La concepción científica del mundo la hemos de predicar siempre; la lucha con la inconsecuencia de algunos «cristianos» es para nosotros una necesidad, pero esto no significa en absoluto que se deba colocar la cuestión religiosa en primer lugar, lugar que en modo alguno le corresponde, que se deba permitir la dispersión de las fuerzas de la verdadera lucha revolucionaria económica y política, en aras de opiniones o desvaríos de tercera importancia que muy pronto pierden toda significación política, que rápidamente son arrojados al depósito de los trastos viejos por la marcha misma del desarrollo económico." (Lenin, *O. C.*, Tomo X, pág. 79. Ed. Cartago.)

En el bien entendido de que estas líneas son escritas por un aficionado que no pretende discutir acerca de cosas que no entiende mucho, por lo menos servirán para demostrar que el artículo de Vusković provoca una serie de interrogantes en el lector, que el autor no ha tenido en cuenta, como por

ejemplo, la relación: ideología-política. Unica manera de explicarse el asesinato del arzobispo Arnulfo Romero. Romero fue asesinado, en primer lugar, por su actitud política que naturalmente no está desligada de su interpretación ideológica de las sagradas escrituras, diferente a la de los que lo asesinaron.

Jesús estaba bien convencido de que el problema de la propiedad de la tierra es de importancia central en la vida de la nación, y que el orden social se restablecerá sólo al pertenecer la tierra a quienes la trabajan (San Mateo 21:33-46). Estos mesías corren grandes riesgos si el contenido de sus profecías, su interpretación de la voluntad de Dios, está en contradicción con la voluntad de la clase dominante. El ejemplo más prominente es indudablemente Jesús.

GUIDO VIO

2

He leído su carta en relación a mi artículo aparecido en la revista Araucaria N° 18, y me alegra su constatación de que éste "provoca una serie de interrogantes en el lector". Pienso que esto es bueno: si un escrito promueve la necesidad de la búsqueda, del análisis, es positivo y de ahí que le agradezca su carta, porque, además, denota una lectura atenta y un deseo de profundizar en el tema. Como es natural, en relación con sus afirmaciones, con algunas estoy de acuerdo y con otras no. Antes de referirme a tres problemas de fondo quisiera exponerle mi opinión sobre algunos puntos específicos:

Disiento de usted en los siguientes aspectos: 1) *No creo que Jesús sea "el ejemplo más prominente" de Mesías; por la sencilla razón que no creo que sea un Mesías; es decir, el ungido de Dios prometido a los patriarcas. Si existió, fue un hombre como cualquier otro.* 2) *No creo que al obispo Arnulfo Romero lo mataron también por tener "una interpretación ideológica de las sagradas escrituras diferente a la de los que lo asesinaron", por la sencilla razón que no creo que existan escrituras sagradas.* 3) *No digo que "el marxismo es ideología científica y el ateísmo radical es ideología no científica", por la sencilla razón que no pienso que el marxismo sea una ideología (científica o no). Yo sostengo que el marxismo es una ciencia, simplemente.*

En lo que estamos de acuerdo: 1) *En todo lo que dicen y muestran las citas de Lenin hechas por usted, efectuando, sí, dos consideraciones: a) que la primera cita de Lenin que usted coloca tiene un sentido irónico, es un sarcasmo leninista contra el ateísmo radical, y b) que cuando Lenin dice: "Nuestra propaganda necesariamente incluye también la propaganda del ateísmo", él se está refiriendo al ateísmo de los filósofos de la Revolución Francesa, ya que históricamente era el que se justificaba ante una Iglesia Católica hecha una con el poder del Monarca Absoluto, y por esa razón ese ateísmo era también eficiente en las condiciones de la Rusia zarista atrasada, donde el "Código de las Leyes del Imperio de Rusia" estipulaba que el zar era el jefe y "el máximo protector y custodio" de la religión ortodoxa, proclamada religión estatal y superior a las demás¹.* 2) *Cuando usted dice que no me refiero "a la no unanimidad entre la ideología burguesa y proletaria que nunca existirá", es así; yo también pienso que tal unanimidad nunca existirá y, sin embargo, no me refiero a ella, así como no me refiero a muchos otros temas, también importantes, porque el mío es un trabajo de investigación sobre un aspecto específico: el análisis marxista de la religión y por eso, de pasada, digo que los conceptos que se emplean en él se dan*

¹ Vladimir Kuroiedov: *La iglesia y la religión en la URSS*, Moscú, Novosti, 1979, p. 7.

con la connotación que les es habitual en este debate; así, por ejemplo, ocurre con los conceptos contrapuestos de immanencia y trascendencia: en el desarrollo histórico de esta disputa sólo se pueden referir a si ésta es la única realidad que existe (immanencia) o si existe otra realidad que esté más allá de la realidad material (trascendencia); de ahí que "el aparecimiento" de la "inminencia" no entra para nada y corre a cargo de "los duendes" de los talleres de la imprenta donde se hace la Revista. 3) Cuando usted dice "la afirmación del teólogo jesuita no es igual a la afirmación del subtítulo" es así, pero no veo por qué una afirmación mía debería corresponder a la de un teólogo. Si yo la puse es por la fecha en que se hizo: 1946, año en que primaban en la Iglesia Católica las condenas de Pío XII contra "el comunismo ateo", con el fin de separar a las masas cristianas del marxismo. 4) En que habrá comportamientos individuales religiosos en el comunismo y usted agrega que también habrá "la posibilidad de comportamientos colectivos de carácter religioso"; pero, más adelante afirma que en el comunismo, "el engaño religioso será superado. ¿Cuánto demorará? Ese es tema para futurólogos, pero, de lo que no cabe duda, es acerca de su desaparición". Me parece que aquí hay una contradicción.

El problema aparece como para futurólogos; sin embargo, el problema comienza a existir realmente cuando las certezas perentorias de los futurólogos crean obstáculos teóricos para las tareas de hoy, para la Marcha Común de Hoy, y también de mañana y de pasado mañana.

La Marcha Común de Hoy

Lo que interesa para cambiar este estado y esta sociedad capitalistas son las certidumbres perentorias en relación a la defensa de la paz mundial, a la necesidad de erradicar el fascismo, al carácter intolerable que asume la crisis de la sociedad capitalista y a la urgencia contemporánea de construcción del socialismo. Y para llevar a la práctica estos grandes objetivos, en América Latina y en Chile, especialmente, el problema son las masas, masas que en su inmensa mayoría son cristianas. Este es un problema que a nosotros nos pone, objetivamente, la realidad de Chile y de América Latina, o sea, la unidad más amplia de distintos sectores sociales contra el fascismo y la guerra. Esta situación concreta es la que está en la base de la indicación que Fidel Castro hizo en Chile, en 1971, en el sentido de proponer "una alianza estratégica entre cristianos y marxistas", porque, hoy día, en Latinoamérica se da una demostración muy palpable de la justeza de la tesis de Marx sobre la religión. Los cristianos desarrollan por sí mismos el contenido de protesta inserto en su religión; así lo demuestra la historia concreta de los últimos quince años: desde el 15 de febrero de 1966, día en que muere el sacerdote-guerrillero Camilo Torres Restrepo, en un encuentro armado, hasta el 24 de marzo de 1980, día del asesinato del obispo Arnulfo Romero. Sus esfuerzos se continúan en la labor democrática que siguen llevando a la práctica obispos como Helder Cámara y Sergio Méndes Arceo y decenas de miles de sacerdotes y monjas y comunidades cristianas de base, en cada uno de nuestros países, de la Patria Grande. Y ésta es una novedad mayor de nuestros tiempos en América Latina y es urgente que nosotros evaluemos este hecho histórico y concreto de hoy.

A la incorporación a la lucha de estas nuevas fuerzas se levanta como un obstáculo teórico la definición, que algunos hacen, del marxismo como un ateísmo. Como sobre este problema no hay unanimidad entre los marxistas, lo mejor es dejar con la palabra a dos personas autorizadas: Carlos Marx y Federico Engels.

Marx, 1843: "El hombre, aunque sí con la mediación del Estado se proclama ateo, es decir, si proclama ateo al Estado, queda siempre implicado religiosamente, precisamente porque se reconoce a sí mismo por una vía indirecta; sólo a través de un medio. La religión es precisamente el reconocerse del hombre por una vía indirecta"².

Marx, 1844: "El ateísmo, en cuanto negación de esta inconsustancialidad, no tiene sentido alguno, porque el ateísmo es la negación de Dios y postula la existencia del hombre a través de esta negación; pero el socialismo como tal no tiene necesidad de esta mediación"³.

Marx y Engels, 1845: "El ateísmo, el último grito del deísmo, el reconocimiento negativo de Dios"⁴.

Engels, 1874: "Esto es seguro: el único servicio que se puede, todavía hoy, rendir a Dios es declarar el ateísmo artículo de fe religiosa y superar, con una prohibición de la religión, las leyes de la Kulturkampf de Bismark"⁵.

Y como pensaron que su posición sobre el tema estaba muy clara no lo volvieron a tratar más.

La Filosofía del Marxismo es el Materialismo

Nuestros clásicos no consideraron el ateísmo como una integrante del marxismo, así Lenin le otorgó esta función a la filosofía clásica alemana, a la economía política inglesa y al socialismo francés. En relación a la primera integrante indica: "La filosofía del marxismo es el materialismo"⁶. Deseo resaltar dos connotaciones: a) llamo la atención a la circunstancia que en ninguna parte indica al ateísmo como integrante del marxismo, y b) hago notar que materialismo y ateísmo no son lo mismo; pero desarrollarlo más sería tema para otra carta.

SERGIO VUSKOVIĆ ROJO

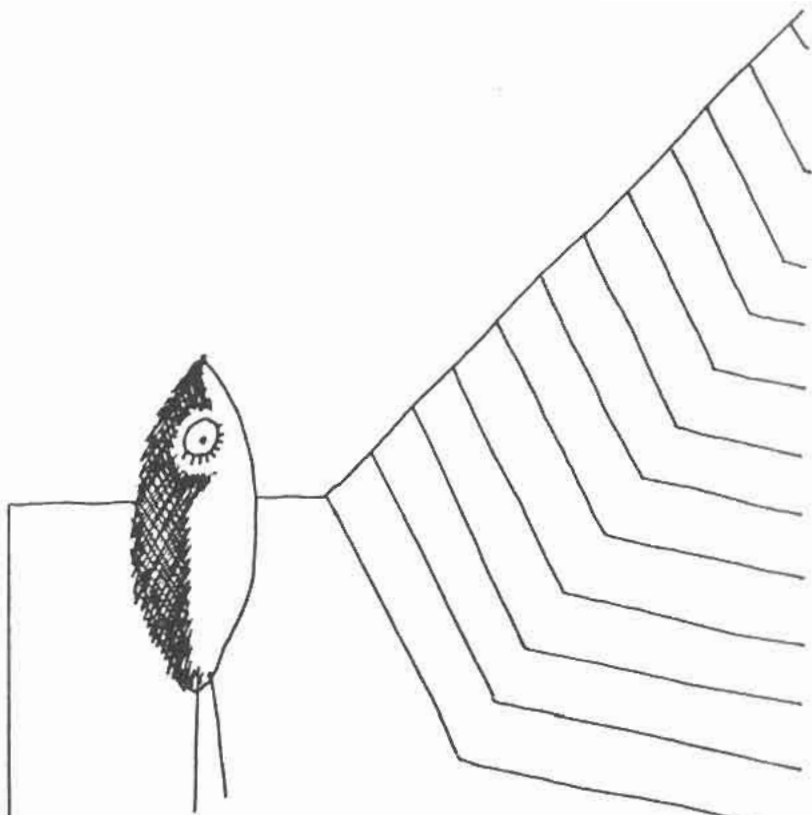
² Carlos Marx: *La cuestión judía*, en *Escritos Filosóficos Juveniles*, al cuidado de Sergio Moravia, Florencia, La Nuova Italia editrice, 1973, p. 58.

³ Carlos Marx: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Santiago de Chile, Austral, 1960, p. 116.

⁴ Carlos Marx y Federico Engels: *La Sagrada Familia*, Buenos Aires, Claridad, 1938, p. 153.

⁵ Federico Engels: *Literatura de Prófugos*, en *Escritos sobre la religión*, junto con Marx, Roma, Savelli, 1973, p. 210.

⁶ Lenin: *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*: OCCC, V. XIX, Roma. Editori Riuniti, 1967, p. 10.



SE DISFRAZO DE INOCENCIA
PARA VISITAR LA PIRAMIDE

OMAR LARA

Correo de la poesía

LOS OCHENTA AÑOS DE RAFAEL ALBERTI

O el reencuentro pleno con España. España (es decir, la España política progresista, los escritores-intelectuales-artistas, la ciudad natal, el mar de marinero en tierra, algunos teatros, algunos restaurantes, algunas calles que se llaman como él, de ahora en adelante, los que lo quieren y los que no lo quieren y le hurtan la tierna o pasajera o necesaria gloria de algún terrestre premio, es decir, España) le han dado un largo beso a este hijo que un día se fue pero no se fue.

El periódico de hoy (9 de febrero) cuenta que hace unos días el poeta

recibió la Orden soviética de la Amistad entre los Pueblos. Y, hombre de este tiempo confuso, habló de paz: "Paz, paz, paz. Nuestro siglo, que se va ensangrentando casi sin descanso, lo reclama. Porque estamos de nuevo casi sin dormir, ojalá que no en vísperas de días desesperados, infelices, sombríos, *en que es casi un delito el contemplar las flores / alabar los azules del mar y la armonía / del vuelo de las aves que en otoño se alejan...*".

Un amigo común, un notable hispanista rumano, envió para este "Correo" el poema que incluimos a continuación. De este modo, el profesor Paul Alexandru Georgescu participa en este pluralísimo saludo.

Tú eres todo - A Rafael Alberti

*Tú eres todo: vientecillo suave
de tu marinería gaditana,
trueno de una guerra ya lejana,
voz honda del amor eterno y grave.*

*Tú sabes todo: la hermosura humana,
el corazón y su escondida llave,
la errante y desasosegada nave
de los ensueños y la paz que hermana.*

*Cargado así de gloria y poesía,
alumbras hoy tu tierra que esperaba
el vate que por magia y maestría*

*su cara a ella misma revelara
en obras que el tiempo mismo alaba.
¡Oh, gran ingenio, oh proeza rara!*

MUERTE DEL POETA QUIÑONES

Un amigo nos escribe desde Valparaíso, dándonos la triste noticia. El texto de su carta es el siguiente:

"Hace poco murió en nuestra ciudad, que era también la suya y de modo entrañable, el poeta Guillermo Quiñones, padre del escritor homónimo que colabora habitualmente en vuestra revista. El "Poeta Quiñones"—así se le conocía—es parte inseparable de los últimos sesenta años de la vida literaria porteña, y su vida misma es poesía palpitante, ejemplo tenaz de poesía viviente. Bohemio, enamorado del mar, de la vida, siempre pobre y siempre generoso, entusiasta, triste, solitario y altivo, tierno y anárquico, este "poeta de su vida"

dejó dispersos en diarios y revistas de Chile y América un centenar de poemas. (Qué importa eso —nos argumentó una vez— si ya nadie lee *La divina comedia*.) Y cuando en medio del "apagón cultural", "intelectuales" próximos a la Junta fueron a proponerle la edición de una antología suya, contestó tajante: "Nunca fui arribista. Nunca hice arribismo. Menos ahora...". Murió con el dolor de Chile, con el dolor por la ignominia del fascismo en Chile.

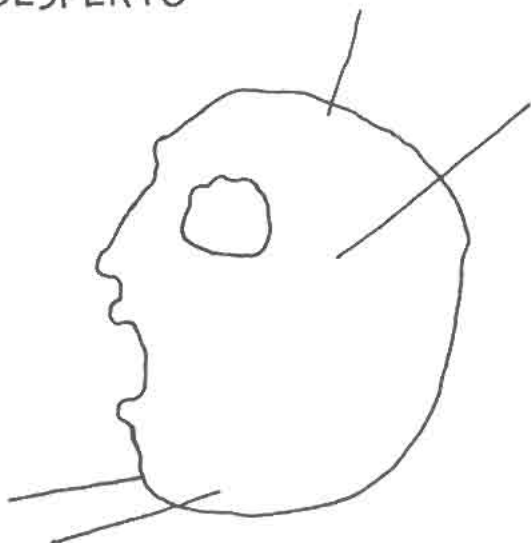
"Yo creo que es justo rendirle un último homenaje publicando uno de sus poemas, y el que sea en *Araucaria* es el mejor que podría ofrecérsele. Lo hemos rescatado desde las legendarias páginas de la revista *Multitud*, que editaba Pablo de Rokha."

Nocturno

*Para los bebedores, para los soñadores, para los poetas,
es decir, para los alquimistas de la vida,
para ellos, sólo para ellos es la noche,
con sapos, sepulcros y arañas crueles
que amontonan moscas y moscas con el afán
de marineros que coleccionan tempestades,
paisajes y travesías y que, sin embargo,
cuando mueren, tienen espacio aún en sus ojos
para la angustia de otras tempestades,
para la alegría de otros paisajes,
para la incertidumbre de otras travesías.
En la noche, las Parcas de dedos ágiles
hilan las cabelleras color mortaja
para las muchachas morenas, tristes y apasionadas.
Entre el primer lucero y el canto ceniza del gallo
se verificó el milagro de los himnos ardientes
que hicieron fraternizar ciudades, continentes y razas.
Acodadas a la alta arboladura de la noche,
a la sombra de su inmenso, alucinador velamen
todas las amantes han soñado con los países malditos
o maravillosos que comentan los rapsodas,
y en los puertos fuera de ruta, sin faros y sin vigías,
en los territorios de naufragos en que anclan para siempre
los capitanes aventureros, audaces, con sus veleros fantasmas
de negros pabellones, de linternas siniestras y mascarones de niebla;
al otro lado de los horizontes, más allá de las azules praderas,
con bacantes desnudas que danzan al ritmo de los alisios,
con verde hoja de laurel perfumada por glauco,
joh sur melodioso engendrado en la flauta embrujada de Pan!,
aún más allá del país de trueno que vigila los hangares del norte,
de tórax duro, de brazo velludo y de garra húmeda...
Los mercaderes precisan del pleno día y de la luz violenta
para mostrar sus bazares y verificar el quilate
de sus malditas monedas, producto del hambre y del sucio cambalache;
a ellos no les interesan las historias de mundos encantados,*

ni las leyendas con quimeras, animales alados o monstruos
 que precipitan en la embriaguez o la locura;
 seres engendrados en la prisa de un negocio,
 se satisfacen con sus periodistas que les reclaman
 en las páginas interiores de sus gacetas
 sus mercancías, sus hijas y las madres de sus hijas,
 las que a veces al desnudarse al borde de sus lechos,
 dicen qué bella y triste canción,
 o gimen, el puño de qué demiurgo ciego hirió las grupas
 de este tornado que arrastra, violenta y arroja
 hacia levantes con mares de ébano, águilas de azabache y leones de pesadilla;
 o comentan esta noche y su luna tienen fragancia de naranjos en flor,
 y en escandalosa alegría en la que la voz se hace fuego y la boca llama,
 cantan el salmo funesto: el vino es sangre de la tierra y la perla almendra del mar.
 ¡Oh alud de deseos!
 ¡Oh inerte viga! ¡Oh cuerda en pereza de reptil ahora!,
 repugnante vibora maldita cuando reptas hacia las gargantas:
 ahogándose en ardientes o bellas palabras,
 Savonarola y su dios, y en un callejón de París
 Gerardo de Nerval y su poesía,
 y las muchedumbres de fiesta como si repartieran monedas.
 Entonces los rojos peces de los acuarios
 que han mirado todo y que han escuchado las febriles y trizadas palabras,
 sorprendidos se han ido corriendo arriba en nocturna fuga,
 buscando el país de las praderas azules
 en que hay bacantes desnudas jugando con alisios ligeros.

EL GALLO CANTO TRES VECES Y DIOS DESPERTO





Varia Intención

MERCEDES SOSA VUELVE A TUCUMAN

Cuando calla el cantor, calla la vida, una vida tan frágil como pocos piensan. Llena de escenarios y tristezas. Todos cambian fuera de la casa y la casa está desnuda y vacía y los muebles y sillas añoran sus manos y sus cuerpos, algo cansados.

De repente, la casa está llena de amigos, de sombras testigo de pasado y el cantor vuelve a casa. Es hora de recibir mucha ternura. Dejar Europa y volver a Tucumán, donde todos tus amigos han llenado tu casa.

* * *

—*Mercedes, ¿cuáles han sido tus últimas aportaciones a la canción latinoamericana, cuáles tus proyectos y deseos?*

—Las perspectivas que yo tengo son de seguir trabajando. El año pasado grabé un disco en París con Castañeira de Dios en la dirección musical, un disco bellissimo, pero a ese disco lo ha tapado absolutamente el disco grabado en vivo este año en Argentina. Lo ha tapado por muchas razones; primero porque no se puede superar un disco grabado en vivo, aunque haya habido problemas de sonido. Yo misma tengo grabaciones de Luis Regina bellísimas, perfectamente grabadas, y tengo una grabación hecha en Montreuil en el año 79 que no es perfecta por ser en vivo, pero es como si ella estuviera viva de nuevo a la par de nosotros; es como si me dieran ganas de hablarle por teléfono y decirle qué maravilla fue eso. Esta es la sensación que diferencia substancialmente a la grabación de estudio —a pesar de la perfección técnica— con la en vivo; aquélla resulta una cosa perfecta y fría. De todas maneras es imposible calcular que alguien pueda entrar en el corazón de un artista cuando en el caso de Argentina las expectativas

mías por cantar y del público por escucharme eran tantas, y eso se nota pálidamente en el disco, cuando yo escuché el disco parecía que los aplausos no estaban. Esas son las cosas que he vivido y me han marcado a fuego, para siempre, porque después ya me vine a cantar a Europa, a Bruselas y fue muy duro volver a entrar otra vez en Europa, oír cómo aplauden incluso los compatriotas nuestros. Yo hablo de compatriotas chilenos, argentinos, uruguayos, ecuatorianos, todos; todos nosotros cambiamos en Europa porque estamos en otro terreno, porque nosotros empezamos a bajar de esa euforia que tenemos o de esa angustia o desolación a la tremenda. No se puede llamar frialdad, pero sí una equidistancia en relación a lo que nosotros somos en el continente.

—*¿Has cantado en otro país latinoamericano en este tiempo?*

—En Brasil hice unas 38 actuaciones en poco más de un mes y medio y luego ya estaba cantando en Berlín, desde donde me volví a Madrid para descansar, aunque el verdadero descanso vino después de la visita a una exposición en Venecia en la que participaban pintores y escultores latinoamericanos. Ese descanso fue de casi un mes en Argentina, ya que estaba realmente agotada.

—*Sabemos que en Brasil hiciste algo con Milton Nascimento.*

—Con Milton Nascimento grabé dos discos. "Volver a los 17" y "Sueño con serpientes", de Silvio Rodríguez. Pero también grabé con Fakner, que es un hombre tan importante en Brasil como Milton o Chico Buarque; una canción de Pablo Milanés que se titula "Año". Recientemente hemos grabado una canción que va a ir incluida en un disco homenaje a Picasso en el centenario de su naci-

miento; está Rafael Alberti, está Meneses —un importante cantante andaluz—. Paco de Lucía y yo.

—¿En España has trabajado en otras cosas? Porque ya se sabe que en este medio hay cosas que tienen una difusión muy reducida.

—Se producen cosas muy lindas acá, por ejemplo, nadie sabe que yo grabé con un conjunto que se llama Patas Negras, de rock flamenco; ahí solamente colaboré, no cobré nada porque venden muy pocos discos. Yo canté ahí una de las voces (sonriendo y con sus labios gruesos canta en voz baja parte de la letra), "ay amor/ay amor/ay amor que se fue por el aire". y, a pesar de cantar bajo, su afinamiento y melodía es tan perfecta que si Federico García Lorca estuviera en este caluroso hall del hotel Manila de Barcelona sonreiría y aplaudiría la versión de su poema)..., después grabé "Llego con tres heridas", de Miguel Hernández, musicada por Serrat y el grupo flamenco entra después por bulerías con la misma letra.

Todo esto lo he hecho como una diversión para mí, yo venía de cantar en Málaga, canté allí para Nicaragua, llegué a mi casa a las 11 de la noche y ellos me esperaban, tomé un vino y sin comer salimos a la grabación que estaba esperando, ya que ellos se tenían que ir a Sevilla. Son cosas muy lindas que hago y que voy dejando a mi paso por acá casi como una despedida, sobre todo para mí, porque estoy muy sola y llegó la hora de volver para mi patria.

—¿Qué nos puedes decir de las experiencias de otros artistas latino-americanos acá en Europa?

—En esta época fuera de nuestro continente he tenido oportunidad de ver muchos artistas de cerca, muchos están realmente quemados, no quemados ante la opinión pública, quemados ante ellos mismos que es más bravo. Muchos han entrado por conveniencia en la izquierda, pero si realmente no se tiene convicción es muy peligroso entrar sólo para tener fama. Entonces se ha producido como una angustia en alguno de ellos y ya no pueden volver para atrás. Esto ha servido para saber realmente si la

canción sigue siendo un arma muy importante, indudablemente no va a hacer sola la revolución, como tampoco la hace alguien solo; la revolución es una cosa que la hace mucha gente y entre ellas la canción.

De toda esta gente que he conocido me ha sido muy duro comprobar algunas cosas en Europa, de algunos cantantes que en América Latina tienen una posición y acá han cambiado totalmente, ruego para que encuentren la paz y vuelvan a su patria, creo que volviendo van a comprender muchas cosas más.

Han quedado grandes figuras en Europa, figuras que son muy importantes y que no se les puede negar su talento. Espero que las cosas se abran en el continente sur para que ellos puedan volver y revisar desde allá sus pensamientos.

—Háblanos de esta vuelta, ¿va a ser definitiva?

—Yo tengo mi casa, compré mi casa en Madrid porque creí que me iba a poder acostumbrar a Europa, pero no me acostumbré. En realidad no vivo acá, vivo arriba de un avión, de un país a otro. En dos días no se puede uno acostumbrar con una casa, aunque la mía es bellísima: la he arreglado con recuerdos de los distintos lugares de Europa donde he andado. Mi casa está siempre llena de amigos, parece la ONU, pero aun así eso me da una sensación de que no estoy en mi casa, es decir, mi casa es Calo Pelegrini en Buenos Aires y yo ahora me doy cuenta; mis amigos están allá, los de siempre, los que han aguantado conmigo toda la miseria que significó las prohibiciones y toda la amargura de la muerte de Pocho, mi marido.

Hay otra gente que tuvo la dicha de salir con sus maridos, con sus mujeres. Yo no, yo sólo tuve que salir y es muy difícil ir cargando maletas y viajando como he viajado; eso sí, me ha dado una gran independencia económica pero me ha endurecido mucho, es muy grave el endurecimiento ya que la ternura, como decía Guevara, no hay que perderla jamás y en este tiempo de andar de un lado para otro ha sido mucho más el endurecimiento que la ternura.

—¿Qué esperas ahora en esta vuelta a tu país?, ¿qué esperas de tus tantos amigos, como reza tu canción?

—Mira, lo único que espero de Argentina es que me dejen cantar tranquila. Cuando una artista está directamente comprometida eso es muy difícil, cuando las canciones significan tanto para un pueblo. Es decir, yo canto "La carta" acá y para los europeos. "La carta" es simplemente una canción, pero para los argentinos es un arma de lucha, esas cosas entonces son peligrosas porque el artista sube al escenario con presiones, ¿comprendes?

**IRMA BRAVO
y FELIP GASCON**

Barcelona, noviembre de 1982.

ATENAS: SOLIDARIDAD GRIEGA CON EL PUEBLO DE CHILE

Fines de septiembre de 1982. Atenas, Grecia. Sesiona la Comisión Internacional que Investiga los Crímenes de la Junta Militar de Pinochet. Su embajador ha hecho inútilmente, antes, todos los esfuerzos para impedir la audiencia, así como luego tratará, realizada ésta, de utilizar a *El Mercurio* para desprestigiar la reunión y minimizarla.

El encuentro congrega a eminentes personalidades mundiales. Monseñor Alberto Iniesta, obispo auxiliar de Madrid; el ex-senador argentino Hipólito Yrigoyen Solari; Guillermo Ungo, Presidente del Frente Democrático Revolucionario de El Salvador; parlamentarios y juristas europeos: Hans Goran Franck, sueco; Jacobo Söderman, finlandés; Igor Karpetz, soviético; Boris Spasov, búlgaro; Jules Borker, francés; Gianfilippo Benedetti, italiano; Helmut Schiffner, alemán, etc. En total, una treintena de nombres venidos de todas partes del mundo para sumar su voz a la de quienes todos estos años no han cesado de condenar la dictadura fascista chilena.

En la inauguración de la Asamblea está presente el Primer Ministro griego, Andreas Papandreou, y en ella y en las sesiones posteriores participan tres nombres claves de la moderna

cultura helénica: Melina Mercouri, Yannis Ritsos y Mikis Theodorakis. Las más importantes organizaciones de masas están allí representadas: políticas, sindicales, juveniles, e instituciones como el parlamento.

Tres días de sesiones. Aportes en el análisis del itinerario y carácter del fascismo pinochetista. Testimonios abrumadores. Una condena unánime, reflejo fiel de lo que piensa la mayoría de la opinión universal.

Las palabras de Melina Mercouri sintetizan con precisión el tono emotivo de la reunión. "Los griegos —dijo— conocemos lo que significa el yugo de las dictaduras, de las juntas militares. Conocemos el exilio, el maltrato, las torturas. Por eso, nos identificamos política y emocionalmente con el pueblo de Salvador Allende y Pablo Neruda." Terminó citando unos versos de Ritsos que dicen:

*Chile vencerá
repito Chile vencerá.
Con Chile venceremos
también nosotros.*

★

Evocar a Ritsos es acercarse al corazón de una poesía que es una de las mejores del mundo. Y en la que la belleza de la palabra está profundamente asociada con los sufrimientos y las luchas del pueblo heleno. Por eso nos sentimos casi tentados de hablar del Neruda griego.

Su casa en Mikailkoraka tiene algo de mágico, con sus cuadros innumerables, los libros repartidos en todos los rincones, y las decenas y decenas de piedras que parecen ocultar algo misterioso, cada una con una historia diferente.

En un muro vemos un retrato de García Lorca. Más allá un San Sebastián, que no sé por qué me hace pensar en Yumbel.

De porte imponente, barbas plateadas, personalidad magnética, el poeta nos habla de Nazim Hikmet, pero sobre todo de Neruda, a quien nunca conoció. Idearon mil encuentros que jamás pudieron concretarse, y finalmente, Ritsos imaginó ese encuentro fallido y lo situó en su propia celda.

De allí nació su homenaje al chileno cuando éste cumplía 50 años, y que para sorpresa y regocijo suyos, porque había estado buscándolo durante toda la velada, encuentro debajo de una pila de volúmenes. Es la revista *Aurora*, la edición especial dedicada al cincuentenario de Neruda, que tiene entre sus materiales eminentes el poema que Yannis Ritsos escribió a propósito de aquel encuentro imaginario.

En el curso de los días veré a Melina y a Mikis Theodorakis, escucharé la canción de "Zorba el griego", y al oírla entre comunistas, sus acordes me sonarán de un modo nuevo, como si se tratara de un mensaje musical dirigido a todos los Zorbas del mundo. Theodorakis nos hablará de un ardiente deseo suyo: tener la posibilidad, algún día, de dirigir en el Estado Nacional de Santiago su *Canto General*. Pensamos que ese día no está ya lejano. Como hemos creído sentirlo durante mucho tiempo, incluso en los momentos más difíciles. Porque, como lo dice Ritsos, "el primer acto de resistencia de todos y de cada uno debe ser no permitir jamás a nuestro espíritu la sensación de la derrota".

Ni aun en los momentos difíciles. Que no han pasado. Como lo muestran los testimonios leídos en Atenas. Por Miriam Silva, por ejemplo, viuda del pintor Hugo Riveros que fuera asesinado a los 28 años por el CNI, a principios de 1981. O por Pedro López, detenido tres veces desde el golpe de estado de 1973 (ese año, en 1975 y en 1982) y torturado en todas esas ocasiones. Su caso —como el de muchos— marca la tenaz continuidad de la persecución y la tortura en estos ya casi diez años de fascismo en Chile.

La reunión en Grecia fue un gran acontecimiento nacional en el país, y otro signo de que la solidaridad con el pueblo de Chile se mantiene viva. Por un período que no puede ya ser muy largo. Porque el régimen de Pinochet se hunde y su derrota es ahora cosa de tiempo muy breve.

LAUTARO AGUIRRE

BREVES

Un torneo que promete un desarrollo y repercusión considerables es el que prepara, en París, el Instituto de Altos Estudios de la América Latina, dependiente de la Universidad de París-III (Sorbonne-Nouvelle). En comunicación dirigida a nuestra revista, nos informan que en el mes de junio del 83 se realizará el *Primer Coloquio Internacional de Literatura Chilena*. En la nota de invitación se señala que el Instituto "no puede ser ajeno a la revisión de la producción y al estudio de la problemática que afectan (a la literatura) en tanto factor integrador y culturizador de un pueblo". Agregando, en seguida, que "Chile, cuna de innumerables escritores y ensayistas, se ve, desde hace algunos años, disminuido en su producción intelectual que es preciso conocer, integrar, estudiar y promover". Y ése es, entonces, el objetivo del encuentro que se prepara.

Habrán cuatro grandes temas a debatir:

- 1) Problemas de la crítica y la historiografía literaria chilenas;
- 2) La literatura chilena en el contexto latinoamericano e internacional;
- 3) Temas y problemas de la literatura chilena contemporánea, y
- 4) La literatura chilena después del golpe de Estado.

La Comisión Organizadora la preside Jacques Chonchol, en su carácter de Director del Instituto de Altos Estudios, y la Coordinación general está a cargo del profesor Claude Fell.

Todos los interesados pueden obtener más información, dirigiéndose a la Comisión Organizadora, que funciona en el Instituto (I.H.E.A.L.) 28, rue Saint-Guillaume, 75007 - PARIS, Francia.

- La salud de la enseñanza superior no mejora en Chile.

Conforme a la nueva legislación, numerosos organismos muestran interés en contar con una universidad "propia". De acuerdo también a los códigos vigentes, es el Ministerio del Interior quien tendrá que calificar la legitimidad de las nuevas candidaturas al podio que otrora presidiera Andrés Bello, reemplazado hoy por un "general desconocido" que no

muestra premura por saltar del sillón a la tumba.

La lista de las nuevas universidades en perspectiva es la siguiente: Universidad Diego Portales (ver en pág. 160 una muestra del talento de la principal autoridad en ciernes), Universidad de Viña del Mar, presidida por el almirante Luis de los Ríos; Universidad Andalién, patrocinada por el club de Leones y por el general (en retiro) y "rector" (en retiro también) Agustín Toro Dávila; Universidad del Pacífico Sur; Universidad de Providencia, y Universidad de Las Condes (nadie, que se sepa, ha presentado proyecto alguno de Universidad de San Miguel).

Mientras el Ministro del Interior se toma tiempo para reflexionar, *El, el Supremo*, tomó una decisión trascendental en relación con una Universidad (la de Chile) que, a pesar de todo, se empeña en mantenerse como *universidad*: dejó de ser rector el Brigadier general Alejandro Medina Lois y entra a reemplazarlo el Brigadier general Roberto Soto Mackenna.

■ Una colaboradora nuestra, Isabel Allende, lanza en España su primera novela, *La casa de los espíritus*, que ha tenido una buena acogida de crítica y de público. Periodista y autora, con anterioridad, de obras de teatro, cuentos infantiles y textos humorísticos, éste es su primer trabajo en el campo novelístico. *La casa de los espíritus*, declaró al diario madrileño *El País*, "es básicamente la historia de mi familia. Y todo (en ella) es real, hasta lo más fantástico, hasta ese perro que acaba convertido en alfombra".

Aunque no la conocemos (nos referimos a la novela), felicitaciones a la autora.

Y felicitaciones, también, a María de la Luz Uribe y Fernando Krahn, por el premio "Apel de los Mestres" que les han dado por el libro *La señorita Amelia*, escrito por ella e ilustrado por él. Ni uno ni otro necesitan presentación: ella ha publicado antes espléndidos relatos para niños, y Krahn (que ilustró el N° 11 de *Araucaria*), es uno de los dibujantes humorísticos de más talento y fuerza (un humor negro que logra un raro maridaje entre el horror y la ternura) en la actual generación de grafistas latinoamericanos.

● El fenómeno de la proliferación de revistas sigue siendo rasgo saliente de una cultura chilena que se ha negado, obstinadamente, a dejarse asesinar. He aquí otros títulos, entre las que nos han llegado más recientemente.

Contramuro, que se define, en su nota editorial, como "una fuerte estocada a todo aquello que cierra la posibilidad de respirar, de pensar, de amar". La edita "Taller Urbano", en Santiago, y su número Uno contiene poemas de Paulina Casablanca, Demian Moreno, Ernesto Rojas, César Vallejo, Hugo Riveros Gómez y Efraín Barquero. Como tantas otras en Chile, se esmera no sólo en la calidad de los materiales poéticos propiamente tales, sino que, además, en la presencia visual, que es cuidada e imaginativa.

Palabra escrita. También dedicada a la poesía. Va ya en su número 10 y la dirige José Martínez Fernández. Contiene poemas de Eduardo Cruz Vásquez (mexicano), Daniel Molina Núñez, "Toñocadima" (que diagrama la revista, y lo hace bien a pesar de su exótico seudónimo), Carlos Amador Marchant y el propio director. Funciona en: Av. Matta 1425, Santiago.

Poesía Índice. Su primer número nos llega desde Valdivia. Poemas de Miguel Gallardo, Jamadier Provoste, Oscar Galindo, Rosabetty Muñoz, Luis Ernesto Cárcamo, David Miralles, Sergio Mansilla, Nelson Antonio Torres. Su director, Oscar Galindo, nos la envía con una breve y cordial nota que dice: "Aquí va *Índice*, publicada con nuestro esfuerzo, nuestra falta de medios y nuestro amor por la poesía, enviada a quienes publican una revista con un algo de Chile". (Con "más de un algo", diríamos nosotros.)

La Castaña. Desde la indicación acerca de que se trata únicamente del "número Cero" entendemos que, esta vez, las ambiciones apuntan mucho más lejos. Los poemas son espléndidos (Jorge Montealegre —que *Araucaria* ayudó a dar a conocer cuando recién empezaba—; Armando Uribe Arce, Fernando González Urizar, Armando Díaz, Sergio José González). Lo dominante: el buen humor ("La estupidez, la lata/matan más gente que la guerra", dice Uribe) y una presentación gráfica de primer orden, muy superior a lo que podrían

prometer sus sólo dieciséis páginas. Es, dice la confesión de propósitos, "una revista de la familia de las cupulíferas. Fruto nutritivo y sabroso que está envuelto por una cáscara correosa y llena de púas". La tratamos, como pide, "con cariño", porque en lo alimenticio —creemos— la castaña se hermana con el piñón de la araucaria. (Ediciones Tragaluz, Casilla 5377, Santiago, 3, Chile.)

• Ellos, que sepamos, no publican ninguna revista, pero se muestran, en cambio, constantemente activos para relevar cuanto hecho, en el campo de la cultura, puede ayudar a la causa de la solidaridad con el pueblo chileno.

*Buenas tardes compañeros
yo les pido por favor
que me hagan el honor
de escucharme, eso espero
para hablarles de un rastro
que deforma la temática
de la crisis matemática
que sabemos que ha caído
el fascismo corrompido
y su máquina informática.*

*El Mercurio en mala fe
paladín de la mentira
que el lector cuando lo mira
se da cuenta donde esté
que este diario y Pinochet
en noticias generales
bien camufla muchos males
denunciados por la izquierda
es por eso no se pierda
cuando lea editoriales.*

Gerente Marketing

*Empresa super solvente
busca a joven gerente
para que la represente
en barrio alto solamente.
Tú nos puedes escribir
a Miami one 3a. Street.
Grandes ganancias te deja
financiera la Coneja.*

Importación La Polar llegar y llevar

*Vendo preciosos catres
para matrimonios de fierros
y vendo robustos fierros
para matrimonios de catres.*

Nos referimos al Taller Cultural Pablo Neruda, que funciona en Montreal, Canadá. Uno de sus animadores cultiva la poesía popular, que firma con el seudónimo Juan Huelchán, porque no quiere tal vez que su apellido propio, asaz literario, suponga pergaminos que el trabajo no pueda mostrar por sí mismo. Autor de unas "Décimas a los cinco años de Araucaria", no aceptó que publicáramos sólo algunas (eran muchas, y el pudor —puesto que era un homenaje— nos puso avaros con el espacio). En subsidio, vayan en seguida algunos de sus "Avisos comerciales de El Mercurio", que nos llegaron poco después.

*"Hay trabajo para todos".
"Se acabó la cesantía".
"En Chile hay alegría".
"Gran prestigio en nuestro modo".
"Merino no es un beodo".
"Ya no existen los marxistas".
"Inversiones altruistas".
"Ronald Reagan benefactor".
"No hay deudas al exterior".
"Pinochet es moralista".
Sabe el mundo claramente
que el engaño es cosa seria
que la patria no es la feria
de conciencias repelentes;
y si usted le mete el diente
a los avisos comerciales,
verá que todos los males
se leen directamente
y verá que mucha gente
expresa sus malestares.*

Excelente trabajo

*Necesito con urgencia
asesora del hogar
indispensable mostrar
un título de solvencia
que sea universitario.
Sueldo: cien pesos diarios.
Pregunta por cabo primero
población de Carabineros.*

Llamado

*Necesito con urgencia
un doctor experimentado
que me arregle con paciencia
todos mis huesos quebrados.
No importa quien me escoja
te lo implora la Sofofa.*

Defunción

*Se fue a la eternidad
con dulzura granulada
nuestra querida y quebrada
de Viña la Empresa Crav.
Partira la procesión
desde el Club de la Unión.
amén.*

Competencia Sana

*Forlivesi es más consciente,
te ofrece noble oficial
por la mitad solamente
tu grandioso funeral
esto lo puedes lograr
si te haces acompañar
de un mayor y un general.*

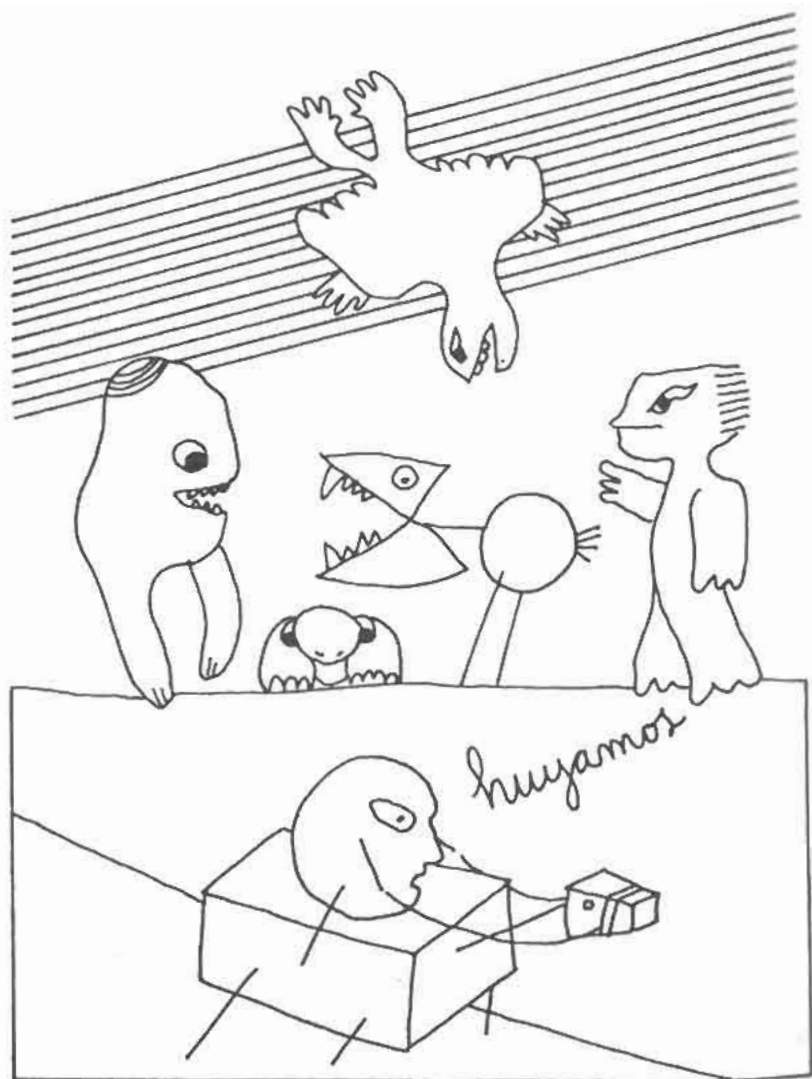
Servicios funerarios

*Azócar la funebrera
funerales de primera,
hay servicios especiales
a gerentes y oficiales.
Rebajas muy altruistas
si te atacan los marxistas.*

MATERIA GRIS

Pinochet se muere (¡el Diablo se haga el sordo!) y es llevado a la Morgue. El cirujano blande el bisturí y abre el cuerpo de un solo tajo. Se produce una especie de explosión y una tonelada de mierda invade la sala de la autopsia. El médico escapa a su gabinete y allí escribe: "**Causa de la defunción: derrame cerebral**".

(Chiste santiaguino.)



Textos marcados

CUANDO LA DERECHA SE PREOCUPA

1

—Creo que para mí la política siempre fue un sacrificio. O tal vez lo digo para evadirme de una responsabilidad, si es que la tengo, porque la verdad es que estoy preocupado de que la derecha se haya desentendido de la política.

—¿Cómo podría haberse dedicado a ella si existía receso y éste fue aceptado por la propia derecha?

—Pienso que podríamos haber desarrollado lo que yo llamo la **amistad cívica**. Esta consiste en que cada ex-parlamentario mantuviera contacto con sus amigos de la zona. Ir a visitarlos y explicarles lo que sucede en el país y lo que este Gobierno aspira.

—¿Usted habría sido partidario, por ejemplo, de un Congreso designado para implementar más la participación?

—Sí, creo que un Congreso designado y pluralista donde se discutieran los problemas con altura y no en forma envenenada como antes, habría sido una ayuda para sortear épocas de crisis.

—¿Cómo ve a la derecha en el futuro?

—Intentando ser el partido de muchos, como fue el Partido Nacional. Mi duda es lo que piensa la gente joven. Creo que hay entre ellos mucho afán de lucro, cosa que no existía en mi tiempo.

—Algunos piensan que la actitud de sectores a los que se identifica con la derecha económica, terminará pesándole mucho a la derecha política. ¿Cómo lo ve usted?

—Estoy profundamente decepcionado de la gente rica. Muchos de ellos se han manejado con verdadera frivolidad... El hombre del pasado tenía gran sentido de su dignidad y del valor de la palabra empeñada. Hoy en día, muchos hombres de negocios viven al límite de lo que acepta la ley, sin medir las consecuencias.

(Declaraciones de Víctor García, ex-senador del Partido Nacional. **La Segunda**, 22-XI-82.)

2

Yo creo que la situación del gobierno es sumamente difícil. Nunca habíamos tenido una deuda externa de este tamaño, ni una cesantía tan feroz, ni un porvenir tan oscuro... No se ven los logros del régimen. En la historia de Chile no ha habido un solo gobierno que haya tenido durante tanto tiempo la enorme cantidad de facultades que ha tenido éste y aun así no han podido solucionar los problemas.

Pienso que si el gobierno no incorpora a toda la masa democrática a la gestión directiva del país, a la gente fervorosamente partidaria de un régimen de libertad, de respeto por los derechos humanos y de probada fe antimarxista... Si el gobierno no lo hace, yo creo que viene una revolución.

A mí me parece que ha sido un error profundo de los militares haber entregado la conducción económica a un equipo tan dogmático y tan cerrado. Situación que por lo demás es muy negativa para ellos mismos, porque, ¿usted cree que las Fuerzas Armadas están contentas con este gobierno? Yo pienso

que no. No es fácil para ellos opinar porque tienen una formación verticalista, pero a mí me parece que no pueden estar contentos y que este gobierno les comienza a penar.

Hay que pensar qué es lo que van a hacer mañana si esto fracasa. ¿Recuerda usted lo que sucedió con las Fuerzas Armadas y carabineros cuando derrocaron a Ibáñez? Tuvieron que pasar dos meses escondidos...

(Engelberto Frías, ex-secretario General del Partido Nacional, en declaraciones a revista **Cosas**, N° 160, 18-XI-82.)

¡VIVA QUIRLOS CANTO!

—No me cansaré de mi defensa de España. La de siempre, desde luego, pero particularmente la de Franco. Porque ésta, junto con las épocas de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, fueron las más gloriosas de ese país.

De Isabel la Católica —"bueno, yo soy uno de sus tantos enamorados"— **ha juntado con pasión un conjunto importante de sus cartas.**

Sobre el pensamiento y la vida de Carlos V versa la nueva obra que entregará a la imprenta. "Elegí este personaje porque es uno de los que más admiro. Lo considero el primer jefe, el primer gobernante de Chile. Sacra Cesarea Católica y Real Majestad Carlos V. Así se dirigían a él Pedro de Valdivia, Diego de Almagro y los primeros descubridores."

(Sergio Fernández Larrain, presidente de la Academia Chilena de la Historia, en **El Mercurio**, 19-IX-82.)

ARTE ECOLOGICA

1

Según él, ésta es su "segunda salida de don Quijote a la ecología".

—La primera se produjo a fines de la década del 60, en Nueva York... Vine a Chile con todo el entusiasmo de esta primera alarma ecológica, de la cual fueron responsables los jipis, pero frente a la buena nueva de la ecología mis compañeros izquierdistas me hicieron callar asegurándome que la ecología era la nueva máscara del imperialismo.

La segunda salida de don Quijote fue hace dos años... En pocas palabras, yo estoy en este momento en el frente ecológico. Esa es la situación real.

—¿Y eso como militancia?

—Una militancia sin cuartel, porque, por el momento, éste es un grupo formado por una sola persona, que soy yo.

—¿Este es un Nicanor Parra realmente distinto al de antes? ¿Al de siempre?

—En mí se ha producido un cambio. Antes yo era un sujeto que lo criticaba todo. Que no podía sumarse a una causa porque encontraba que no había razones definitivas para abrazar una u otra causa. Emocionalmente, claro, yo estuve al lado de los oprimidos, para decirlo de alguna manera. En esta lucha secular entre pobres y ricos, yo, en mi condición de pobre, pobretón, siempre estuve al lado de los pobres. A mi manera...

Siempre fui simpatizante, exclusivamente. Pero ahora soy militante. Soy un fanático.

—¿Cómo se produjo el cambio?

—El cambio se produjo frente al naufragio de la naturaleza. Ante el naufragio del planeta. Yo creo que hay que estar demasiado metido en sí mismo como para no darse cuenta de eso... Es el naufragio, el colapso, el apocalipsis del planeta.

Hay una escuela, la de los Apocalípticos, que dicen que el problema ya escapó de las manos y que el planeta ya está condenado. A corto plazo. Hay otros aún más apocalípticos que dicen que aunque se asocien los que se asocien en este momento, ya se cruzó el umbral del apocalipsis. Ya es demasiado tarde.

—¿Y usted de cuál es? ¿Usted qué cree?

—Yo no puedo creer o no creer. La actitud mía ante la ecología es una actitud científica.

En mis estudios ecológicos he tenido que tratar de ir más allá de las apariencias. Por ejemplo, estoy leyendo un estudio desde el punto de vista psicoanalítico que pretende investigar qué es lo que pasa a la sociedad actual, que se autodestruye. Se afirma que la sociedad funciona de una manera similar a la del individuo y que en la tribu también opera un subconsciente o inconsciente y que desde las profundidades estarían operando unas órdenes de autodestrucción.

—¿Por qué anteriormente estas órdenes se pudieron detener y ahora no?

—La cosa básica es el número...

La esperanza que yo tengo es que por lo menos se tome conciencia. Creo que si todos tuvieran conciencia a lo mejor se podría bajar el grado de intensidad de la catástrofe.

—Demorarla, pero no suprimirla.

—Suprimirla, no sé. Porque yo soy sólo un estudiante de esas materias. No puedo dármeles de profeta, evidentemente. Además, yo confío en que haya, de nuevo, una variable oculta. A lo mejor hay una variable oculta, pero no lo sé.

—¿Cuál podría ser la variable?

—Por ejemplo... Yo tengo un "artefacto" que dice: **Del DDT salió la supermosca. Del smog, dentro de poco, saldrá el superhombre.**

(Del artículo de Malú Sierra, "Nicanor Parra se convierte al ecologismo", en *Revista del Domingo*, 19-IX-82.)

2

He comentado excelentes novelas —de Hemingway y Czeslaw Milosz, por ejemplo— que contienen escenas de caza, mayor y menor. He hecho mía la afirmación del novelista polaco: nadie puede comprender la estupenda sensación de recoger un pato matado al vuelo por uno mismo, mientras no la haya experimentado, y supongo que esa sensación será muchísimo mayor cuando se trata de un león. Pues bien, así como todo cazador —aunque sea de tortolas— comparte esta evidencia, así también se rasgan las vestiduras ante tal primitivismo ciertas almas delicadas, en nombre de la ecología, el amor por los animales o la adoración de Bambi. A unos y a otros recomiendo la lectura de **Muerte en los pastizales**, del cazador norteamericano Peter Hathaway Capstick. Los primeros gozarán con las cacerías del autor en Africa, cuya emoción, encanto y suspenso está ya sugerido en el nombre de los nueve capítulos: leones, elefantes, leopardos, búfalos, hipopótamos, cocodrilos, rinocerontes...

("Orgía de caza mayor", de José Miguel Ibáñez Langlois, Suplemento de Artes y Letras, *El Mercurio*, 19-IX-82.)

EL DERECHO A NO TENER MIEDO

Venía el 31 de agosto caminando desde la casa de una compañera hacia la mía. Eran casi las 10 de la noche. De pronto, un auto se detuvo. De su interior surgió una mano armada y las voces de unos hombres que me amenazaron con matarme si no subía de inmediato... Y allí pasó todo eso... Los insultos, los golpes, sus gritos salpicados de saliva maloliente. Dos me echaron en el asiento trasero y me inmovilizaron. De pronto sentí que me desgarraba entera. No podía gritar, pues sus manos me lo impedían. No; nunca podré olvidar ese dolor tan bestial. Pero más allá del propio dolor físico sentí una sensación de vergüenza, de humillación. Comencé a vomitar de asco mientras oía las risotadas de los tipos...

—¿Qué le preguntaban concretamente?

—Todo lo relacionado con la actividad que estaban realizando algunos compañeros del Centro y otros... Parecían casi estar mejor informados que yo.

De pronto parece que se asustaron porque sentí que aceleraron. Se detuvieron y me lanzaron fuera del automóvil. Como pude me levanté. Apoyándome en los árboles fui avanzando. Pedí ayuda, pero parece que la gente pensó que iba borracha. Sentía cómo la sangre se escurría por entre mis piernas. Así y todo llegué a la casa. Estaban mis padres. Llamaron al médico, quien me realizó las primeras curaciones. Además, me inyectó un sedante que me dejó dormida de inmediato.

—Y se le vino otro día.

—Yo tenía mucho miedo. Sin embargo, cuando volví a la escuela me di cuenta que mi deber era superar ese susto. Allí estaban mis compañeros expresándome su apoyo y su propia vergüenza.

Otras reacciones (fueron) un poco menos solidarias... Específicamente, la del decano, que "nunca estuvo", y la del rector-delegado, quien, ante mi estupor, señaló a la prensa que le parecían "dudosas" mis declaraciones...

El rector-delegado dijo que había accedido a recibirme con mis padres, pero que se entendiera que él no podía hacer ninguna cosa si no presentaba "pruebas"... Y me dio el gran consejo: que me limitara a estudiar y que llegara todos los días a las 8 de la noche a la casa. Era "la" solución.

Lo que me devolvió las ansias de vivir, que por un momento perdí, fue la solidaridad de mis compañeros. Hicieron una asamblea a la que me invitaron. Me pidieron que hablara. Allí no pude más y lloré hasta cansarme. Pero un llanto con mucho de alegría, de ver que aún hay estudiantes que se niegan a convertirse en autómatas. Que quieren pensar, discutir, reflexionar.

Ya no nos pueden engañar. Un año entero de lucha universitaria es testigo. ¿Que el costo es alto? ¡Y puede serlo mucho más! Pero los jóvenes queremos poder caminar pronto por estas calles hasta la hora que se nos plazca. Sin temor, sin pánico.

(Extractos de una entrevista a Marcela Palma, dirigente estudiantil de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica. En revista **Análisis** N° 52, diciembre 1982.)

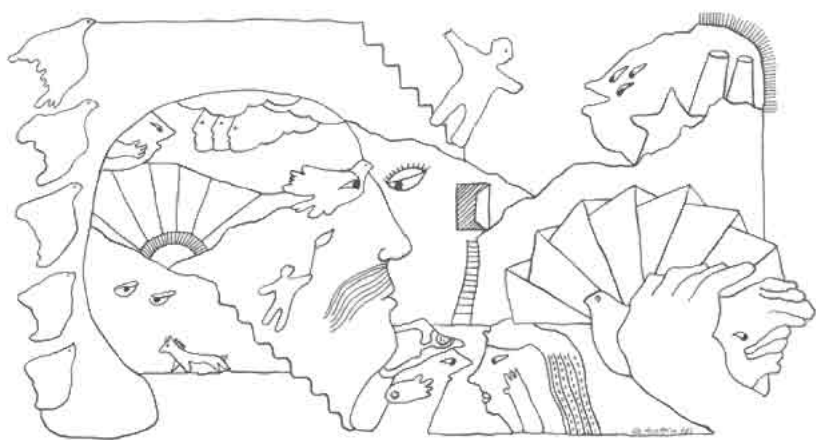
LA INTERNACIONAL NEGRA

"Aquí ha habido —dice el militar hondureño— chilenos y argentinos. Los chilenos trajeron técnicas nuevas de interrogatorios; por ejemplo, la aplicación de una inyección que deja sin voluntad al detenido. Ellos ya se fueron. Ahora se envía a los hondureños a Santiago a que aprendan. Los argentinos trajeron sus sistemas: la **capucha** y las desapariciones. Unos doce instruyeron a militares nuestros en el centro de Lepaterique. Entiendo que aún siguen aquí."

(Extractado de "Honduras, una democracia tutelada por los militares", reportaje de Jesús Ceberio. **El País**, Madrid, 9-II-83.)



(Montaje realizado con avisos publicados en Las Últimas Noticias, 19-XI-82.)



INDICE GENERAL

N.º 17 a N.º 20 (1982)

A

- ABAD, María Victoria. *"El aire de un crimen", de Juan Benet*. NL., N.º 18, pp. 206-207.
- ALBANO, Ignacio. *El régimen de Santiago exhibe el Santiago del régimen*. Cr., N.º 17, pp. 200-202.
- ALEGRIA, Fernando. *La literatura chilena en el contexto latinoamericano*. T., N.º 19, pp. 113-119.
- *Una especie de memoria*. Tex., N.º 17, pp. 157-161.
- ANTUNEZ, Nemesio. *Nos están bo-*

rrando el Chile nuestro. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*.) T., N.º 17, pp. 149-150.

- ARAYA, Guillermo. *El hombre que perdió la lengua*. Tex., N.º 19, pp. 159-163.
- ARROM, Juan José. *Una copa de daiquirí*. Cr., N.º 17, pp. 196-199.
- ARROYO, Gonzalo. *Anatomía de la intervención clandestina*. L., N.º 20, pp. 171-176.

B

- BALLADARES, Ligelia. *Cuento para asustar al miedo*. Tex., N.º 20, pp. 142-144.
- BENEDETTI, Mario. *Sightseeing 1980*. Tex., N.º 17, pp. 162-165.
- BIANCHI, Soledad. *La política cultural oficialista y el movimiento artístico*. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*.) T., N.º 17, pp. 135-141.
- BOCAZ, Luis. *Encuentro en La Habana: viñetas*. Cr., N.º 17, pp. 192-194.

- *Pedro de Valdivia y la fundación de Santiago. La génesis de un espacio dependiente*. CCh., N.º 20, pp. 81-95.
- *Segunda conversación con Matta*. (En conjunto, con Carlos ORELLANA y Volodia TEITELBOIM.) C., N.º 20, pp. 37-61.
- BRAVO ELIZONDO, Pedro. *El teatro obrero en Chile. Algunos antecedentes*. T., N.º 17, pp. 99-106.
- BRITTO GARCIA, Luis. *Las espuelas*. Tex., N.º 18, pp. 140-143.

C

CALAS EN LA HISTORIA DE CHILE (CCh)

- Alejandro Venegas y las posibilidades de un pensamiento nacional. Carlos A. OSSANDON. N.º 20, pp. 111-126.
- Francisco Bilbao, el peregrino del porvenir. Virginia VIDAL. N.º 20, pp. 97-108.
- Pedro de Valdivia y la fundación de Santiago. La génesis de un espacio dependiente. Luis BOCAZ. N.º 20, pp. 81-95.

- CAMPOS, Javier. *Chile en Ohio*. VI., N.º 17, pp. 204-205.
- CAPUTO, Orlando. *El capitalismo periférico según Prebisch*. *Notas*

críticas a su interpretación reciente. Ex., N.º 18, pp. 55-76.

- CARDOZA Y ARAGON, Luis. *Siete notas sobre muralismo mexicano*. T., N.º 17, pp. 109-115.
- CARRASCO, Rolando. *En el país de los pandilleros*. Cr., N.º 18, pp. 192-194.
- CASTRO, Manuel. *Recabarren: su legado*. Ex., N.º 19, pp. 59-78.
- CERDA, Carlos. *La amalgama de lo íntimo y lo colectivo en "La Insurrección"*. L., N.º 19, pp. 179-182.

- CLEARY, Patricio. *La intervención norteamericana en las Fuerzas Armadas de América Latina*. Tr., N.º 17, pp. 175-181.
- COMISION POLITICA del PCCH. *Sesenta años del Partido Comunista de Chile*. (Mesa redonda.) Ex., N.º 17, pp. 23-76.
- CONCHA, Jaime. *"Antología poética de Pablo Neruda"*, por Hernán Loyola. NL., N.º 19, pp. 211-212.
- Carlos Droguett. T., N.º 19, pp. 121-130.
- *"Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX"*, de Bernardo Subercaseaux. NL., N.º 18, pp. 207-210.
- CONTRERAS LABARCA, Carlos. *El Frente Popular en Chile: los años de su fundación*. HV., N.º 20, pp. 129-139.
- CONTRERAS TAPIA, Víctor. *Recuerdos de sesenta años*. (Conversación con Luis Alberto MANSILLA.) Co., N.º 17, pp. 79-97.

CONVERSACIONES (Co)

Recuerdos de sesenta años. (Conversación con Víctor CONTRERAS TAPIA) Luis Alberto MANSILLA. N.º 17, pp. 79-97.

Segunda conversación con Matta. Luis BOCAZ, Carlos ORELLANA y Volodia TEITELBOIM. N.º 20, pp. 37-61.

CORREO DE LA POESIA

(Sección escrita por Omar Lara.)

N.º 18: "Poemas migratorios", de Rolando CARDENAS. "La estrella y la charca", de Federico GARCIA RIVAL. "Trece días", de Fernando DE LA LASTRA. "Ring y otros poemas", de Humberto GATICA LEYTON. "Pasa-

jero de la ausencia", de Ramón DIAZ-ETERO-VIC. "Historia del reino vigilado", de Nain NOMEZ. pp. 220-221.

N.º 19: NERUDA Jebeleanu, las guerras. Ecos de "Trilce" en Chile. "Equivalencias", una revista de poesía. "La gota pura", otra revista de poesía. El mundial de los poetas. Encuentro con Nicanor PARRA. pp. 217-218.

N.º 20: Jaime QUEZADA. Guido EYTEL, de Temuco. La morada del signo. Premio Nobel a la conciencia latinoamericana. Más sobre "Trilce". Jorge TEILLIER. pp. 194-196.

CRONICA (Cr)

Alberto Romero. Volodia TEITELBOIM. N.º 17, pp. 185-187.

América Latina y dos discursos. Volodia TEITELBOIM. N.º 18, pp. 185-189.

Con una argolla en la nariz. Rubén SOTO-CONIL. N.º 17, pp. 188-191.

El "Canto General" de Theodorakis. Vicente REYES. Cr., N.º 18, pp. 190-191.

El indio Pavez. Patricio MANNS. N.º 20, pp. 183-185.

El régimen de Santiago exhibe el Santiago del régimen. Ignacio ALBANO. N.º 17, pp. 200-202.

En el país de los pandilleros. Rolando CARRASCO. N.º 18, pp. 192-194.

Encuentro en La Habana: Viñetas. Luis BOCAZ. N.º 17, pp. 192-194.

Frei. Volodia TEITELBOIM. N.º 17, pp. 182-183.

La compañía de los cuatro. Virginia VIDAL. N.º 19, pp. 185-188.

La guerra de las Malvinas. Volodia TEITELBOIM. N.º 19, pp. 183-184.

La rotunda raíz de la "Araucaria". Antonio SKARMETA. N.º 20, pp. 12-13.

La verdad de Chile en "Missing". Volodia TEITELBOIM. N.º 19, pp. 189-190.

Las dos caras del fútbol. Carlos A. OSSANDON. N.º 20, pp. 192-194.

Palinuro de América. Virginia VIDAL. N.º 20, pp. 187-192.

Sesenta años de lucha: un testimonio en el cine. Fresia ROJAS. N.º 19, pp. 192-193.

Una copa de daiquiri. Juan José ARROM. N.º 17, pp. 196-199.

Una chilena que canta al amor y a la lucha. R. M. y Aurora MURUA. N.º 20, pp. 185-187.

CH

CHILE 1982: *Algunos aspectos de su vida cultural*. (Contiene: Entrevista a Bruno FRANCO; "La política cultural oficialista y el movimiento artístico", de Soledad BIANCHI; "El teatro chileno de estos últimos años", de Irma GONZALEZ; "El

retorno de Balmes", de Raúl PIZARRO ILLANES; "Nos están borrando el Chile nuestro", de Nemesio ANTUNEZ; "Mi verdadero país", de Nissim SHARIM, y "Rescurso de amparo", de Illapu.) T., N.º 17, pp. 125-153.

D

DEISLER, Guillermo. Ilustraciones interiores en N.º 18, pp. 120, 148, 169, 170, 183.

DIAZ, Minaya. Ver Virginia VIDAL.

DIAZ CASANUEVA, Humberto. *El*

traspaso de la antorcha. Tex., N.º 18, pp. 121-130.

DURAN, Claudio. *"El Mercurio" contra la Unidad Popular. Un ejemplo de propaganda de agitación en los años 1972 y 1973*. Ex., N.º 20, pp. 63-79.

E

- ECHEVERRÍA, Eugenia. *Cosas de niños*. Tex., N.º 20, pp. 145-147.
 ELQUI, Julio. *Cuentos de Comino y Pimienta*. Tex., N.º 20, pp. 147-153.
 EPPLE, Juan Armando. *Anuario del movimiento obrero latinoamericano*. VI., N.º 19, pp. 195-196.
 — *Cronología histórica y literaria de Chile*. T., N.º 19, pp. 143-156.

EXAMENES (Ex)

El capitalismo periférico según Prebisch. Notas críticas a su interpretación reciente. Orlando CAPUTO. N.º 18, pp. 55-76.
 "El Mercurio" contra la Unidad Popular. Un

ejemplo de propaganda de agitación en los años 1972 y 1973. Claudio DURAN. N.º 20, pp. 63-79.
La religión, "opio del pueblo" y "protesta contra la miseria real". Sergio VUSKOVIC. N.º 18, pp. 79-91.
La sabiduría campesina y popular chilena del siglo XIX. Maximiliano SALINAS. N.º 19, pp. 81-96.
Recabarren: su legado. Manuel CASTRO. N.º 19, pp. 59-78.
Ser joven en Chile (I). Conversaciones con seis estudiantes chilenos, sostenidas por Raúl PIZARRO ILLANES y Carlos ORELLANA. N.º 18, pp. 13-40.
Ser joven en Chile (II). Jaime INSUNZA, Ricardo SOLARI y Eduardo VALENZUELA. N.º 19, pp. 37-56.
Sesenta años del Partido Comunista de Chile (Mesa redonda). Comisión Política del PCCH. N.º 17, pp. 23-76.

F

- FERMANDOIS, Jorge. *"El Caribe a la hora de Cuba", de Gérard Pierre-Charles*. NL., N.º 18, pp. 210-211.

- FRANCO, Bruno. *Entrevista*. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*.) T., N.º 17, pp. 125-135.)

G

- GALEANO, Eduardo. *Viejas ráfagas de Chile*. Tex., N.º 17, pp. 166-171.
 GARCES, Marcel. *"Muestra de poesía uruguaya"*. NL., N.º 19, pp. 215-216.
 GARMENDIA, Salvador. *Las muñecas*. Tex., N.º 18, pp. 143-147.
 GERENDAS, Judit. *"¿A dónde vas en el verano? Poetas chilenos modernos."* (Hová mégy a nyárban?

- Modern chilei költők*). NL., N.º 19, pp. 212-213.
 GONZALEZ, Irma. *El teatro chileno de estos últimos años*. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*.) T., N.º 17, pp. 142-144.
 GONZALEZ, César. *"Los nuevos profesionales. Educación universitaria de trabajadores. Chile: UTE, 1968-1973."* NL., N.º 18, pp. 211-213.

H

HISTORIA VIVIDA, LA (HV)

Chilenos en Mozambique. Testimonio de Jaime ROVIRA (recogido por Carlos ORELLANA). N.º 19, pp. 99-109.
El Frente Popular en Chile: los años de su fundación. Carlos CONTRERAS LABARCA. N.º 20, pp. 129-139.

Encuentro con Recabarren. Julio MONCADA. N.º 17, pp. 17-21.

- HOEFLER, Walter. *"El puente oculto", de Waldo Rojas*. NL., N.º 18, pp. 215-216.

I

ILUSTRACIONES

N.º 17: Portada e interiores de Mario MURUA.
 N.º 18: Portada e ilustraciones interiores (pp. 12, 25, 41, 42, 54, 77, 78 y 92) de Enrique ZANARTU. Otras ilustraciones: Mario TORAL, p. 106; Guillermo DEISLER, pp. 120, 148, 169, 170, 183; ZAPATA, p. 138; Jorge

SALAS, pp. 184, 194, 197, 201, 204, 209 y 221.
 N.º 19: Portada y fotos interiores (en pp. 110-111, 112, 120, 131, 132, 142, 157, 158, 172, 177 y 178), de Fernando ORELLANA. En pp. 4-5, 6, 9, 12, 35, 36, 45, 57, 58, 79, 80, 97 y 98, fotos de Rodrigo SAEZ. En pp. 188, 191, 194, 202, 206, 216 y 222, grabados a base de recortes de papel de Soledad CHUAQUI.

ILLAPU. *Recurso de amparo*. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*.) T., N.º 17, pp. 152-153.

K

KING, Jonathan y Annamaria TORRIANI. *Ciencia y política en Chile*. VI. N.º 20, pp. 201-202.

L

LABARCA, Eduardo. *Aviso económico*. Tex., N.º 19, pp. 164-171.

LARA, Omar. *Correo de la poesía*. N.º 18: "Poemas migratorios", de Rolando CARDENAS. "La estrella y la charca", de Federico GARCIA RIVAL. "Trece días", de Fernando DE LA LASTRA. "Ring y otros poemas", de Humberto GATICA LEYTON. "Pasajero de la ausencia", de Ramón DIAZ-ETEROVIC. "Historia del reino vigilado", de Nain NOMEZ. pp. 220-221. N.º 19: NERUDA, Jebeleanu, Las guerras. Ecos de *Trilce* en Chile. *Equivalencias*, una revista de poesía. *La gota pura*, otra revista de poesía. El mundial de los poetas. Encuentro con Nicanor PARRA. pp.

INSUNZA, Jaime; SOLARI, Ricardo y VALENZUELA, Eduardo. *Ser joven en Chile (II)*. Ex., N.º 19, pp. 37-56.

217-218. N.º 20: Jaime QUEZADA, Guido EYTEL, de Temuco. La morada del signo. Premio Nobel a la conciencia latinoamericana. Más sobre *Trilce*. Jorge TEILLIER. pp. 194-196.

LOS LIBROS (L)

Anatomía de la intervención clandestina. Gonzalo ARROYO. N.º 20, pp. 171-176.

La amalgama de lo íntimo y lo colectivo en "La insurrección". Carlos CERDA. N.º 19, pp. 179-182.

La guerra del fin del mundo. Fernando MORENO, Guillermo QUIÑONES y José Miguel VARAS. N.º 18, pp. 171-182.

Una contribución al análisis de la conciencia argentina. Volodia TEITELBOIM. L., N.º 20, pp. 177-180.

M

MANN, Patricio. *El indio Pavez*. Cr., N.º 20, pp. 183-185.

MANSILLA, Luis Alberto. *Recuerdos de sesenta años*. (Conversación con Víctor CONTRERAS TAPIA.) Co., N.º 17, pp. 79-97.

— *Uruguay tras la huella extraviada de Artigas*. N.T., N.º 20, pp. 21-35.

MARTINEZ, Alberto. *Discusiones sobre la crisis económica en Chile*. Tr., N.º 18, pp. 149-162.

MATTA, Roberto. Portada e ilustraciones del N.º 20.

— *Segunda conversación*. (Sostenida con Luis BOCAZ, Carlos ORELLANA y Volodia TEITELBOIM.) N.º 20, pp. 37-61.

MATUS ROMO, Eugenio. "*Trilce*". Valdivia, Madrid, París. VI., N.º 19, pp. 196-198.

MEMET, José María. *Poemas*. Tex., N.º 19, pp. 173-175.

MIRAS, Pedro. *La socialización del arte*. T., N.º 17, pp. 117-123.

MONCADA, Julio. *Encuentro con Recabarren*. HV., N.º 17, pp. 17-21.

MORENO, Fernando. *La guerra del fin del mundo*. L., N.º 18, pp. 171-174.

MOUESCA, Jacqueline. *Leipzig: XXIV Festival de Cine*. VI., N.º 17, pp. 205-206.

— "Les cinémas de l'Amérique latine". NL., N.º 20, pp. 213-215.

MUJICA, Gustavo. *Casi*. Tex., N.º 18, pp. 134-137.

MURUA, Aurora. *Una chilena que canta al amor y a la lucha*. Cr., N.º 20, pp. 185-187.

MURUA, Mario. Portada e ilustraciones del N.º 17.

NERUDA, Pablo. *Al Partido Comunista de Chile*. Tex., N.º 17, pp. 13-16.

NOTAS DE DISCOS (ND)

"Amigos tengo por ciento", de Tita Parra y "Día", de Alejandro Lazo. Osvaldo RODRIGUEZ. N.º 18, pp. 220-221.

"Canto por mí", de Sergio Vesely y "Canto a Gabriela Mistral", de Marta Contreras. Osvaldo RODRIGUEZ. N.º 19, pp. 220-221.

"El canto de Illapu", Alfonso PADILLA. N.º 20, pp. 218-219.

"Palimpsesto", de Inti-Illimani. Iván QUEZADA. N.º 19, pp. 219-220.

"Rueda la tarde", de Manuel Gailardo. N.º 19, pp. 221-222.

NOTAS DE LECTURA (NL)

Narrativa

"El aire de un crimen", de Juan Benet. María Victoria ABAD. N.º 18, pp. 206-207.

"El jardín de al lado", de José Donoso. Virginia VIDAL. N.º 18, pp. 205-206.

"La misma esquina del mundo", de Poli Delano. Guillermo QUIÑONES. N.º 20, pp. 210-212.

"La vida exagerada de Martín Romaña", de Alfredo Bryce Echenique. Minaya DIAZ. N.º 20, pp. 212-213.

"Los recodos del silencio", de Antonio Ostoroi. José Miguel VARAS. N.º 19, pp. 209-210.

"Rastros del guanaco blanco", de Francisco Coloane. José Miguel VARAS. N.º 19, pp. 207-208.

"Primavera con una esquina rota", de Mario Benedetti. Virginia VIDAL. N.º 20, p. 210.

"Silvio et la roseale", de Julio Ramón Ribeyro. Miguel ROJAS MIX. N.º 19, pp. 208-209.

Poesía

"¿A dónde vas en el verano? Poetas chilenos modernos" (Hová mégy a nyárban? Modern Chilei költők). Judit GERENDAS. N.º 19, pp. 212-213.

"Antología poética de Pablo Neruda", por

Hernán Loyola. Jaime CONCHA. N.º 19, pp. 211-212.

"El puente oculto", de Waldo Rojas. Walter HOEFLER. N.º 18, pp. 215-216.

"Liebesgedichte", de Gabriela Mistral. Raquel OLEA. N.º 18, pp. 213-215.

"Moderne lyrik aus Nikaragua". Guillermo QUIÑONES. N.º 19, pp. 213-215.

"Muestra de poesía uruguaya", de Alcira Legaspi de Arismendi. Marcel GARCES. N.º 19, pp. 215-216.

Ensayo

"Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX", de Bernardo Subercaseaux. Jaime CONCHA. N.º 18, pp. 207-210.

"Don Américo, un chileno comunista", R. A. N.º 19, p. 210.

"El Caribe a la hora de Cuba", de Gérard Pierre-Charles. Jorge FERNANDOIS. N.º 18, pp. 210-211.

"Los nuevos profesionales. Educación universitaria de trabajadores. Chile: UTE, 1968-1973". César GONZALEZ. N.º 18, pp. 211-213.

Libros para niños

"La tierra de paloma", de Miguel Rojas Mix. Carlos ORELLANA. N.º 20, pp. 215-216.

"Latinoamérica para niños", de Carlos Bongcam. R. A. N.º 20, pp. 216-217.

Cine

"Les cinémas de l'Amérique latine". Jacqueline MOUESCA. N.º 20, pp. 213-215.

Humor

"¿Qué te pasó, Pablo?", de Pablo Huneus. José Miguel VARAS. N.º 18, pp. 216-217.

NUESTRO TIEMPO (NT)

García Márquez, Premio Nobel. Volodia TELBOIM. N.º 20, pp. 15-19.

Guatemala: las líneas de la insurrección popular. Raúl PIZARRO ILLANES y Carlos ORELLANA. N.º 19, pp. 13-34.

La ideología del Mont-Pelerin. Miguel ROJAS MIX. N.º 18, pp. 43-53.

Uruguay tras la huella extraviada de Artigas. Luis Alberto MANSILLA. N.º 20, pp. 21-35.

OLEA, Raquel. "Liebesgedichte", de Gabriela Mistral. NL., N.º 18, pp. 213-215.

ORELLANA, Carlos (seud. Pedro de SANTIAGO). *Campos y fundos en la cultura chilena*. VI., N.º 17, pp. 202-204.

— *Cine chileno: Alsino y una ballena*. VI., N.º 20, pp. 199-200.

— *Chilenos en Mozambique*. Testimonio de Jaime ROVIRA. HV., N.º 19, pp. 99-109.

— (Seud. R.A.). "Don Américo, un chileno comunista". NL., N.º 19, p. 210.

— *Guatemala: las líneas de la insurrección popular*. (En colaboración con Raúl PIZARRO ILLANES). N.T., N.º 19, pp. 13-34.

— "La tierra de Paloma", de Miguel Rojas Mix. NL., N.º 20, pp. 215-216.

— (Seud. R.A.). "Latinoamérica para niños", de Carlos Bongcam. NL., N.º 20, pp. 216-217.

- *Segunda conversación con Matta*. (En conjunto con Luis BOCAZ y Volodia TEITELBOIM). C., N° 20, pp. 37-61.
- *Ser joven en Chile (I)*. Conversaciones con seis estudiantes chilenos, sostenidas conjuntamente con Raúl PIZARRO ILLANES. N° 18, pp. 13-40.

- ORELLANA, Fernando. Fotografía de la portada y fotografías interiores del N° 19.
- OSSANDON, Carlos A. *Alejandro Veneegas y las posibilidades de un pensamiento nacional*. T., N° 20, pp. 111-126.
- *Las dos caras del fútbol*. Cr., N° 20, pp. 192-194.

P

- PADILLA, Alfonso. "El canto de Illapu". ND., N° 20, pp. 218-219.
- PEREZ, Floridor. *Poemas*. Tex., N° 18, pp. 131-133.
- PIZARRO ILLANES, Raúl. *El retorno de Balmes*. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*). T., N° 17, pp. 145-148.
- *Guatemala: las líneas de la insurrección popular* (En colaboración

con Carlos ORELLANA). NT., N° 19, pp. 13-34.

- *Ser joven en Chile (I)*. Conversaciones con seis estudiantes chilenos, sostenidas en conjunto con Carlos ORELLANA. N° 18, pp. 13-40.
- PRENZ, Juan Octavio. *Diccionario de dignidades*. Tex., N° 17, pp. 172-173.

Q

- QUEZADA, Iván. "Palimpsesto", de *Inti-Ililmani*. ND., N° 19, pp. 219-220.
- QUINONES, Fernando. *La guerra del fin del mundo*. L., N° 18, pp. 175-178.

- "La misma esquina del mundo", de *Poli Délano*. NL., N° 20, pp. 210-212.
- "Moderne lyrik aus Nikaragua". NL., N° 19, pp. 213-215.

R

- REYES, Vicente. (Ver José Miguel VARAS).
- RODRIGUEZ, Osvaldo. "Amigos tengo por ciento", de Tita Parra y "Día", de Alejandro Lazo. ND., N° 18, pp. 220-221.
- "Canto por mí", de Sergio Vesely y "Canto a Gabriela Mistral", de Marta Contreras. ND., N° 19, pp. 220-221.
- ROJAS, Fresia. *Sesenta años de lu-*

cha: un testimonio en el cine. Cr., N° 19, pp. 192-193.

- ROJAS MIX, Miguel. *La ideología del Mont-Pelerin*. NT., N° 18, pp. 43-53.
- "Silvio et la roseraie", de Julio Ramón Ribeyro. NL., N° 19, pp. 208-209.
- ROVIRA, Jaime. *Chilenos en Mozambique*. Testimonio recogido por Carlos ORELLANA. HV., N° 19, pp. 99-109.

S

- SALAS, Jorge. Ilustraciones interiores en N° 18, pp. 184, 194, 197, 201, 204, 209 y 221.
- SALAZAR, Mario. *Amigo*. Tex., N° 20, pp. 154-158.
- SALINAS, Maximiliano. *La sabiduría de la mujer chilena del siglo XIX*. Exr., N° 19, pp. 190-196.
- SANTIAGO, Pedro de. (Ver Carlos ORELLANA).
- SHARIM, Nissim. *Mi verdadero país*. (En: *Chile 1982: Algunos aspectos*

de su vida cultural.) T., N° 17, pp. 151-152.

- SKARMETA, Antonio. *La nueva condición del escritor en el exilio*. T., N° 19, pp. 133-141.
- *La rotunda raíz de la "Araucaria"*. N° 20, pp. 12-13.
- SOLARI, Ricardo. (Ver Jaime INSUNZA).
- SOTOCONIL, Rubén. *Con una argolla en la nariz*. Cr., N° 17, pp. 188-191.

- TEILLIER, Jorge. *Después de la fiesta*. T., N° 20, p. 196.
- TEITELBOIM, Volodia. *Alberto Romero*. Cr., N° 17, pp. 185-187.
- *América Latina y dos discursos*. Cr., N° 18, pp. 185-189.
- (Seud. J.C.). *Exilio: nueve años*. VI., N° 20, pp. 200-201.
- *Frei*. Cr., N° 17, pp. 182-183.
- *García Márquez, Premio Nobel*. NT., N° 20, pp. 15-19.
- *La guerra de las Malvinas*. Cr., N° 19, pp. 183-184.
- (Seud. Javier CURICÓ). *La historia ¿existe? El presidente se equivoca. "Desaparecido"*. VI., N° 18, pp. 196-199.
- *La verdad de Chile en "Missing"*. Cr., N° 19, pp. 189-190.
- *Pinochet y la "Frontera aristocrática"*. VI., N° 20, pp. 197-199.
- *Segunda conversación con Matta*. (En conjunto con Luis BOCAZ y Carlos ORELLANA). C., N° 20, pp. 37-61.
- *Una contribución al análisis de la conciencia argentina*. L., N° 20, pp. 177-180.

TEMAS (T)

- Carlos Droguett. Jaime CONCHA. N° 19, pp. 121-130.
- Cronología histórica y literaria de Chile*. Juan Armando EPPLE. N° 19, pp. 143-156.
- Chile 1982: Algunos aspectos de su vida cultural*. (Contiene: Entrevista a Bruno FRANCO; "La política cultural oficialista y el Movimiento artístico", de Soledad BIANCHI; "El teatro chileno de estos últimos años", de Irma GONZALEZ; "El retorno de Balmes", de Raúl PIZARRO ILLANES; "Nos están borrando el Chile nuestro", de Nemesio ANTUNEZ; "Mi verdadero país", de Nissim SHARIM, y "Recurso de amparo", de ILLAPU). N° 17, pp. 125-153.
- El teatro obrero en Chile. Algunos antecedentes*. Pedro BRAVO ELIZONDO. N° 17, pp. 99-106.
- La literatura chilena en el contexto latinoamericano*. Fernando ALEGRIA. N° 19, pp. 113-119.
- La nueva condición del escritor en el exilio*. Antonio SKARMETA. N° 19, pp. 133-141.
- La presencia africana en Chile*. Virginia VIDAL. N° 18, pp. 93-105.
- La socialización del arte*. Pedro MIRAS. N° 17, pp. 117-123.

URIBE ARCE, Armando. *Elegía para los ricos de Chile*. Tex., N° 19, pp. 175-176.

Siete notas sobre muralismo mexicano. Luis CARDOZA Y ARAGON. N° 17, pp. 109-115.

Viaje de mi memoria. Mario TORAL. N° 18, pp. 107-119.

TEXTOS (Tex)

Narrativa

- ALEGRIA, Fernando. *Una especie de memoria*. N° 17, pp. 157-161.
- ARAYA, Guillermo. *El hombre que perdió la lengua*. N° 19, pp. 159-163.
- BALLADARES, Ligeia. *Cuento para asustar al miedo*. N° 20, pp. 142-144.
- BRITTO GARCIA, Luis. *Las espuelas*. N° 18, pp. 140-143.
- ECHEVERRÍA, Eugenia. *Cosas de niños*. N° 20, pp. 145-147.
- ELQUI, Julio. *Cuentos de Comino y Pimienta*. N° 20, pp. 147-153.
- GALEANO, Eduardo. *Viejas ráfagas de Chile*. N° 17, pp. 166-171.
- GARMENDIA, Salvador. *Las muñecas*. N° 18, pp. 143-147.
- LABARCA, Eduardo. *Aviso económico*. N° 19, pp. 164-171.
- SALAZAR, Mario. *Amigo*. N° 20, pp. 154-158.
- WEISNER, Roberto. *Mini y su ejército*. N° 20, pp. 159-169.

Poesía

- BENEDETTI, Mario. *Sightseeing 1980*. N° 17, pp. 162-165.
- DIAZ CASANUEVA, Humberto. *El traspaso de la antorcha*. N° 18, pp. 121-130.
- MEMET, José María. *Poemas*. N° 19, pp. 173-175.
- MUJICA, Gustavo. *Casi*. N° 18, pp. 134-137.
- NERUDA, Pablo. *Al Partido Comunista de Chile*. N° 17, pp. 13-16.
- PEREZ, Floridor. *Poemas*. N° 18, pp. 131-133.
- PRENZ, Juan Octavio. *Diccionario de dignidades*. N° 17, pp. 172-173.
- TEILLIER, Jorge. *Después de la fiesta*. N° 20, p. 196.
- URIBE ARCE, Armando. *Elegía para los ricos de Chile*. N° 19, pp. 175-176.

TORAL, Mario. *Viaje de mi memoria*. T., N° 18, pp. 107-119.

TORRES, Juan G. *Latinoamérica: dependencia y teoría*. Tr., N° 18, pp. 163-168.

TRIBUNA (Tr)

- Discusiones sobre la crisis económica en Chile*. Alberto MARTINEZ. N° 18, pp. 149-162.
- La intervención norteamericana en las Fuerzas Armadas de América Latina*. Patricio CLEARY. N° 17, pp. 175-181.
- Latinoamérica: dependencia y teoría*. Juan G. TORRES. N° 18, pp. 163-168.

V

- VALENZUELA, Eduardo. (Ver Jaime INSUNZA).
- VARAS, José Miguel (seud. Vicente REYES). *El "Canto General" de Theodorakis*. N° 18, pp. 190-191.
- *La guerra del fin del mundo*. L., N° 18, pp. 178-182.
- (Seud. I.L.). "Los recodos del silencio", de Antonio Ostornol. NL., N° 19, pp. 209-210.
- "¿Qué te pasó, Pablo?", de Pablo Huneus. NL., N° 18, pp. 216-217.
- "Rastros del guanaco blanco", de Francisco Coloane. NL., N° 19, pp. 207-208.

VARIA INTENCION (VI)

N° 17: Campos y fundos en la cultura chilena (Pedro DE SANTIAGO). Chile en Ohio (Javier CAMPOS). Leipzig: XXIV Festival de Cine (Jacqueline MOUESCA). Viejos y nuevos cineastas chilenos (R.A.). Florilegio de revistas (R.). pp. 202-209.

N° 18: La historia ¿existe? (Javier CURICO). El presidente se equivoca (V.T.). "Desaparecido" (J.C.). pp. 196-199.

N° 19: Anuario del movimiento obrero latinoamericano (J.A.E.). "Trilce". Valdivia, Madrid,

París (Eugenio MATUS). Primavera latinoamericana en Europa. Crónica de una fiesta anunciada. pp. 195-201.

N° 20: Pinochet y la "Frontera aristocrática" (V. T.). Cine chileno: Alsino y una ballena (C.O.). Exilio: nueve años (J.C.). Ciencia y política en Chile (Jonathan KING y Annamaria TORRIANI). Viento de primavera en el movimiento estudiantil (R.A.). Pp. 197-205.

- VIDAL, Virginia. "El jardín de al lado", de José Donoso. NL., N° 18, pp. 205-206.
- *La compañía de los Cuatro*. Cr., N° 19, pp. 185-188.
- *La presencia africana en Chile*. T., N° 18, pp. 93-105.
- (Seud. MINAYA DIAZ). "La vida exagerada de Martín Romaña", de Alfredo Bryce Echeñique. NL., N° 20, pp. 212-213.
- *Palinuro de América*. Cr., N° 20, pp. 187-192.
- "Primavera con una esquina rota", de Mario Benedetti. NL., N° 20, p. 210.
- VUSKOVIC, Sergio. *La religión, "opio del pueblo" y "protesta contra la miseria real"*. Ex., N° 18, pp. 79-91.

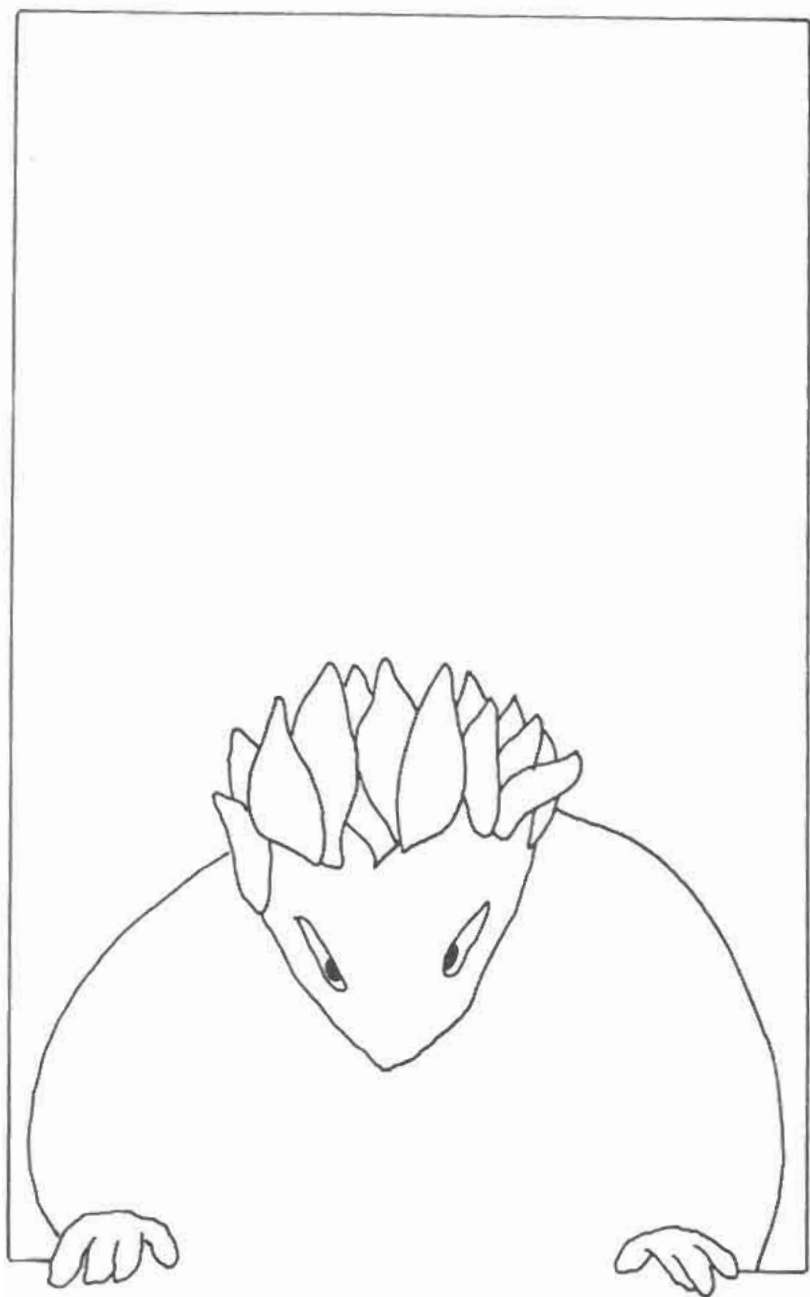
W

- WEISNER, Roberto. *Mini y su ejército*. Tex., N° 20, pp. 159-169.

Z

- ZAÑARTU, Enrique. Portada e ilustraciones interiores. N° 18.

- ZAPATA. Ilustración en pág. 138 del N° 18.



Los participantes en este número

Varios periodistas colaboran en este número: LAUTARO AGUIRRE, que vive en Moscú; IRMA BRAVO y FELIP GASCON, chilena ella y español él; ambos viven en Barcelona; LEONARDO CACERES, exiliado en Madrid, y JOSE MIGUEL VARAS, que es además cuentista y novelista.

CARLOS CERDA es cuentista, dramaturgo y profesor de literatura; vive en Berlín, R.D.A. JAIME CONCHA trabaja en la Universidad de California y es autor de varias obras de crítica literaria. HUMBERTO DIAZ CASANUEVA es poeta, Premio Nacional de Literatura 1971, autor de una extensa obra poética; vive en Nueva York. VICTOR FARIAS es profesor en la Universidad Libre de Berlín y autor de una monumental obra de tesis sobre *Cien años de soledad* (Frankfurt, 1981). GABRIEL GARCIA MARQUEZ no necesita mayor presentación. ALEXIS GUARDIA es economista; vive en París, en cuya universidad es profesor. ALBERTO INIESTA es obispo auxiliar de Madrid. WALTER KLEIN es alemán, escritor; vive en Berlín, R.D.A. FERNANDO MORENO trabaja en la Universidad de Poitiers, Francia, y EUGENIA NEVES, en la Universidad de Montpellier, en el mismo país. AGUSTIN OLAVARRIA debuta en literatura con sus cuentos; es, sobre todo, dibujante, como puede advertirse también en este mismo número, y vive en Milán, Italia. ISABEL PARRA es compositora e intérprete, y poeta, ciertamente. Vive en París. AUGUSTO PEREZ LINDO es sociólogo, profesor en la Universidad Libre de Bruselas, Bélgica. FERNANDO QUILODRAN es poeta y también cuentista, autor de *Había una vez un pueblo*; vive en Amsterdam, Holanda. MAURICIO REDOLES, poeta, vive en Londres, Inglaterra, en el exilio. Es uno de los nombres destacados entre los poetas jóvenes chilenos. OMAR SAAVEDRA, cuentista y dramaturgo. Vive en Rostock, R.D.A.

JAIME AZOCAR vive fuera de su país, Chile, desde hace una veintena de años. Ha residido en España y en la actualidad en Francia, países donde ha desarrollado una dilatada labor pictórica.

araucaria

de Chile

1983 es el año de nuestro quinto aniversario. La campaña por la renovación de suscripciones y por la obtención de nuevos suscriptores adquiere una importancia singular.

¡Contribuya a su mayor éxito!

En 1983, ARAUCARIA aparecerá conforme al siguiente calendario:

N.º 21, en febrero; N.º 22, en mayo;
N.º 23, en agosto; N.º 24, en noviembre.

Asegure su suscripción a través del Agente Local en su país, o escribiendo directamente a nuestras oficinas de Madrid.

Los pagos pueden realizarse en cualquier moneda dura convertible en España, utilizando alguno de los siguientes procedimientos: giro postal internacional, transferencia u orden de pago bancario, giro o cheque bancario pagadero en Nueva York.

Correspondencia y envío
de valores a nombre de:

EDICIONES MICHAY

Teléfono 232-47-58
Apartado de Correos 5.056
MADRID-5 (España)



LITERATURA CHILENA

(creación y crítica)

P.O.BOX 3013,
HOLLYWOOD, CALIFORNIA, 90028

APARECE CUATRO VECES AL AÑO
DESDE ENERO DE 1981

- INVIERNO • Enero / Marzo
- PRIMAVERA • Abril / Junio
- VERANO • Julio / Septiembre
- OTOÑO • Octubre / Diciembre

Suscripciones
INDIVIDUALES
por 1982

1 año \$ 16
2 años \$ 28
3 años \$ 40

Suscripciones
a **INSTITUCIONES**
por 1982

1 año \$ 22
2 años \$ 40
3 años \$ 58

CHILE-AMERICA

**Publicación periódica del Centro de Estudios
y Documentación Chile - América**

Suscripción por 12 núms. (6 ej.): US. \$ 24

Suscripción por 6 núms. (3 ej.): US. \$ 12

Ejemplares dobles (fuera de Italia): US. \$ 6

Via di Torre Argentina 18/3 - 00186 ROMA - ITALIA

